



PSYCHE



NURY RUNE

D.J.57

PSYCHE



NURY RUNE

Título original: Psyche
1ª edición: agosto 2019

Copyright © 2019 Nury Rune

Todos los derechos reservados.

Para mi club de la mesa de la esquina
de la cafetería de la facultad

Aquellos a quienes los dioses aman,
mueren jóvenes.

MENANDRO

ÍNDICE

<u>PREFACIO.Desperatio.....</u>	
<u>1.Incandescencia.....</u>	
<u>2.Discordancias.....</u>	
<u>3.Coincidencias.....</u>	
<u>4.Pasado.....</u>	
<u>5.Heridas profundas.....</u>	
<u>6.Vorágine.....</u>	
<u>7.Entuertos.....</u>	
<u>8.Crepuscular.....</u>	
<u>9.Estupor.....</u>	
<u>10.Albor.....</u>	
<u>11.Traición.....</u>	
<u>12.Desbloqueo.....</u>	
<u>INTERLOGOS. Psyche.....</u>	
<u>13.Heridas.....</u>	
<u>14.Verdad.....</u>	
<u>15. Dual.....</u>	
<u>16. Punta de flecha.....-.....</u>	2

17.Furia.....

EPÍLOGO. Nuevo comienzo.....

PREFACIO

Desperatio

E

El negro azufre se internaba en mis pulmones un poco más a cada paso que daba, a cada jadeo que exhalaba, venenoso compañero de mi angustia. Al andar, me zafaba de las manos frías de las sombras que se extendían delante de mí y me rodeaban, convertidas en una visión triste: un campo infinito de vergonzosa muerte. Sin embargo, yo, tenía los ojos fijos en el oscuro castillo al fondo del lugar y nada más el anhelo llegar hasta este era lo que movía mi cuerpo. Jamás había echado tanto en falta poder extender mis alas.

Después de lo que se me antojó un camino interminable, llegué a estar frente a las compuertas de las altas murallas del castillo. Oscuro, se alzaba hasta el cielo turbido que cubría aquella pradera infesta, creando la visión más espectral en la que se habían posado mis ojos. Al alzar la mirada, alcancé a distinguir la ceniza que caía del firmamento, iluminada por la luz tenue de una luna incierta que lo coronaba.

La compuerta comenzó a abrirse, produciendo un horroroso estruendo, un instante después de ponerme frente a la edificación. Me retiré, aguardando a que la puerta cayera sobre el suelo. Abierto el paso, avance hacia castillo,

atravesando el polvo que se había levantado. Con paso decidido, crucé la linde que daba al interior del castillo.

En el preciso instante en el que puse mis pies dentro el lugar, los lamentos de las sombras cesaron, como si hubieran desaparecido, dando paso a un silencio aún más escalofriante. Apenas podía verse nada que no fuera penumbra en aquella estancia. El techo estaba descubierto, pero apenas entraba claridad. La escasa que conseguía filtrarse se posaba débilmente sobre unos peldaños incrustados en las paredes de forma aleatoria.

Des del más alto, vi unos ojos rojos que se posaban en mí. Una risa terrífica resonó, invadiendo la habitación. El aire se cortó ante un rápido movimiento y sentí como la criatura se colocaba a mis espaldas. Su putrefacto aliento acarició mi oído cuando se me acercó para hablarme.

—¿Eres quien creo? ¿No me engañan los ojos? Eres Eros, hijo de Afrodita Persefesa.

Tisífone apareció de entre las sombras, envolviéndome, colocándose frente a mí. A mí parecer, era la Erínia más despreciable de las tres. Ser terrible, de pelo canoso y facciones descompuestas, más monstruo que cualquier otra cosa. Sonrió, soberbia.

—Tus desavenencias con tu madre deben ser profundas si consientes que sea llamada por ese sobrenombre —dijo, divertida.

—Las muertes de la mayoría de sombras errantes fuera de estos muros han sido provocadas por sus voluntades infantiles —respondí con firmeza—. Su honor está perdido junto a todos estos corazones heridos. Si lo desea, que ella misma venga a buscarlo y te hunda en el pozo junto a los Titanes por tu ofensa.

Volvió a reírse de buena gana, mostrando dos hileras de dientes negros.

—Tus discrepancias con tu madre son más fuertes de lo que se rumorea.

Desapareció una vez más, sus carcajadas resonando como un eco

maligno. Sentí su fétido aliento en mi nuca.

—Por una humana —murmuró riendo.

Mis dedos se deslizaron instintivos hasta la daga de mi cinturón, movidos por el hastío y la ira. Antes de que la Erínia volviera a desvanecerse, me volví, agarrándole por el trapo sucio que la cubría y colocando el filo de la daga en su cuello.

Tisífone clavó sus ojos brillantes en los míos, impasible, sin un ápice de terror en su rostro.

—Dime dónde está —gruñí, amenazador.

—Si me matas, jamás lo sabrás.

La solté con violencia, alejándola de mí unos pies. Se me acababa el tiempo. No podía perder un segundo más negociando con aquel ser. Sabía que estaban siguiéndome y si me atrapaban antes de que la encontrara, ambos estaríamos perdidos por el resto de la eternidad.

Cerré los ojos. Tenía la certeza de que estaba allí, encerrada en alguna estancia escondida. Debía concentrarme en notarla. Escuché la risa de Tisífone rodearme, burlándose de mí, de mi desesperación.

Capté el suave tintineo de una cadena rozando contra la piedra del suelo, proveniente de una sala bajo mis pies. El pulso se me aceleró y abrí los ojos. Busqué frenético un lugar en la sala que me permitiera descender por el edificio, pero no vislumbré nada.

Inspiré, orando para que mi poder no hubiera flaqueado demasiado aún. Golpeé con el puño el suelo con toda la fuerza que reuní del interior mi ser, haciendo que se desmoronase. Caí en picado hacia el vacío junto a las runas, estrellándome contra el fondo. El golpe me dejó aturdido y el polvo me provocó una terrible tos.

—¿Eros? —lloriqueó una voz entre las tinieblas, sacándome del trance.

—Psique —tosí, quejumbroso, tratando de levantarme a toda prisa.

Y allí estaba ella: atrapada por cadenas y con la fuerza de su alma reconcomida por los vapores del Infierno. Los brillantes ojos de Psique, no obstante, conservaban aún su vivacidad, ayudándome a encontrarla entre la oscuridad.

—Mi Psique —corrí hasta ella, sintiendo que la angustia iba a devorarme. La tomé entre mis brazos, estrechándola.

Mis alas, regidas ahora por un poder más fuerte que el del Inframundo, se extendieron, rodeándonos a ambos. Hundí mi rostro en su cuello, derramando lagrimas sobre su cabello castaño. Podía sentir cómo su cuerpo era más ligero ahora, cómo su vida estaba corrompida por la incerteza. Me retiré, tomando su rostro entre mis manos.

—Lo siento. Jamás debería haberme ido, dejándote sola —me excusé, sintiéndome peor a cada palabra pronunciada.

—No —negó con la cabeza débilmente, enterneciéndose su mirada—. No, amor. Soy yo la que lo siente. Yo debería haber confiado en ti.

—No es así... —sollocé. — Si te hubiera contado quién era yo...

—Ahora ya no importa —me cortó—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué has venido?

—He venido a buscarte. Debo sacarte cuando antes. Devolverte al mundo mortal.

—No puedes —sonrió, apenada, entre las sombras—. Solo los que tienen sangre divina pueden y yo soy una simple mortal. Y no he muerto, así que tampoco puedo reencarnarme. Estoy atrapada y no hay nada que puedas hacer.

Fruncí los labios, conteniendo mis lamentos, reconociendo la verdad en sus palabras.

—No puedo dejarte aquí. Puede que si hablo con Perséfone ella...

—Está bajo la influencia de tu madre. No va a ayudarnos.

El suelo tembló ligeramente y se escuchó un estruendo proveniente del cielo exterior. Miré hacia arriba, aterrorizado. Estaban llegando. Venían a por mí.

—Debes irte, mi amor —suplicó.

El corazón me ardía de angustia. Besé a Psique, sintiendo como sus lágrimas se deslizaban hasta nuestros labios.

—No me iré sin ti —declaré sin dudar.

Tomé una flecha de mi aljaba, aquella que una vez había cargado contra ella por orden de Afrodita y había lanzado al mar en rebeldía contra su orden. La había rescatado del mar, trayéndola conmigo, consciente de que había la posibilidad de que no pudiera sacar a Psique de allí. Me imaginaba las consecuencias de vivir una inmortalidad sin ella y no estaba dispuesto a ello.

La coloqué entre sus manos.

—Me quedaré aquí contigo.

Vi el horror reflejado en sus iris verdes, pero yo solo le dediqué una sonrisa torcida.

—Jamás —replicó con violenta indignación, empujando la flecha de vuelta—. No voy a permitirte.

—Tú eres mi vida. Si estás aquí, yo ya estoy muerto. Esto no cambia nada.

—Alégrate de que esté sin aliento porque te daría una zurra —Gruñó, rabiosa.

Un segundo estruendo se escuchó encima de nuestras cabezas, mucho más cercano que el anterior. Nuestro tiempo había acabado. La besé con rapidez.

—Te amo —susurré.

—Y yo a ti.

Unas manos apartaron mis alas, agarrándome por los brazos y

apartándome de ella a la fuerza. Resistiéndome, capturé en mi memoria su rostro por última vez. No sabía qué iba a ocurrirme; solo esperaba que mi alma fuera junto a Psique.

Empuñé la flecha y la clavé en mi pecho.

—¡No! —Gritó Psique, llena de agonía. —¡Detenedle! ¡Os lo suplico!

Resistí el dolor atronador, manteniéndome lucido lo suficiente para introducirla un poco más. La giré con un movimiento rápido, partiendo la punta para que quedara bajo mi piel, antes de que pudieran desarmarme. Sentí que mi mirada se nublaba y me elevaba, sostenido por cuatro manos, con la voz de Psique exclamando mi nombre entre la oscuridad que me absorbía.

Incandescencia

29 de agosto de 2019

Southampton, Inglaterra

En los momentos más oscuros, imaginaba que mis preocupaciones estaban en la punta de cada una de mis flechas. Colocadas en el arco, tensaba la cuerda y contenía la respiración, sintiendo la presión en mis dedos. Fijaba la mirada en mi objetivo y soltaba: la flecha cruzaba el aire, abriéndose paso, cortándolo; los músculos de mi brazo se relajaban, pero sentía aún el fantasma de la cuerda en mis yemas. Un segundo de falsa quietud y la punta se clavaba, voraz, en la diana, produciendo un sonido al chocar que siempre resonaba en mis oídos. Inspiraba entonces, sintiendo como las sombras de mi mente se desvanecían. Un poco, al menos.

Un aplauso solitario me sobresaltó, devolviéndome al mundo real. Me volví, encontrando a Harmony sentada en una valla detrás de mí, rodeada de la sutil bruma matutina que se extendía a lo largo del campo de tiro con arco.

—Esa es mi Aura—canturreó, alegre.

— Joder — soplé, llevándome una mano al pecho—. Me has dado un susto de muerte.

Mi mejor amiga rio, mostrándome una de sus sonrisas perfectas, enmarcada en un pintalabios carmesí. Aunque, a decir la verdad, no había un solo aspecto en el que Harmony no fuera perfecta: era alta, esvelta, con una

piel blanquecina que rivalizaba con el marfil y unas facciones tan suaves y delineadas que no parecían humanas. Su cabeza estaba coronada por una cabellera dorada impoluta, con las puntas teñidas de rosa, resaltando el intenso castaño de sus ojos. Era tan hermosa que era absurdo. Parecía que la hubieran retocado digitalmente, cómo a las actrices y a las modelos de las revistas.

Fui a arrancar las flechas de la diana y me acerqué a ella, comenzando a enfundar mi arco.

—Podría haber vuelto a casa andando. No hacía falta que vinieras a por mí—le dije, colgándome la funda al hombro.

Pegó un brinco, saltando de la valla y colocándose a mi lado. Se encogió de hombros, dándome un pequeño empujón cariñoso.

—Me he levantado pronto y he pensado “¿por qué no?”—me explicó, muy animada para ser las siete de la mañana.

Nos conocíamos desde hacía casi cuatro años y no era habitual que estuviera tan alegre si le había tocado madrugar. El recuerdo de la primera vez que la vi estaba siempre vívido en mis recuerdos, a pesar de que no ocurrió nada fuera de lo común: fue en nuestro primer día de universidad. Yo acababa de llegar al campus, estaba nerviosa y no tenía ni idea de donde estaba nada. Vi a Harmony sentada en un banco, con un pie encima de la madera y el otro en el suelo, con la espalda apoyada en el reposabrazos. Me llamó la atención su posición espatarrada, considerando que, por el resto de su apariencia, parecía la típica niña pija de casa de bien. Fue, sin embargo, su halo desenfadado y su belleza lo que me hicieron pensar que era mucho mayor que yo. En ese momento, ella leía *Las troyanas* de Eurípides de forma distraída y fue lo que me hizo decidirme a acercarme al final.

—Oye—le dije, algo insegura—, ¿podrías ayudarme? No tengo ni idea de donde está esto.

Le cedí el papel donde estaba apuntada el aula de mi primera clase y ella le echó una ojeada, para luego alzar su mirada celeste hacia mí. Se quedó observándome, igual que si acabara de quedarse congelada. Yo empecé a inquietarme a medida que pasaban los segundos y no decía una palabra, y no porque hubiera hostilidad en sus ojos, sino porque no podía distinguir qué sentimiento albergaban.

Estaba empezando a creer que había topado justo con una estudiante de intercambio que no hablaba mi idioma cuando volvió a mirar el papel. Que saliera de aquel extraño trance me hizo sentir algo más tranquila. Puede que hubiera creído reconocerme de algún lugar y hubiera tratado de recordar dónde. Fue lo único que pude sacar como conclusión.

—¿Eres de primero de Español e Historia Antigua? —Preguntó con una vocecita, casi para sí misma.

—Sí—titubeé, colocándome mejor un asa de mi mochila, incómoda.

—Yo también—dijo, después de un breve silencio.

—Oh.

Se levantó del banco y una sonrisa le llenó la expresión. Me pasó un brazo sobre los hombros, atrapándome. Me quedé tan descolocada por su cambio repentino de humor que no fui capaz de pronunciar ni una sola palabra.

—No esperaba conocer a una compañera antes de entrar en clase—me dijo—. Me llamo Harmony Black, ¿y tú?

—Aura Gil—siseé.

—Aura—repitió, contenta—. Encantada de conocerte. Vamos a buscar esa clase juntas, porque la verdad es que yo tampoco tengo ni idea de dónde está.

—Vale—vacilando, siendo ya arrastrada por Harmony.

Antes de que pudiera darme cuenta, habían pasado cuatro años desde ese

primer encuentro, nos habíamos graduado y estábamos viviendo juntas.

Salimos del campo de tiro por una puerta reservada al staff y caminamos por el parking hasta nuestra camioneta-carraca. Se me escapó un suspiro en verla, como cada vez que la observaba y parecía más hecha polvo que el día anterior: tenía el guardabarros aboyado, un retrovisor que se aguantaba con cinta aislante y la pintura descolorida. Mi único consuelo era repetirme que era mejor que nada.

Habría sido un puntazo podernos permitir adquirir otro vehículo, pero Harmony y yo hacíamos malabares para sobrevivir y nos era imposible pensar en comprar otro coche. Ella, justo después de graduarse, encontró trabajo en una galería de arte en el centro de la ciudad. Como era la más nueva de los trabajadores y se le daba bien, la tenían trabajando como una mula. La galería había absorbido su vida. Desde que trabajaba allí nos veíamos muy poco; solo en los trayectos en coche y alguno que otro desayuno. Echábamos mucho de menos las largas tardes viendo películas en el sofá y las noches de fiesta por la ciudad. Pero necesitábamos el dinero. ¿Quién nos habría dicho que en la universidad se estaba mejor? Nos habríamos echado a reír si alguien nos hubiera advertido tal cosa unos años atrás.

Por mi parte, había encontrado un trabajo en un supermercado 24h, mayoritariamente en el turno nocturno. No era tan glamurosos como el curro de Harmony, pero no estaba demasiado mal pagado. Además, me ganaba un sobresueldo dando clases de tiro con arco algunas tardes. Fue una suerte que los del Club de tiro con arco me contrataran, aunque, modestia aparte, no había mejor opción que yo.

Desde muy pequeña había sentido una atracción magnética hacia el tiro con arco y, al cumplir los siete años, conseguí que mi madre me inscribiera a unas clases después del colegio en el Club. No tardé en descubrir que,

además, tenía un talento innato y con el perfeccionamiento que había adquirido con los años, era toda una experta. Y se me daba bien enseñar, así que fue perfecto para todos. Además, me habían dado permiso para entrenar cuando quisiera, incluso en horas que el Club estaba cerrado, lo cual me venía fantástico para cuando me daba por pensar demasiado. Igual que esa misma mañana. A veces no lo podía evitar.

Harmony parecía animada, pues solo ponía a Bad Gal en los trayectos de coche cuando tenía la autoestima por las nubes. Ambas nos pasamos el rato cantando cada canción de memoria, comentando por enésima vez aquel concierto suyo en Londres al que fuimos hacía unos meses, hasta que llegamos a casa, nuestra pequeña y ajada casa, de tochos y tejado descoloridos y una valla chiquitina enfrente que no evitaría ni la intrusión de un ratón.

El barrio donde vivíamos no estaba muy lejos del Club, pero gracias a que me había ahorrado un rato de caminar de vuelta, podía darme una ducha ligeramente más larga. Mientras estaba bajo el chorro de agua caliente, me di cuenta de lo pacíficos que habían sido esos últimos meses. Mi rutina era un no-parar, pero me sentía de una pieza, un estado mental al que, un par de años atrás, jamás creí que volvería a encontrarme.

Después de morir mi madre en aquel accidente de coche, mi vida se hizo todavía más complicada de lo que ya era. Siempre habíamos estado mi madre y yo solas, sobreviviendo ante la hostilidad de la vida, sin nadie más que la otra. Y, de la noche a la mañana, me quedé sin la única familia que tenía, con una casa vacía y una soledad abrasadora. Por suerte, Harmony estuvo conmigo todo el tiempo de luto, ayudándome cuando apenas creía que podía sostenerme sobre mis pies. Se vino a vivir conmigo y me obligó a redecorar, para que dejara de sentir el fantasma de mi madre por todos lados, y a comer y estudiar cuando no era capaz. De no ser por ella, no podía imaginarme qué

habría sido de mí.

Instintivamente, mi mirada se fue hacia el tatuaje que recorría mi antebrazo izquierdo. En él, se podía leer “ἡ ψυχὴ ἐμὴ”. Esas tres palabras habían sido la única verdadera constante en mi vida. Desde que era muy pequeña, siempre había tenido el mismo sueño recurrente: estaba en un lugar oscuro, en el que no podía alcanzar a ver ni mis manos, y la angustia invadía mi pecho; entonces, sentía unas manos cálidas en mi cara, unas alas enormes que me rodeaban y una voz aterciopelada que me susurraba estas palabras. Al crecer, el sueño fue tomando algo más de forma y a mis veintidós años la voz acudía a mis sueños cada noche, sin falta.

Cuando era pequeña, creía que era mi ángel de la guarda, que me hablaba en una lengua extraña y me consolaba cuando tenía miedo y estaba triste. No fue hasta el instituto, cuando me matriculé, llevada por una extraña fuerza, en la asignatura optativa de griego clásico, que me di cuenta de que esas palabras significaban algo en aquel antiguo idioma: “mi alma”. Debo reconocer que, en enterarme, me emparanoíé con el tema un poco. ¿Un ángel que me susurraba todas las noches “mi alma”? Era, como mínimo, bastante raro. Pero, aunque me hice la bola mental durante un par de semanas, me di cuenta que no tenía demasiado sentido. Había desechado hacía tiempo que fuera mi ángel de la guarda y aquello le daba aún menos credibilidad.

Al poco, surgió mi nueva teoría al respecto: que fuera el recuerdo de una vida pasada. Me había criado en un ambiente de tendencias budistas debido a mi madre, por lo que me parecía la posibilidad más tangible. Era imposible que recordara a la perfección una frase en griego antiguo con una edad que apenas tienes conciencia de ti mismo si no era por eso. Había incluso pensado en visitar algún psicólogo que trabajara con hipnosis de aquellos que había visto en programas de la tele para resolver el entuerto, pero deseché la idea, pues me daba bastante mala espina y la mayoría parecían unos chupa-dinero

y unos engaña-abuelas.

Sabía que, si quería averiguar algo, debía ser por mí misma. Escogí la carrera por la inclinación que tenía hacia esos estudios, pero también con la motivación de encontrar una pista sobre mi sueño, o, al menos, un resquicio que fuera un tobogán hacia una pista. No obstante, pasé cuatro años en la universidad sin encontrar una respuesta a lo que me ocurría. Había adquirido montañas de conocimiento sobre la Grecia antigua y su idioma, pero nada que me sirviera.

A esas alturas, había dejado mi búsqueda; simplemente había aceptado que era un consuelo nocturno, extraño, sí, pero nada más.

Salí de la ducha, me enrollé una toalla en el pelo y me sequé. Una vez puesto el uniforme, me despojé de la toalla y me desenredé el pelo. Secador en mano, me senté en la tapa del váter y con la cabeza agachada, procedí a secarme el pelo. Lo tenía tan largo que esa era la única manera de secarlo de forma eficiente. Me quedé unos minutos allí, viendo como mi melena castaña iba retomando su color claro y mis ondulaciones volvían a aparecer. Cuando estuvo seco, me levanté y me puse frente al espejo. Mi reflejo me observó de vuelta: una mirada gris-verdosa, de ojos grandes y pestañas densas y largas, enmarcada bajo unas cejas finas. El tono cremoso de mi piel se veía más apagado bajo las luces tenues del baño y volvía extraña mi nariz redondeada y pequeña con unas sombras tenues. El reflejo me devolvió una pequeña mueca, apenas sonrisa, curvándose sus labios carnosos y rosados: mi rostro había recuperado algo de luz. Durante un tiempo mis mofletes habían estado hundidos y mis parpados hundidos, pero ahora volvía a parecer la misma de siempre. Lo cual, hacía que acarrear a mi pequeña cruz otra vez.

Desde que comprendí de chiquitita lo que era la belleza, comprendí que yo poseía bastante de esta en cada faceta de mi aspecto. Con los años, y con la edad, ese atractivo se había hecho más visible. Siempre había estado

bastante contenta con mi físico, pero no le había dado demasiada importancia. Mi madre me había educado para cultivar la mente, aunque fuera exuberante en el exterior y había seguido esa regla a rajatabla. Más motivos para seguir esa regla me la habían dado mis malas experiencias en el instituto. Había sido acechada, vitoreada y tratada como un cacho de carne infinita de veces por los imbéciles que plagaban los pasillos del instituto y las calles de la ciudad. Cuando me sucedía, sacaba a relucir mi mal genio, cortesía de la casa solo ofrecida a los más capullos: unos retrocedían y otros parecía gustarles más que les rechazara, como si estuviera haciéndome la difícil o vete a saber qué tontería debían pensarse. Al final, los más insistentes, se habían acabado llevando un buen puñetazo.

Una vez limpia y lista, recogí mi bolso de mi habitación y bajé al salón, donde me esperaba Harmony. Volvimos a meternos en el coche y me llevó hasta el centro de la ciudad, donde se encontraba el Setco, el supermercado donde trabajaba. Como solo teníamos un coche y los autobuses de Southampton eran una locura, nos turnábamos para llevarnos y traernos constantemente.

Le deseé un buen día, nos despedimos y salí del coche, poniendo mis pies en el parking frente al supermercado. Rodeé el edificio y entré por la puerta trasera para trabajadores. Atravesé un pasillo donde se encontraba el almacén hasta llegar al pequeño vestidor. Guardé mi bolso dentro de una taquilla y le cerré, asegurándola con mi código.

Me dirigí hacia el supermercado, atravesando una última puerta y anduve hasta la caja. Allí, había un chico sentado, quien solo llevaba la camiseta del uniforme, que dejaba ver casi al completo su brazo izquierdo, lleno de tatuajes, y había substituido los pantalones por unos tejanos negros rasgados

y las zapatillas reglamentarias por unas botas militares también oscuras. Llevaba su melena azabache recogida en un pequeño moño mal hecho y movía ligeramente la cabeza al son de la música que sonaba en sus auriculares. En percatarse de mi presencia, sus ojos castaños se clavaron en mí y sus finas facciones se iluminaron con una sonrisa burlona. Se quitó los auriculares cuando me apoyé en la mesa de caja, justo a su lado.

—Buenos días, florecita —me dijo An.

—Dime florecita otra vez y te clavaré una flecha a traición cuando menos lo esperes—le advertí, siguiendo su tono burlón.

—Vale, vale—levantó las manos en signo de tegua—. Cuánta violencia de buena mañana.

An había sido mi compañero durante cada turno que había tenido durante al año que llevaba trabajando allí. Desde el principio habíamos tenido una conexión muy fuerte que había hecho que, casi de forma instantánea, fuéramos amigos. No tardamos nada en darnos cuenta que éramos como dos caras de la misma moneada. A parte de Harmony, An era mi mejor amigo, y ambos, mi familia adoptiva.

—¿Preparada para un emocionante, trepidante, excitante y maravilloso día de trabajo? —Profirió con teatralidad, gesticulando con las manos.

—Siempre—resoplé, echando la cabeza para atrás.

An rio y saltó de la mesa, sacando un pequeño manojito de llaves del bolsillo de sus pantalones, y fue a abrir la puerta principal. Se giró hacia mí y extendió los brazos, lanzándome una mirada pícaro, como diciendo “pues aquí lo tienes”.

Los días se me pasaban realmente rápidos últimamente. Antes de que pudiera darme cuenta, estaba metida en la cama, sintiendo el cansancio

pensando en mis piernas y mis brazos y emborronando mis pensamientos.

Y, tal y como si la oscuridad me absorbiera con una pausada parsimonia, volvía a estar allí: un lugar oscuro y abrasador. El calor hacía que mi piel ardiera y me costaba respirar. El suelo en el que estaba sentada era árido y mis muñecas dolían; algo las estrechaba. Pero, de aquella nada tenebrosa, aparecía la voz:

— Ἡ ψυχὴ ἐμὴ —susurraba con una alegría aguada por una evidente desesperación.

Unas manos cálidas me tocaban la cara y la agonía que zarandeaba mis miembros desaparecía, cada noche, cada vez que me alcanzaba, y me daba fuerzas, fuera quien fuera.

Alcancé a escuchar un sonido discordante en la lejanía. A cada segundo que pasaba, se iba acercando más y más, haciendo que mi mosqueo incrementara con la misma rapidez, hasta que lo reconocí.

De la misma forma que si hubieran explotado de golpe y a mala leche la burbuja en la que estaba metida, abrí los ojos con esfuerzo y me medio recosté en la cama. Agarré mi móvil de la mesilla y miré la hora, escapándoseme un grito ahogado.

—Mierda.

En veinte minutos tenía que estar en el Club dando clase a los niños y llegaba muy tarde. Muy tarde. Y por colmo estaba sin coche.

Pegué un brinco de la cama, en busca del primer chándal que encontrara y mis zapatillas de deporte. Me recogí el pelo en una coleta y agarré mi arco y bolso, para a continuación lanzarme fuera de mi habitación y bajar las escaleras a toda prisa. Fui a la cocina en busca de una botella de agua de la nevera y salí como una bala por la puerta de entrada -la cual casi olvido

cerrar- y me eché a correr calle abajo.

Los días que daba clase en el Club no tenía a Harmony para llevarme, pues entraba a trabajar mucho antes de la hora que empezaba mi clase, así que debía andar hasta allí. Excepto hoy, que de la maratón que me iba a echar iba a dejar a Filípides como un lentorro.

Llegué al Club creyendo que iba a echar el higadillo por la boca, pero llegaba justa para no comenzar la clase tarde. Mariah, la secretaria, me saludó con una risita al verme entrar y yo solté un saludo de vuelta que terminó siendo una especie de quejido de animal herido.

Entré en los vestidores y dejé rápidamente mi bolso en una taquilla. Salí acelerada del lugar, en busca del material para las clases que Ronald, uno de los administradores del Club, me había avisado que me dejaría en una esquina al lado de la puerta de los vestidores. Y, justo al salir, casi me topo con un chaval, al que no me dio ni por mirar de lo acelerada que iba. Al apartarse, tumbó el material. ¿Qué más podía pasarme hoy?

—Joder—espeté, preocupada de que algo se hubiera roto.

Me agaché a recoger las flechas que se habían desparramado, pasando olímpicamente del chico.

—Deberías ir con más cuidado —espeté.

—Perdona —le escuché decir con una vocecita y vi que hacía ademán de ayudarme.

—Déjalo, déjalo. Ya lo hago yo —le ahuyenté con un gesto, sin intención de ser borde, pero demasiado estresada para ser delicada—. Soy del staff. Es mi trabajo.

Agarré el material y me fui directa al campo de tiro, dejando al chico atrás. Un poco alejados de la zona de clientes, en lo alto de la diminuta colina sobre la que estaba construido el Club, estaban las dianas para dar clase, donde ya me esperaban mis siete alumnos; la mayoría no superaban los doce

años.

—Buenas tardes, chicos—dije, colocándome una sonrisa en los labios.

—Hola, Aura—contestaron con cierta aleatoriedad.

—Espero que tengáis las pilas cargadas —solté las cosas en el suelo y cambié mi sonrisa a una falsamente maligna— porque hoy os voy a meter caña.

Se escuchó un quejido general y yo puse los brazos en asa, colocando mis puños en mis caderas.

—¡Será posible! Vuestros padres no pagan vuestras clases para que vagueéis, así que pillad un arco y unas flechas y al lío.

Lo cierto es que adoraba dar clase. Me enorgullecía ver las caras de concentración de mis alumnos y sus celebraciones cada vez que mejoraban su tiro. El tiro con arco no era un deporte que tuviera demasiado éxito entre los jóvenes y me alegraba cada vez que uno de esos polluelos se interesaba por aprenderlo.

Estaba ayudando a Carol, una de mis alumnas más recientes, a mejorar su postura al disparar, cuando me percaté que en la zona de los adultos se estaban produciendo un coro de aplausos y ovaciones. Cuando levanté la vista del arco de Carol, me di cuenta de que mis pupilos también estaban absortos con lo que estaba ocurriendo en la parte baja de la colina y parecían querer acercarse con ferviente ansia.

Atacada por la curiosidad, me volví y entendí la razón por la que todo el Club acababa de revolucionarse: en la pista de los adultos, había un chico que estaba dando de lleno en el centro de la diana cada vez que tiraba, y a una distancia considerable.

Me extrañó. Conocía a cada genio del tiro con arco de la zona y estaba al

día de los campeones mundiales, pero no había visto jamás a aquel chico. Estaba algo lejos y no podía discernirle demasiado bien, pero estaba segura que no le había visto antes.

—Aura, Aura —me llamó la atención George, tirándome de la camiseta—. Tienes que retarle.

—¿Qué? —Dije, riendo.

—¡Sí! —Exclamó Anna, colocándose a nuestro lado y mirándome con sus ojitos azules tintineantes, juntando las manos en forma de súplica—. Porfi, porfi.

—¡Será alucinante! ¡Por favor! —Se añadió Peter.

El resto de mis alumnos empezaron a rodearme y a corear mi nombre, haciendo presión social y suspiré, pidiendo que se calmaran. No me quedaba otra que ceder.

—Está bien, está bien —acepté, entornando los ojos.

Todos lo celebraron y me siguieron como un rebaño de cabras cuando me dirigí hacia la pista de los adultos. Me hice paso entre las personas que rodeaban al chico y mis alumnos se quedaron allí, expectantes.

En verle, me reafirmé en que no le había visto antes. Era suficiente llamativo como para que le recordara si simplemente le hubiera visto por la calle. Era el típico chaval por el que las chicas pierden el culo en el instituto: alto, musculoso, con una melena ondulada y dorada recogida en una pequeña coleta y facciones angelicales, y un plus por ser deportista. No me gustaba hacer suposiciones por adelantado, pero todos los tíos que había conocido con esas características eran unos capullos integrales. No obstante, solo por su maestría merecía mi respeto. Y, a pesar de todo, algo en él se me antojaba familiar.

Me acerqué hasta el chaval, que acababa de recoger las flechas que había lanzado y volvía a su posición. En verme, se detuvo en seco, y sus ojos se

abrieron de par en par, como si acabara de ver un fantasma. Fruncí el ceño ante su reacción, sintiéndome ciertamente ofendida: ¿era por mi aspecto? ¿Es que no había visto nunca a una tía sudada, despeinada y en chándal? “Vaya cruz”, pensé.

Acabó acercándoseme, sin dejar de parecer trastocado. Me miró con cierta reticencia, pero pude distinguir el intenso color verde de sus ojos y la verdadera perfección de su cara. No era ni medio normal; los modelos *photoshpeados* de las revistas parecían chicos normales a su lado.

—Hola—dije, con ganas de terminar con aquello lo antes posible—. Me llamo Aura, soy profesora del Club. Mis alumnos se han puesto pesados con que te rete y en fin... ¿Te importaría si lanzamos unas cuantas flechas para que se calmen? Necesito continuar la clase.

Él siguió examinándome con atención, igual que si se le acabara de aparecer la Virgen María delante de sus morros. Fuera cual fuera la razón de su estupor, me mosqueaba y mis ganas de enviarle a la mierda y largarme estaban creciendo como la espuma en mi fuero interno a una velocidad peligrosa.

—¿Y bien? —Pregunté, empezando a cabrearme. No tenía el día para aguantar tonterías.

Asintió, apenas. Contuve un resoplo y cogí una de las flechas que había dejado en el carcaj.

—¿Quién tira primero? ¿Tú o yo? —Le cuestioné.

—Tú.

“Vaya, pero si habla”, pensé. Me puse en posición y preparé mi tiro. Los arqueros habituales del Club me dedicaron una ovación y escuché voces aclamando mi nombre. Esboqué una leve sonrisa, tiré de la cuerda y solté, propulsando la flecha a través del aire. Esta se clavó en el centro de la diana, que fue precedida por un fuerte aplauso y vitoreo por parte de nuestro

público. Me volví hacia el chico y le cedí el puesto. Cuando se colocó y tiró de la cuerda de su arco, escuché a dos chicas detrás de mí hablar sobre los músculos de sus brazos.

Suspiré y me crucé de brazos. Lo que yo decía...

Observando su preparación, me percaté de la perfección de su postura. Fuera quien fuera, estaba claro que no era ningún novato. Además, su arco era una verdadera pieza de arte, posesión que solo un verdadero arquero de corazón tendría: era dorado y absorbía los rayos de sol, haciéndolo brillar como un diamante ígneo. No obstante, parecía muy ligero y la cuerda, de un color más oscuro, parecía realmente resistente. En el arco había una serie de grabados que debido a la luz no podía distinguir, pero que fueron lo que más despertó mi curiosidad del objeto. Estaba segura que debía de valer una fortuna. Probablemente, había sido confeccionado por encargo, lo cual me daba a suponer que estaba delante de alguien bastante rico. Sus modales dejaban mucho que desear, sin duda, pero no podía evitar sentir curiosidad hacia él. Me reconcomía el no saber quién tenía delante.

Su flecha se clavó junto a la mía, en el centro de la diana. Me erguí, acercándome a él, quien titubeó una vez más en mirarme.

—¿Cómo te llamas? —Pregunté, con la curiosidad ardiéndome en la garganta.

—Archer —dijo, después de una pausa.

Reí, incrédula. Sus padres o bien tenían un fuerte sentido premonitorio o eran unos bromistas de cuidado. Por un segundo, me planteé que estuviera tomándome el pelo, aunque no vi un ápice de broma en sus facciones, por lo que lo descarté.

—¿Y tú apellido? —Tenía la esperanza de que su apellido me llevara a alguien famoso del mundillo.

Silencio.

—Ese es mi apellido —contestó al poco.

Seguía pareciendo una broma. Suspiré, frotándome la nuca, reuniendo paciencia para continuar con aquel truncado interrogatorio.

—¿Y cuál es tu nombre? —Pregunté, hastiada. — Si no es un secreto de estado.

Inquieto, pareció realmente reticente a contestar. Estrechó su mano alrededor del arco e inspiró con fuerza.

—Eros—murmuró al fin.

—¿En serio? —Solté, sin pensar.

Eros asintió. Su nombre era peculiar de narices. Si hubiera alguien en el mundo del tiro con arco que se llamara o apellidara así, lo sabría, aunque solo fuera por las posibles bromas que se hicieran al respecto.

No supe qué más decir, por lo que opté por continuar con aquella no-competición. Después de que tiro tras tiro ambos diéramos de lleno en la diana, me di cuenta que ambos éramos demasiado buenos y que íbamos a entrar en un bucle de tiros perfectos. Decidí errar un tiro para acabar con aquello. En cuanto mi flecha se clavó en el borde, se escuchó una ovación de decepción. Sonreí para mí misma y me volví hacia Eros, tendiéndole la mano.

—Ha estado bien —le dije con total deportividad.

Él aceptó el gesto, sin decir nada. En tocarle, una sensación cálida se apoderó de mi cuerpo, retrayéndome, sin saber por qué, a la memoria de las manos suaves de mi sueño sobre mi piel, y le solté de golpe. Me agarré la mano, impresionada ante la sensación, y él pareció haberse quedado en trance. Antes de que pudiera decir nada, había desaparecido entre el gentío.

Mis alumnos me rodearon, sacándome de mi anonadamiento, vitoreándome y lanzándome cumplidos. Aun así, yo seguía absorta, mirando en la dirección por la que Eros se había marchado.

Discordancias

Como cada noche allí estaba: en el mismo sueño, esperando entre las tinieblas a los susurros de una voz tranquilizadora. Llegó a mí cómo siempre: anónimo, hablándome con su tono dulce pero turbio, tocándome la cara y rodeándome con sus alas. Yo me entregué a los brazos de aquel desconocido, ansiando el consuelo de su gesto, de la misma forma que lo hacía cada vez. Pero, por primera vez, no era penumbra todo lo que mis ojos alcanzaban a ver. Frente a mí, bajo el subyugo de sus alas, había un rostro de perfectas facciones y dos ojos verdes que me observaban, empañados en lágrimas.

Me desperté al momento, sobresaltada. Recostada, me pasé una mano por la frente, limpiándome unas gotas de sudor que recorrían en abundancia mi frente. Se me escapó un soplo. Era la primera vez que me levantaba de aquel sueño inquieta. Jamás me había producido aquella sensación. Siempre me daba seguridad y calma. Pero en esta ocasión algo había sido diferente. Había podido ver y lo que había visto había sido a Eros Archer.

La primera explicación que me di a mí misma fue que era posible que el haber encontrado a alguien tan certero como yo me hubiera afectado más de lo que creía. Su habilidad debía haber calado hondo en mi subconsciente, alimentado por la curiosidad que sentía hacía aquel chaval poco hablador y extraño.

Decidí que esa era la razón de que mi sueño hubiera variado y se me

hubieran aparecido en mitad de mi peculiar onirismo. Necesitaba dormir unas cuantas horas más para poder rendir en el trabajo, así que no le di más vueltas y volví a dejarme caer sobre la almohada. Pero el sueño no me llegó tan fácil como habría deseado, perturbado por una vocecita en el fondo de mi mente que gritaba algo que no podía descifrar.

Al día siguiente, estaba hecha un estropicio. Lo poco que había conseguido dormir, había dormido mal, y me había levantado con la sensación que una debe tener cuando le pasa por encima una apisonadora destructiva y pesada cómo el mármol del Pentélico. Además, tenía un tenue dolor de cabeza y el estómago algo revuelto, lo suficiente para que no me entrara nada de comer cuando me desperté para ir a trabajar. Y, por si no tenía suficiente, Harmony se había tenido que ir y llevarse el coche porque le habían pedido hacer un turno extra, otra vez. Así que me iba a tocar coger el bus.

De alguna forma inexplicable, llegué a trabajar a tiempo e incluso con algo de margen, además de haber conseguido no quedarme tirada en alguna esquina del bus por el resto del día del sueño que tenía. En la sala del staff me lavé la cara y me puse un poco de maquillaje que había traído, para no asustar a los clientes. No obstante, en cuanto acabé de maquillarme me di cuenta de que parecía un zombi emperifollado.

—Tienes una cara de mierda que no te la aguantas —me dijo An, a quien había encontrado aun rondando por los vestuarios. Cuando yo llegaba, él ya solía estar dentro, pues solía hacer más horas que yo en sus turnos.

Le empujé, lanzándole una mirada amenazadora y él se carcajeó, cerrando su taquilla y apoyándose en ella.

—Que me lo repitas cada cinco minutos no va hacer que se me pase,

¿sabes? —espeté, sacando mi bolso de la taquilla.

En cerrar la puerta, An había cambiado su posición, habiéndose colocado en un posado de aire interesante que le hacía parecer un extra de un musical inspirado en los años cincuenta. Suspiré y entroné los ojos.

—Cierto. Pero sé de algo que seguro que sí lo hace —me puso morritos, seduciéndome teatralmente.

—A ver, ¿el qué? —Ladeé la cabeza, poco confiada en la solución que iba a proponer.

—Un café de la cafetería de la esquina, un paseo y una visitita a Raf's House cuando acabemos el turno.

Pero su solución atrapó mi atención. Cerré la taquilla y le miré con toda mi atención, expectante. Raf's House era nuestra tienda de música favorita y la cafetería de la esquina, cercana a Setco, hacía uno de los mejores cafés de la ciudad, pero poca gente lo sabía. Cada vez que salíamos por la ciudad a hacer cualquier cosa, fuera dar un paseo o ir a quejarnos a la compañía telefónica por la mala conexión a Internet que teníamos, acabábamos yendo a aquellos dos sitios por pura inercia. Era como si lo tuviéramos automatizado en nuestro interior.

—Invitas tú al café, supongo, ¿no? —Enarqué una ceja.

Soltó una risa ahogada.

—Mírala ella qué interesada —se cruzó de brazos.

—La última vez invité yo y estoy mucho más pobre que tú. Te toca —protesté.

—Está bien —cabeceó, rindiéndose, aunque sabía del cierto que tenía en mente invitarme desde el principio.

Cuando acabamos nuestro turno a media tarde, fuimos directos a la cafetería. La dueña, que solía atendernos, ya nos conocía después de la infinidad de visitas que habíamos hecho a su negocio y la pasta que nos

habíamos gastado en sus estupendos cafés. Para nuestra sorpresa, aquel día había una chica nueva aquel día, que tenía los típicos nervios de novata dibujados en la cara. An y yo nos acercamos a ella con mucha amabilidad, entendiendo perfectamente por lo que estaba pasando. An se pidió un moca y soltó una risita burlona cuando yo me pedí uno doble, por lo que se llevó el segundo empujón del día.

—Qué los disfrutéis, parejita —dijo el dependiente en darnos los cafés para llevar, con una amplia sonrisa inocente y pareciendo querer devolvernos la amabilidad.

Nuestra gentileza pareció haberle alegrado el turno, así que ambos los tomamos y nos retiramos como si nada, pero en cuanto salimos de la cafetería y nos apartamos del aparador, nos miramos y nos echamos a reír.

—¿Debería empezar a llamarte churri? —Bromeó An, tronchado de la risa.

—Si lo haces, yo empezaré a llamarte Anthony—contrataqué, sabiendo perfectamente que An odiaba su nombre completo.

No era la primera vez que nos tomaban por una pareja. Al principio me molestaba que la gente asumiera que éramos más que amigos solo porque fuéramos un chico y una chica, pero con el tiempo me empezó a hacer gracia. Y, es que, en el fondo, no podía culparles. An y yo teníamos una complicidad que podía verse desde lejos, además de que ambos estábamos tallados de la misma madera.

Cuando entré a trabajar, la jefa me lo presentó a él como uno de sus trabajadores más veteranos. Ya entonces se ponía el uniforme como le daba la gana y recuerdo que me sorprendía, pues por mi experiencia, saltarte el código de vestimenta continuamente era ganarte un despido a pulso. Pero él parecía ser una excepción a esa cláusula.

Él se encargó de supervisarme y enseñarme los primeros días. Cada vez

que le veía, llevaba una camiseta de un grupo diferente, que podía oscilar entre un grupo del metal más oscuro al rock más clásico y pasteloso. La mayoría me gustaban y quería hacerle un comentario al respecto, pero no le conocía lo suficiente como para salirme de las formalidades. No obstante, el último día que le tenía de supervisor, llevaba una camiseta de The Mussar, mi grupo favorito, así que no pude evitar callarme y tuve que hacerle un comentario al respecto. Él pareció gratamente complacido de ello, por lo que acabamos entablando conversación sobre nuestros gustos musicales y ahí se puede decir que comenzó todo. El resto de nuestras avenencias fueron surgiendo después, creando un vínculo muy sólido entre ambos. Estaba convencida de que An era el tipo de amigo que daría la vida por proteger a los suyos, a toda costa.

Pasamos la tarde caminando por la ciudad, hablando, aprovechando un rato que por fin teníamos tiempo libre. Nos detuvimos en algún que otro escaparate e hicimos una parada en la librería favorita de An, donde supe, a decir por el brillo en sus ojos, que iba a salir con una pila de libros. Mientras le esperaba, tratando de no mirar nada por temor a encapricharme con absolutamente todo, me quedé observándole leer la contraportada de un libro que acababa de coger de una estantería. Mi mente divagó entonces hasta lo que había dicho la dependienta de la cafetería.

Ojalá pudiera enamorarme de alguien que fuera como An, pero sabía que no podía. Y no era porque rechazara la idea del amor; simplemente, era incapaz. Jamás había sentido nada así por nadie. Cuando era más joven, era una cuestión que me perturbaba: veía a las demás personas de mi alrededor enamorarse, tener relaciones o rollos, y yo no sentía nada, no físico ni emocional. Podía mirar a la persona más atractiva del instituto o con la más inteligente e interesante de la universidad y me dejaba totalmente fría en ese sentido. Durante mucho tiempo me agobiaba porque me sentía desplazada y

como si estuviera carente de una pieza fundamental, pero después acepté que yo era así y que no debía torturarme por ello. Aunque, a veces, seguía acosándome una melancolía extraña, un anhelo de algo que jamás había sentido. Puede que el que Harmony me hubiera hecho ver tantas películas románticas me hubiera afectado.

La tarde, como era de esperar, derivó a que acabáramos en Raf's House. El dueño de la tienda, en vernos entrar, ya nos saludaba como si nos conociera de toda la vida de las veces que nos pasábamos por allí.

Estaba distraída mirando los CD de rock internacional, pues no me costaba tanto rechazar la idea de comprar música como la de comprar un libro, cuando sentí la mano de An en mi hombro. Me giré de inmediato, encontrándole mirándome, con una sonrisa pícara en sus labios y las manos escondidas en la espalda.

—¿Qué has hecho? —Espeté, temiéndomelo.

—Primero debes prometerme que no te enfadarás —dijo en tono infantil.

—An —solté, advirtiéndole con la mirada.

Traté de alcanzar su brazo para revelar que tenía, pero él se echó hacia atrás, casi chocando con unas sudaderas de grupos que había en un perchero de metal, fuera de mi alcance. Me percaté de que el dependiente nos miraba con disimulo, pero tenía una sonrisa divertida que demostraba que él sabía que escondía An.

—Promételo y te lo doy —juró.

—No.

An resopló, pegando botecitos como un niño pequeño, e hizo pucheros. Parecía querer avergonzarme para que cediera.

—Eres una aguafiestas —lloriqueó y cabeceó—. Está bien —se rindió, suspirando.

Descubrió lo que tenía escondido detrás de sí, mostrándome qué era.

Proferí un jadeo ahogado en ver el último disco de The Mussar en vinilo.

—Para ti—me dijo, como si me hubiera comprado una tontería de nada.

—Qué dices... —Proferí, cogiéndolo con máxima delicadeza — Te has pasado muchísimo.

—Es solo un regalito para que te animes.

—¿Solo un regalito? —Repetí, agudizando la voz una octava, mirando la portada del disco, aún sin poder creerlo. — Un regalazo, querrás decir.

Se encogió de hombros, y me percaté de que su sonrisa se ensanchaba. Clavé mi mirada en él. Le conocía lo suficiente para saber que esa mueca no era de satisfacción por mi reacción. Había algo más.

—¿Qué más has hecho? —Le inquirí.

—Saca el vinilo.

A prisa, pero sin dejar de ser cuidadosa, saqué el vinilo. En deslizarlo un poco fuera de la funda, algo se deslizó a su vez, cayendo al suelo. Volví a meter el vinilo dentro y me agaché para coger lo que parecía ser un sobre vacío, a decir por lo ligero que me resultó. Sujeté el vinilo bajo mi brazo y abrí el sobre.

En cuando vislumbré lo que era, lo cerré rápidamente y lo estreché contra mi pecho. Tuve que tomar una bocanada de aire antes de decir nada.

—Definitivamente, voy a matarte —dije, susurrante—. ¿Te has vuelto loco? No puedo aceptar esto.

Hizo morritos una vez más.

—Pero entonces iré solo —se quejó con voz tristonera.

—Es demasiado, An. No me jodas. Solo quería que me invitaras a un café.

—Llevas días por los suelos. Necesitabas terapia de choque.

—*Me cago en tu vida* —murmuré, volviendo a abrir el sobre.

—Eh —espetó, ofendido, pero con una risita—. Qué lo he entendido.

Por fin me atreví a sacar el contenido del sobre. Observé, sin poder creerlo, la entrada de The Mussar en mis manos. Era para el concierto que iban a dar allí, en Southampton, el día cinco de octubre.

—Sabía que querías ir pero que no ibas a comprártela tú por no gastar — me explicó—. Y yo quiero ir contigo y no podíamos perdernos esta oportunidad de verlos, así que está era la única solución.

Estuve unos segundos en silencio, diluyéndose el shock y filtrándose la emoción dentro de mí. Embargada por la emotividad, volví a sostener el disco con una mano y me acerqué a An para darle un abrazo de oso, para el cual tenía que ponerme de puntillas para llegar a rodear su cuello.

—Eres el mejor.

El rio, correspondiéndome el abrazo.

—Lo sé.

Con el comienzo del nuevo curso escolar y, con ello, las clases extraescolares, mi grupo de alumnos había crecido ligeramente esos días. Mike Towers, el gestor del Club, me había llamado a su despacho unos días atrás para comentarme que más chavales se habían inscrito a las clases, y que mis alumnos ahora eran demasiados como para enseñarles a todos a la vez. Así que se había visto obligado a dividir a los chicos en dos grupos, según la edad, y me ofreció ocuparme de todas las clases. Yo acepté sin dudar, sabiendo que, además de un sueldo extra, me daba una excusa para pasar más tiempo en el Club.

A aquellas horas de la tarde el verano parecía haber dado paso ya al otoño y agradecía que el calor se hubiera desvanecido. Odiaba cuando intentaba tirar y me sudaban las manos.

La clase había acabado un poco pronto y tenía por lo menos un cuarto de hora antes de que Harmony me pasara a recoger para dejarla yo en casa e irme directamente a Setco, a empezar mi habitual turno de noche. Decidí hacer unos cuantos disparos mientras esperaba.

Estaba preparándome para lanzar una flecha cuando me percaté de que alguien se aproximaba a mí desde la zona de los adultos. Destensé el arco y me volví, curiosa de que alguien subiera a aquella zona a esas horas, creyendo que podía ser alguien del Staff que venía a hablar conmigo.

Eros detuvo un instante sus pasos ante mi mirada, pareciendo como si le hubiera sorprendido que me girara, pero enseguida continuó acercándoseme. Había pasado una semana desde nuestra competición improvisada y él había desaparecido como si de una sombra en la noche se tratara. No volví a verle por el Club, ni nadie de allí. Después de lo ocurrido, movida por la curiosidad, incluso le pregunté a Mariah por él, pero ella tampoco sabía nada. Eros se había convertido en el centro de las conversaciones del Club durante los días posteriores a su aparición y parecía ser un misterio para todos.

—Hola —me dijo, con un rayo de timidez en la voz—. Perdona. No quería interrumpirte.

—No importa. Estaba terminando ya de todas formas.

Frunció los labios, reteniendo unas palabras parecía querer decir, pero no era capaz. Yo arrugué el ceño con levedad, incomoda ante su silencio.

—¿Querías algo? —Pregunté, tratando de ser paciente.

—Oh, sí —se frotó la nuca, incrementando su aspecto inseguro—. Quería pedirte perdón por tirar aquel cubo de material el otro día.

Tuve que recapitular para saber a qué se refería. Me pasaban demasiadas chapuzas al día, definitivamente. Si tuviera que hacer una lista mental con cada una, me volvería loca. Lo que no se rompía en casa, se partía en Setco y, si mi día parecía libre de problemas, alguien se torcía el pie en el Club.

—Vale —reí, en caer—. Ya me acuerdo.

Era el chico que me tiró el material el día que había tenido que correr de mi casa al Club porque me había dormido. Si no me lo hubiera dicho, jamás habría pensado en Eros como culpable. Parecía de todo menos torpe.

—No te preocupes por eso. Aunque, si mal no recuerdo, ya me pediste perdón en el momento.

—Es cierto, pero —titubeó— quería hacerlo de nuevo.

—Está bien —me encogí de hombros un poco, sin saber muy bien cómo llevar aquel encuentro—. Estás perdonado, supongo.

Volvió a flotar un silencio incomodo entre nosotros. Estaba esperando que se despidiera, pero Eros parecía no tener ninguna intención de irse. Casi podía ver como su mente buscaba algo que decir para no tener que retirarse. Le recé a todos mis desconocidos ancestros para que no se pusiera a ligar conmigo.

—¿Trabajas aquí? —Preguntó al fin.

No íbamos bien. Estaba buscando conversación típica y tópica.

—Sí —suspiré—. Te lo dije, ¿te acuerdas? Cuando se cayó el material.

—Es verdad —murmuró.

Vaya marrón estaba a punto de caerme. Lo estaba viendo venir.

—¿Y no compites en torneos?

—No tengo tiempo para torneos, la verdad —respondí, sonando más cortante de lo que pretendía.

Eros pareció notar la dureza en mi tono de voz. Me di cuenta entonces de que estaba enfocando mal aquella conversación. Después de la competición, aquel chico había desaparecido, y ahora, por arte de magia, se había dejado ver, justo a la hora en la que estaba yo. Llevaba dos semanas muerta de curiosidad por saber quién era ese arquero prodigioso aparecido de la nada y ahora tenía la oportunidad de saberlo. Sus intenciones, fueran las que fueran,

no eran relevantes tal y como estaba yendo la conversación.

Dejé la flecha en un cubo cercano y apoyé mi arco en el suelo. Era la hora de las preguntas. De mis preguntas.

—¿Y tú? ¿Compites?

Negó con la cabeza.

—¿Y por qué no? Lo ganarías todo.

—No me interesan los torneos.

Podría haber sido perfectamente la respuesta de un arquero vanidoso, pero en sus ojos no había una pizca de soberbia.

—Pues al menos debes ser hijo o alumno de alguien celebre del mundillo. Esa técnica que tienes no se puede explicar de otra forma.

Eros suspiró. Estaba inquieto por mi interrogatorio. Puede que estuviera arrepintiéndose de no haberse marchado cuando podía.

—Lo cierto es que no.

—¿Estás diciendo que has aprendido tu solo? —Reí, incrédula.

Encogió los hombros con levedad, más bien recluyéndose en sí mismo.

—Uno de mis primos me enseñó.

—¿Y quién es tu primo? —Estaba siendo muy insistente, era consciente, pero necesitaba saber de dónde provenía esa maestría.

—Nadie conocido.

—Quién supongo que no es de por aquí. Si hubiera pasado alguien así por el Club, le recordaría, seguro.

—Está en Francia ahora, creo.

—¿Crees? —Enarqué una ceja.

Asintió, dejando ir un leve suspiro. Noté que un sentimiento extraño cruzaba su mirada; me pareció rabia contenida.

—No tengo mucha relación con mi familia.

Apreté la mandíbula ante sus palabras. La había jodido. Su reticencia al

hablar debía estar relacionada con su distanciamiento familiar.

—Lo siento —fue lo único que pude decir.

Debía haber adivinado que era un pobre desamparado cuando había mencionado a su familia. Él profirió una mueca torcida, en señal de aceptar la disculpa, pero obviamente removido por dentro. Me di cuenta enseguida que me había equivocado por completo con él el día de la competición. Seguía sin comprender muy bien su comportamiento, no obstante, ahora todo lo que veía en Eros era a un niño inocente y roto. Sabía demasiado bien lo que eso era como para no reconocerlo si lo tenía delante.

Fue en ese instante, viendo la pesadumbre en sus ojos, que una súbita electricidad me recorrió de pies a cabeza y me corazón se aceleró de repente. Mi sueño de hacia unas noches me vino a la cabeza y casi pude sentir el tacto de aquel visitante nocturno en mi cara.

—Nos conocemos de antes, ¿por casualidad?

Mi pregunta pareció ponerlo en alerta. Se puso tenso y pareció querer echar a correr, lo cual pareció alimentar la sensación que se extendía por mi cuerpo. Su cara, de forma súbita, me había resultado mucho más familiar que la primera vez que nos vimos. Y no era porqué le hubiera visto en mi sueño que me sonaba tanto. Debía tratarse de algo distinto. La certeza de que había estado equivocada, de que sí le había visto en alguna parte antes, estaba devorándome cual hoguera. El cuándo y el dónde se me escapaban como si fueran de humo y tratara de atraparlos con mis manos.

Escuché unos pasos acelerados viniendo hacia a nosotros y me volví hacia el sonido. Harmony estaba viniendo a zancadas hacia nosotros, cual liebre apresurada. A decir por su ceño fruncido, una expresión poco habitual en ella, debía haber ocurrido algo tremendo.

Esperé que interceptara la conversación y me metiera prisa para irnos de allí y poder explicarme lo ocurrido, pero no fue eso lo que pasó. Se plantó

frente a nosotros y fijó sus ojos embravecidos en Eros, quien se retiró un paso en verla.

—¿Qué haces aquí? —Le increpó con una brutalidad que jamás había visto en Harmony.

—Harmon... —Empezó a decir Eros, que de repente parecía un kuros de lo rígido que estaba.

—Cállate —le cortó, brusca—. ¿Qué haces aquí?

—Yo...

—Cállate —volvió a decirle, cortándole de nuevo—. Mejor ni me lo digas.

No cabía en mi estupor: Harmony conocía a Eros y parecía que iba a romperle los dientes de un puñetazo en cualquier momento.

—No es lo que crees —balbuceó él.

—¡Y una mierda no es lo que creo! ¿Me tomas por tonta? —Le regañó.

—¿Podemos hablar en otro sitio —pidió él, pareciendo querer poner paz, mirándome de reojo por un instante—, por favor?

Harmony se lo quedó mirando por un largo momento con mirada asesina. Luego, se volvió hacia mí.

—Toma —dijo, sin poder disimular la tensión de sus facciones y me dio las llaves del coche—. Ya volveré a casa como sea. Parece que tengo que hablar con este —escupió, devolviendo su mirada a Eros.

—Pero Harmony...—Titubeé, descolocada— ¿Estás segura?

—Sí. Mañana nos vemos.

Abrí la boca para decir cualquier balbuceo, pero preferí guardarme de ello. La tensión estaba sobrevolando nuestras cabezas y empezaba a pesarme. Si me quedaba allí, iba a salpicarme lo que fuera que estaba a punto de estallar, además de que parecía no ser de mi absoluta incumbencia. Así, silenciosa y precavida, recogí mi arco y mis flechas y me retiré. Eros pareció

querer despedirse de mí, pero por Harmony, quien seguía atravesándole con la mirada, optó por ser igual de sensato que yo y no abrir la boca.

Ahora yo, cual kore, bajé la colina, procesado la escena surrealista que acaba de ocurrir frente a mí. Recogí mis cosas en los vestidores y me fui a por el coche. Pasé por casa a dejarlo todo, cambiarme y me fui directa a Setco. Llegaría demasiado pronto, pero no me gustaba estar mucho tiempo sola en casa si no me iba directa a dormir.

Ansiosa por saber qué demonios estaba ocurriendo con Eros, aproveché mi descanso nocturno para sentarme en el bordillo frente al supermercado y llamar a Harmony, con la esperanza de que me lo cogiera.

—Aura —contestó al después del primer pitido—, hola.

Su voz sonaba extraña, despojada de su habitual vitalidad. Me puso el bello de punta.

—Harmony, ¿qué ha pasado? ¿De qué conoces a Eros?

Silencio de nuevo. Parecía el día de Todos los Santos con tanta falta de palabras. Estaba empezando a inquietarme.

—Eros es mi primo.

—¿Qué?

La cabeza estaba a punto de estallarme. Lo que Eros me había dicho unas horas antes sobre su familia apareció en mi mente como un neón parpadeante.

—¿Por qué nunca me has hablado de él? Tienes un genio del arco como primo, ¿y no me lo habías contado?

—Hacía años que no nos hablábamos —se excusó, flotando una nota de cabreo en su tono.

—¿Y eso?

Resopló al otro lado de la línea y oí un sonido ahogado, como si se hubiera tirado en la cama.

Harmony jamás me había hablado demasiado de su familia. Según ella,

sus hermanos eran una panda de retorcidos y egocéntricos, su madre una demente y su padre un asqueroso misógino. Del resto, tíos y primos, decía más de lo mismo. Pero Eros no me había parecido nada de eso.

—Ya lo sabes. Nuestra familia es lo peor.

—Pero parecías especialmente cabreada con él. Tiene que haber pasado algún mal rollo entre vosotros.

—No te diré que no, pero... —Se detuvo. — La verdad es que no me gusta hablar de eso. Ahora ya hemos hablado y está todo bien.

—Bueno —suspiré. No quería presionar a nadie más para que hablara. Con una liada por día tenía suficiente—. Ya sabes que puedes contarme lo que sea, cuando quieras.

—Lo sé —murmuró.

—¿Seguro que estás bien? ¿Quieres que te lleve unas cookies para desayunar?

—Estoy bien, aunque —rio— no le diré que no a las cookies.

Reí y me atusé el pelo. Era un poco frustrante estar al margen de todo aquello, pero los trapos sucios familiares es lo que tienen: se quedan en familia. Con saber que Harmony estaba bien ya me bastaba.

—Tengo que volver ya —dije—. Nos vemos mañana, ¿vale?

—Vale. Que vaya bien el turno.

Colgué y me levanté, volviendo al interior.

Aún era de noche cuando mi turno acabó. Se notaba ya que las noches estaban haciéndose más largas.

Me despedí de An en el aparcamiento y me metí en mi coche. Introduje la llave en el contacto, girándola para encender el motor. Hizo su ruido estridente habitual, pero, unos segundos después, se detuvo. Lo volví a

intentar. A veces, con el frío, le costaba.

Después de varios intentos fallidos, el coche se quedó completamente muerto. Daba igual que girara la llave; no se encendía de ninguna forma. Gruñí, frustrada, apoyando la frente sobre el volante.

No podía creer que se me hubiera estropeado el coche. Estaba segura que me iba a costar más dinero arreglarlo que comprarme uno y, sinceramente, no podía permitirme ninguna de las dos cosas.

Decidí que pensaría en ello en otro momento. Ahora debía encontrar la forma de volver a casa. Los autobuses no eran una opción: llegar a mi casa desde allí suponía, al menos, hacer dos transbordos, y a saber cuánto rato tardaría en llegar. Llamar a An tampoco; debía estar conduciendo y no quería hacerle volver a por mí a esas horas. Tampoco quería dormir en la parte trasera del coche hasta que se hiciera de día.

Al final, aunque sabía que no era muy sensato, decidí caminar hasta casa. Iba a tardar por lo menos una hora, pero no iba a tener que importunar a nadie ni gastarme dinero. Me apeé y cerré el coche, emprendiendo mi camino.

Por suerte, aún no hacía demasiado frío y no lo iba a pasar demasiado mal. Además, conocía las calles como la palma de mi mano y me sería fácil acortar el camino por atajos. En aburrirme, conecté los auriculares a mi móvil y me puse música, aunque a un volumen bajo y solo usando uno.

La primera media hora no fue nada del otro mundo. Fue al pasar el rato que comenzó a turbarme la sensación de que alguien me seguía. Opté por quitarme el auricular e irme girando, pero estaba sola en la calle.

Seguí caminando, pensando que era producto de mi imaginación. No obstante, la sensación solo hacía que incrementar. Podía sentir una presencia que me acosaba, cada vez más cerca de mí. Mi pulso estaba disparado y un sudor frío me recorría la nuca. Aceleré mi paso, ansiosa por llegar a casa lo antes posible y con el móvil agarrado en la mano, bloqueado, pero con el

número de emergencias marcado, preparado para llamar, por si acaso.

Y por más que me giraba, que examinaba la calle detrás de mí, no se veía nada sospechoso. En cierto punto, cuando ya estaba planteándome que estaba teniendo un ataque de paranoia, escuché unos pasos de tras de mí, avanzando con una aceleración sobrehumana. Y eso sí que estaba segura que no me lo había imaginado y que algo venía a por mí.

Eché a correr como alma que lleva el diablo, aterrorizada. Los pasos continuaron detrás de mí toda una manzana, hasta llegar a mi barrio, donde cesaron, aunque no me detuve por nada.

No tengo idea de cómo conseguí saltar la valla y poner la llave en la cerradura a la primera, pero lo hice. Entré en casa desesperada, cerrando tras de mí. Una vez dentro, rodeada por el silencio de mi hogar, llenado por mis jadeos ahogados, me dejé caer al suelo, apoyándome en la puerta.

Coincidencias

Otro estruendo.

Sus labios parecían estar llenos de sombras en besarme, bañados en la agria humedad de mis lágrimas. Las plumas de sus alas parecían estrecharme más y era capaz de sentir el temblor que las dominaba. Distinguía sus ojos verdes en la oscuridad, turbios, no por aquel infierno, sino por un dolor ardiente. Apenas llegaba aire a mis pulmones, la piel me quemaba y mi pecho estaba invadido por la impotencia.

—Ἀγαπῶ σε —susurró sin apartarse demasiado de mi boca, su alma completamente rota.

—Ἐγώ...

Antes de que pudiera contestar, algo le apartó de mí a la fuerza. Mi vista estaba borrosa, pero no me fue necesario distinguir nada para saber qué era aquella brutalidad que me lo había arrebatado; en mi interior lo sabía. Y tampoco el mortífero destello empuñado en su mano.

Estrelló la flecha contra su pecho y yo supliqué, desesperada, para que le salvaran de sí mismo.

Algo me cayó encima de la cara. Sobresaltada y desorientada, me lo quité y me senté, jadeando del susto.

—¿Pero qué demonios te pasa?

Harmony estaba frente a mi cama, con el ceño levemente fruncido. Resoplé en percatarme de que las cortinas de mi habitación estaban corridas y que lo que me había caído encima era una almohada que, con toda seguridad, me había tirado ella. Me puse una mano en la frente, cerrando los ojos unos segundos, aún con el pulso acelerado de la pesadilla y el susto.

—Eso debería preguntarte yo —contrataqué, algo mosqueada.

—Tenía que hablar contigo urgentemente —se sentó en el borde de mi cama— y no te levantabas de ninguna forma.

Suspiré, desechando la idea de comentarle que estaba teniendo un sueño horrible, provocado por lo ocurrido la noche anterior, seguramente. El temor permanecía en mis huesos, pero la llegada del día lo había difuminado, haciéndome creer que a lo mejor había sido una imaginación, producto de mi habitual cansancio en esos días. Además, a decir por la expresión consternada de Harmony, preferí dejarla hablar.

—Mi jefe me ha puteado —dejó ir con un resoplo—. ¿Recuerdas que habíamos firmado un contrato con una galería de arte sueca para llevar allí una de nuestras exposiciones? Pues adivina a quien mandan a supervisar.

—No me jodas.

—Sí —gruñó, con los hombros caídos.

—¿Cuánto tiempo? —Pregunté, sintiendo el disgusto crepitando en mi pecho y añadiéndose a la mala sensación que tenía ya de antemano.

—Casi un mes.

—Qué horror —me despojé de las sabanas y me senté junto a ella, atusándome un poco la maraña que debía tener por pelo justo en ese momento.

—Ya lo sé. Me da un palo que no te lo imaginas —se quejó.

Asentí con comprensión, pero que la enviaran a ella tenía lógica. Aunque

no era la más veterana de la galería, sí la más eficiente y capaz. No era la primera vez que la ponían al cargo del traslado de una exposición, pero este viaje era el que más iba a durar de los que había hecho con anterioridad.

No me gustaba demasiado quedarme sola en casa, pero no podía hacer nada más que aceptarlo cuando eran cosas del trabajo de Harmony. Me las apañaría.

Pensando en esto, me vino a la mente un pequeño percance.

—Por cierto... —Titubeé. — Estamos sin coche.

—¿Qué? —Profirió, volviéndose de golpe para mirarme. — ¿Qué papelera has atropellado ya?

—Solo pasó una vez —remugué, hastiada de que siempre sacara el tema—. Y no ha sido culpa mía. Ayer cuando salí de trabajar intenté encenderlo, pero no arrancaba por mucho que lo intentara.

—¿Miraste que tuviera gasolina?

Le lancé una mirada asesina, ofendida. Harmony levantó las manos en señal de paz y rio.

—Vale, vale. Perdona. No me mires así —suspiró, cruzándose de brazos y clavando la mirada en el suelo, pensativa—. Pues nos da para comparar una bici. Una bici sin frenos y, con suerte, con las dos ruedas.

—Lo sé.

No valía la pena ni llevarlo al mecánico; iba a ir directo al desguace. Tenía tantos años que, aunque pudiera repararse lo que fuera que le fallase, si no es que era absolutamente todo, no encontrarían recambio alguno.

—Sacaré un bono de buses para estas semanas y luego ya veremos qué hacemos —era la única solución que tenía—. Y a lo mejor An puede llevarme unas cuantas veces.

—¿Bus? —Bufó, incrédula. — Creo que tengo una idea mejor.

Se levantó y cogió su móvil, que reposaba en mi mesilla. Se quedó

buscando algo en él hasta que se lo llevó al oído y escuché los tonos de llamada.

—¿Harmon...? —Escuché decir al otro lado.

—Tú. Tengo que pedirte un favor.

Enseguida vi lo que pretendía.

—¿A quién has...? —Susurré y ella me alzó un dedo para callarme.

—Nuestro coche ha muerto y Aura necesita que la lleven un par de veces al día a trabajar. Yo tengo que irme dos semanas a Estocolmo, así que te agradecería si pudieras hacerle de chofer —se quedó en silencio, lentamente adoptando una expresión de enfado—. ¿Me has oído?

No capté bien la respuesta, pero pareció afirmativa.

—Bien. Adiós.

Colgó y yo me la quedé mirando, boquiabierto. Me levanté, colocándome frente a Harmony.

—¿A quién has llamado?

—A mi primo.

—¿A Eros? —Exclamé. — ¿Te has vuelto majara? No le conozco apenas.

—¿Y qué? Solo tienes que subirte a su coche y dejar que te lleve —se encogió de hombros.

—Qué es raro. No vas haciéndole estos favores a gente desconocida.

—Ya, pero se lo he pedido yo. Además, me debe un favor enorme.

Resoplé, desecha, y me dejé caer sobre la cama.

—Te odio.

Esa misma noche, Harmony se fue hacia el aeropuerto para tomar el vuelo hacia Suecia. En mi caso, un Range Rover negro se plantó frente a la

puerta de mi casa, para llevarme a trabajar. Era el coche que Harmony me había dicho que tenía Eros, así que en cuanto lo vi a través de la ventana del salón, me apresuré a salir.

Cerré la puerta principal con más lentitud de la habitual y caminé hasta la valla con más aplomo. Odiaba a Harmony por meterme en esas situaciones incómodas. En total, no debía haber hablado con Eros más de diez minutos entre las dos veces que nos habíamos visto y ahora estaría atrapada en su coche cada día. Estaba haciéndome un favor enorme y no quería agradecersele siendo una estatua de mármol en el asiento del copiloto, pero no se me ocurría nada de lo que hablar.

Cuando subí al coche, Eros estaba observándome con suma amabilidad en sus ojos esmeraldinos. Iba muy diferente a las anteriores veces que nos habíamos encontrado. Vestía impecable, con una camisa blanca arremangada hasta la mitad de los brazos y unos pantalones negros de vestir de tiro alto. Supe al momento que esa era la forma en la que vestía de forma habitual; iba acorde con su elegancia natural. En su mirada seguía ocultándose cierta inquietud, pero mucho menor. Yo le ofrecí una sonrisa torcida por el nerviosismo.

—Hola —dije con una vocecita risueña.

—Hola, Aura.

—Gracias por hacerme este favor. Ya sé que es mucho —proferí. Necesitaba darle las gracias o iba a estallar cual palomita.

—No te preocupes. No es nada —sonrió, gentil.

Me puse el cinturón y el silencio se apoderó del coche. Nos miramos, sin decir nada. Cuando empecé a incomodarme, la sonrisa de Eros se convirtió en una risita.

—Necesito saber a dónde tengo que llevarte. Harmony no me lo ha dicho —me explicó con tono suave.

Habría jurado que el coche había sido alcanzado por un tsunami aparecido de la nada por un instante. Durante una milésima de segundo me vi atrapada en una horrible espiral de vértigo, que me condujo a un lugar oscuro, tal y como si de mi sueño se tratara. Escuché aquella voz aterciopelada hablándome al oído, repitiendo las mismas palabras de siempre.

Cuando me repuse y volví a encontrarme en el interior del coche de Eros, me sentía desorientada y con náuseas, pero todo seguía igual. Jadeé, mirando a mi alrededor. Apreté la mandíbula, conteniendo las arcadas, mientras trataba de comprender qué acababa de ocurrir. Mi primer pensamiento fue que me había quedado dormida por un segundo.

—¿Aura?

Me volví de golpe, sobresaltada. Eros me observaba con el ceño fruncido, en señal claro de preocupación.

—¿Te encuentras bien? —Volvió a decir con diligencia.

De no haber estado ya sentada, por seguro que me habría caído. Su voz, la voz de Eros, era aquella que había escuchado en mis sueños cada noche de mi vida. No era parecida; era exactamente la misma. Después de tantos años, podía distinguir, sin dudar, aquel timbre afable. Solo me preguntaba como no me había percatado antes.

—Sí —murmuré.

Él asintió, poco convencido, aunque no se inmutó más al respecto. Yo me quedé mirándole demasiado fijamente, consciente de que lo hacía, y aún así no podía quitarle los ojos de encima después de tal epifanía. Le dije la dirección con una vocecita y él arrancó, pareciendo aliviado de poder evitar mis ojos y concentrar los suyos en la carretera. Yo traté de hacer lo mismo, solo para no parecer que estaba acosándole.

No sabía que hacer con mi breve visión y la información que ahora tenía. Podía ser una coincidencia, pero yo no creía en las coincidencias, ni

remotamente. La voz era algo demasiado singular para que hubiera dos iguales en todo. Pensándolo, mi subconsciente debía haber captado el parecido mucho antes que yo. Podía explicar eso porque había visto sus ojos en mi sueño, cuando jamás había sufrido ningún cambio desde que tenía memoria.

Pero había otras cosas que no podía explicar. El día había sido tan frenético que no había tenido tiempo de pensar en mi último sueño: era totalmente diferente al resto. Yo jamás había hablado en ellos y lo que mi desconocido alado había dicho también era distintivo. “Te quiero”, había dicho.

Mi raciocinio luchaba contra la verdad que rondaba por mi cabeza, que Eros era el visitante nocturno al que siempre me había aferrado. Lo que no podía saber era cómo eso podía ser cierto, aunque tuviera esa fuerte sensación en mi pecho.

—No me contestaste al final —dije—, con todo lo que pasó con Harmony.

Frunció el ceño, claramente tratando de recordar a qué pregunta me refería. Eso, o se estaba haciendo el loco.

—Lo siento, pero no alcanzo a recordar qué me preguntaste —afirmó, en tono de disculpa.

—Te pregunté si nos conocíamos de antes.

Eros enmudeció. No hizo ningún gesto extraño que denotara incomodidad o cualquier otro sentimiento, pero pude notar cierta tensión en su mandíbula.

—Me temo que no. He estado viviendo en Italia los últimos cuatro años y antes vivía en Manchester.

—¿Italia? —Murmuré, extrañada.

—Hice la carrera allí.

—¿Qué estudiaste?

—Lo mismo que tú, si no me equivoco. ¿Estudios del Mundo Clásico?

—Español e Historia Antigua —le rectificó.

—Eso, sí. Mi carrera era exclusivamente sobre el mundo grecorromano, no obstante —me explicó—. Harmony me comentó el otro día que os habías conocido en la carrera.

—Sí.

El tema era muy básico, y sabía que estaba desviándome de lo que yo quería saber, pero en parte me alegraba que hubiéramos entablado conversación con tanta facilidad.

—¿Por qué lo escogiste?

—La mayoría de mis compañeros habrían dicho por vocación, pero, en mi caso, fue por locura —reí.

—¿Por locura? —Sonrió con un deje de interés en sus facciones. — Creo que voy a necesitar una explicación respecto a eso.

—¿No es obvio? Es un precipicio profesional. No sé cómo es en Italia, pero no creo que diste mucho de la situación por la que pasamos aquí. Creo que la gente de clásicas nacemos con un tercer pulmón que nos sustenta a base de amor al arte. Hoy en día es cómo si los de letras fuéramos de segunda categoría.

Eros rio de buena gana ante mi ocurrencia. Su rostro se iluminó ante su mueca y el palpito de conocerle se hizo aún más certero en mi interior.

—Por tu tono, se me antoja que no estás muy a favor de esa diferenciación —dijo.

—Estoy ardientemente en contra. ¿Tú no?

—Con total profundidad —contestó—. Y ahora eres tú quien ha evadido mi pregunta. No era a lo que te motivó para entrar en estos estudios a lo que me refería, sino a porqué.

Me encogí, sintiendo que mi garganta se secaba de repente. Puede que por fin tuviera delante a la respuesta al gran misterio de mi vida, pero no me atrevía a contarle toda la verdad sobre porqué acabé en dicha carrera. Aunque creía estar en lo cierto sobre que él era la clave de mi sueño, si me equivocaba, y le comentaba algo al respecto, podía tomarme por una completa loca y allí se acabaría mi posibilidad de indagar más.

—Siempre he sentido una gran inclinación hacia el mundo clásico. Cuando era pequeña me llamaba mucha atención los documentales sobre Grecia y Roma, aunque no entendiera apenas nada. Me bastaba ver las grandes edificaciones, las esculturas... Me maravillaba de una forma que no era capaz de explicar. Sin embargo, fue en el instituto cuando podría decirse que mi interés estalló. A día de hoy doy gracias porque en mi instituto ofrecieran griego y latín como asignaturas optativas. Cursé un par de años de ambas y supe que no era suficiente, que el camino de mis estudios universitarios debía continuar por ahí. Aquí, en la universidad de Southampton, no tenían una carrera exclusiva del mundo clásico, así que escogí la que estaba combinada con español.

—¿Eso no es trampa? —Me cuestionó con una mueca de estar divirtiéndose de verdad.

—¿A qué te refieres? —Ladeé la cabeza, perdida.

—Discúlpame si me equivoco, pero —cabeceó— estoy casi seguro que no eres inglesa. O, si no es eso, eres bilingüe de nacimiento.

Su observación me complació. Pocas veces alguien que no me conocía había conseguido calarme en tan corto tiempo.

—¿Por qué lo dices? ¿Mi piel es demasiado morena para ser inglesa? —Le tanteé.

—Además de eso —se rio—. Pero no es por eso que lo digo. El día que nos conocimos, cuando tiré el material, me pareció que exclamabas algo en

español.

No pude evitar soltar una carcajada. No es que el fuera buen observador; me había calado porque yo era demasiado evidente.

—Escuchaste bien —confirmé su suposición—. Y, para tu información, soy trilingüe de nacimiento. Mi madre era española, pero he vivido en Southampton desde que era un bebé.

—Impresionante —murmuró, haciendo una mueca de sorpresa.

El tema de conversación pareció haberse agotado y nos quedamos unos breves momentos en silencio. Yo opté por, con el máximo de disimulo que pude, observarle de reojo.

A medida que más le miraba, más me daba cuenta de que me había equivocado sobre él la primera vez que le vi. La sensación que irradiaba era la de una persona amable, tranquila y de gran paciencia y corazón. Y eso, saliendo de la familia de Harmony, era toda una proeza. Ella había salido muy escaldada y habiendo criado una mala leche que podía echar atrás hasta al mismísimo Cronos. Eros, sin embargo, parecía un pozo de gentileza. Su aspecto físico era la de un dios griego, pero no podía distar más de lo que se suponía que era uno. Tampoco parecía estar pagado de sí mismo por su aspecto.

—¿Quieres que ponga algo de música? —Dijo, después de producir un leve carraspeo. Parecía vacilante una vez más.

—Claro. ¿Hay algún estilo que te guste en especial?

—Me gusta prácticamente todo. No sufras.

Acercó sus perfectos dedos a la minicadena y la encendió. Una música que mezclaba el pop con el rock alternativo empezó a sonar, llenando el coche con ligereza. Reconocí al instante de qué se trataba y no pude evitar reír.

—¿Qué ocurre? —Me preguntó Eros, descolocado por mi reacción.

—Nada. Es que me ha hecho gracia. The 1976 te pega mucho.

—Eso es una asunción muy arriesgada, ¿no crees? ¿Tan transparente soy?

—Para mí, creo que sí.

Mi respuesta pareció inquietarle. Se removió en el asiento del conductor, tratando de recolocar su posición, irguiéndose un poco más. Mientras, yo trataba de decidir si sus nervios eran producto de su timidez o de algo más.

—¿Qué significa tu tatuaje?

Eros me sacó de mi precipitado tren de pensamientos con su pregunta. Me di cuenta de que había apoyado mi codo en el borde de la ventana cerrada, reposando mi cabeza en este, dejando a la vista mi antebrazo en su totalidad.

—Significa “mi alma” en griego clásico.

Se echó a reír y yo me di cuenta de lo que acababa de decir. Me cubrí la mirada con la mano, avergonzada.

—Perdona —solté una risita—. Está claro que eso ya lo sabes.

—Me refería a porqué te lo hiciste —dijo, amable, tratando de aliviar mi bochorno.

Me tomé un segundo más, cubierta por mi mano, para decidir qué decirle. Podía arriesgarme o no hacerlo, pero sabía que si no lo hacía no iba a sacar nada en claro. No estaba tan segura de que hubiera dicho la verdad en contestarme que no nos conocíamos, a decir por su reacción. Y puede que estuviera haciéndome la bola una vez más, consumida por enésima vez en mi vida por el deseo de descubrir qué me pasaba en la cabeza. No obstante, debía lanzarme si quería saber si Eros tenía algo que ver con mi sueño o era un simple delirio transitorio en mi onirismo particular. Creí que lo mejor iba a ser tantear el terreno primero.

—Es algo un poco extraño. ¿Prometes no tomarme por una loca? —Dije,

quitándole hierro al asunto.

—Por supuesto —asintió Eros, aunque algo seco.

Inspiré y me lancé de cabeza, cómo si se tratara de una piscina de la que no conocía el fondo.

—Desde pequeña tengo un sueño recurrente —expliqué—. En él, no puedo ver nada: todo está oscuro y hace calor. Y, de repente, de la nada, aparece un desconocido que me susurra con voz suave y unas alas me rodean.

Eros se quedó callado al principio. Unos segundos después, se detuvo ante un semáforo en rojo y se volvió para mirarme, tan serio que casi me resultó preocupante.

—¿Es eso cierto?

Me encogí, algo acobardada de repente. En toda mi vida, solo se lo había contado a mi madre, a Harmony y An, en los que confiaba con todo mi ser. Había hecho un movimiento muy arriesgado en explicárselo y, aunque parecía estar a punto de desviarse y llevarme al primer psicólogo que se le ocurriera, no estaba dispuesta a echarme atrás tan pronto. Ya había dado el primer paso; no me gustaba retroceder.

—Sí —fruncí los labios—. Sé que es una locura.

—No —espetó con firmeza—. No me malinterpretes. Te creo.

Suspiré, sintiéndome aliviada, aunque curiosa por lo bien que lo había aceptado. La primera vez que se lo conté a An y a Harmony, ambos trataron mucho más a procesarlo. Sin embargo, Eros irradiaba sinceridad y mi explicación parecía haberle llamado verdaderamente la atención.

—Háblame sobre tu sueño —dijo, volviendo el tono afable a su voz—. Si quieres.

Me ardía cada vez más la culpabilidad de haberle malinterpretado al conocernos. No era para nada el *chulo-piscinas* borde que yo creía. Al contrario, parecía un chico de lo más dulce. Me preguntaba que debía haber

hecho para cabrear tanto a Harmony.

Un claxon nos puso a ambos alerta. Miré hacia atrás, viendo un señor calvo con cara de bulldog en el coche de atrás, asesinándonos con la mirada. Eros aceleró enseguida y ambos dejamos ir una pequeña risa.

—No hay mucho más que decir, en realidad —comencé a explicarle, pasado el momento, y sintiéndome mucho más cómoda con Eros ahora—. Cada noche es lo mismo. Apenas sueño algo que no sea eso. Cuando era pequeña creía que era mi ángel de la guarda que me hablaba en el idioma del cielo. No es que me haya criado en un ambiente muy creyente, pero era la única explicación que podía darle. Al cumplir los dieciséis descubrí que lo que escuchaba era griego y descubrí qué significaba lo que oía. Pasé unos meses emparanoiada, creyendo que me iba a morir joven o algo. Que un ser con alas me diga “mi alma” en mis sueños, no es algo precisamente común. Con el tiempo la comedura de cabeza se me pasó.

—¿Y cuál es tu teoría actual? —Preguntó, interesado.

—¿Mi teoría actual? Pues que no tengo ni idea de qué es. —Mentí, mirándole.

Me miró de reojo por un instante, con una seriedad imperturbable en sus facciones, y aquello pareció encender una antorcha en la oscuridad de mi suposición.

—Alguna debes tener —me instó—. Aunque sea una locura.

Eros estaba interesado en saber qué pensaba yo sobre mi sueño. Parecía estar esperando una respuesta en concreto.

—Una vida pasada —Afirmé.

—¿Crees en la reencarnación? —Preguntó, aunque sonó más bien a afirmación.

—Sí. En realidad, —dije, más segura en ver su reacción—, de todas mis teorías que he formulado a lo largo de mi vida, creo que esta es la acertada.

—¿Y qué crees que significa?

—A tanto no llego —eso era cierto—. No obstante...

Me detuve, de repente embargada por lo que había estado a punto de decir sin darme cuenta.

—¿No obstante...? —Insistió él a que continuara con mi frase.

Puede que estuviera sobrepasándome. Eros quería saber más; él hacía las preguntas. Aún así, parecía desconocer que quien estaba tratando sacar información era yo. Acababa de ponerme en bandeja la oportunidad de decir lo que de verdad pensaba y sería una estúpida si después de lo que me había arriesgado no la tomaba.

—Siempre he tenido una sensación parecida a como cuando tratas de recordar el nombre de una canción que conoces, y lo tienes en la punta de la lengua, pero por más que tratas de acordarte, no llegas a hacerlo —comencé—. Siento como si hubiera un recuerdo atrapado en una parte oculta de mi mente y esté continuamente tratando de salir a la luz. Pero jamás lo hace. Sigue enquistado, y eso me resulta muy frustrante. Lo único que sé es que cuando oigo esa voz en mis sueños, me siento bien, en calma. No importa lo mal que esté pasándolo en mi vida: siempre hace que desaparezca.

Eros permaneció callado, asimilando lo que acababa de decir. Me habría preocupado por su reacción, de no ser porque algo atrapó mi atención por completo: su antebrazo derecho.

Siempre que nos habíamos visto, sus brazos habían estado cubiertos, pero esa noche llevaba una camiseta de manga corta y podía ver que ocultaba su piel. En su antebrazo tenía un tatuaje, de una caligrafía delicada y sublime: *Psyche*.

Mi cuerpo, mi mente, la totalidad de mi ser se volvieron locos al ver aquella palabra en su antebrazo. Me habría echado encima suyo para verlo más de cerca, pero todo lo que mi cerebro procesó fue un jadeo ahogado, lo

que hizo que Eros me echara una mirada rápida. De nuevo: yo no creía en las coincidencias.

—¿Qué ocurre? —Dijo, alarmado.

—Tu tatuaje.

Como si hubiera destapado el más oscuro de sus secretos, se puso tenso entero, pareciendo querer ocultar su brazo, pero no poder debido a la conducción. Se movió ligeramente en su asiento otra vez y carraspeó.

Quería preguntar sobre él, puesto que aquel nombre era el mismo que yo tenía en mi piel. No obstante, mientras pensaba como abordarlo, me percaté de una cosa y me eché a reír. Psique era una figura mitológica del mundo grecorromano, una humana que había cautivado al dios del amor Eros por su belleza. Afrodita, la madre de Eros, quería hundirla en la más absoluta miseria porque los humanos habían comenzado a adorarla como si fuera una encarnación suya. No obstante, Eros la salvó y la llevó a su palacio. Allí, la tomó por oscura, pero solo se amaban a oscuras, para que Psique no pudiera reconocerle. Aún así, ella le descubrió una noche con una lámpara de aceite y él se marchó, herido. El mito, de todas formas, acababa con ambos siendo felices para siempre y ella convertida en una divinidad. Era una monada de cuento.

Eros me miró de reojo, más alarmado todavía de lo que ya estaba.

—Debes de tener mucho sentido del humor para tatuarte eso llamándote como te llamas. A no ser que —me incliné hacia él, lanzándole una mirada pícaro—, seas el dios Eros de verdad.

Mi tanteo no surtió el efecto que yo creía. Eros se puso terriblemente rígido, tanto que creí que se rompería. Sus manos se aferraron al volante y pude ver como los músculos de su brazo se marcaban ante la fuerza.

—No quiero hablar de ello —habló unos instantes después, con una voz llena de dolor—. Perdona.

Mis ganas de bromear murieron de golpe.

—Está bien —musité, apagada.

Estaba claro que había tocado un tema sensible. Supe que acababa de matar cualquier posibilidad de llegar a algo más de información en aquella conversación y, aunque no supiera qué escondía aquel tatuaje, era evidente que no le causaba ningún buen recuerdo. Por ello, me tragué la curiosidad y me mantuve en silencio el resto del trayecto.

Cuando llegamos, le di las gracias por llevarme y salí del coche rápidamente, ahogada por la culpabilidad. Antes de que pudiera andar dos pasos lejos del coche, una puerta se abrió.

—Aura, espera.

Me volví, observando como Eros buscaba algo en la guantera de su coche y a continuación salía del vehículo. Se me acercó, rodeando el coche y se puso a anotar algo a prisa en una pequeña libreta. Arrancó la hoja y me la cedió, con una sonrisa que ocultaba la sensación agria que le había producido nuestra conversación.

—Aquí tienes mi número. Harmony ya me ha pasado tu horario, pero prefiero que puedas llamarme cuando lo necesites.

—Eres muy amable, pero no quiero abusar. Seguro que también tienes cosas que hacer.

—En realidad, no. Estoy en una especie de vacaciones y, además, —su sonrisa se volvió dulce, pero también burlona— puedes pagármelo compitiendo conmigo otra vez. Se que me dejaste ganar la última vez.

Chasqué la lengua.

—Debí prever que me pillarías.

—Sí. Debiste —rio.

Me sentí mejor de ver que se iba de mejor humor. Aunque no nos conociéramos mucho, sabía suficiente de la vida como para saber que la suya

no habría sido nada fácil. Un simple viaje en coche me había dado suficientes señales para saberlo.

—Harmony me ha contado que sueles ir al Club muy pronto a practicar por la mañana. Me preguntaba sí —hizo una pausa, luciendo inseguro— te importaría que viniera contigo. No conozco a nadie en la ciudad y menos en el Club. Me gustaría no pasarme el día encerrado en mi piso, la verdad.

—Claro —espeté, sin dudar.

No podía negarme después de haber removido recuerdos dolorosos de su mente. Era lo menos que podía hacer. Eros pareció genuinamente feliz de que aceptara.

—Estupendo —sonrió, su rostro iluminándose cual astro en el firmamento—. Nos vemos más tarde entonces. Que vaya bien tu turno —me dijo.

—Muchas gracias.

Eros se marchó y yo me quedé en medio del aparcamiento, viendo como su coche desaparecía calle abajo, invadida por una sensación muy parecida a la que tuve al conocer a mis dos mejores amigos: la sensación de acabar de conocer a la próxima persona importante en mi vida.

Pasado

Y no había estado nada equivocada en suponer que Eros iba a ser la próxima persona importante en mi vida.

Los primeros días, mi única certeza era que me sentía bien con él. Aunque sabía que era una sensación diferente a lo que había sentido con anterioridad. Eros me transmitía una energía parecida a la de An y Harmony y, sin embargo, tenía una fuerza inhóspita, que había arrasado mis sentidos. Como más tiempo pasaba con Eros, más crecía la sensación de verme en un espejo cuando le miraba a los ojos, sin saber muy bien de donde procedía.

Todos los días, varias veces, me recogía allí donde estuviera, siempre con una sonrisa y una expresión afable, como si no le resultara ni una poco molesto estar de aquí para allá todo el rato por mí. Trataba de compensárselo dándole conversación en el coche, tratando de sacar temas de conversación animados, y compitiendo con él en el Club cuando podía rascar algo de tiempo entre mis trabajos. Cada mañana venía a por mí para que ambos fuéramos a competir y había acabado por convertirse en mi momento favorito del día. La felicidad que me embargaba mientras duraban nuestros certámenes privados era genuina y alcanzaba cada rincón de mi alma. Ambos nos picábamos y tratábamos de superar al otro, entrando en un bucle que no terminaba, y no parábamos de bromear y tantearnos entre nosotros.

Jamás habría creído que compartiría con alguien una de las partes más importantes de mi vida, algo que me resultaba tan conocido cómo respirar, y

acabaría resultándome nuevo otra vez. Eros hacía que esos instantes fueran mágicos. Mi corazón estaba rebosante de emoción cuando le veía tirar y se volvía, una vez su flecha daba en la diana con absoluta certeza, retándome con la mirada.

—¿Puedes hablarme ya de tu arco? —Le pregunté uno de esos días, no pudiendo soportar más la curiosidad.

—¿Por qué? —Frunció el ceño, extrañado.

—¿Cómo que por qué? —Aullé. — Si yo tuviera un arco así, estaría presumiendo de él hasta que alguien me diera una paliza por pesada.

Su expresión se llenó de sorpresa cuando le dije aquello. Creí que había sido por mi última afirmación, pero entonces se quedó mirando su arco como si lo extraño en toda la situación fuera este y no yo.

—Si no quieres revelarme que maestro artesano te ha hecho esta maravilla, lo entenderé —dije, al ver que no hablaba—. Pero al menos dime si es de oro macizo o es chapa pintada. Me lleva reconcomiendo la duda desde la primera vez que lo vi.

—Es oro —murmuró, alzando la vida sin dejar de parecer anonadado.

—¿Y las inscripciones? ¿Puedo verlas?

Eros, dudoso, me cedió su arco, con cara de terror, como si el arco fuera a caérseme al suelo en cuanto lo agarrara. Debía tenerle mucho apego; no podía culparle. Yo le tenía cariño al mío y era un trozo de madera viejo. Lo sostuve con cuidado, intentando darle seguridad. Como sospeché, era de una ligereza sorprendente dado que era de oro. El artista que lo confeccionó debía ser un genio. Supuse que debía haberlo adquirido mientras estudiaba en Italia, pues estaba segura de que ningún herrero hacía nada parecido en el Reino Unido.

Las inscripciones eran, para sorpresa de nadie, un fragmento en griego clásico. Tuve que leerlo unas cuantas veces, pues me sonaba horrores, hasta

que lo reconocí.

—Eros, el más hermoso entre los dioses inmortales, quien desconcierta las extremidades y vence a la mente y a los sabios consejos dentro de todos los dioses y todos los hombres —leí, traduciendo sobre la marcha—. ¿Es esto de la Teogonía?

Levanté la vista del arco en percatarme de que Eros no me contestaba. Estaba apoyado sobre una columna del porche frente al campo de tiro. Se sentó en un banco cercano y me di cuenta entonces de que parecía encontrarse mal. Me acerqué a él a toda prisa, preocupada, colocando una mano en su hombro.

—¿Estás bien?

—Sí —suspiró—. Creo que me ha dado un bajón de azúcar.

—Vamos a desayunar, anda —le dije, ayudándole a levantarse.

No llegué a descubrir el misterio de su arco, pero me contenté con haber podido examinarlo de cerca.

Por el resto, dado que nos lo pasábamos tan bien juntos, mantuve los temas personales apartados de nuestros encuentros. No me atrevía a hurgar en su pasado, teniendo la certeza de que había una parte oscura en este. Y yo, en parte, también me evitaba hablar del mío. No era un tema de conversación demasiado halagüeño cuando se está empezando una amistad.

Porque estaba segura de que eso era lo que era: el comienzo de una amistad. No obstante, tardé poco en percatarme de que había algo más asentándose en mi interior. Puede que tuviera cero experiencia en temas del corazón, pero no tenía un pelo de tonta. Jamás había sentido ningún tipo de atracción por nadie y, sin embargo, parecía que había llegado mi momento. Eros me atraía como un brutal imán, arrastrándome con su amabilidad y su rostro afable a un pozo de sentimientos desconocidos. Lo cual me aterraba, pues, además de no tener ni idea de cuán poderosos podían llegar a ser, no

sabía si eran volátiles o no. Estaba segura de que no, pero tenía el miedo que el haber encontrado a una persona tan afín a mí hubiera comenzado a confundirme. No obstante, no me había ocurrido lo mismo con An, ni con Harmony, ni con ninguna otra persona con la que hubiera tenido una amistad. Eros era diferente.

Además, mi sueño estaba haciéndose más claro cada vez, permitiendo que poco a poco viera con más certeza sus facciones, sus ojos verdes mirándome como si fuera el aire que le permitía respirar. Me despertaba con la misma sensación que moraba mi cuerpo cuando estaba con Eros en la vida real y eso era algo que no ayudaba nada con mi maraña de pensamientos. Había hecho que olvidara mi propósito del principio: descubrir si Eros tenía algo que ver con mi sensación de conocerle y mis sueños. No obstante, estaba tan preocupada por lo que sentía que no tenía cabeza para ocuparme de más locas elucubraciones. Lo único que era tangible y real era que tenía sentimientos hacia el primo de mi mejor amiga y mi nuevo amigo, lo cual ya era bastante jodido como para añadir que pudiéramos conocernos de una vida pasada.

No tenía ni idea de que hacer. Mi lado racional me decía que era muy pronto para decidir nada al respecto y que él no mostraba la misma inclinación hacia mí, por lo cual debía darle tiempo a toda la situación. Opté por hacerle caso y disfrutar de nuestro tiempo juntos, sin complicarme demasiado.

Y no es que mis problemas se acabaran ahí. A pesar de la buena compañía de Eros y que veía a An casi todos los días, la casa estaba bañada por una triste soledad sin Harmony y ese era un sentimiento que apenas toleraba. Me recordaba demasiado a la época que mi madre murió y me quede sola. Aún así, cuando Harmony me llamaba para hablar y me preguntaba que tal estaba en mi soledad, le respondía que todo iba bien. No

quería que se preocupara o iba a salir su faceta sobreprotectora, pudiendo llegar a ser capaz de dejar la exposición y volver a casa en el primer avión que pillase.

En un abrir y cerrar de ojos, ya había pasado casi todo el mes desde que mi amiga se había marchado y estaba empezando una época de lluvias torrenciales.

Eros, como cada día, había pasado a recogerme al final de mi turno y me había llevado a casa, pues ese día sería imposible ir al Club a cumplir con nuestra nueva y rigurosa rutina. Entre la oscuridad que había aún en el cielo a las cinco de la mañana y que la lluvia difuminaba la calle, apenas se veía nada a dos palmos del coche.

—Puedo dejarte mi paraguas —me dijo, cuando había aparcado frente a la vieja valla, apenas sujeta al desmejorado muro de ladrillo que rodeaba el patio frontal.

—No te preocupes. Solo será un momento. Además, no creo que sirviera de mucho —reí.

Miré hacia fuera y contuve un suspiro. No tenía otro remedio, pero aun así no podía sacudirme el rechazo a pasar otro día sola. Aquel sentimiento prendió una idea brillante en mi mente mientras observaba mi vieja casa y me volví hacia Eros por inercia. Él, ante mi arranque, me cuestionó con la mirada. Puede que no pudiéramos ir al Club, aunque eso no significaba que no pudiéramos pasar el rato juntos.

—¿Qué se te ha ocurrido? —Me preguntó Eros, tan curioso como ligeramente preocupado. Ya estaba más que instruido en lo que mi expresividad corporal significaba en cada momento.

—¿Quieres entrar a desayunar?

Eros dejó ir el volante y se recostó en el asiento, escudriñándome con la mirada. Vi claramente el estupor en sus facciones. No entendí el porqué de tal

reacción, pero solo esperaba que aceptara, por lo que me mantuve quieta y callada, sin presionarle, esperando una respuesta positiva.

—¿Aquí? ¿En tu casa? —Vaciló, echándole una hojeada rápida para posar sus pupilas de nuevo en mí.

—Sí.

—No sé si a —hizo una pausa— Harmony —suspiró, dejando los hombros caídos— le hará mucha gracia que haya entrado.

—No te preocupes por eso. Además, es mi propiedad. Legalmente, me refiero.

—Sí me preocupo —cabeceó—. No estamos en demasiados buenos términos ahora. No quiero que además crea que me estoy sobrepasando.

—¿Sobrepasando? ¿Por entrar en mi casa? —Reí. — Es verdad que Harmony puede ser muy sobreprotectora, pero no creo que entre en colera por esto.

La inseguridad en sus facciones me recordó a la expresión que tenía el día que nos conocimos. Ahora me resultaba adorable. Parecía un niño inquieto.

—Dejémoslo, si tanto te incomoda la idea —dije, aunque esperando que acabara aceptando de todas formas.

—No —espetó al instante, negando con la cabeza—. Me arriesgaré a que Harmony me de caza.

Le sonreí y él me devolvió el gesto, más relajado.

—Pues vamos.

Eros asintió y apagó el motor del coche. Ambos salimos a toda prisa y cruzamos la valla corriendo. Refugiados bajo el porche, tuve que pelear con las llaves, pues tenía las manos húmedas y el metal me resbalaba. Al final, conseguí abrir y le cedí el paso a Eros, teatralmente.

—Bienvenido, señor Archer, a mi humilde morada.

Él rio y me hizo una reverencia.

—Mil gracias, m'lady.

El recibidor estaba sumido en la oscuridad cuando cerré la puerta detrás de nosotros. Empezando a sentir el sudor frío en mi nuca, me apresuré a buscar el interruptor de la luz en la pared. Pero, en prenderlo, la estancia continuó bañada por las sombras.

—*No me jodas* —espeté.

Le di unas cuantas veces más, frenética, y en recibir el mismo resultado nulo, me escurrí hasta la cocina, tratando de encenderla allí. Tampoco funcionaba. El pánico comenzó a apoderarse de mi pecho: se había ido la luz.

Desde que era muy pequeña, la oscuridad me había producido suma inquietud. Estar en un lugar que estuviera sumido en la penumbra me ponía muy nerviosa, me agobiaba. No era el típico terror infantil, en el que cuando eres niño crees que hay monstruos escondidos en las esquinas oscuras de tu habitación o debajo de tu cama, que van a venir a atacarte en quedarte dormido. Lo que a mi me ocurría no era pánico; era una sensación muy desagradable, de incomodidad suprema, pero no llegaba a evolucionar a miedo.

Un nudo en mi garganta estaba empezando a formarse y mis piernas a temblar. Me lancé hacia un cajón de la cocina, en el que sabía que había una linterna. La agarré, encendiéndola todo lo rápido que pude.

—¿Aura? —Escuché a Eros decir detrás de mí.

—Se ha ido la luz —contesté con voz temblorosa.

Mi casa era vieja y solía ocurrirle aquello cuando había tormentas muy fuertes. Como Harmony sabía lo de mi mala relación con la oscuridad, teníamos cuidado de tener siempre velas, cerillas y linternas repartidas por la casa, para cuando ocurriera que no me diera un telele.

—Me lo figuraba —dijo.

Me volví. Estaba de pie bajo el marco de la cocina. Daba mil gracias a los cielos de que Eros estuviera allí, aunque estuviera presenciando mi nerviosismo. La verdad era que, de haber estado sola, estaría más nerviosa todavía. Pasé por su lado, yendo hacia la caja de plomos que había al lado de la puerta principal. La abrí, tratando de activar los generales y los focales, sin conseguir nada tampoco.

La cerré con rabia y apoyé la espalda en la pared, hastiada por la opresión en el pecho y la taquicardia que sentía incluso en mi cuello. Mi inquietud variaba según el día que ocurriera; podía ser más o menos fuerte. Al parecer, durante ese apagón iba a ser de las veces que me daba fuerte. Eros me había seguido y estaba frente a mí, observándome con profunda consternación.

—Tienes pánico a la oscuridad —afirmó.

—No —proferí con esfuerzo, notando el nudo en la garganta estrecharse al hablar—. Me inquieta mucho, pero no me da pánico. Es difícil de explicar.

Eros me alcanzó, tomando mi linterna.

—¿Tienes velas? —Preguntó, de nuevo con aquel tono sumamente suave.

—En el salón, sí.

Me tendió la mano y le miré fijamente. El aire pareció volver a mis pulmones sin dificultad, como si el propio Eros se tratara de una estela en las tinieblas, disipando mi inquietud. Le tomé la mano, invadiéndome la suavidad de su piel tal como si de un dulce terremoto se tratara. Mi respiración se entrecortó una vez más, pero esta vez me resultó agradable, pacífico.

Le seguí y, una vez en el comedor, me pidió que le mostrara donde estaban las velas. Le señale una cómoda detrás del sofá y él se apresuró a encontrarlas. Colocándose la linterna en la boca, puso una en un portavelas

que también estaba allí y la encendió una con un mechero que yacía igualmente en el cajón. La dejó sobre la mesa del salón y, asimismo, la linterna.

—Siéntate. Te encontrarás mejor.

De no haber estado reconcomida por la inquietud, me habría opuesto a dejarle hacerlo él solo, pero obedecí, dadas las circunstancias. Eros repitió el proceso con todas las velas que encontró y llenó la mesa de estas, colocándolas en perfecta simetría. En acabar, vino hacia mí, colocándoseme enfrente. Miré hacia arriba, cruzándome con su mirada verduzca. Pareció percatarse de que su altura me dificultaba mirarle, así que se arrodilló.

—Yo me ocuparé de preparar el desayuno —me aseguró, sacando a relucir su afabilidad—. ¿Estarás bien sola?

—No voy a dejarte hacer eso —salté, saliendo de mi borrasca mental.

—No es problema. Me encanta cocinar —sonrió.

—Sería una deshonra hacia mi bien conocida hospitalidad —bromeé, aunque hablaba en serio.

—Y una mancha en mi amabilidad histórica si te dejara cocinar en tu estado —contrapuso, sonriente.

—No estoy invalida —me quejé, haciendo pucheros.

—Cierto. Pero te tiemblan las manos todavía. No quiero que te hagas daño.

Fruncí los labios. Me sentía culpable. Le había invitado por no estar sola y había acabado teniendo que ocuparse de mí. Había aprendido a no agachar la cabeza nunca por ser como era, ni siquiera por mis fallos, pero no había conseguido superar aún el que los demás me ayudaran tanto cuando me daba un ataque.

—Dame permiso para usar la cocina y olvídate del resto.

Remugué un poco, pero al final acepté. Eros me dedicó otra cálida

sonrisa y se fue hacia la cocina.

No fui capaz de relajarme, así que me levanté y me acerqué a la estantería del salón, donde estaban todos mis libros. Agarré mi edición de las Odas de Horacio y me puse a leer, distraídamente. Solía ayudarme a calmarme el ambiente bucólico que aquel poeta conseguía crear y me transportaba a una sencillez que era envidiable.

Eros apareció eventualmente con un montón de comida: dos boles llenos de cereales con leche, una bandeja de macedonia de fruta colocada con una perfección y arte surrealista y lo culminó con un par de cafés. Maravillada por la visión, no salieron palabras de mi boca; solo conseguí boquear como un pez.

—No sé qué decir —conseguí decir al final, con total sinceridad.

Eros me sonrió y se desabotonó los puños de su camisa nívea, enrollándolos hasta los codos. A la luz de las velas, me percaté que su camisa se había vuelto algo transparente con la lluvia, dejando entrever algunas partes de su piel. Su cabello estaba igualmente mojado y, a pesar de que lo llevaba recogido, alguna ondulación se había escapado de su coleta, cayendo, rebelde, sobre su frente. Tragué saliva, dándome cuenta de que ya no era la inquietud lo que oprimí mi pecho.

Me sentía como en una cena de lujo, con aquel despliegue de velas, aquella mesa tan bien servida y un acompañante tan hermoso y elegante. Eché una ojeada entonces a mis tejanos negros llenos de agujeros y mi camiseta de Linkin Lake, y se me pasó.

Había un mal pensamiento, en el fondo de mi mente, que me acosaba, diciéndome que ni en mil años Eros estaría con alguien como yo. Y no porque yo no lo valiera o porque no fuéramos compatibles, sino porque yo era, según Harmony, una macarra de cuidado; en cambio, Eros era un rollito de canela. No creía que pudiera sentir por mí nada más allá de una amistad,

aunque fuera enorme e intensa.

—No tenías que currártelo tanto —musité, sintiéndome mal.

—No es para tanto —cabeceó, humilde.

Enarqué una ceja y él dejó ir una risita por debajo de la nariz. Definitivamente, no tenía forma de compensarle todo lo que estaba haciendo por mí. No pude contenerme de dejar un leve suspiro por debajo de la nariz. Era algo frustrante, en realidad. Hiciera lo que hiciera, Eros parecía un ángel caído del cielo, una bendición demasiado pura para este mundo medio roto. Y yo, una motita en el universo, no sabía como podía encontrar la forma de devolverle con creces lo feliz que me hacía sentir su amistad. Era curioso como alguien podía calarte tanto en tan poco tiempo.

—Lo siento —proferí.

Pude distinguir el desconcierto en sus ojos, iluminados con un suave carmesí de las llamas anaranjadas.

—¿Por qué? —Murmuró, tomando un trago de su café.

—Porqué pequé de Elizabeth Bennet al conocerte.

Eros se apoyó en el borde de la mesa, frunciendo el ceño con levedad, poniendo su total atención en mí, aguardando una explicación. Todavía no había reunido la suficiente confianza en mi misma y en lo que compartíamos para contarle aquello. Pero ahora estaba segura de que era mi amigo y tenía un buen sentido del humor. Así que, a riesgo de equivocarme y que se enfadase conmigo (al menos, mínimamente) por mis primeros prejuicios, decidí quitarme aquella espinita que tenía clavada y me decidí a contárselo. Puede que todo lo que pudiera ofrecerle a cambio mi total y absoluta sinceridad y transparencia.

—Creí que eras el típico guaperas engreído, ligón y borde. Y me siento fatal por siquiera haberlo pensado.

Y, al igual que con mis primeras asunciones sobre él, fallé de nuevo en

adivinar su reacción. Eros soltó una leve carcajada y tuvo que cubrirse la boca para detenerla.

—¿De qué te ríes? —Espeté al final, avergonzada.

—De nada. Perdona —dijo, sofocando la risa, aunque sin poder reprimir del todo la sonrisa en sus labios—. Es solo que... ¿Por qué ligón?

—Porqué —arranqué, sin saber muy bien como continuar— todos los chicos que he conocido como tú estaban demasiado pagados de su aspecto físico como para considerarse algo más. Se trataban a sí mismos como carnaza.

—Entiendo —hizo una mueca, reprimiendo la risa una vez más.

—Aunque en mi defensa diré que estabas bastante raro aquel día.

Su sonrisa se apagó de golpe y sus facciones ensombrecieron. Apoyándose en el respaldo de la silla, pareció auxiliarse en las sombras, apartándose de la luz de las velas. De nuevo, una reacción desconcertante.

—Es cierto —asintió, dejando ir un suspiro sombrío—. No fue por ti. Siento si te di una impresión errónea.

Debo reconocer que aquellas palabras mataron un poco mi yo interior detectivesca. ¿Me habría equivocado realmente en pensar que nos conocíamos?

—No importa —me encogí, culpable—. No me lo tomé a mal.

Era falso, pero ver a Eros compungido me producía un rechazo sideral. No quería enturbiar su estado de ánimo por nada del mundo.

—¿Desayunamos? —Pregunté, desesperada por reconducir la situación.

Esbozó una sonrisa extraña y asintió. Ambos empezamos a comer en silencio. Elogié su comida y traté de encaminar la conversación por ese rumbo. Por suerte, funcionó, haciendo que Eros recobrar su jovialidad.

—¿Por qué no me cuentas más sobre ti? —Me cuestionó al rato, después de demasiado rato hablando de asuntos triviales. — Me da la sensación que

apenas nos conocemos. Sé que te encanta el chocolate y el café, que, si te ríes mucho, haces ruidos raros, que eres una leyenda del arco y que te pasan treinta mil chapuzas al día, como tú las llamas. Además de que trabajas mucho y tienes sueño y hambre veinte horas al día. Y, aun así, no sé nada de tu infancia o de tu época en el instituto. ¿Cómo eras de pequeña? ¿Tuviste una adolescencia pasable o fue tan horrible como para esconder cada prueba fotográfica para los restos?

Eros acababa de abrir mi caja de Pandora personal y, con bastante probabilidad, también la suya. Temía que este momento llegaría. No obstante, no me atemorizaba tanto como al principio. Durante ese mes, Eros había conseguido ver a mi yo más natural. Había presenciado mi cara de muerta al salir de mi turno nocturno y mi pelo bufado cuando acababa de levantarme y me subía a su coche pareciendo un gremlin. Me había visto resbalarme en el Club en un charco de barro de la manera más patética y llenarme la cara de chocolate comiendo un muffin relleno. Puede que no fueran situaciones importantes, pero me daban la certeza de que, si podía soportar mi lado más real, podría aceptar el camino que me había llevado a ser cómo era.

Dejé el tenedor y tragué la fruta que estaba masticando. Crucé mis manos frente a mí, tratando de reunir suficiente fuerza para explicar mi vida después de tanto tiempo recluida en mi interior. No había hablado demasiado de mi madre y mi pasado desde que ella murió, cuando Harmony me obligó a hacer unas cuantas sesiones con el psicólogo que nuestra universidad ofrecía de forma gratuita para que fueras a quejarte de lo difícil que era ser joven y universitario.

— Mi madre —comencé— era de una pequeña ciudad cerca de Barcelona. El verano que cumplió veintidós, se quedó embarazada de mí a raíz de un amor de verano. Mi progenitor, por lo poco que sé, era un chaval

de Oxford que había ido a pasar las vacaciones a su ciudad. Cuando el verano acabó, el susodicho volvió a Inglaterra. Mi madre aún no sabía que estaba embarazada por aquel entonces, aunque no tardó mucho en enterarse. Según lo que ella me contó, lo ocultó los primeros meses. Cuando ya no pudo esconderlo más, se lo dijo a sus padres. Mis abuelos eran gente muy conservadora y religiosa, así que la echaron de casa y la rechazaron en cuanto se enteraron. Estuvo viviendo en casa de una amiga hasta que se puso de parto. Su amiga la acogió mientras se recuperaba también. Vivimos allí lo necesario, hasta que tuve las semanas suficientes para subirme a un avión. Entonces, viajó a Oxford, con la intención de encontrar al chico y mudarse. No tardó mucho en encontrarle, pero él hizo como si no la conociera al ver el bebé entre sus brazos. Dadas las circunstancias, mi madre optó por quedarse en Inglaterra, pues volver a España no la sacaba de nada. Eligió comprar una casa aquí, en Southampton, y creo que lo decidió a boleo, pero resultó un buen lugar para criarme, al final.

La cara de Eros había vuelto a oscurecerse. Por lo que había podido observar, era un hombre inteligente, y si empezaba a atar cabos y Harmony le había dejado caer alguna cosa sobre mí, debía estar suponiendo a donde se dirigía mi relato.

—Mi madre se ocupó de que nunca me faltara de nada, pero tampoco se puede decir que tuviéramos demasiado. Desde muy pequeña, ella me enseñó a ser independiente, pues para mantenernos debía trabajar a destajo. Eso, sin duda, lo he sacado de ella —esboqué una sonrisa triste—. Jamás recuerdo haberle pedido nada, a parte de las clases de tiro con arco cuando era una niña. Ese era el único capricho que podía tener. Por lo demás, mi infancia y adolescencia fueron bastante corrientes. No es que tuviera muchos amigos ni fuera a muchas fiestas, pero tampoco viví en la sombra. Ahora solo tengo a Harmony y a An, que los conocí más adelante, porque con mis antiguos

amigos simplemente nos hemos ido distanciando; cosas de la vida. La mayoría se fueron a Londres o algún otro lado a estudiar, y ahí se perdió la comunicación poco a poco. A Harmony, como supongo que debes saber ya, la conocí porque íbamos a la misma carrera. De no ser por ella, no sé qué habría sido de mí.

Inspiré. Había llegado la peor parte del relato para mí y necesitaba recuperar algo de aire antes de proceder. El simple recuerdo de aquello me hacía sentir inestable.

—Cuando estaba en segundo de carrera, mi madre murió en un accidente de coche. Me quedé sin la única familia que tenía y la única que jamás había tenido. Harmony estuvo junto a mí durante todo el proceso, ayudándome a salir adelante, a comer cuando no quería, a sacarme de la cama cuando no podía levantarme. Se mudó aquí para que mi casa no me resultara un pozo de recuerdos y autocompasión y a ayudarme cuando el notario aparecía para hablarme de cosas legales y me entraban ataques de furia. En aquel momento, no me importaba que me hubiera quedado en herencia esta casa, el coche y sus ahorros; yo quería a mi madre. Esa etapa de luto fue la peor época de mi vida, con diferencia. Pero, al final, conseguí tirar hacia adelante y graduarme. Y el resto es lo que ya has podido observar. No es que viva en el Rich ni tenga un Porsche, pero tengo lo que importa: la gente a la que quiero. Y si te preguntas porque no hay fotos de mí y de mi madre por la casa, es porque Harmony me lo prohibió. Piensa que yo me voy a hundir si las veo y yo no quiero discutir, además de que no quiero que sea raro, pues ahora es la cada de las dos.

Eros se quedó mudo, observándome con una mezcla de emociones que saltaban de la compasión a la tristeza y después a la frustración. Agachó la mirada hacia su plato, arrugando la nariz. Juraría que estaba conteniendo un fuerte sentimiento en su interior, pero seguía sin decir nada.

—No tienes porqué sentir lastima por mí. Ahora estoy bien —le dije, para aligerar su batiburrillo interno—. Son cosas que pasan en la vida. El dolor te hace saber que estás vivo, como se suele decir.

—De todas formas, lo siento —suspiró, compungido.

Asentí. Lo justo habría sido que él me hablara de su familia, pero me daba la sensación de que Eros tenía ese tema mucho más enquistado que yo y que tardaría más tiempo a salir a la luz en una de nuestras conversaciones. Debería esperar un poco más.

Heridas profundas

Dos figuras encapuchadas, surgidas de la absoluta nada, me tomaron por los brazos, dos pares de manos frías agarrándome, clavándome sus uñas funestas en la humanidad de mi piel. Forcejeé, tratando de liberarme.

—¡Λύετε μου! —Exclamé, tan aterrada como furiosa.

Pero su fuerza era sobrehumana. No había nada que yo pudiera hacer contra ellos. Fijé mi mirada ardiente en la figura femenina frente a mí, tratando de encontrar su rostro en la borrosa niebla. Estaba segura de que planeaba un destino para mí peor que la muerte, pero no estaba dispuesta a rendirme ante ella.

Aprovechando que mis manos estaban libres, extendí mi pulgar derecho, dejando abiertos en perpendicular el índice y el corazón, cerrando los dos dedos restantes. En ver la gran ofensa en su rostro, sonreí, retadora.

Antes de que pudiera parpadear, la tenía frente a mí, agarrando mi mentón agresivamente entre sus dedos. Sus ojos verdes estaban llenos de furia y sus dorados cabellos ondeaban al son de un aire helado. Susurró unas palabras en mi oído, inaudibles para el resto del mundo y el suelo se resquebrajo bajo mis pies, hundiéndome en una profunda oscuridad.

Me recosté de golpe, jadeando. Los pulmones me ardían y me costaba

respirar horrores. El corazón me iba a mil por hora, chocando contra mi pecho frenéticamente. Me encogí, sosteniendo mi cabeza entre mis manos, tratando de recobrar la calma.

Cuando recuperé en cierta medida mi aliento, cuál rayo, me levanté de la cama y me senté en mi escritorio. Era el segundo sueño que tenía que parecía una variación del de siempre. Pero este era diferente. Mi última pesadilla tenía muchas más semejanzas; este era totalmente diferente. Ya tendría tiempo de pensar qué significaba; primero debía averiguar qué había escuchado en el sueño. La postrera vez, debido a que Harmony me había levantado de repente, no había podido apuntar lo escuchado y había acabado por emborronarse demasiado en mi mente como para recuperar nada. Pero este aún lo tenía fresco.

Apunté todo el dialogo aprisa, escribiéndolo como creía que era. Lo primero que había escuchado en el sueño no necesitaba buscarlo: “soltadme”. Eso era lo que había gritado. El resto me resultaba más complicado.

Después de una breve búsqueda frenética en mi diccionario de griego clásico, más grueso que un tocho, gastado después de cuatro años de universidad, di con la traducción de lo que había oído: “Putá. Manchaste primero mi nombre, después el de mi hijo y ahora, consumida por una eternidad devastadora, lo pagarás. Y jamás volverás a verle”.

Me quedé mirando la traducción. A esas alturas, estaba segura que mi conocimiento no podía fallarme, así que no podía haberme equivocado. No era una frase complicada y recordaba bien cómo había sido dicha en mi sueño. La cuestión era: ¿cómo mierda debía tomarme aquello?

Estaba más segura que nunca de que la explicación era que estaba recordando cosas, cosas que, definitivamente, no podía explicar ni discernir. Era la primera vez que veía a alguien más en mis sueños que no fuera a Eros, y también había hablado en griego. Que fuera producto de mi mente estaba

totalmente descartado.

Mi urgencia por sacar en claro había resurgido con la potencia del magma de un volcán. Había estado tan preocupada por mis sentimientos por Eros que había dejado de banda que tenía asuntos sin resolver conmigo misma. Y con él también.

Cogí otro papel en blanco. Necesitaba ordenar todo lo que estaba ocurriéndome antes de que mi cerebro explotara. Escribí cada cosa que me había pasado en ese último mes, empezando por mi sueño habitual: la primera variación, la persecución misteriosa en la calle, y ambos sueños extraños. No estaba muy segura de que la sombra que me acosó en la calle tuviera que ver en todo aquello, pero definitivamente algo me estaba sucediendo. Visto con perspectiva... La verdad era que no tenía ni idea de qué pensar.

Mi parte racional y mi parte espiritual estaban peleándose de nuevo, más fuerte que nunca. Le dije a Eros que optaba por la teoría de estar recordando una vida pasada, pero en mi fuero interno una parte de mí se reía de tal posibilidad y la descartaba por completo. Yo sí creía en la existencia de poderes más allá de lo que se puede ver y daría por bueno mi planteamiento de la vida pasada de no ser por un pequeño detalle: no creía en seres angelicales.

Por ello me pesaba la posibilidad de que estuviera interpretando mal mi sueño. Al fin y al cabo, jamás había visto nada en él hasta hacía poco. Siempre había dicho que lo que me rodeaba eran alas, porque era lo que me parecía, pero cabía considerar que eso no fuera lo que sentía y que, ahora que podía ver, fuera mi cabeza la que las había incluido físicamente.

Gruñí, hastiada, frotándome la frente. Puede que estuviera comiéndome el coco y solo fueran sueños. A lo mejor mi mente onírica era prodigiosa y podía construir frases enteras en griego antiguo y estuviera empezando a

tener alucinaciones estando despierta. Cuando murió mi madre, creí que podría enloquecer por la desesperación; puede que al final lo hubiera hecho. ¿Y si estaba tratando de especiar mi vida con elucubraciones? No me daba la sensación de estar haciéndolo, pero solo podía tratarse de eso. ¿A que venían tantas fantasías infantiles de no ser por eso?

Decidí dejarlo y cambiarme, tomar mi arco e irme al Club. Faltaba a penas media hora para que dieran las cinco de la mañana. Eros iba a pasar a buscarme a las cinco y media, pero necesitaba ir a lanzar unas cuantas flechas cuanto antes o iba a enloquecer todavía más. Le dejé una nota atada con una cuerdecita en la valla frente a la casa. Me sentí mal por aquello. Durante esas semanas, había sustituido mis sesiones matutinas de gimnasio por el Club, pues Eros y yo habíamos tomado la costumbre de ir juntos cada día. Pero esa mañana necesitaba darme un paseo y practicar un rato sola. Así que me encaminé hacia el Club.

Los campos de cultivo por los que atajaba estaban llenos de niebla. Solo se escuchaban mis pasos sobre la yerma tierra del camino y algún pájaro matutino. Nunca me había dado miedo caminar por allí sola, aunque aquella mañana, con aquel ambiente, no me resultó tan placido como de costumbre. Traté de andar lo máximo rápido que pude, sintiéndome estúpida por dejar que mi paranoia me reconcomiera.

En llegar al Club, el césped estaba cubierto por la misma neblina baja y hacía que apenas pudiera ver las dianas. Estaba acostumbrada a que el temporal añadiera dificultad a mis prácticas de forma habitual, por lo que acabé por tomármelo como un reto personal.

Entré en la misma rutina de siempre: lanzar y recoger, lanzar y recoger, lanzar y recoger... Me ayudaba a sentirme mejor. Solía hacerlo. Pero no aquella mañana. Parecía haberme levantado con el pie izquierdo debido al sueño y estaba costándome más de lo habitual recobrar la claridad de mi

mente. Había acudido al tiro con arco en momentos peores, con preocupaciones más hondas, y siempre surtía efecto. No entendía por qué estaba siéndome tan difícil el dejar darle vueltas a todo aquello.

Estaba recogiendo las flechas por enésima vez, desclavándolas ya con cierta rabia, cuando el sonido del aire siendo atravesado y un golpe seco en la húmeda tierra me alertaron. Me volví hacia un lado, encontrando a escasos centímetros de mi pie una flecha negra. Ante esto, me giré completamente, buscando entre la niebla, tratando de encontrar a quién quiera que me hubiera hecho un tiro tan desafortunado.

El corazón se me detuvo. No solía haber nadie del staff del Club rondando por allí tan pronto. Además, aquella flecha no era parte del material que se utilizaba de alquiler o para las clases y conocía los arcos y flechas de los tiradores habituales que venían a entrenar. Ninguno de ellos tenía unas flechas parecidas.

Agarré mi arco con más fuerza, lamentándome de haber dejado mi carcaj al otro lado del campo. Inspiré y arranqué la flecha del suelo. En tocarla, mi piel ardió, igual que si hubiera metido la mano en una hoguera. Gemí, adolorida y miré mi mano: en el centro de mi palma, había una marca tan negra como la mismísima noche. La toqué, pensando que era tinta. No obstante, dolía y tenía el tacto de una quemadura corriente.

Una segunda flecha apareció de la nada, pasándome por al lado de la cabeza, clavándose en la diana, detrás de mí. Asustada, eché a correr sin dudar colina abajo. No estaban siendo tiros desafortunados: estaban disparándome.

Con el corazón en la garganta y el miedo zarandeando cada nervio de mi ser, avanzaba todo lo rápido que me permitían mis pies en dirección a la caseta del Club. Mientras corría, dos flechas más se estrellaron en el suelo muy cerca de mí, que no sé como pude esquivar. Parecían venir del cielo.

Estaba muy cerca de la caseta, ya casi sin aire, pero sin intención de detenerme, cuando un dolor agudo me atravesó el muslo. Caí sobre la hierba, profiriendo un grito de dolor. En el suelo, me retorcí, empezándoseme a emborronar la vista. Me puse boca arriba, tratando de recostarme lo más rápido posible, pero sin éxito. La pierna me ardía tanto como la mano y me impedía moverla. Tenía la flecha clavada en un lado muslo. Sabía que, si no hacía algo, iba a morir allí por el próximo flechazo. Debía hacer algo rápido.

Puse el cuello de mi sudadera entre mis dientes y después de tomar una bocanada de aire y contenerlo, agarré la flecha. Proferí otro aullido en sentir el ardor del hierro de la flecha en mi mano y el horrible dolor de la flecha desclavándose. Mi corazón iba a estallar, las llamas a consumirme y creí que a desmayarme en breves. Pero la flecha salió.

Dejé ir el objeto de inmediato y caí al suelo una vez más. Agarré mi pierna, viendo como la herida en mi muslo estaba ennegrecida y la sangre que brotaba de ella también. Jadeé, sintiendo que me desvanecía.

—¡Aura!

Me retorcí, buscando al propietario de la conocida voz, pensando por un segundo que el dolor estaba haciéndome alucinar. En la distancia, vi como Eros corría entre la niebla en dirección a mí.

—Eros —suspiré.

Él se arrodillo a mí lado. Echó un vistazo rápido a mi herida y sin decir nada me cogió en brazos.

—Alguien está tratando dispararme —jadeé, algo ida.

No dijo nada, pero pude distinguir, incluso entre la niebla sobre mis ojos, que sus facciones se contraían con impotencia.

No recobré la normalidad en mi vista y en mi hilo mental hasta que me di

cuenta de que Eros aparcaba en un lugar que desconocía. Habíamos entrado en un barrio de la periferia de Southampton, de clase media, y Eros había entrado en un aparcamiento privado. Me ayudó a salir del coche, cargándome una vez más en sus brazos. Mi yo interna rugió, disgustada, pero de mi boca no salió más que un quejido de dolor. De no estar adolorida, habría insistido en andar. Era una tontería preocuparme por eso cuando acababan de atacarme, pero estaba empezando a sentirme una carga para él. Era la segunda vez que se veía cuidando de mí.

Anduvo hasta una sala donde había un ascensor. Se las apañó para llamar al ascensor y entrar en él conmigo en brazos. Marcó el botón del quinto y las puertas se cerraron.

Envueltos por el traqueteo del ascensor, seguimos en silencio. Estaba aún golpeada por el shock y por la vergüenza, por lo que no me salía ni una sola palabra. Aún así, en sus brazos, me invadía una calma extraña, a decir por lo que acababa de ocurrirme.

Me percaté que, desde que nos conocimos, jamás había estado tan pegada a él durante un rato tan prolongado. Puede que fuera por mi delirio provocado por el dolor, pero me permití apoyar mi cabeza bajo su cuello. Su piel era extremadamente suave y cálida y su perfume me resultó tan familiar como la esencia de vainilla del bizcocho que hacía mi madre o el aroma a madera desgastada del que estaba impregnado mi hogar. Eros olía a lirios y el contacto de su piel electrizaba suavemente la mía. Me sentía tan a gusto, a pesar de las heridas y el terror que se diluía, que acabé por cerrar los ojos.

Escuché como se abría el ascensor y Eros caminaba, hasta que se detuvo frente a una puerta. No me pareció escuchar las llaves ni como abrió, pero el hecho es que entramos. Volví a abrir los ojos entonces.

Estábamos en un piso no muy grande, tipo loft, decorado de forma muy austera pero tan limpio y sencillo que, sin dudar, supe que era suyo. Me llevó

al comedor, en el que había una mesa, un sofá, una pantalla plana enorme y una estantería que cubría casi una pared entera. Me sentó en una de las sillas de la mesa y se fue directo hacia una puerta que había al fondo del comedor. Entreví una cama de matrimonio cuando entró allí y dejé de verle, pero escuché que trasteaba en lo que estaba segura que era el baño.

No sabía porque no me había llevado directa al hospital. Habría sido lo razonable. Aunque estaba aún un poco ida por la sangre que había perdido y no pensaba con claridad suficiente para buscarle la lógica. Me quedé mirando fijamente el ventanal del comedor mientras esperaba a Eros, tratando adivinar, por el aún turbio cielo, qué hora debía ser. Más de las seis seguro que no.

Volvió presto, con varios utensilios para curarme, unos guantes de látex puestos y unos pantalones de deporte anchos colgando de su antebrazo.

—¿Crees que puedes ponerte en pie? —Preguntó, serio.

Asentí, aunque no estaba muy segura de ello. La herida dolía cada vez más, a medida que pasaba el rato y se enfriaba.

—Entonces necesito que te quites los pantalones y te pongas estos —me pidió mientras me quitaba mis zapatos manchados por el barro, con su tono amable habitual, pero con una profundidad grave que no lo era para nada en él.

Dije que sí, agarrando sus pantalones de deporte. Él se volvió, dándome la espalda, para darme intimidad. Me quité mis tejanos, resoplando un par de veces por el dolor, y me puse los que me había dado, que me llegaban hasta la rodilla y de no ser por la goma de la cintura se me habrían caído. Me volví a sentar, percatándome entonces de que estaba sin depilar. Me la repateaba habitualmente no estarlo y, en mi estado actual, aún más. Tenía un boquete en la pierna; cómo para preocuparse de nada más.

Eros se giró hacia mí en escuchar mi quejido al sentarme, percatándose

de que volvía a estar en la silla, y se arrodilló. Enrolló el pantalón todo lo posible para que no tocara la herida y no le molestara. La examinó, lleno de consternación, en silencio, sin compartir sus pensamientos conmigo. En ese momento, me dio la sensación de estar frente a un médico verdadero.

Y, mientras él examinaba la herida de la flecha, me di cuenta de que algo no estaba bien. En realidad, el problema era que estaba todo bien: la herida estaba roja, como debía ser. Sorprendida, miré mi mano derecha, en busca de la marca negra que debía tener, después de haber agarrado la flecha dos veces. Pero no había ninguna quemadura, ni negra ni roja: mi mano estaba en perfecto estado.

—¿Qué...? —Resoplé.

Era imposible. La quemadura había estado allí. Yo la había visto. La había sentido. ¿Cómo era posible que hubiera desaparecido?

—Yo... —Balbuceé, no sabiendo cómo explicárselo. Él seguro que habría visto mis heridas ennegrecidas también. — ¿Me has limpiado ya las heridas?

Sabía que la pregunta no tenía sentido y su mirada lo reflejó. Me miró, condescendiente, pero confundido.

—Voy a hacerlo ahora —contestó.

—Pero tenía una quemadura negra en la mano y —las palabras me salían atropelladas de puro nerviosismo — la herida de la pierna estaba negra también y la sangre...

—No tenías ninguna herida en la mano —me cortó con un tono oscuro—. Y tu herida de la pierna es normal. Puede que el dolor te haya hecho delirar un poco. Es normal.

Me dejé caer en el respaldo de la silla, derrotada. Estaba equivocado. La primera vez que había cogido la flecha no estaba adolorida. Sabía lo que había visto y sentido. Aquella herida había sido real, pero ya no estaba.

Lo que estaba claro era que, fuera como fuera, alguien me había atacado a matar. La cuestión era quién querría hacerme algo así. No tenía enemigos ni gente a la que hubiera hecho algo tan imperdonable como para querer aplicar una venganza tan letal sobre mí. Pero puede que hubiera algún loco siguiéndome; explicaría aquella extraña persecución nocturna que sufrí.

Sería de necia no sentir miedo al respecto, pero sentía curiosidad por igual. ¿Quién estaba detrás de mí? ¿Sería alguien del Club? ¿O alguien cliente de Tesco? No sabía por dónde tirar. Demasiadas incógnitas tan pronto por la mañana.

—¿Quién crees que querría algo contigo? — Preguntó, volviendo a examinar el boquete.

—Ni idea.

Eros suspiró.

—Puede que debas ir con más cuidado a partir de ahora. Al menos, hasta que lo descubras —me aconsejó con un tono oscuro.

No dije nada y él se puso manos a la obra. Eros me limpió la herida en silencio, con sumo cuidado, y me sorprendió al sacar las herramientas para darme un par de puntos.

—Creía que habías hecho la carrera de Clásicas —dije, en parte para llevar mejor el dolor.

—Y es cierto —respondió.

—Pues parece que hayas hecho Medicina.

Se quedó callado, pensativo, acabando de coser un punto.

—Hice un curso de enfermería. Hace mucho —profirió en un murmullo ahogado—. Si hubiera sido más grave, habría tenido que llevarte al hospital. Por suerte, la flecha no te ha hecho una herida profunda.

—Pues duele como si lo fuera.

—No creo que te hayas hecho muchas heridas profundas en tu vida —

musitó.

—Eso ha sonado muy pasivo-agresivo —bromeé, a pesar de que era cierto.

Cuando acabó con los puntos, me limpió con algo de iodo y me rodeó el muslo con una venda. Viéndole sumido en esa concentración, discerní cierto enfado en su expresión.

—¿Estás enfadado? —Le pregunté, extrañada.

—No. Solo —titubeó— me siento culpable.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño.

Sujetó el vendaje con un poco de esparadrapo y se levantó, volviendo a llevarse todo lo que había traído. Escuché como volvía a colocar todo en su sitio. Cuando volvió, se puso a hacer cosas en la cocina. Me giré en la silla.

—No has contestado.

—Puede que no quiera hacerlo —dijo, bajito, pero conseguí captarlo de todas formas.

Apreté la mandíbula, sintiendo el enfado sobreponerse a mi gratitud.

—En realidad... —Se volvió, apoyándose en la encimera. — ¿Por qué te has ido sola al Club? Creí que iríamos juntos.

Era obvio que estaba enfadado conmigo. Y, seguramente era la falta de hemoglobina en mi cuerpo, pero me puso de mala leche.

—¿Te has molestado en leer la nota? Solo me había adelantado. Te estaba esperando allí.

—Lo sé, pero —resopló, agachando la cabeza y volviendo a alzar la mirada de golpe— tu barrio no es seguro. Es una de las razones por las que Harmony me pidió que te acompañara.

Sus palabras fueron como una flecha invisible, una que se clavó en mi pecho. Por un instante, dolió más que mi herida, aún latiente.

—*No me jodas* —suspiré.

Durante esas semanas, había tenido la certeza de haber encontrado a un nuevo amigo, con quien había conectado y en el que podía confiar. Pero desde el principio había sido un simple guardaespaldas instado por Harmony, ahora que ella no estaba.

Me levanté de la silla, tratando de no apoyar demasiado la pierna aún y me quité sus pantalones.

—¿Qué haces? —Espetó.

No le contesté. Cogí mis tejanos sangrientos y rotos y me los puse. Eros salió de la cocina y se colocó a mi lado.

—Detente —trató de pararme, cogiéndome de una muñeca suavemente—. Vas a reabrir la herida.

—Déjame en paz —me lo quité de encima y me puse las zapatillas con gran esfuerzo.

—Perdona, yo...

—Ni te atrevas —le corté—. Creía que empezábamos a ser amigos, pero ya veo que no. Y ¿sabes?: no era necesario que fingieras. Si tu única función era hacerme de chofer, eso era suficiente. No necesito que nadie me vaya detrás como si fuera una niña. Y Harmony debería saberlo. No necesitaba un guardaespaldas.

—Eso no es lo que quería decir —su voz tembló, desesperado.

Me levanté, lanzándole una mirada feroz.

—Gracias por curarme y por llevarme estos días. Mañana vuelve Harmony y me dijo que un compañero le había vendido un coche por poco dinero. Así que estás libre.

—Pero...

—Pillaré un taxi. Estás libre —repetí, casi gruñendo.

Le giré la cara y me fui medio cojeando hacia la puerta. Estaba mareada y débil, pero el cabreo me daba la suficiente fuerza para largarme de allí. Eros

no me siguió, por suerte. Salí de su piso, cerrando con un portazo detrás de mí.

—*Cabronazo.*

Vorágine

Por suerte, aquel día no tenía que trabajar. Pude volver a casa con un atiborrarme de comida para recuperarme de la herida y, con suerte, del cabreo sideral que aún tenía. A la mañana siguiente, me levanté de un humor menos agrio, aunque no estaba para lanzar cohetes, que digamos.

Fui a la cocina, necesitando un café con urgencia. Lo que me había ocurrido con Eros había sido una soberana putada, pero esa mañana tenía otras cosas de las que preocuparme. Harmony volvía por fin y había dos cosas que debía hacer en cuanto cruzara la puerta: una, cabrearme por haberme puesto un guardaespaldas sin motivos; dos, explicarle que un loco que me perseguía me había abierto un boquete en la pierna el día anterior, lo cual, estaba segura, iría precedido por una ola de preocupación y después una frase recriminatoria del tipo “¿ves como no debías ir sola por ahí?”. Lo peor sería cuando le dijera que ya me habían perseguido antes de que ella se marchara y no había dicho una palabra. No estaba muy segura de quien se iba a cabrear más con quien.

En cuanto escuché un coche en el exterior y el chirrido de la valla del exterior, me levanté y fui cojeando hasta la puerta. Abrí antes de que ella lo hiciera y, antes de que yo pudiera decir una sola cosa, mi amiga exclamó mi nombre y se echó a mis brazos. Contuve un alarido en cuanto sentí que se chocaba sin querer contra mi pierna, tratando de retrasar el momento de contárselo. Primero quería hablar de lo de Eros.

—¿Por qué le pediste a Eros que me vigilara? —Espeté.

Me alegraba mucho de tenerla de vuelta; era cierto. Pero estaba todavía algo débil y seguía cabreada. Desde lo de mi madre, Harmony parecía haber adoptado la mala costumbre de tratarme como a una figurita de cristal resquebrajada, que ante el mínimo toque podía romperse. Era un comportamiento que no tenía mucho sentido para mí, pues ella era, probablemente, la persona que mejor conocía mi fuerza y mi capacidad para salir adelante.

Harmony deshizo su abrazo, clavando sus ojos brillantes en mí, algo aturcidos por mi bienvenida.

—¿A qué te refieres? —Musitó, pero vi en su cara que sabía a la perfección de lo que estaba hablando.

—A eso exactamente —exclamé.

La dejé pasar y ella, en silencio, acarreó su maleta hasta el interior de la casa. Cerré tras de ella y me volví. En su rostro ya empezaban a aparecer los ojos de cachorrito que ponía cada vez que sabía que había hecho algo que no debía y que me había cabreado mucho.

—¿Qué pretendías que ocurriera? ¿Qué, en cuanto volvieras, dejara de ser mi amigo de repente por qué solo estaba echándome un ojo porque se lo habías pedido? ¿Tienes idea de la putada que es eso para mí? Es mentirme en la puta cara, joder —exclamé—. Además, ¿por qué coño le pediste eso? Toleré lo de que me llevara porque no había otro remedio, pero no necesitaba ningún guardaespaldas.

—Le pedí que te acompañara, sí. Y si era posible que no te dejara ir sola al Club—dijo, defendiéndose—. Pero el resto, si se hacía amigo tuyo o no, salió de él.

—¡Estupendo! ¡Mucho mejor! Así que la idea fue suya —mascullé, incrédula.

—¿Me has escuchado bien? No he dicho “que fingiera” ser amigo tuyo; he dicho “que se hiciera”. Son dos cosas muy diferentes. En ningún momento le pedí que pasara más rato contigo que en los viajes en coche. No tengo nada que ver en que fuerais al Club juntos cada mañana o cualquier otra cosa que hayáis hecho. Si Eros ha acabado tomándote por una amiga, es porque le ha salido de natural.

Sus palabras me resultaron un caldero de agua fría y hielos sobre mi cabeza. Eros no había estado mintiéndome ni fingiendo. Comprendí entonces que me había pasado con él y que había sacado las cosas de contexto. Me eché las manos a la cabeza. Me había salvado y cuidado de mí dos veces. Me había hecho mil favores y se había mostrado verdadero conmigo. Y yo se lo había pagado llamándole mentiroso y tratándole fatal.

—¿A qué viene esto, por cierto? —Espetó.

—La he cagado.

—¿Qué has hecho?

Sabía que tenía que contarle por fuerza la cuestión de mi ataque en el Club el día anterior para poder contarle lo de Eros, así que le pedí que fuera a dejar su maleta y se pusiera cómoda antes. Cuando bajó, nos sentamos en la cocina para que ella pudiera desayunar. En explicarle lo sucedido y enseñarle el vendaje bajo mi pijama, casi se atraganta con el muffin. Necesité cinco minutos literales para que se calmara y poder proceder con mi historia.

—Mira —suspiró, pareciendo más calmada—, Eros puede ser bastante zoquete, pero no es ningún mentiroso. Si realmente te considera su amiga, puedo asegurarte que es verdad. Estoy segura de que te llamará hoy sin falta. Pero, ahora, hablemos de ese loco que te persigue.

Resoplé, preparándome para el cumulo de restricciones que se me venían encima.

—No creo que quiera hablar conmigo después de cómo me porté.

An cabeceó, mientras barría el suelo frente a la caja, después de que a una clienta se le reventara un paquete de arroz. Yo estaba sentada encima de la mesa, reposando la pierna.

Eros no había dado señales de vida todavía, como yo creía. Al menos, el compañero de Harmony nos había traído el coche esa misma mañana y ella había podido traerme a trabajar. Por lo demás, después de contarle a An el incidente en el Club y de que entrara en un estado de histeria momentáneo, le expliqué lo borde que había sido con Eros, a lo que había acabado dando más vueltas que al hecho de que casi me matan.

—Si es tan gentleman como dices —se burló, riendo—, te lo dejará pasar. Preocúpate más de cubrirte las espaldas de ese loco que te persigue.

—Tienes razón, pero no puedo evitar sentirme mal —suspiré, con los hombros caídos—. De no ser por él, el boquete lo tendría en la cabeza.

—Ahí tengo que darte la razón, Aury —se apoyó con ambas manos en el palo de la escoba y me miró, con una sonrisa socarrona—. Puedes achacar tu arranque a la falta de sangre en tu coco loco.

Solté una carcajada por su patético intento de hacer una broma en mi idioma materno y su acentazo al hacerlo.

—Anthony, eres imbécil.

—Sabes que odio que me llames así —gruñó.

—Ay, no seas así —bromeé, bajando de la mesa y acercándome a él, tocando la pequeña placa dorada en su camiseta—. Si lo pone aquí. Mira: An-tho-ny.

—Vas a ir al concierto de este viernes en patinete como sigas así —se

quejó, apartándose de mí y barriendo por otro lado.

Volví a sentarme en la mesa, observando como barría y no me la devolvía. Normalmente, nuestro falso pique habría durado un poco más.

—Estás poco peleón hoy —le tanteé.

Se volvió, levanto la escoba y me dio un ligero golpe en el brazo. Yo la aparté de un manotazo, riendo.

—Y tú muy pesada —protestó de vuelta.

Ladeé la cabeza, observándole. También tenía el ceño algo fruncido, como si le preocupara algo.

—¿Te ha pasado algo que no me hayas contado? —Le pregunté.

—No —negó, agarrando el recogedor—. Solo estoy preocupado por ti.

Suspiré, enternecida por su consternación. Estábamos tanto tiempo bromeando que a veces se me olvidaba que An también podía ponerse serio.

—Voy a estar bien. Iré con más cuidado a partir de ahora.

Dejó el recogedor y la escoba a un lado en acabar. Se puso frente a mí entonces, cruzándose de brazos y lanzándome una mirada consternada.

—¿Qué pasa? —Dije, soltando una risa apagada y leve. — ¿Por qué me miras así?

An agachó la cabeza un instante y pareció debatirse consigo mismo unos segundos. Suspiró, hablando finalmente.

—Creo que nunca te he dicho lo importante que eres para mí y —hizo una pausa, trabándose— necesito que lo sepas.

—Vamos —resoplé—. No me digas que me dices esto porque he estado a punto de casarla.

—Puede que sí. Puede que no —alzó la cabeza—. En todo caso, prefiero decírtelo ahora que tengo oportunidad.

Me encogí, anonadada por la seriedad en su cara. Jamás le había visto una expresión igual. Desde que nos conocimos, An se había mostrado alegre,

bromista y vital, y ahora había noche en su mirada, más allá del color de sus iris.

—Eres mi mejor amiga, Aury, y te quiero y me preocupo por ti, desde siempre. Así que hazme el favor de cuidarte.

—¿Tanto miedo has pasado de que me muera? —Reí, demasiado cohibida por su seriedad

—Serás estúpida —exclamó, indignado—. Pues claro. ¿Quieres que te dé un cabezazo?

Se me acercó, amenazante de cumplir su amenaza y yo volví a reír. Aproveché su cercanía para abrazarle, achuchándole todo lo fuerte que pude. A pesar del resto de mis preocupaciones, An me había hecho muy feliz con esa breve declaración.

—Yo también te quiero. Aunque seas tontito.

Soltó una risita, pero no me la devolvió. Correspondió mi abrazo con suavidad, acariciando mi pelo un par de veces, para separarse al fin. Sus ojos estaban algo humedecidos y rio en ver mi anonadamiento.

—Bueno, ya vale de seriedad —dijo, sorbiendo con sequedad—. Tenemos que animarnos y pensar en el concierto.

An desenganchó el manajo de llaves de la tienda de su cinturón y se acercó a la puerta de entrada. Cerró y puso el cartel de “cerrado por mantenimiento”.

—¿Qué haces? —Mascullé.

—Ya lo verás —volvió hasta mí, con una sonrisa que ni el mismísimo Momo pegaría en su rostro.

Se colocó en la parte interior de la caja y me eché hacia atrás, casi tumbándome en la mesa, para ver lo que hacía. Después de teclear veloz en su móvil, escuché un click y la música de fondo del supermercado cesó. Un instante después, se vio substituida por un sonido intermitente al que se le

unió un bajo a los segundos de empezar. Lo reconocí al instante: era el comienzo de una de las canciones más famosas de The Massur.

An rodeó la mesa, agarrándome en brazos y yendo hacia los carros.

—¿Se te ha ido la olla? —Exclamé, aunque sin poder ocultar una sonrisa de estupor. — Vas a hacer que nos despidan.

—Estamos de mantenimiento. ¿No lo ves? —Señaló el cartel con la cabeza y me metió en un carro de la compra. Se apoyó en el borde, dedicándome una expresión pícaro. — Vamos a hacer un poco de inventario.

—¡An! —Grité, cuando agarró el carro y se echó a correr por el primer pasillo.

An me paseó por el supermercado, haciendo tonterías, cantando, llenando el carro de cosas conmigo dentro y haciendo ver que tocaba la guitarra. Me sacó del carro, me llevó en brazos y me subió a caballito, con tal de hacerme reír. Al final, acabé uniéndome a él, cantando las letras que me sabía de memoria y siguiéndole en su locura.

Cuando terminó la canción, nos tumbamos en el suelo y An abrió una bolsa de patatas y me obligó a coger una.

—Más te vale hacer que no me despidan por esto o te obligaré a buscarme otro trabajo —le amenacé, mordiendo la patata.

—Tranquila. Yo siempre te cubriré.

A la mañana siguiente, Harmony pasó a recogerme. Llevaba lloviendo de forma torrencial desde las tres de la madrugada y, lejos de aminorar, parecía estar empeorando. Cuando llegamos a casa, ocurrió otra vez: la luz no iba.

—Voy a poner las velas en el comedor—dijo Harmony a toda prisa, percatándose de que empezaban a temblarme las manos—. Hay más en el cajón de los trapos en la cocina. Cógelas.

Asentí y cada una entró en una estancia diferente. Me abalancé sobre el cajón que Harmony me había dicho, alcanzando las velas, dentro de una pequeña bolsa. En esta, también había un mechero y, demasiado inquieta por las sombras de la cocina, decidí encender una para calmarme. El mechero se me resistió debido al temblor de mis dedos, pero al final conseguí encenderlo.

La llama pareció convertirse en un fogonazo que me absorbió, atrayéndome a una vorágine súbita. Un parpadeo y mi visión cambió. En mis manos tenía una lámpara de aceite y me encontraba arrodillada sobre una gran cama. Frente a mí, había un hombre acostado, enrollado en unas sábanas blancas. Aunque algo en mi fuero interno me decía que no tenía nada de humano.

Respiraba plácidamente, sumido en un sueño profundo. Sabía que era la primera vez que veía aquel rostro rosado, demasiado hermoso para ser terrenal, de facciones delicadas y perfectas. Su cabello dorado estaba algo alborotado; enmarcaba su cara con suavidad, con sus ondulaciones posadas sobre su piel cual rayos de sol. Las sábanas solo cubrían su cintura, dejando ver un cuerpo de propiedades olímpicas, que ningún mortal podría llegar a poseer. Asombrada, me acerqué más a aquel ser de aspecto divino, tan intrigada como atrapado estaba mi corazón.

La mano me tembló y una gota de la lámpara cayó sobre su pectoral. Él se levantó, sobresaltado. Lució desorientado por un instante, hasta que fijó sus ojos en mí, después en la lámpara y de nuevo en mí. Las lágrimas acudieron a su mirada verdosa, profunda como el bosque que, por alguna razón, sabía que rodeaba su hogar.

Se echó a llorar, balbuceando unas palabras que me resultaron inteligibles, yendo hacia el balcón. Le perseguí, pero no pude atraparlo: ya había extendido sus alas y se había echado a volar bajo la noche oscura.

Cuando volví en mí, estaba en el suelo, apenas agarrada al asa de un

cajón. Jadeé, no sabiendo muy bien dónde estaba. Necesité un par de segundos para recapitular y percatarme de que estaba en la cocina.

—¡Aura!

Harmony estaba a mi lado, tratando de levantarme. No me había dado cuenta de que había entrado en la cocina. Pude ponerme en pie, gracias a ella, aunque las piernas se me antojaban flojas. Jadeé, agarrada a sus brazos. Sabía que me miraba preocupada y que demanda una explicación.

Esta vez, no tenía dudas: había visto a Eros en mi visión. Aún así, lo que más me preocupaba no era haberle visto a él, sino la escena que había presenciado. Era justo lo que Psique había hecho para descubrir a su amante secreto, el dios del amor. En ese momento, estaba demasiado aterrada para pensar qué podía significar aquello para mí.

Le dije a Harmony que me había mareado por el estrés de aquellos días y nos sentamos en el sofá. Preparó café, trajo consigo una bolsa de muffins de chocolate y se sentó conmigo, escaneándome continuamente como si me fuera a dar un chungo otra vez, en cualquier instante.

No estaba acostumbrada a ocultarle cosas a Harmony, pero no estaba muy segura de cómo decirle que veía a su primo en mis sueños y que empezaba a creer que podía haberle conocido en una vida pasada. Podía no tener ninguna importancia o tener mucha; no lo sabía aún. Necesitaba averiguarlo antes de contárselo.

Sintiéndome mejor y más calmada al rato, decidí que esa mañana quería atar cabos, pero cabos que se ciñeran a mi realidad tangible. Escuchar a Harmony hablar de Suecia fue emocionante y me alegraba que su viaje hubiera ido bien, pero necesitaba respuestas y sabía que no iban a salir de Eros.

—Oye —empecé, irguiéndome en el sofá, con la taza de café aún humeante en mis manos— ¿vas a contarme por fin qué pasó entre Eros y tú

para que estés tan cabreada con él?

Harmony pareció incomoda por mi pregunta, aunque para nada sorprendida. De hecho, parecía haberla estado esperando. Suspiró, echando la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo del sofá.

—En realidad, no fue nada del otro mundo. Pasó algo cuando éramos muy jóvenes y se comportó como un cobarde. Y sigo cabreada.

Resoplé. Más evasivas. De no saber que eran primos, habría jurado que eran hermanos. Habría sido toda una ironía. Estaba segura que, fueran quien fueran sus progenitores, debían tener una gran inclinación por el mundo clásico para ponerles tales nombres.

—Está claro que no os gusta hablar de vuestra familia, pero yo te considero de la mía, así que va siendo hora de que compartas un poco ese salseo consanguíneo —insistí.

Harmony rio y cabeceó, pareciendo ablandarse ante mi sentencia.

—Eros se enamoró perdidamente de la que era mi mejor amiga cuando éramos jóvenes. La cosa no salió bien entre ellos por culpa de sus padres, ya que no la consideraban suficientemente buena y él no luchó lo suficiente. Agachó la cabeza y se rindió. Ella, después de aquello, se fue muy, muy lejos, —dijo, con una vocecita y la mirada vacía— y la perdimos ambos.

Vi la melancolía en su rostro y como sus dedos se ciñeron a la taza, emblanqueciendo sus nudillos. Yo proferí un murmullo ahogado, atando cabos por fin. Detrás del tatuaje de su brazo estaba su amada del pasado. Por ello no quería hablar de ello: aún le dolía. Que sus padres fueran tan clasistas también explicaba que Eros fuera tan elegante y caballeroso.

—No pensaba que tus tíos también eran tan malos.

—Lo son —suspiró, tomando un trago de café—. De hecho, todos vivimos separados y no nos llevamos apenas. Eros es el primer familiar que veo en años.

—¿Y cómo es que ha venido a Southampton?

—Ni idea —frunció los labios, encogiéndose de hombros—. El caso es que ha sido casualidad.

—¿No sabía él que vivías aquí? —Enarqué una ceja, extrañada.

—Qué va.

Era bastante triste visto en perspectiva. Toda mi familia carnal estaba muerta. Las únicas veces que había estado en España habían sido cuando mi madre había acudido al funeral de sus padres y respecto a mi padre, nos llegaron noticias de que había muerto de una sobredosis. No obstante, mi madre me había dado todo el amor que había necesitado. Pero Harmony no tenía eso: su familia era un completo desastre.

—Puede que debas bajar el hacha de guerra —le dije—. Con Eros, me refiero. Si hace tanto tiempo de aquello, debíais ser muy, muy jóvenes. Nadie sabe muy bien lo que hace cuando es joven en lo que respecta al amor, así que no tiene mucho sentido que sigas machacándole.

—Es más complicado que eso, pero —replicó, pero dejó ir un resoplo en señal de rendición— supongo que tienes razón.

—Claro que la tengo. Por lo que cuentas, puede que sea el único familiar decente que tengas y no estaría mal que tuvierais una relación de primos normal.

—Está bien —dejó el vaso en la mesilla y se volvió completamente hacia mí—. Pero tú tienes que hablar con él.

—No sé —me encogí, sintiendo la amargura en mi garganta al recordar lo ocurrido—. Le traté muy mal y aun así también sigo algo encabronada, aunque no tenga motivos. Se portó bien conmigo, pero a veces era como un muro de piedra.

—Es algo reservado, no te lo negaré. Pero ten paciencia con él.

Suspiré.

—De acuerdo. Le llamaré esta tarde.

Entuertos

La semana se me hizo eterna. Como le prometí a Harmony, llamé a Eros esa misma tarde, pero no me cogió la llamada. Lo atribuí a que estaría ocupado y probé al día siguiente. A aquel intento lo sucedieron varios más, todos fallidos, y yo pasé de la culpa al mosqueo cada vez que ignoraba mi llamada.

Intento fallido tras intento fallido, los días pasaron y el sábado llegó. Tenía la pierna mucho mejor y estaba segura que iba a aguantar la noche entera. Daba gracias de que el concierto hubiera caído justo aquella semana. Necesitaba olvidarme de Eros como fuera y ver a The Mussar en directo no podía ser más perfecto.

Estaba delineándome los ojos en el baño cuando escuché el timbre. Debía ser An, que ya había llegado para recogerme. Me puse el rímel rápidamente y me miré en el espejo: camiseta de The Mussar, leggins negros y botas consistentes. Estaba lista.

Escuché como Harmony abría la puerta. Me daba unos segundos de margen para recoger mi bolso, por lo que no me puse a correr por el pasillo hasta mi habitación. Pero, cuando estaba allí, me puse en alerta ante un grito airado de mi amiga.

—¡Fuera de aquí! ¡No te atrevas a dar un paso cerca de ella!

Alarmada, me eché escaleras abajo, corriendo. En llegar al recibidor, encontré que Harmony estaba fulminando a An con una mirada de fuego y

agarraba el borde la puerta, haciendo barrera entre él y el interior de la casa. An parecía muy tenso, sin moverse un centímetro hacia el umbral.

—¿Qué está pasando? —Increpé a Harmony.

Ella clavó su mirada en mí, brillando con la misma ira, pero irradiando confusión por igual.

—¡Harmony! —Exigí que hablara.

Había visto a An varias veces. ¿A qué venía aquella reacción de repente?

—Este... —Comenzó, mirándole de reojo con furia. — ¿Por qué está aquí?

—Viene a recogerme —expliqué, mosqueada por su locura repentina—. Te lo he dicho antes.

—Pero...

Iba a protestar, cuando un destello cruzó sus pupilas y se calló, una realización que no entendí. Se volvió hacia An, tal fiera a punto de clavar sus dientes en la yugular de su presa.

—Hijo de puta —gruñó, haciendo ademán de abalanzarse sobre él.

—¿Qué coño te pasa? —La agarré, deteniéndola.

—Este tío es un mal nacido, hijo de...

—¡Basta! —La corté, enfadada. — Le has visto mil veces. ¿A qué viene esto?

—No era lo mismo. Él... —Se mordió la lengua, estaba claro. — No permitiré que te vayas con este engendro.

—Te estas pasando —la advertí. No me importaba cuales fueran sus razones para ponerse así. No iba a tolerar que insultara a An.

—No lo entiendes.

—Exactamente: no lo entiendo. Y voy a pasar de entenderlo.

Agarré mi chaqueta del perchero y di un paso en dirección a la puerta, dispuesta a salir y a alejar a An de allí. Harmony me detuvo, agarrándome del

brazo.

—No voy a dejarte que te vayas con él.

—¡No tienes motivos para decirme eso! Así que cálmate de una vez. Ya hablaremos luego de este arranque. Pero voy a irme al concierto, pienses lo que pienses. Vámonos, An.

Salí y le agarré de su chupa, arrastrándole hasta su moto. Ambos nos subimos y nos marchamos sin decir una palabra más.

La vergüenza me reconcomió todo el camino. No podía creer la escenita que había montado Harmony y más sin venir a cuento. Cuando An aparcó en el descampado de tierra que servía como parking de la sala en la que se iba a dar el concierto, me bajé y esperé a que él también para proferir una disculpa decente.

—Siento lo que ha pasado —dije con una vocecita—. No sé qué le ha dado.

—No te preocupes. Vamos a centrarnos en el concierto.

Parecía perturbado y eso me preocupaba. No quería que nada enturbiara nuestra amistad y sería horrible que precisamente lo hiciera mi otra mejor amiga. Pero ¿habría algo que no sabía en realidad? Al fin y al cabo, conocía a Harmony desde mucho antes que An. Puede que hubiera una historia que desconocía y que les incumbía a ambos. Puede que Harmony no le hubiera reconocido hasta entonces. De hecho, pensándolo con detenimiento, An jamás se había acercado demasiado a ella. Siempre que se encontraban estaba a metros de distancia o llevaba el casco de la moto puesto. Y esa noche me había preguntado si Harmony iba a estar en casa, a lo que le había respondido que no, pues debía ir a la galería, pero se había cambiado el turno con un compañero.

—¿Os conocéis de algo, Harmony y tú? ¿Además de por mí? —Titubeé.

An alzó la mirada de golpe. Por un segundo fue un libro abierto: había

acertado. No obstante, enseguida fingió un posado ofendido.

—No. Para nada.

Agarró mi casco, guardándolo en la caja de atrás de la moto, e hizo lo mismo con el suyo. Parecía estar tratando de mantener la calma.

—Debe haberme confundido con otro. Muchos pringados de esta ciudad van con las mismas pintas que yo —escupió.

No podía decirse que eso fuera muy cierto. An era como un cartel de neón andante. Era demasiado guapo para pasar desapercibido. Podría aparentar ser el cantante de una banda de rock famosa y no te costaría de creer. Podía haber muchos con su mismo estilo, pero era imposible que An pudiera camuflarse entre ellos: sobresalía sin pretenderlo. Harmony no podía haberse confundido.

—Supongo —dije al final.

No quería añadirme más quebraderos de cabeza esa noche. Ya hablaría con Harmony al día siguiente y sacaría algo en claro. Ahora solo quería divertirme y pasar una noche sublime con mi amigo.

An sacó una petaca del bolsillo de su chaqueta y me la entregó. Desenrosqué la tapa y olí, captando el aroma a vodka con lima.

—Un clásico —reí.

—Vamos, bebe. No podemos encantarnos demasiado.

Nos bebimos el contenido entre los dos, rodeados del resto de borrachos y moteros en el descampado, que, con toda probabilidad, íbamos a encontrarnos dentro, en el concierto. Cuando terminamos la petaca, nos encaminamos hacia la entrada, donde tuvimos que hacer cola un buen rato. Se pasó rápido, aun así, pues no parábamos de reírnos y de bromear, como era habitual.

Estaba siendo una tonta. Seguro que Harmony se había confundido. An no me ocultaría nada y estaba segura que no habría podido hacer nada que

podiera cabrearla así. Puede que la gente le malinterpretara por su aspecto, pero no era para nada un macarra. Me había demostrado en más de una ocasión el gran corazón que tenía y la fuerte amistad que sentía por mí.

En cuanto conseguimos entrar, ya estaban tocando los teloneros. No estaban nada mal, aunque no los pudimos apreciar lo suficiente de lo excitados que estábamos por ver a The Mussar. La sala enloqueció cuando salieron al escenario. Yo sentía que me iba a estallar el corazón de la emoción. Tenía delante a los que habían puesto banda sonora a gran parte de mi vida. Iba a explotar de felicidad.

El concierto fue uno de los mejores momentos de mi vida. An y yo estábamos muy cerca del escenario, agarrados de la mano, cantando, sacudiendo nuestros cabellos y admirando a la banda. No iba a olvidar jamás aquella experiencia; estaba convencida.

En un descanso breve que hicieron, me deslicé hasta la barra para conseguirnos dos copas. Allí, traté de que el barman me notara lo más rápido posible, pero había bastantes personas en mi misma situación, llenando la barra.

Conseguí que el barman me atendiera antes de que empezara la segunda parte del concierto y mientras esperaba a que hiciera los cubatas, alguien me dio unos toques en la espalda. Creí que sería An. En volverme, me topé con una persona que no habría pensado ver (ni de coña) en un concierto como ese.

Eros me dirigió una mirada extraña. Había querido decirle muchas cosas durante esa semana; ahora solo quería atizarle. Adivinaba la razón por la que estaba allí y eso solo podía cabrearme, a unos niveles que sobrepasaban mi euforia.

—*Hay que joderse* —gruñí, para mí misma—. ¿Te ha mandado Harmony a hacer otra misión de guardaespaldas? Pues ya puedes girarte y

volverte a tu puta casa.

Pagué al barman y agarré los dos vasos, cubriendo la superficie para evitar ningún desliz extraño. Eros se me puso delante, barrándome el paso.

—Aura, escúchame. Por favor —suplicó.

—No quiero escucharte —grité, hastiada de tanta tontería—. Lo que sea que os traméis tú y Harmony contra An, mira, paso. Es mi amigo. Le conozco. Y no me importa una mierda lo que piense de él o crea que haya hecho. Él jamás me mentiría.

—¿Estás segura de eso? —Frunció el ceño.

—Sí —repliqué—. Y te juro que como intentes hacerme dudar de él, te apalizo.

Eros pareció nervioso, pero mantuvo su tono afable.

—Pongas como te pongas, la verdad es que no es una buena compañía.

—¿Y eso por qué?

Se quedó callado. Tenía huevos la cosa. Se volvían locos de repente porque estuviera con An y tenían la cara de no decirme porqué. Resoplé, tratando de pasarle por al lado, pero volvió a ponerse frente a mí y me dio la sensación que el Vesubio acababa de entrar en erupción en mi interior.

—Tienes mucha jeta ¿lo sabías? —Estallé. — Te has pasado la semana pasando de mis llamadas cuando he estado tratando de pedirte perdón y ahora apareces de la nada para joderme la noche. Y me da igual que te haya enviado tu prima. Creí que tenías dos dedos de frente. ¿Te parece normal perseguirme por ahí porque según Harmony estoy “con una mala compañía”? Tengo veintidós putos años. No soy ninguna cría.

Aquello pareció quemarle, haciendo que casi se retirara un paso. Sus facciones se contrajeron, apenado.

—No era mi intención ofenderte.

—Pues vas tarde. Lárgate de una vez.

Estaba tenso y nervioso y supe que era momento de irme, antes de que me entrara más mala hostia.

—Yo también le conozco —le oí decir a mis espaldas.

—Sí, claro —resoplé, pasando de él.

Me abrí paso entre la gente. No iba a dejar que me arruinaran el concierto, ni en broma. Cuando llegué hasta An, enarcó una ceja, extrañado.

—¿Por qué has tardado tanto? —Me preguntó, tomando su copa.

—Un capullo estaba tocándome los ovarios —espeté, bebiendo un buen trago.

—Pobre capullo, pues —rio.

—Aura.

Apreté el vaso en mi mano. No podía creerlo. Me volví con violencia, encarando a Eros. Mi paciencia estaba por los suelos.

—¿Cuál es tu problema? —Escupí, ya muy cabreada. — ¿Quieres dejarme en paz?

Pero su atención ya no estaba en mí. Los ojos de Eros se habían transformado. Carecían de su dulzura y gentileza habitual, habiéndose tornado matadores, fríos como el peor de los inviernos, y estaban fijados en An.

Giré sobre mis talones para ver a mi amigo, descubriendo a un An tan tenso que apenas podía reconocerle. Sus facciones eran pétreas y parecía haber dejado de respirar. La inquietud bailaba a su alrededor, proveyéndole de un aspecto inseguro.

Lo entendí al ver como se miraban. No era An y Harmony quienes se conocían, sino An y Eros.

—Te ha pedido que la dejes en paz, tío —dijo An, oscuro en su voz y en su mirar.

La expresión de Eros me robó el aliento. Una ira arrolladora le sobrevoló

cual tupido velo, transformándolo en una fuerza violenta a punto de liberarse. Viendo la pelea que estaba a punto de originarse, agarré a Eros y solo de poner mis manos en sus brazos, noté la tensión acumulada en sus músculos. Estaba preparado para golpearle en cualquier momento.

—He tenido suficiente —le grité, tratando de desviar su atención hacia mí—. No pienso irme contigo, pero podemos apartarnos y me cuentas qué coño pasa. De lo contrario, llamaré a seguridad y se acabó.

—Aura, no —rugió An.

—Tú te callas —me volví, también cabreada—. No hagas como si no me hubieras ocultado esto. Te he estado hablando de Eros y no has dicho una sola palabra de lo que sea que haya pasado entre vosotros. Por no hablar de Harmony, de la que te has mantenido alejado para que no saltara la chispa. Así que ni una palabra.

No me habría puesto así si no hubieran saltado todos a la vez. Si realmente ellos tres se conocían y habían tenido problemas en el pasado, no era asunto mío, pero me habían metido de cabeza en sus problemas y estaba más que harta.

—¿Qué eliges? —Le espeté a Eros.

Eros se quedó silencioso una vez más, tratando de escoger una opción que seguro no estaba entre las que le había ofrecido.

—¿¿Quieres hablar de una maldita vez?!

El suelo pareció deshacerse bajo mis pies. La vorágine. Las náuseas. Y ya no estaba en la sala del concierto.

Estaba andando apresuradamente por un pasillo enorme de suelo de mármol y paredes decoradas con murales de animales que correteaban. No los veía muy bien; estaba enfadada y tenía prisa. Al llegar al final, donde había un enorme arco que daba al jardín, bajé los escalones hasta el césped, agarrándome la falda de la túnica. En un banco, sentado frente a la fuente

donde bebían unos gorriones jóvenes, estaba él. Fui en su busca y le increpé. Le grité algo; no podía oírlo bien. Se mantuvo silencioso y me frustró no saber qué expresión tenía. Siempre llevaba esa maldita máscara de teatro. Nunca me había dejado ver su cara y necesitaba saber quien era. Se levantó, mucho más alto que yo, imponente como era. Traté, con un brinco, de arrancarle la máscara, pero él me agarró por el antebrazo, deteniéndome.

Lo próximo que sentí fue las duras baldosas de la sala, el olor a vodka y la sensación de la ropa mojada y pegajosa sobre mí piel. Unas manos me ayudaron a ponerme en pie y escuché mi nombre dicho por dos voces distintas. Estando de pie, traté de recuperar la vista y el equilibrio rápido, dándome cuenta de que tenía a An y Eros mirándome, ambos preocupados. Me pasé una mano por la frente, tratando de recobrar el sentido de la realidad. Había vuelto a ocurrir.

—Tengo que sacarte de aquí —escuché decir a Eros.

—No vas a llevártela —rugió An, enseñando los dientes.

—Estoy cansada de esto —suspiré, sintiendo un dolor de cabeza punzante incrementar—. Me voy con él.

—Pero...

—Cállate, An. Cállate.

Eros me pasó el brazo por la espalda, agarrándome delicadamente, y me llevó fuera de la sala. Anduvimos hasta su coche entre un silencio sepulcral y ambos nos subimos.

—Ni se te ocurra llevarme al hospital —le espeté—. Solo ha sido un mareo por el estrés.

—No iba a hacerlo.

No volvimos a decir nada. Creía que iba a llevarme a casa, pero supe enseguida que estaba conduciendo hacia su piso. Tenía que hablar con él y no me apetecía mucho estar con Harmony ahora, por lo que me estuvo bien.

Cuando llegamos a su piso, estaba oscuro y se apresuró a encender todas las luces posibles. Dejé mi chaqueta en el perchero de la entrada y me adentré, insegura.

—Voy a prepararte algo de comer —dijo, afable—. Ponte cómoda.

—No es necesario que lo hagas.

Me lanzó una mirada condescendiente y suspiró con levedad.

—Te irá bien. Confía en mí.

Dicho esto, se adentró en la cocina. Vi cómo se colocaba un delantal y fruncí el ceño para mí misma. Con las horas que eran y se ponía a cocinar algo lo suficiente complejo para tener que vestir un delantal. Me habría servido cualquier cosa, pero lo cierto es que aquella visión había sido la más fuerte de todas, y estaba agotada y con una sensación leve de vértigo.

Mientras él trasteaba en la cocina, me puse a mirar su pequeña biblioteca. Estaba ordenada por orden alfabético y tenía muchas ediciones muy antiguas, algunas de más de cien años. Vi que tenía varias traducciones de las Metamorfosis de Apuleyo, en varios idiomas: inglés, italiano, español, francés, alemán... Y la lista seguía. No sabía qué me sorprendía más: su afección con esa obra o la cantidad de idiomas que debía hablar. Aunque, a decir verdad, tenía sentido que le tuviera afecto. Era el único escrito en el que se hablaba de Cupido y su amada Psique en una extensión decente.

—¿Cuántos idiomas hablas? —Dije, volviéndome hacia la cocina.

—Varios —contestó, cabeceando, de espaldas a mí.

—Te debiste criar en un colegio bastante pijo, entonces.

—Se podría decir.

Resoplé. No estaba para seguir aguantando medias verdades y respuestas ambiguas. Me acerqué a zancadas hacia la mesa alargada que separaba la cocina del comedor y le lancé un trapo que había allí. Le dio en la nuca de lleno y, sorprendido, se giró de inmediato.

—Escúchame bien —le advertí con seriedad—. Deduzco que si me has traído aquí en vez de llevarme a casa tienes algo que decir al respecto de todo el lío con An o me tienes en suficiente consideración para realmente creerme tu amiga. Pero si me contestas a medias o no me dices la verdad una sola vez más, aunque sea en una cosa tan estúpida como en qué puto colegio rico estudiaste, saldré por esa puerta y olvídate de que vaya a volver a dirigirte la palabra. Ya bastante me la habéis liado los tres en una sola noche.

Le dejé con la palabra en la boca y me fui directa hacia la estantería una vez más. Agarré una edición que tenía del mito de Psique y Cupido, selección de las Metamorfosis, y me senté en el sofá, a leer aquella historia por enésima vez en mi vida. Debía reconocer que yo también sentía cierta tendencia a aquella historia, desde el preciso momento en que la oí por primera vez.

Eros, al rato, apareció con dos platos de lomo rebozado y un poco de ensalada. Los colocó en la mesilla y se sentó a mi lado. Le observé, sin cerrar el libro todavía, percibiendo su arrepentimiento por encima de las páginas.

—Perdóname, Aura. Se que no he hecho las cosas bien contigo.

—Yo tampoco contigo —cerré el libro de golpe, lo dejé a un lado y me erguí—. Pero siempre te he dicho lo que pienso, aunque me haya equivocado.

—Es cierto —juntó las manos, apoyando sus codos en sus rodillas y jugueteo con los dedos, nervioso—. Pero es más difícil para mí.

—¿Por qué? —No me gustaba su respuesta, pero era sincera.

Tragó saliva y apretó la mandíbula. Realmente había un conflicto del tamaño de una guerra púnica en su mirada.

—Es por mi madre. Estoy limitado por ella.

—Harmony me contó algo sobre eso.

Alzó la cabeza de golpe, posando sus ojos, de repente aterrorizados, en mí. Me eché un poco hacia atrás.

—¿Qué te dijo? —Inquirió, alterado.

—Me contó sobre que perdiste a la chica que amabas por tus padres. Y que era su mejor amiga.

Eros pareció derrotado por mis palabras. Se giró, cubriéndose la cara y entrelazando sus dedos con su melena suelta, con una desesperación que no llegaba a comprender.

—¿Qué más te ha contado? —Murmuró con una voz ahogada.

—Que —comencé, insegura— tus padres no la creían suficiente buena para ti y que ella se mudó muy lejos. Y que no luchaste lo suficiente por recuperarla.

Se descubrió, tornándose de golpe hacia mí, ojos muy abiertos y frío estupor en sus facciones.

—¿Qué? ¿Eso te ha dicho? ¿Qué no luché? —Escupió, lleno de indignación. Empezó a botar la pierna y desvió su mirada de mí. — No me lo puedo creer —susurró con rabia—. No sabe de lo que habla. No tiene ni idea de lo que he sufrido.

Todos esos años había sabido que Harmony procedía de una familia adinerada y desestructurada, pero no me imaginaba hasta qué punto. Sabía de sufrimiento profundo y de heridas que cicatrizan, pero no desaparecen, y Eros tenía su propio pasado cristalizado en su alma, atormentado y adolorida aún por este.

—Pero... ¿Qué podría hacer tu madre ahora en tu contra? ¿Por qué no la buscas?

Sus ojos oscurecieron y se quedaron anclados en la mesa frente a él, aunque parecían mirar al vacío de su tortura.

—Ella no se mudó —dijo, apenas—. Murió.

La sangre se me heló. Entendí entonces por qué no había querido hablar de su tatuaje la primera vez que le pregunté: era el recuerdo de la muerte de su amada.

—Toda nuestra relación fue a oscuras, para mantener a mi madre al margen. Pero ella no estaba dispuesta a vivir así y yo —apretó la mandíbula y agachó la cabeza, ocultándose su rostro tras unos mechones dorados— insistí en continuar ocultos, pero no me hizo caso. Tuvimos una pelea por aquello y me fui de casa unos días. Ella, tratando de arreglarlo y conseguírnos vía libre, fue a enfrentarse a mi madre, abanderada por el amor que compartíamos. Pero mi madre la trató como si fuera la peor escoria del universo y la echó. Cuando salió de mi casa, un coche la atropelló.

Puede que mi reacción fuera muy cliché, pero fue lo que me salió de dentro. Comprendía su dolor y necesitaba que lo sintiera. Me deslicé con cautela hasta él y agarré su mano.

—Lo siento mucho —susurré.

Eros me miró, sin temor a enseñarme el par de lágrimas que rodaban por sus mejillas, cristalinas y afiladas. Asintió levemente, bajando su vista hacia el enlace de nuestros dedos. Una de sus lágrimas cayó sobre la piel de mi muñeca, estremeciéndome.

Se me había olvidado lo ocurrido aquella semana, cada enfado y malentendido. En aquel momento solo había lo que había pedido: un amigo compartiendo su alma con total, aunque ardua, sinceridad. Era consciente de que desconocía mucho de Eros, pero me había abierto su corazón, y aquello me daba esperanza de ver más de su verdadero yo.

En ese momento me percaté de que, fuera quien fuera aquella chica, Eros no lo había superado. Y no fue de lo único que me di cuenta. Por fin había llegado a ver el corazón de aquel chico dulce y amable, después de cada malentendido y cada convergencia entre ambos. Eros me había atrapado y ahora lo veía. Me había enamorado de él, irrevocablemente.

Se soltó y se secó las lágrimas, plasmando una leve sonrisa en sus labios.

—Deberíamos comer antes de que se enfríe —dijo, siendo obvio que

quería desviar la conversación, aunque fuera momentáneamente.

Comimos en silencio, lo cual empezaba a ser un hábito. Lo detestaba, pero después de hablar de una pérdida como aquella y de darme cuenta de la cruz que mis sentimientos iban a ser para mí misma, ambos necesitábamos esos instantes para recobrarlos.

Se llevó los platos en cuanto acabamos y volvió de la cocina con una tableta de chocolate con leche, que me entregó.

—Gracias —musité, abriéndola.

Estaba perdida. Yo era demasiado transparente para ocultar una cosa como aquella. Cada vez que me sonriera, iba a convertirme en un flan, y eso no había forma de esconderlo.

—¿Te gusta Apuleyo? —Preguntó, sentándose a mi lado una vez más.

—Está bien, sí —dije, deseosa de concentrarme en cualquier cosa, la que fuera.

—Aunque, por lo que veo —miró el libro cerrado, aún al lado de mis piernas —, tienes preferencias.

—Me gusta mucho este mito, desde siempre —dije, echándole un vistazo rápido a la portada.

—Mito —murmuró y asintió, esbozando una pequeña sonrisa. Entreví un destello fugaz en sus iris, una alegría fugaz—. ¿Y por qué te gusta?

—Pues... —Me encogí de hombros, sin saber muy bien cómo contestar a su pregunta. — Es una historia bonita. Saca mi lado romántico, supongo. Lo que pasa es que... Sé que debería apartar mi visión actual al leer, pero... Me cuesta. Por eso no puedo acabar de conectar con Psique como heroína. Es muy sumisa para mi gusto; como heroína, me refiero. Aunque ¿qué se puede esperar? Es el modelo de mujer que se esperaba en la antigua Grecia: una mujer-florero, que desata la discordia porque es lianta por naturaleza.

Eros se echó a reír de tal manera que me descolocó. No me había

parecido decir nada que pudiera resultar tan gracioso.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Le cuestioné cuando ya no me aguantaba de la intriga.

—Tu punto de vista —dijo, controlando su risa.

—¿No es lo que es?

—Por lo que se puede deducir de nuestro querido Lucio, sí —cogió un tozo de chocolate y se lo comió, todavía sonriente.

—No hay más versiones de ese mito. ¿O es que en tu universidad en Italia teníais un sótano lleno de códecs desconocidos que cuenten algo diferente?

—Me temo que voy a decepcionarte —rio—. En el sótano solo teníamos bustos de Césares al que bajábamos a rendirles culto cada día fasto.

—Vaya —chasqueé la lengua—. Una pena.

Ambos nos reímos y acabamos conversando sobre que dirigente de Roma preferíamos. Eros tenía una perspectiva muy curiosa sobre todos ellos, que en muchos casos se alejaba de lo que me habían enseñado. Supuse que en Italia debía ser diferente la enseñanza del mundo clásico y por eso diferían tanto nuestras visiones. Al final, yo acabé optando por Numa Pompilio y él se abstuvo de elegir.

Después de un buen rato de hablar de frikadas clásicas y, aunque lo encontraba sumamente divertido, creí que era el momento de reconducir la noche.

—Siento como te traté el otro día. Me pasé mucho —le dije, recostada en el sofá y con las piernas cruzadas, mis zapatillas en el suelo ya hacía rato.

—No te preocupes. Fue un malentendido.

—Pero es cierto que Harmony te pidió que me vigilaras.

—Sí —asintió, apenado.

—Entonces ¿qué es verdad? ¿Somos amigos o solo me vigilas porque

Harmony está paranoica?

Eros se volvió en el sofá, apoyando su codo en el respaldo y su cabeza en la palma de su mano. Me observó, silencioso, aunque con intensidad. Sabía que no estaba en uno de mis sueños, porque podía sentir el sofá bajo de mí y los lirios de su perfume envolviéndome, pero no su belleza sobrepasaba los límites de mi comprensión. Como más de cerca le observaba, más tenía la certeza de que era una quimera.

Jamás me había hecho sentir nada intenso el aspecto de alguien, pero su cercanía me ponía sumamente nerviosa.

—Eso depende de ti —murmuró, con una voz gutural que vibró por todo mi cuerpo.

—¿De mí?

—Sí. Depende de si me consideras tu amigo o no —afirmó.

—Yo... —Vacilé, no por qué no estuviera segura de mi respuesta, sino porque estaba nerviosa y los oídos me zumbaban. — Sí. Te considero mi amigo. Por eso me duele que no confiéis en mí, no tú ni Harmony.

Captó al instante a qué me refería y se irguió, adoptando un aspecto más serio.

—No es falta de confianza en ti, sino en él.

—¿De qué conocéis a An? —El corazón se me aceleró, temerosa de la respuesta.

—Supuse en cuanto nos conocimos que no tenías ni idea de quién era en realidad An porque no sabías nada de mí.

El bello se me erizó y me abracé a mí misma, tratando de contener el remolino de inquietudes que bailaban en mi fuero interno. Eros pareció debatirse consigo mismo y vi en sus facciones la vacilación de si debía hablar o no.

—Eros —le dije, en ligero tono de reprimenda—, me has prometido

sinceridad. Dime qué ocurre entre vosotros.

Inspiró, mordiéndose el labio y analizándose. Yo aguardé, cada vez más inquieta, aunque más rígida.

—An es mi hermano.

Mi mente se fundió. Saltaron chispas y se deshizo.

—¿Qué? —Suspiré. — ¿Cómo...?

—No sabía que estaba viviendo aquí cuando vine y Harmony tampoco. De no ser por ti, no tendríamos ni idea. Hace muchos años que no nos hablamos.

Mis pensamientos iban a toda velocidad, entrelazándose, cortándose, sin rumbo ni sentido. Sus ojos. Sus malditos ojos... Eran como los de Eros. Si analizaba bien su rostro, aquella belleza absurdamente perfecta, podía sacar el parecido. Aun así, estaba tratando de encontrar una laguna, un hueco en la verdad de Eros que pudiera excusar a An. No obstante, como más lo pensaba, más piezas encajaban. Estaba tan acostumbrada a Harmony rechazando hablar de su familia, que no había dado importancia a que An nunca lo hubiera hecho. Todo lo que sabía de él eran anécdotas en solitario y lo que habíamos vivido juntos; nada más.

—Pero no tenéis el mismo apellido —balbuceé, tratando de agarrarme a lo que fuera.

—Debió cambiárselo legalmente en venir aquí.

Era duro pensar que no me había contado nada y más sabiendo que conocía a Harmony, pero teniendo una ligera noción de cómo era su familia podía tener sus razones para no querer hablar de ellos. Pero había más.

—¿Y por qué estáis mal? ¿Qué pasó?

Sus hombros se tensaron y la rabia aterrizó en sus facciones.

—An es el niño mimado de mi madre y él siempre ha estado de su parte —gruñó, entre dolido y airado—. La ayudó a romper mi relación e incluso

después de lo ocurrido siguió apoyándola. Mi madre es una tirana que quiere tenerme bajo su regazo a toda costa. Si An llega a decirle una sola palabra de ti y de mí, podríamos tener problemas.

Iba a necesitar un poco de tiempo para procesar lo que había hecho An, pero una duda salió de mi mente cual cascada.

—¿Por qué iba a ser un problema que fuéramos amigos?

—Porqué ella quiere coartarme por completo. Tratará de apartarme de todo al que no apruebe.

¿Cómo se podía tener una madre tan terrible? Eros era un fugitivo de su propia progenitora. El fuego de la indignación se encendió en mi pecho.

—Si se entera, te prometo que te apoyaré y no dejaré que te aparte —afirmé—. Y puede que An cometiera sus errores y entiendo que no puedas perdonarle. Es cosa vuestra. Pero creo que no es el mismo que era. No creo que haga nada que pueda herirme. Y tienes que jurarme que no me liareis un pollo como el de hoy. An es mi amigo, os llevéis como os llevéis. No me importa lo que haya en su pasado.

Eros no estaba tan convencido de que An hubiera cambiado, pero pareció acatar mi decisión de seguir confiando en él.

—Espero que tengas razón.

Crepuscular

Más tarde, aquella noche, Eros me llevó a casa. Ambos hablamos con Harmony y le contamos lo que había pasado. Le dejé muy claro que iba a seguir siendo amiga de An y que Eros respetaba mi decisión, sin que afectara a nuestra amistad, por lo que ella tuvo que hacer lo mismo. Al fin y al cabo, había saltado por defenderle a él. Si Eros había podido ser lo suficiente maduro para discernir sus problemas con An de mi relación personal con él, a pesar de que no había sido inmediato, ella debía pasar por el aro del mismo modo. Con aquello, creí que me mantendría al margen de sus asuntos familiares, de ahí en adelante. No obstante, me quedé con una sensación residual de que mi mediación entre ellos solo había hecho que empezar.

De madrugada, antes de irme a dormir, saqué mi móvil de mi bolso. Tenía varias llamadas y mensajes de An. Los ignoré; no me sentía lo suficiente clara de mente para contestar. Necesitaba digerir lo que me había contado Eros esa noche y pensar cómo abordar el tema con An al llegar el lunes.

Día que llegó, mucho más rápido de lo que creía y habría preferido. Cuando puse los pies en el aparcamiento de Setco, no me sentía nada preparada. No me quedaba otro recurso que tomar una buena inspiración y caminar con decisión hacia el interior.

En atravesar las puertas de cristal automáticas, vislumbré a An, sentado sobre la mesa de la caja, escuchando música, con aspecto de estar abatido por

completo. En captarme por el rabillo del ojo, se volvió hacia mí de golpe y saltó de la mesa, alterado. Se me acercó y capté el instinto que tuvo de abrazarme, pero lo reprimió. Apretó los labios en una fina línea. Su mirada tenía un aspecto extraño, como si estuviera cubierta por una capa de brillo mate. Las líneas de expresión en su rostro se marcaban, acentuadas por una evidente culpabilidad, haciéndole parecer mayor de sopetón.

—Aura, déjame que te explique...

—Ya lo sé todo —le corté.

Aquello lo puso terriblemente tenso. Mis palabras parecían haber sido un palo de hierro ardiente clavándose en su pecho.

—¿Qué sabes? —Titubeó.

—Qué Eros es tu hermano.

Suspiró. Pareció aliviado, aunque la tensión en su cuerpo no aminoró ni por un segundo. Se metió las manos en los bolsillos de sus tejanos, encogiéndose.

—Me da igual lo que pasara entre vosotros y me ahorraré decirte si me parece bien o mal lo que hiciste. Es algo entre vosotros dos —me crucé de brazos, inflando el pecho en señal de cabreo—. Pero espero una buena explicación de por qué motivo me has mentado tan descaradamente. Has sabido todo este tiempo que era amiga de Harmony y te has hecho el loco. Y lo mismo con Eros estos meses. Así que dime: ¿por qué?

An se encogió un poco más. Mi tono le dolía; lo sabía. De cualquier modo, necesitaba una buena disculpa si no quería que nuestra amistad se resintiera todavía más.

—Porqué soy un cobarde —dijo, con un pobre hilo de voz—. Temía que te contaran lo que ocurrió y que pensaras que soy un cabronazo sin corazón.

—Pues eres un imbécil por creer eso. Y me conoces menos de lo que pensaba. Jamás te juzgaría por algo que hiciste cuando eras un crío; lo único

que me importa es lo que hagas de ahora en adelante. Además, si me lo hubieras contado tú primero no se habría montado la que se montó.

—Lo sé. Lo siento muchísimo, Aura. Eres lo único bueno que he tenido en años y —se frotó la nuca— no quería joderla.

—Pues has acabado jodiéndola igual —espeté.

—Supongo que sí —susurró.

—¿Sigues hablando con tu madre? Y dime la verdad.

Alzó la mirada, primero sorprendido y después consciente de que Eros me había contado más de lo que él creía.

—Le retiré la palabra hace años. Y no —me apartó la mirada, triste—. No voy a decirle nada de ti. Si lo supiera, ella me extorsionaría tanto como a mi hermano. Y paso.

—Bien —solté, seca—. Dicho esto, será mejor que nos pongamos a currar.

Pasé por su lado, dejando mi chaqueta y mi bolso debajo del hueco de la caja. Me senté en la silla y abrí el programa de música para poner algo más relajado. Tenía la cabeza cual bombo. An tardó unos segundos a girarse y, cuando lo hizo, parecía un alma en pena. Me rompió el corazón. Tuve que repetirme a mí misma que debía mantenerme firme.

—No vas a perdonarme fácilmente, ¿verdad?

—Perdonado lo estás ya —dije, sin mirarle de forma directa—, pero me va a costar olvidarlo. Así que más te vale estar sobornándome con chocolate durante un buen tiempo.

An rodeó la mesa y se colocó detrás de mi silla, abrazándome con fuerza por la espalda. Sentí su mejilla presionada en mi coronilla y su perfume avainillado invadiendo mi olfato.

—Lo haré. Te juro que lo haré, te lo prometo —juró, rebosante de alivio. Le palmeé un antebrazo, correspondiendo su gesto con medida, sin poder

evitar proferir una pequeña sonrisa.

Mi vida volvió a la normalidad después de lo sucedió. Todo había parecido calmarse y cada pieza colocarse en su lugar correspondiente. An y yo volvimos a tener la relación de siempre, Harmony estaba llevando bien que fuéramos amigos y con Eros seguíamos progresando en nuestra amistad. Pasado el malentendido entre ambos, recuperamos nuestra costumbre de ir al Club por las mañanas, a lo que acabamos añadiendo un desayuno completo en la cafetería de este. Había tenido que pedir permiso al jefe para poder usar la cafetera industrial, pero, dado que era yo quien se lo pedía, no hubo ningún problema. Lo único que era de verdad problemático era que mis sentimientos hacia él eran cada día más intensos. Hasta ese momento, había podido mantenerlos a raya, y sabía que mantener esa actitud, como estrategia para que Eros no se percatara, iba a durarme poco más. Cuando menos lo esperara, iba a pillarme y no sabía qué iba a hacer entonces. Respecto al loco que me atacó, parecía haberse esfumado. Era cierto que apenas estaba sola, así que no había opción de cazarme de la forma que lo había hecho anteriormente. Las pesadillas habían desaparecido por igual, volviendo a asentarse en mis noches mi sueño habitual. Así que podía decirse que todo iba bastante bien.

Noviembre iba a acabar pronto y salía de Setco, hastiada de decorar el local y poner productos de Navidad cuando aún quedaba aun maldito mes. En salir a la calle, esperé ver a Harmony esperando en el aparcamiento, pero, en vez de ella, había otra persona esperándome.

El coche de Eros resplandecía bajo la luz del crepúsculo y él estaba apoyado en este, vestido con su elegante abrigo negro. Tenía una sonrisa

radiante que de lejos se veía que ocultaba algo. Me acerqué a él, cubierta con mi anorak, aún vestida bajo este con mi uniforme de Tesco y oliendo a todo un día de trabajo.

—Haces que me sienta feísima —bromeé.

Él pareció tomárselo en serio, ya que frunció el ceño y me miró como si hubiera ofendido el su honor y el de toda su familia.

—No digas tonterías —espetó.

—Era broma —reí—. ¿Qué haces aquí?

Su sonrisa volvió. Con aquella expresión jovial y traviesa parecía mucho más joven.

—He pensado que podía raptarte un rato —dijo, enmarcando una mueca burlona.

—¿Y que tenías pensado?

—Es una sorpresa —se mordió el labio, emocionado.

Suspiré y abrí la puerta del copiloto. Le lancé una mirada burlona.

—Espero que lo de raptarme no sea literal —solté.

—Sube de una vez —dijo, riendo y empujándome hacia dentro del coche.

Como era habitual, el último disco de The 1976 estaba sonando dentro de su coche; había acabado de saberme los singles a saberme todas las canciones de las veces que lo había escuchado.

Eros se dirigió hacia el suburbio de Weston y aparcó en una calle que desconocía por completo. Parecía un barrio residencial común, lleno de bloques de pisos. Cuando bajé del coche, me golpeó una brisa salada que me acarició con un soplo frío. Eros abrió el maletero y sacó una cesta y un par de mantas. Me quedé mirándole, sin necesitar que me dijera donde estábamos.

—¿Por qué me has traído a la playa? —Pregunté, agarrando una de las mantas, para ayudarle a cargar.

Comenzamos a caminar y él me dedicó una sonrisa dulce.

—Creí que te apetecería hacer algo relajante después de estos días. Y era la playa o llevarte al spa, pero no me convencía esta última opción.

—¿Por qué? —Le tanteé.

—Habría sido raro —rio.

—Supongo que sí —dije, ladeando la cabeza.

—Además, me pareció que te sentirías más cómoda con este plan.

Enarqué una ceja, cuestionándole con la mirada. Eros dejó ir una pequeña risa ante mi expresión y cabeceó.

—Es más —hizo una pausa, tratando de encontrar el término— casual.

—¿Qué pasa? ¿No te parezco lo suficiente elegante como para ir a un sitio pijo? —Bromeé, agarrando el cuello de mi camiseta de Setco, que sobresalía un poco por encima del anorak. — ¿Mi aspecto de macarrilla asustaría a las chicas de bien que estudiaban contigo?

—Tu aspecto, puede que no demasiado —se carcajeó— pero tu furia bilingüe y tu falta de filtro, eso por supuesto.

—Debí imaginármelo. —resoplé.

—Pero no te preocupes: a mí me resulta hilarante. Siempre que no sea yo el foco de tu ira, claro.

—Más te vale ir con cuidado pues.

Mientras nos dirigíamos a la playa, el tema del bilingüismo acabó llevándonos a hablar de mi madre. Le conté que ella había tratado de mantener un lenguaje siempre limpio, pero que yo me había vuelto una mal hablada de todas formas, con los años. A partir de eso, le expliqué más cosas, aprovechando que apenas le había hablado sobre ella. Le dije que había heredado casi todo de mi madre, incluido que era una mujer fuerte y decidida, cualidades que nos habían ayudado a ambas a la hora de sobrevivir.

—Debía ser una mujer increíble —asintió Eros.

—Lo era —suspiré, melancólica—. Ojalá pudiera hablar con ella una vez más. Tenía el don de decir siempre lo correcto en el momento correcto. ¿Ves? En eso no nos parecemos. Yo tengo la lengua demasiado suelta.

—Reitero: no me parece una mala cualidad —me dijo, tan amable que me hacía sentir como una gelatina bailonga—. Es liberador cuando creces entre falsedades y dobles juegos.

Me daba verdadera lástima cuando decía aquellas cosas. Siempre me daba la sensación de que, aunque ambos estuviéramos ligados a la pérdida y a la soledad, su sufrimiento estaba en un pedestal que no era equiparable al mío. Yo, cada día de mi vida, había conocido la libertad y el parecía no poder escapar de la jaula de su pasado.

Antes de que pudiéramos percatarnos, estábamos frente a la línea de la playa. Para llegar al límite del agua, tuvimos que cruzar una pequeña carretera y una colección de arbustos salvajes que crecían sin control al borde de esta. El lugar estaba bastante descuidado. Además, las pocas zonas de playa que había en Southampton carecían de encanto, a mi parecer: eran playas de arena pedregosa y apagada, con poco espacio entre la ciudad y la orilla, y con hierbajos creciendo por todos sitios. Desde donde estábamos, podía verse el puerto y al otro lado de la bahía, la otra parte de la ciudad. El sol estaba casi escondido en el horizonte, pintando el cielo de un rosa pálido, reconcomido por la incipiente oscuridad de la noche. El agua reflejaba la paleta de colores que la sobrevolaba, añadiéndole destellos brillantes ante el vaivén de las olas.

Eros extendió una manta sobre la arena y ambos nos sentamos. Colocó la cesta frente a nosotros y con la otra manta nos cubrió a ambos. Un segundo después, sentí como su calor llegaba a mí, reconfortándome del frío de la mar crepuscular.

—Espero que tengas hambre, porque deberíamos comernos esto ya —

dijo, abriendo la cesta.

Dentro, había dos cajas de pizza, latas de refresco y agua. Metí la mano dentro, posándola encima de las cajas. Estaba caliente como si las hubieran acabado de hacer.

—¿Cómo lo has hecho para que sigan así de calientes? —Espeté, sorprendida.

—Magia —respondió, burlón.

Entorné los ojos y le di un empujón leve con mi hombro.

—Gracias por todo esto. No hacía falta que te lo curraras tanto.

—Siempre es un placer.

Cenamos mientras yo le hablaba, a petición suya, y por enésima vez, lo que odiaba colocar cosas de Navidad un mes antes y algunas cosas extrañas que me habían ocurrido con clientes durante los últimos días, como una mujer que me había pagado con dinero del Pluripoly.

Minuto a minuto, el cielo fue oscureciéndose, apareciendo alguna que otra estrella a pesar de que la contaminación lumínica se lo ponía complicado. Acabamos por callarnos, admirando el firmamento y dejándonos mecer por el rumor del agua chocando contra la arena. Eros, entonces, empezó a nombrarme las costelaciones que teníamos sobre nuestras cabezas, lo cual, por alguna razón, hizo que mi corazón se acelerara. Mientras le escuchaba, uno de los consejos que me había dado mi madre en el pasado acudió a mi mente como si una se hubiera caído del cielo, justo en mi cabeza: “haz lo que sientas, cuando lo sientas”. Eros siempre me aportaba una paz y una calidez que, si cerraba los ojos, podía discernir cómo recorrían mi cuerpo. Era un sentimiento intenso; acariciaba mis sentidos con suavidad, haciéndome temblar, pero hundiéndome en una tranquilidad infinita.

—Creo que, si mi teoría de las vidas pasadas es acertada —dije—, a ti debía conocerte ya.

Mi afirmación pareció activar un resorte concreto en el mecanismo de su cuerpo, que lo hizo volverse hacia mí con brusquedad y tensarse como un palo.

—¿Por qué dices eso? —Titubeó.

—Vaya cara has puesto —reí.

Se encogió un poco, pasándose la mano por el pelo, echando hacia atrás algunos mechones que insistían en no mantenerse atados por la coleta.

No le había hablado a nadie aún sobre mis sueños ni mis visiones. No estaba preparada para exteriorizarlo todavía. Y más porque ahora estaba casi segura de que Eros y yo nos habíamos conocido en otra vida y le estaba recordando a través de aquellas vorágines y de mis sueños. Hasta conocerle, no me había ocurrido anda parecido y, de repente, a la mínima que mis sentimientos se disparaban cuando Eros estaba cerca, mis recuerdos pasados resurgían. Aunque era consciente de que había un par de cosas que mi cabeza era incapaz de procesar: la primera, la visión que había tenido en el concierto de The Mussar; la otra, de donde demonios salían las alas de mi sueño. En realidad, era sumar dos más dos, pero no me atrevía siquiera a planeármelo. Me iría por mi propio pie al hospital mental más cercano.

—Creí que eso era una posibilidad para ti. No una broma —dijo, sonando algo atormentado.

—Pareces decepcionado. ¿Te gustaría que ya nos hubiéramos conocido en nuestras vidas anteriores? —Enarqué una ceja, acercándome para tantearle, aunque deseosa de que contestara con una afirmación. — ¿No te suena a película pastelosa de esas que echan en verano en el cine por qué no hay grandes estrenos? Dos amigos unidos por el destino —proferí con teatralidad, haciendo un gesto con las manos como si estuviera enmarcando las palabras frente a mí.

—Para haber estudiado lenguas eres muy poco poética.

—No soy poco poética —me defendí—. Me encanta pensar en el destino y en las fuerzas del universo y esas cosas, pero quiero tener los pies en la tierra también.

—Suenas a miedo —dejó ir, atravesándome con la mirada como si pudiera ver a través de mí.

Me eché un poco para atrás, incomoda y sintiéndome desnuda a un nivel interno que hasta yo misma desconocía.

—¿Miedo a qué? —Espeté y un auto-pensamiento acusatorio saltó en mi mente.

—A desear algo mejor para ti misma. Hay algo que llevo preguntándome desde que te conocí —empezó, hablando en tono pausado, como si tratara de no asustarme— y es que pareces no tener ningún rumbo trazado. Tienes dos trabajos, amigos leales, un hogar y una afición, pero no hablas nunca de tu futuro. No tienes metas, objetivos o ambiciones. Es como si temieras esperar algo más, por temor a que no llegué jamás.

Eros tenía las manos desnudas, desprovistas de arco y flechas, pero no las necesitaba; sus palabras eran tan certeras como sus armas. Había dado de lleno en uno de mis más profundos secretos, desvelándolo ante la tenue luz de la luna que nos cubría.

—Es cierto. Tengo miedo —admití—. He perdido muchas cosas y estaría mintiendo si dijera que no temo perder más aún, pero te equivocas en pensar que no espero nada de mi futuro.

Desvié mi mirada a la infinidad de olas oscuras, abrazándome las rodillas e inspirando el aire salado, inspirando fuerza.

—Sé que hay algo esperándome. Algo bueno, que valdrá la pena. Solo que no sé qué es todavía. No estoy estancada; estoy esperando. Y cuando tenga delante de mí ese futuro, ten por seguro que lo perseguiré.

Me levanté y puse mis manos en mis caderas, observando el cielo por un

instante, para después mirar a Eros.

—Creo que me merezco un futuro feliz, después de todo —dije, sonriendo—. ¿No crees?

—Lo creo —esbozó una leve sonrisa.

La noche ofrecía una promesa de libertad; era lo que sentía en mi corazón. Y quería aprovecharlo junto a mi nuevo amigo, sin pensar en fantasías y recuerdos de vidas pasadas. Le tendí la mano, instándole a tomarla y levantarse. Él, aunque sin comprender mis intenciones, la agarró y se puso en pie.

—Vamos a hacer algo divertido —murmuré, sonriendo con maleficencia.

—¿El qué?

—Nadar.

Me quité los zapatos y los calcetines, dejándolos sobre la manta. La baja temperatura de la arena en la planta de mis pies ya hizo que se me erizara el bello.

—¿Te has vuelto loca? —Balbuocéó, anonadado. — El agua debe estar helada.

—¿Y? —Me saqué el cinturón, tirándolo al suelo.

—Qué podrías enfermar.

Solté una carcajada.

—Me parece que alguien tiene miedo —me burlé.

Me despojé de mi abrigo y, agarrando los bordes de mi camiseta de Setco, me la saqué también. El frío me dio un mazazo, aunque lo contuve, haciéndome la valiente. Eros pareció ligeramente escandalizado y se giró, a medias, lo suficiente para no verme. Yo reí, encontrándole muy mono con las mejillas y la nariz teñidas por un incipiente rubor. Me quité los tejanos y jadeé, empezando a sentir el frío entrar en mis huesos.

Escuché como dejaba ir un resoplo y vi que fruncía el ceño, cerrando los ojos con fuerza. Un segundo después, llevó sus manos hasta el botón de sus pantalones y se lo desabrochaba. Se sacó los zapatos y se despojó de los pantalones. Se volvió hacia mí, todavía pareciendo más avergonzado.

—¿No vas a quitarte la camisa? —Dije, tratando de no reírme.

—Estoy bien así —murmuró.

Me mordí el labio inferior. Siempre tenía un aspecto ideal, elegante y controlado, pero ahora parecía un joven pudoroso, en ropa interior y una camisa que sin los pantalones perdía toda la gracia y parecía un colgajo de tela. Le habría preferido a él como cena que a la pizza.

—Vamos allá pues.

Le guiñé un ojo y eché a correr contra las olas. En cuanto el agua me toco, proferí un aullido ahogado por el frío. Tratando de correr más adentro, me tropecé, acabando por rendirme y meterme de cabeza. Salí a la superficie al segundo, necesitando producir algo que se pareciera a un grito para paliar el shock de temperatura.

Me aparté el pelo de la cara, riendo, tratando de ver si Eros se había metido ya. Estaba a un metro escaso de mí, observándome, sin un signo en su expresión de que el frío le supusiera ningún problema. Lo que estaba claro que no aprobaba era mi genial idea de meternos en el mar en plena noche y siendo ya finales de noviembre.

—Si sigues con esa cara de amargado te saldrán arrugas —bromeé.

—Lo dudo mucho —dijo, con un tono agrio del que se me escapó el significado.

Nadé hasta él y me puse de pie, dándome impulso y echándome encima de él. No se lo debió esperar, porque ambos acabamos cayéndonos al agua. Si lo hubiera previsto, no le habría costado demasiado detenerme. Ambos salimos a la superficie a la vez. Tuve que retirarme los mechones de enfrente

de los ojos una vez más y esperé encontrarme a un Eros totalmente arruinado por el agua y el frío, pero mi ataque parecía haber surtido el efecto contrario.

La goma de su cabello se había soltado, ahora oscurecido por el agua y la noche, y había dejado sus ondulaciones libres, cayendo alrededor de su cara. Las gotas, iluminadas por los rayos de la luna, recorrían sus facciones como estrellas en el firmamento de la palidez de su piel, cruzando las constelaciones de sus cejas y su nariz, descendiendo por la perfección de sus mejillas y rodando cerca de sus labios, como si desearan besarle. Pero su mirada parecía pertenecerme. Eros tenía sus ojos verdes en mí, examinándome con ternura, aunque iridiscentes por un ansia que hacía crepitar mis nervios.

Se pasó las manos por el pelo, echándoselo hacia atrás, y alzó la mirada hasta el cielo por unos instantes. Yo me retiré un poco de él, sintiendo que de repente su cercanía me ahogaba. No obstante, en retroceder, la sensación de ahogo por separarme fue peor aún. Los oídos comenzaron a pitarme y por un instante creí que iba a tragarme otra vorágine. Pero no. Aquella sensación era la de mi cuerpo respondiendo al suyo.

—No está mal para un niño pijo —dije, tratando de distraerme a mí misma y nadé hacia él, rodeándolo.

Una sonrisa dulce apareció en sus labios y me agarró una mano, atrayéndome hacia él.

—No trates de distraerme —murmuró.

Sentí su mano en mi cadera, y después la otra, y antes de que pudiera darme cuenta, me había alzado, como si fuera a tirarme. Apreté la mandíbula, expectante, e incluso cerré los ojos, esperando que en cualquier momento me lanzaría. En su lugar, lo que sentí fue que me bajaba con lentitud. Abrí los ojos, encontrándome con los suyos a escasos centímetros. Soltó una risita por debajo de la nariz y su aliento se estrelló contra mis labios.

—No. Yo no soy tan malo como algunos —susurró, claramente refiriéndose a mí.

Quise rebatírsele, proferir alguna burla o incluso reírme, pero estaba paralizada. Mi pulso estaba descontrolado y mi cuerpo estaba dominado por un cosquilleo total. Estaba absolutamente atrapada por la fuerza que Eros ejercía, sin ser consciente, sobre mí.

Coloqué mi mano sobre su hombro, sintiendo la rigidez de sus músculos y el calor de su cuerpo en el mío a través de la fina tela de su camisa. Estaba hundida en el verde de sus ojos y me atraía lentamente, como si me absorbiera. El rubor volvió a apoderarse de su rostro y en ese instante creí que me había muerto un poco. Sus labios se entreabrieron, dejando escapar una respiración entrecortada, que acabó de someterme. Ambos cerramos los ojos y nos acercamos. Nuestras narices se tocaron ligeramente y casi sentí la electricidad de sus labios a punto de tocar los míos.

Y Eros, como si le hubiera caído un rayo encima, se contrajo y me soltó de golpe. Abrí los parpados, desorientada, encontrándomelo con un dolor contenido en sus facciones y la mano en el centro de su pecho. Jadeó y me observó, el shock reflejado en sus ojos.

—Debemos irnos ya. Es tarde —balbuceó.

Sin decir nada más, empezó a andar en dirección a la orilla. Yo necesite varios segundos para darme cuenta de lo que había estado a punto de pasar y, tanto los sentimientos que aún me tenían presa y su reacción, fueron demasiado para mí.

Me había descubierto a mí misma y no por ello estaba en un estado de absoluta incredulidad; sabía que, tarde o temprano, ocurriría. Lo que jamás habría esperado habrías sido que Eros mostrara ninguna inclinación de ese tipo hacia mí y menos que, a un breve instante de besarme, me lanzara la dura lapida del rechazo a la cabeza.

Salí del agua como si me hubieran humillado, sin saber qué pensar ni cómo tomarme lo que acababa de ocurrir. Me vestí a toda prisa y sentí a Eros observarme con preocupación, ya cubierto con el abrigo hasta el cuello, aunque parecía más preocupado por algo que sabía que no iba a compartir conmigo. No me atreví a decir nada y él tampoco hizo el intento. Parecía demasiado apresurado para volver al coche.

El viaje de vuelta fue una tortura. Su expresión lo decía todo: estaba profundamente arrepentido de lo que había estado a punto de hacer. Y no sabía si eso me dolía o me ofendía más. Apenas conjuró una despedida cuando llegamos a mi casa y, en cuanto salí del coche, arrancó y se alejó a toda velocidad.

Estupor

Me levanté cabreada, probablemente porqué apenas había pegado ojo y lo que había dormido, había dormido mal. Necesitaba desahogarme con urgencia y no quería pensar ni por un momento en la que me iba a caer encima en breves. Así que me vestí, me subí al coche y conduje hasta el centro de la ciudad, donde estaba el gimnasio al que iba.

Antes de conocer a Eros, iba allí cada día, pronto por la mañana. Pero desde que habíamos instaurado nuestra rutina de ir al Club, mis visitas al gimnasio habían disminuido. Adoraba acudir a esas horas, cuando apenas había gente y podía moverme a mis anchas por las maquinas, libre de miradas de abuelos babosos o chavales ciclados que o te juzgaban o te miraban como un cacho de carne.

Contar las repeticiones que hacía en las maquinas me ayudaba a abstraerme de mis pensamientos cuando incluso el tiro con arco no lo conseguía. Y agradecía eso, especialmente ese día. Tenía muchas cosas en la cabeza, y pocas ganas de pensar en ellas.

Estaba en la máquina de los bíceps cuando alguien se paró enfrente mío y tuve que detenerme de golpe.

—*Me cago en mi puta vida* —dije, entre dientes.

—Al menos no es en la mía —murmuró.

La lancé una mirada asesina y él retrocedió.

—He supuesto que estabas enfadada cuando no te has presentado al Club

—me dijo Eros, cruzándose de brazos, apenado.

Verle, además de la vergüenza que me reconcomía el estómago, fue un shock. Era la primera vez que le veía vestido con algo que no le hiciera parecer un modelo de una revista de moda masculina. Aunque no era muy diferente que vistiera de deporte; ahora parecía un modelo de una revista de deportes.

Me estaba arrepintiéndome demasiado de haberle dejado acercarme al gimnasio cuando no tenía coche. Ahora no había sitio en el que no pudiera encontrarme.

—¿Tú crees? —Resoplé, levantándome y acercándome a la fuente que había para beber. — ¿Por qué iba a cabrearme por tratar de besarme y después hacerme la cobra?

—Escúchame, yo... —Empezó a decir.

—Mira —me giré, brusca, cortándole—. He venido para estar sola y tranquila. No tengo ganas de hablar de ayer. En otro momento, si quieres. Pero ahora déjame tranquila un rato.

Me alejé a zancadas de él, escogiendo la máquina que estuviera más lejos de donde nos habíamos encontrado. Esperé con ansia que, después de lo que le había dicho, tuviera la decencia de marcharse. Pero para nada: su táctica fue completamente diferente. Al poco de haberme movido a un lugar alejado, él se colocó en una máquina alejada también, suficiente cerca para que ambos pudiéramos vernos. Empezando a mosquearme, me cambié, allí donde estuviera fuera de mi alcance visual. Sin embargo, él se desplazó, colocándose en una en la que pudiéramos vernos.

Aguanté la danza un rato, pero después estallé, sintiendo que estaba tomándome el pelo. Fue directa hacia él y le increpé mientras estaba en una máquina de espalda.

—¿Qué no has entendido de que quiero estar tranquila? —Rugí.

—Que yo sepa no he hecho nada que rompa tu tranquilidad.

—¿E irte cambiando de maquina cada vez que yo lo hago a una en la que puedas verme es tu lado voyeur saliendo a flote o tu pobre forma de tratar que me acercara por mi propio pie?

—La segunda; y ha funcionado.

Eros se levantó del asiento del trasto y me echó una mirada algo turbada. Me pasó por al lado, sin contestarme. Solté una risa incrédula para mí misma. Había estado retándome todo el rato y ahora pasaba de mí. Habría prendido en llamas si no hubiera sido imposible. Pero volvió, con un par de guantes de boxeo y un protector. Me dio los guantes.

—Te dejo que me pegues, si me permites excusarme mientras —me dijo con absoluta seriedad.

—¿Estás de coña? —Mascullé.

—Para nada. Eres realmente tozuda y esta es la única manera que voy a tener de llegar a ti.

—Tendrás huevos —exclamé, sin poder creerlo—. ¿Tozuda?

—Sí —frunció el ceño, inclinándose hacia mí—, por no querer hablar de lo que pasó, ni que sea para gritarme.

—Te recuerdo que el que no dijo una palabra en todo el rato fuiste tú. *No me jodas*. —masculle para mí misma.

Sus ojos tintinearón, brillando con el gancho verbal que acababa de propinarle.

—Es cierto. Y por eso quiero que hablemos.

Le arrebaté los guantes de las manos con furia.

—Bien. Hablemos —espeté.

Atravesé el gimnasio, dirigiéndome a una zona apartada para poder entablar nuestra lucha. Me coloqué los guantes y él se puso frente a mí, con el protector. No le di tiempo a prepararse para comenzar; golpeé el protector un

par de veces, rezando para hacerle retroceder y achantarse.

—Siento como actué. No fue correcto —dijo, sin alterarse su tono de voz.

Respondí con otro par de puñetazos.

—Pero tienes que entenderme. No había querido besar a nadie desde — hizo una pausa, oscureciéndose su expresión— ella.

Mi cabreo se derrumbó como una torre echa de arena. Me quedé quieta, con los brazos caídos, de repente observándole como si fuera de cristal y le hubiera hecho una fisura. No había pensado en su novia fallecida.

—Lo que no entiendo es porqué querías besarme —balbuceé—. Se supone que somos amigos.

—No son cosas incompatibles.

Resoplé, sacándome los guantes y dejándolos en la estantería del material. Sus palabras acababan de sentarme como una patada.

—Vaya—espeté—. Al final los que aparentáis ser buenos chicos sois los peores.

—No —aulló, pasándose la mano por el pelo y contrayéndose su expresión en disgusto—. Eso no es a lo que me refería. Quería decir que, para mí, esta amistad, ha ido a más.

Paralizada, traté de analizar lo que acababa de decir. No era la primera vez que alguien me decía que yo le gustaba; el problema era que, en ninguno de sus casos, quien se me había declarado había sido Eros. Siempre había sido tajante, sabiendo que ninguno de aquellos chulos baratos me gustaba o podía gustarme, ni en mil años. Creí que iba a ponerme a temblar como una gelatina.

—No tenía previsto decirte nada. No al menos que tuviera algún indicio, por pequeño que fuera, de que podía ser reciproco. Adoro la relación que tenemos ahora y no quería estropearla.

Quise que la tierra me tragara. Ambos habíamos estado aplicando la misma táctica sobre el otro.

—Eros, pero —balbuceé, frotándome la nuca—, ¿estás seguro de lo que dices?

Esbozó una breve sonrisa, como si se riera de una broma dentro de su cabeza.

—Más que seguro —musitó, sacando a relucir su tono de voz aterciopelado.

Estaba quedándome sin aire. Necesitaba unos segundos. Necesitaba ganar algo de tiempo, como fuera.

—¿Puedes dejar que me cambie y hablamos a la salida? —Conseguí decir.

Eros asintió y yo salí escopeteada hacia los vestidores. En cuanto estuve allí sola, me senté en el banquillo, perdiendo mi mirada en las taquillas azuladas frente a mí.

Sabía que, aunque me quedara encerrada en ese cuarto todo el día, aún necesitaría más margen. Tenía que pensar las cosas bien. Eros me importaba y no quería jugar con su corazón. Mi temor a que me faltara una pieza volvió. Era la primera vez que me había enamorado, pero ¿y si desaparecía pronto? ¿Y si solo era una ilusión? No me aterraba tanto el hecho de lo que podía sentir por él, sino por hacerle daño. Sin contar que él ya tenía sus propias heridas del pasado.

Al final, me cambié y salí de allí. Eros ya estaba esperándome en la puerta, vestido como era habitual en él. Me dedicó una expresión comprensiva, que aún me puso las cosas más difíciles.

—Oye, voy a serte sincera —dije, sin filtro, temiendo que si no lo hacía así no me saldrían las palabras—. Yo también siento algo por ti.

—¿En serio? —Sus ojos se iluminaron como dos faros. Ese chico iba a

matarme.

—Sí. Pero no sé qué hacer. Tú también tienes que entenderme a mí. Nunca he sentido nada por nadie; nada, absolutamente nada.

Volvió a mirarme, esta vez como si fuera un ser mitológico que consideraba parte del imaginario colectivo y acabara de descubrir que era real.

—¿Nunca? —Murmuró.

Negué con la cabeza.

—No. Ni me ha gustado nadie, ni me he enamorado, ni nada. Estaba por meterme a Vestal.

Mi broma pareció hacerle sincera gracia, pero enseguida volvió a ponerse serio.

—¿Así que no has estado con nadie? —Murmuró.

Con los años, había perdido el miedo a que me consideraran una especie de puritana que se reserva para el matrimonio o algo así. No era mi caso. No me enrollaba con gente ni tenía sexo por qué no quería, tan simple como eso. Mi código genético rechazaba meterme en la cama con alguien si no me daba la gana hacerlo. Y nunca me había dado la gana.

—Me lie con un par de chicos en el instituto, por presión social más que nada, pero nada más. —expliqué.

Parecía trastocado, pero no porqué estuviera juzgándome o analizándome como a un espécimen extraterrestre. Su mirada bailaba entre la indecisión y la esperanza.

—Entonces —dijo, pensativo—, ¿qué te parecería una cita? Solo una, para que puedas decidir si te sientes cómoda con esto o no. Si después crees que prefieres que continúes siendo solo amigos, volveremos a la normalidad y no habrá pasado nada.

Estaba segura de que una cita con él iba a hacerme sentir de todo menos

incómoda, pero su proposición me chocó.

—Eso no sería justo para ti —declaré.

—Aura —se me acercó, acariciando mi cabeza y dedicándome una sonrisa dulce—, permíteme que te ilustre sobre mí mismo: el amor que te proceso no varía según el rol que juegue en tu vida, pero como más puertas me abras, más de este puedo mostrar. Solo con permitirme ser tu amigo, tengo suficiente.

Los sentimientos de Eros traspasaban las barreras del capricho, del enamoramiento. Mi inexperiencia debía haberme hecho ciega ante lo que estaba ocurriendo frente a mí. Se me había escapado en qué momento sus emociones se habían vuelto tan fuertes.

—Puede que no tenga experiencia, pero sé lo suficiente para saber que eso no es lo mismo —murmuré, empezando a sentir que las piernas me fallaban.

Eros me acarició la mejilla con suavidad, mirándome con intensidad. Me dedicó una sonrisa triste.

—Para mí, puedo asegurarte que lo es —susurró, con voz profunda.

Se irguió, rompiendo el contacto, dejándome con el fantasma de su tacto en mi rostro y una sensación de estar a punto de caerme al suelo.

—Me dijiste que hacía mucho tiempo que no ibas al British Museum. ¿Qué te parece si vamos el domingo? —Me preguntó, con cara de no haber roto un plato en su vida.

—¿A Londres? —Balbuceé, aun tratando de recomponerme.

—Tengo una cita con tu hermano.

A An casi se le cae la caja de botes de conserva que estaba sujetando por

mí, mientras yo los colocaba en la estantería. No estaba muy segura de si su reacción se debía a que no estaba acostumbrado a que yo supiera la verdad o a que tuviera una cita con Eros, o ambas combinadas.

—¿Estás vacilándome? —Espetó.

—Pues claro que no, cabeza buque.

Resopló.

—Tendría que haberlo visto venir —murmuró por lo bajini.

—Te he oído.

—¿Puedes explicarme qué demonios ha pasado? ¿Cuándo os habéis vuelto un par de tortolos?

Le conté lo que había ocurrido en la playa y la conversación que habíamos tenido esa mañana. En cuanto acabé, puso cara de pocos amigos y suspiró.

—No quiero malmeter, pero... —Comenzó.

—Pues no lo hagas —le corté, implacable.

Arrugó las cejas, molesto. Dejó la caja en el suelo y se limpió las manos en los pantalones. Me había dejado sin nada que repostar, así que estaba subida en la escalera plegable y sin más remedio que escucharle.

—Pero —retomó la frase— debo advertirte que mi hermano no es tan buen partido como puede parecer. Te recuerdo que nuestros padres son unos demonios del copón.

—¿Y qué quieres decir con eso? La única forma de que se enteren es por alguno de vosotros, y eso no va a pasar.

—Si lo vuestro funciona, que por la cara de boba que me llevas, lo haré, van a enterarse pronto.

—¿Cómo?

Titubeó, tratando de encontrar las palabras y de no lanzarle un bote a la cabeza por decir que tenía cara de boba.

—Son muy influyentes. Tienes medios para tenernos controlados, aunque huyamos de ellos —me dijo, casi susurrante.

—Estoy empezando a creer que sois hijos de mafiosos —bromeé, bajando de la escalera y poniéndome a su lado.

—No tienes ni idea de lo serio que es esto —su tono de voz era agrio y sus ojos llenos de temor.

—Si alguno de vosotros hablara más claro, estaría más enterada de qué coño pasa con vuestra familia —espeté, empezando a cabrearme una vez más.

Tanto secretismo me hastiaba enormemente. Agarré la caja del suelo e hice ademán de marcharme por el pasillo. Pero An me detuvo, agarrándome del brazo.

—¿Puedes simplemente confiar en mí y creerte lo que te digo?

—Joder... —Suspiré—. Pongamos que sí. ¿Qué quieres que haga?

—No salgas con él, por tu bien y por el suyo.

—An, con todos mis respetos, me la sudan tus padres. Si las cosas con Eros van bien, voy a estar con él, pique a quien le pique. Que vengan a por mí si tanto les molesta, que no saben con quien se meten.

Empecé a caminar, airada, pero conseguí captar un susurro bajito que dejó ir él a mis espaldas.

—Tu tampoco.

Albor

No me habría imaginado que estaría tan inquieta en llegar el domingo. Casi no pude desayunar de los nervios que tenía; por fin entendía qué significaba sentir mariposas en el estómago.

Los siguientes días a nuestra pequeña conversación en el gimnasio, nada había parecido ser demasiado diferente. No había visto a Eros desde entonces, pero habíamos seguido enviándonos mensajes durante el día, como lo hacíamos siempre.

Jamás habría creído que me atosigarían las típicas preocupaciones cliché en las horas anteriores a la cita. Me encontraba a mí misma revolviendo mi armario, pensando en lo elegante que iba a ir él y lo punky que iba a ir yo, deseando tener algo que fuera más clásico. Maldecía no poder tomarle prestado nada a Harmony porque yo tenía más pecho y culo que ella. Después, me paraba a pensar, dándome cuenta de que a Eros ya le gustaba yo tal y cómo era; no necesitaba ponerme nada que no me pondría en cualquier otro momento. Acabé optando por unos tejanos normales y una camisa y unas zapatillas negras. Me maquillé como cada día, haciéndome la raya en el parpado superior, aunque añadiendo un poco de sombra de un castaño muy flojito. En el último momento opté por usar pendientes, algo que nunca hacía, y ya me sentía mucho más arreglada de lo habitual.

—Esto es lo nunca visto —rió Harmony, colocándose en el marco de la puerta de mi habitación.

Me volví, encontrándome con su expresión socarrona. Entorné los ojos, agarrando mi abrigo largo para ponérmelo. Eros debía estar al caer.

—Jamás creí que te vería nerviosa por una cita —se burló.

—Cállate anda.

—¿Lo tienes todo? ¿Te has puesto perfume? ¿Llevas ropa interior bonita? ¿Preservativos?

El rubor y la vergüenza me subieron a la cabeza. Cogí un cojín pequeño que tenía por ahí y se lo lancé. Ella lo cogió al aire, carcajeándose.

—Eres lo peor —le espeté.

—Porque sé que mi hermano es un tío de lo más que clásico, que si no... —Cabeceó. — Seguro que los necesitarías. Son los esenciales de una cita — se encogió de hombros.

—Como si tu tuvieras muchas.

Profirió un quejido ofendido, poniéndose una mano en el pecho con gran dramatismo. Suspiré. El día que no se levantara teatrera me preocuparía de verdad por su salud y su integridad mental. Bueno, eso último estaba ya bastante perdido.

—No las tengo porque no quiero. Y, que sepas, que eso ha sido muy gratuito y altamente ofensivo —se quejó.

—No haber empezado —sonreí, malévola—. Además, si dices que no las tienes por qué no quieres, ¿por qué es ofensivo? ¿No deberías tomártelo cómo algo bueno?

—No. No. No —espetó, negando con la cabeza. — No me hagas un Sócrates.

Reí, negando con la cabeza. Cogí mi bolso, que reposaba sobre el escritorio, y comprobé tener todo lo que realmente necesitaba, más allá de la lista de cosas que Harmony creía que debía llevarme. Me lo colgué del hombro y me dirigí hacia la puerta, parándome al lado de Harmony. Me puse

de puntillas, estampándole un beso enorme en la mejilla, para después andar hasta las escaleras.

—Me has dejado la baba —la escuché quejarse detrás de mí—. Puaj.

—Eres tonta —suspiré.

Descendí hasta la puerta. Abrí y me volví para mirar a Harmony una última vez antes de salir. Ella se colocó a mí lado, sujetando la puerta por mí. Justo entonces se escuchó el sonido del coche de Eros aparcando en la calle, frente a la casa.

—En casa a las nueve —me advirtió, cual madre lo haría.

—Sí —asentí, arrastrando la voz.

—Pasadlo bien, ¿vale?

—Vale.

Con esto, me giré hacia el exterior y me encaminé hasta la valla. Abrí la puerta del coche, agachándome para ver a Eros.

—Hola —me sonrió con su gentileza usual.

—Hola —contesté, empezando a subirme las mariposas por el esófago.

Me erguí para quitarme el abrigo. Harmony apareció desde atrás, rodeando el coche y colocándose frente a la ventanilla de Eros. Él la bajó y yo me metí a toda prisa dentro para escuchar bien lo que quería decirle, temiendo que fuera alguna barbaridad.

—No te atrevas a mancillármela, ¿está claro? —Le dijo, bromeando, pero señalándole con un dedo acusador.

—¡Harmony! —Aullé.

Eros, no obstante, se recostó en el asiento, riendo.

—No le tocaré un pelo. Te lo juro —le contestó, siguiéndole el rollo.

—Así me gusta —dio un golpe con la mano en el borde de la ventana y se marchó corriendo hacia el interior de la casa.

Eros cerró la ventana y el calor de la calefacción volvió a llenar el coche.

Me quedé mirando hacia fuera, hasta que vi que Harmony cerraba la puerta de casa.

—Cada día está más loca —sentencié, anonadada.

Me volví entonces hacía Eros y, en ver su expresión, entendí lo que había pretendido Harmony con lo que acababa de hacer. Nos tenía calados y sabía que estaríamos nerviosos a pesar de conocernos; había roto el hielo por nosotros. Ahora ambos estábamos más relajados debido a que nos había hecho reír y sorprendido, respectivamente. Era un absoluto genio.

—No creo que eso sea posible —dijo él, ladeando la cabeza. Suspiró, agarrando el volante. — ¿Preparada?

Tragué saliva y asentí.

—Sí.

El viaje hasta Londres fue un poco raro al principio. Lo que llenó el espacio entre nosotros la primera media hora fue The 1976 sonando en la minicadena y poco más; después, Eros me preguntó que, si me parecía bien que comiéramos antes de entrar al museo, pues en cuanto llegáramos sería ya mediodía. Yo dije que sí, así que pasó a hablarme del lugar al que tenía pensado llevarme. Estuvo explicándome maravillas de dicho restaurante durante un buen rato y solo lo comprendí en cuanto nos plantamos delante.

Después de una odisea digna de Ulises para aparcar, Eros me condujo hasta el restaurante que, al parecer, estaba muy cerca del British Museum. En ver la fachada, me quedé absorta. El restaurante tenía las paredes exteriores pintadas de azul y sobre estas pendían unos enormes ramilletes de flores de todos los colores. La entrada estaba presidida por unas columnas cuadradas con los capiteles de orden corintio de un brillante tono dorado. En los fustes de las columnas había ancladas dos cabezas de farola vieja, inservibles para

dar luz, pero que presidian la entrada de forma sublime. El restaurante por dentro parecía una antigua cervecería, con sus muebles de madera de cerezo y la gran disposición de alcohol tras los que servían en la barra.

Ambos pedimos unos platos combinados, conscientes de que una comida copiosa no nos iba a ir nada mal puesto que nos esperaba una tarde larga y de mucho caminar. Mientras comíamos, estuvimos hablando de nuestras respectivas experiencias en la universidad; al menos, de lo que no sabíamos aún. Hubo un punto en que comenzó a hablarme en italiano para chicharme y tuve que recordarle que dado a mi bilingüismo materno podía distinguir casi todo lo que decía, por lo que era una táctica totalmente fallida para molestarme. El resto de la conversación la acabé monopolizando toda yo, enumerando cada locura en la que me había visto metida por culpa de Harmony. Cuando acabamos de comer, tuvimos una pelea western por ver quién era más rápido sacando la tarjeta de crédito para pagar. Ambos la pusimos a la vez en la pequeña bandejita plateada que nos había traído el camarero, al que asustamos ante tal movimiento. Al final, acabamos pagando a medias. A Eros no le gustó y yo le rebatí que estábamos en el siglo veintiuno y que yo quería invertir en la cita tanto como él. No obstante, me la jugó a la hora de comprar las entradas para el museo. Las había comprado por Internet por adelantado, así que tuve que suspirar y aguantarme.

Una vez dentro del museo, cogimos un plano y hablamos sobre qué ruta seguir. Sin embargo, acabamos perdiendo el rumbo y yendo en un orden que no era el planeado. Pasamos un poco por encima las exposiciones que nos interesaban menos y, como era obvio, estuvimos merodeando por las de Grecia, Roma y Egipto casi la totalidad de la tarde. Nos pasamos el rato comentando cada cosa que reconocíamos y divagando en el mar de nuestros conocimientos, cuchicheando sobre la polémica de que esos restos no deberían estar allí. No obstante, había un aspecto en aquella cita que me

fallaba.

Me había percatado de que Eros, aunque mantenía su posado calmado, me miraba con inquietud y, si me fijaba, podía discernir la ternura que me procesaba. La razón por la que estábamos allí estaba clara, pero nada en todo el día había hecho que pareciera una cita como tal. Podríamos haber sido dos amigos que habían ido a comer a una taberna para después pasar la tarde en el museo. Aunque no tuviera experiencia, sabía que en una cita debía haber un momento, al menos, en el que los sentimientos románticos salieran a flote. No obstante, el día acabó y ninguno de los dos había hecho un movimiento hacia el otro. Había pensado que, en el museo, en cierto punto, trataría de besarme. Pero no había ocurrido.

Cuando íbamos en el coche, ya de regreso, riéndonos de un extranjero que le había hecho una foto a una papelera llena pensando que era arte, me planteé si estaba esperando al último momento. Puede que quisiera hacer como en las películas y despedirme con un beso. Me arrepentía de no haber sido yo la que había dado el primer paso. No creía que fuera a contentarme con un solo beso. De él, necesitaría muchos más; estaba segura.

Estaba buscando la forma de alargar la cita, pensando en algún lugar al que pudiéramos ir en llegar a Southampton, mientras miraba la lluvia a través de la ventana del coche. Eros no parecía mucho de discotecas y cuando llegáramos sería demasiado tarde para meternos en un restaurante. En mi casa estaría Harmony durmiendo la mona y autoinvitarme a la suya me parecía de tener demasiada jeta. De la manera torrencial que estaba lloviendo, además del frío, dar una vuelta por la ciudad no era ni siquiera una posibilidad.

Comenzaba a desesperarme cuando de repente el coche hizo un ruido extraño, alertándonos a ambos.

—¿Qué ha sido eso? —Proferí.

—La gasolina —murmuró.

Eros se desvió hasta la cuneta, justo a tiempo antes de que el coche se detuviera y se apagara por completo. Se quedó mirando el símbolo en el ordenador del coche, con total confusión en las facciones.

—No lo entiendo. Llené el depósito esta mañana.

—Puede que tengas una avería y pierdas combustible.

—Debería haberme advertido el ordenador —profirió.

—A lo mejor también está averiado —aporté, casi sonando a pregunta. No tenía demasiada idea de coches, la verdad. Conocía lo básico que se debe saber, tirando a poco.

—Entonces tenemos un problema.

—Estamos tirados en medio de la nada, ¿verdad?

Suspiró, dirigiéndome una mirada de disculpa. Conociéndole, debía estar pensado que había estropeado el día fantástico que habíamos tenido, aunque no fuera su culpa para nada.

—Me temo que sí. Debería salir a poner los fluorescentes.

—Pero te vas a mojar.

—Mejor que me moje que un coche se nos estampe por detrás por no vernos.

Visto así, tenía razón. Suspiré y asentí. Me dijo que me moviera al asiento de atrás, que era más cómodo, dado que lo más posible era que tuviéramos que pasar la noche allí, dado el temporal que no hacía más que empeorar. Eros salió del coche y yo me deslicé hasta los asientos traseros, tratando de ver sus movimientos en la lluvia. Solo pude captar el momento en el que abrió el maletero; el resto no pude discernirlo. La cita se iba a alargar, sí, aunque, por asomo, a causa de ninguna razón que yo hubiera podido imaginarme. Aproveché para enviar un mensaje a Harmony desde mi móvil, explicándole lo ocurrido, para que no se preocupara al ver que no llegaba. Por suerte, algo de cobertura llegaba.

Un cierto pánico me atravesó entonces. Íbamos a estar encerrados en el coche toda la noche, un espacio que no profetizaba nada más que nuestro acercamiento inevitable. No obstante, mi pánico no era por miedo a enfrentarme a lo que pudiera ocurrir entre los dos, sino la incertidumbre de sí iba a suceder o no. Porque yo quería que sucediera, lo que fuera que tenía que surgir entre ambos.

Pegué un brinco cuando el maletero volvió a abrirse, de lo sumida en mis pensamientos que estaba. Un instante después, Eros se metía en la parte trasera conmigo, sosteniendo una bolsa de plástico en uno de sus brazos mientras se apresuraba a cerrar la puerta. Estaba empapado de arriba a abajo. Dejó la bolsa entre ambos y jadeó, apartándose los mechones que se habían pegado a la piel de su rostro.

—¿No tienes nada para cambiarte? —Le pregunté, preocupada de que pudiera constiparse si pasaba la noche con la ropa empapada.

—Me temo que no —dijo, con una sonrisa torcida.

—Échate el abrigo por encima, ni que sea.

—Voy a estar bien. No sufras por mí —afirmó, divertido.

—Tarde.

Su sonrisa se ensanchó y se deshizo su pequeña coleta, permitiendo que su cabello cayera con libertad. Eran pocas las veces que tenía la oportunidad de verle despeinado y con el pelo suelto, y podía asegurar que mi corazón se había detenido por un instante ante la visión.

Eros abrió la bolsa, mostrándome un montón de comida, dulce y salada, y bebidas y agua. Me quede mirándolo, anonadada.

—¿Qué es todo esto? —Murmuré.

—Lo había comprado por si te entraba hambre durante el viaje —me explicó—. Aunque me temo que, ahora, es nuestra cena y puede que desayuno. Llamaré a la grúa en cuanto amanezca, pero quién sabe cuánto

tardará en llegar.

Era una locura lo detallista que aquel chico podía llegar a ser. Eros me pasó un sándwich envasado y se quedó otro, abrió una bolsa de patatas, una botella de agua para ambos y ya tuvimos montada nuestra cena improvisada, perdidos en una carretera alejada de cualquier núcleo civilizado y con una tormenta azotando las paredes del coche.

Cuando acabamos de comer, Eros puso la radio a un volumen bajito y sacó una baraja española de cartas de su guantera. Me preguntó si sabía jugar y yo el contesté con una risotada de suficiencia. No obstante, perdida ya la cuenta de cuantas veces habíamos jugado, el sueño comenzó a apoderarse de mí.

Eros retiró las cartas y nos puso encima los abrigos, usándolos como mantas. Los dos nos acurrucamos, apoyándonos en el asiento, uno de cara al otro.

—Con toda esta comida y las cartas, parecía que tuvieras esto planeado —le dije, adormilada.

Esbozó una mueca y yo proferí una risita apagada.

—Espero que no haya estropeado demasiado el día —musitó.

Una sonrisa alcanzó mis labios ante sus palabras. Sabía que se sentiría mal por habernos quedado allí tirados.

—El día ha sido perfecto. Y esto le ha añadido un punto de aventura —le tranquilicé, aunque estaba siendo sincera.

Eros pareció relajarse y suspiró. Su aliento chocó contra mi rostro; estábamos a una cercanía peligrosa. Sus ojos verdes se intensificaban bajo aquella oscuridad y sentía la urgencia de posar mis labios en cada centímetro de la piel de su rostro. Quería colmarle de la electricidad que él me hacía sentir, que me dominaba y me cautivaba.

Cerré los ojos y me acerqué lentamente a sus labios. Sentí como su boca

se acercaba por igual a la mía, hasta que casi pude sentir como me tocaba. Escuché que se retiraba de repente y le miré. Tardé un instante en comprender que había rechazado mi beso. Por segunda vez.

—¿Cómo se supone que tengo que tomarme esto? —Espeté.

Eros se quedó callado, apartado de mí, observándome con los ojos llenos de pesadumbre.

—Creía que sentías algo por mí.

—Y es cierto —dijo con un hilo de voz.

—Creía que esto era una cita.

—Lo es.

—¿Entonces por qué te apartas cada vez que estamos a punto de besarnos? —Pregunté, hastiada.

Siguió sin contestar, reventando la poca paciencia que su acción me había dejado. Resoplé.

—Mira. Entiendo que esto sea difícil para ti por tu pasado, pero paso de que me marees. Así que decídate cuando quieras algo de mí y, si no estás seguro, ni lo intentes.

Me volví, dándole la espalda, cubriéndome con el abrigo. Conseguí conciliar el sueño un rato más tarde, cuando mi cabreo se había diluido.

—Aura, despierta. Tienes que ver esto.

Remugué, sintiendo el cuello y la espalda agarrotados y la sequedad en los ojos. Entreabrí los parpados en sentir un viento helado alcanzarme. Delante de mí, estaba Eros. Había abierto de la puerta del coche y estaba de pie fuera.

—¿Qué pasa? —Murmuré, muy grogui.

—Hay algo que debes ver.

Me tomó de la mano y me sacó del coche, casi arrastrándome. Agarró mi abrigo, ayudándome a ponérmelo y me hizo rodear el coche, clocándonos al otro lado. Me froté los ojos.

—¿Qué tengo que ver? —Inquirí.

—Lo tienes delante.

Resoplé e hice un esfuerzo por aclarar mi vista, aún dormida. Aunque, no necesité más que atisbar una visión medio borrosa del escenario que tenía enfrente para que el sueño se me quitara con rapidez.

El sol del amanecer bañaba con un brillo sublime un campo de trigo seco al lado de la carretera, haciendo parecer que de las espigas nacían pequeños diamantes. El paisaje me quitó el aliento y su belleza atrapó mi alma sin ningún esfuerzo.

—Siento lo de ayer —dijo Eros, susurrante, rebosante de arrepentimiento.

Me volví hasta él, quien alzó sus manos hasta mi cara, acunando mis mejillas. El calor de su piel hizo que me fuera imposible seguir enfadada; no cuando me miraba con tanta ternura. Me apoyé en su contacto, sintiendo como sus pulgares acariciaban mi piel como si sostuviera la pieza de arte más cara y valiosa del mundo.

—Entonces, compénsamelo —proferí apenas.

La respiración de Eros se entrecortó y frunció el ceño, mezclándose en su expresión el deseo y un profundo sufrimiento. Sus dedos me acercaron a él, a la vez que se inclinaba, eliminando la distancia entre ambos. Su boca encontró la mía y, en ese justo momento, suspiró dentro del beso, sonido que vibró en mi interior, deshaciéndome. Sus labios eran tan suaves y cálidos, su gentileza tan sobrecogedora... No creí que ninguna célula de mi cuerpo hubiera estado preparada para tal supernova. Creí que, si me soltaba, iba a desintegrarme.

Eros se retiró, jadeante, pero sin soltarme. Posó su frente contra la mía y me observó. Sin dudar, volví a comerme los centímetros que había entre nosotros, besándole una vez más.

Había estado en lo cierto. Iba a necesitar muchos besos suyos, muchos más de los que cabían en una vida.

Traición

Los días posteriores estuve atrapada en el recuerdo de sus labios, aún sumida en la burbuja felicidad en la que Eros me había sumido. No era capaz de deshacerme de la imagen de su rostro iluminado por el amanecer, sus ojos verdes clavados en mí, mirándome como si fuera yo más importante que el propio sol. Sabía que jamás podría olvidar la sensación que me invadió en besarle, en aquel rincón apartado del mundo que, por unos instantes, había sido solo nuestro. Aún no había nada claro entre ambos, ninguna etiqueta que yo le pudiera poner. Puede que no hubiera forma de etiquetarlo y, para mí, podía estar bien así. Sabía que Eros significaba demasiadas cosas para mí como para encajonarlo en un solo aspecto. Eros era Eros; mi amigo, mi arquero rival, mi confidente y puede que una parte de mi alma a la que yo había sido atraída más allá de esa vida. El, probablemente, desconocía esta parte; si algún día le veía preparado, me planteaba contárselo.

Los días después de la cita, comencé a sentirme como una quinceañera. Sabía que estaría fuera de la ciudad unos días, por lo que trataba de actuar normal y seguir con mi rutina, pero cada dos por tres le tenía acaparando mis pensamientos. No había pasado un día y ya estaba echándole de menos. Miraba el móvil de forma compulsiva, esperando que en cualquier momento me llamara o me enviara un mensaje, aunque solo fuera para darme los buenos días o preguntarme qué tal iba mi día. Confiaba en que, cuando volviera, todo seguiría fluyendo entre nosotros como lo había hecho hasta

entonces y podríamos hablar mejor de qué iba a cambiar en nuestra relación a partir de ahora.

No obstante, no obtuve mensajes ni llamadas de su parte. El primer día, no me importó; pensé que estaría ocupado. El segundo, comencé a inquietarme. En cuanto pasó el tercero sin noticias de Eros, la preocupación arrasó con mi mente. Al cuarto, la histeria me hizo pensar en las palabras de An y en que sus padres, de alguna forma, se habían enterado de que su hijo se había enamorado una vez más. Creí que, aquel conocido de la familia, fuera quien fuera, había sido una trampa para atraerle. Puede que estuviera tratando de calmar a sus padres y que no se desatara el Armagedón. Pero, pronto, esa suposición se resquebrajó a la par que mi esperanza en nuestra incipiente relación.

La mañana del viernes, Harmony recibió un mensaje de Eros, en el que le decía que había abandonado Inglaterra y que no sabía cuándo volvería, por motivos que no mencionó. Ni siquiera le pidió que me advirtiera de ello. Mantuve la esperanza de que me dijera algo a mí al respecto, que me mandara un mensaje reconfortador, diciéndome que en cuanto volviera hablaríamos de lo nuestro. Ese mensaje nunca llegó.

Jamás me había sentido tan traicionada, tan abandonada y tan confusa como él me hizo sentir entonces. Había actuado como si yo no existiera, justo después de aquella cita tan perfecta. Sus sentimientos, la manera en la que me trataba... Cada aspecto de Eros en dirigirse a mí me había parecido genuino en todo momento. No alcanzaba a comprender porqué de repente yo parecía haber desaparecido de su mente. Quería pensar que era mentira, odiarle, cagarme en sus muertos... Pero era incapaz. Aún con el corazón roto, quería pensar que debía haber una razón para ignorarme. No obstante, nunca había presenciado una razón que tuviera el suficiente peso como para justificar que un chico ignorara a una chica después de una cita. Nunca indicaba algo

bueno. Por regla general, el que ignoraba solía dejar de enviar mensajes e interesarse por la otra persona. A mí, al parecer, me había tocado el único tío en el mundo que después de una cita huye del país.

—Aún no puedo creer que me haya hecho esto —masculle, con la voz grave por las lágrimas.

An me pasó el brazo por los hombros, atrayéndome hacia él y estrechándome, tratando de darme apoyo en silencio.

Ya habían pasado dos semanas desde que se había ido. Los siete días después de que le llegara aquel maldito mensaje a Harmony, había recluido mis sentimientos en una burbuja de negación y rabia que, a la vez, también escondía en mi interior. Mi cuerpo y mi mente habían aguantado estables en aquel extraño método de defensa, hasta que no habían podido más.

Aquella noche, después de un par de horas trabajando tal y como si fuera un robot, de la misma forma que lo había estado haciendo al largo de la semana, An me preguntó, por enésima vez en aquellos días, qué tal estaba. Todo lo que él sabía era como me había ido la cita con Eros y que, los primeros días después de que se fuera, aún no había dado señales de vida. No le había dicho nada sobre el mensaje de Harmony ni sobre que me había ignorado, pero a decir por mi aspecto robótico, debía haber atado cabos.

Las veces anteriores, había contestado a su pregunta con monosílabos o muletillas. No sé porqué aquel día me afectó como lo hizo. Puede que no pudiera seguir mintiéndole a él, a la vez que me mentía mi misma sobre lo que sentía de verdad. Sus palabras fueron como una aguja que revienta un globo enorme, cargado de agua: mis sentimientos se vertieron cual cascada, convirtiendo mis ojos en dos grifos incontrolables. An, alterado por mi reacción, no dudó en cerrar el local por mantenimiento y llevarme al cuarto del staff.

Mis palabras se desbordaron, igual que la corriente de un río. Le conté

todo y él solo escuchó, sin decir una palabra.

—Me gustaría decirte que mis padres tienen algo que ver en todo esto, pero —dijo al final, vacilante— esto solo ha sido Eros siendo un gigantesco capullo. Si mis padres se hubieran enterado, habrían venido hasta aquí para montar un pollo. No les gusta mantener los asuntos familiares en privado. Como mayor sea el drama que montan, mejor. No sé donde coño se ha marchado Eros, pero ha sido por su propia voluntad.

—Me la sopla a estas alturas —gruñí, aunque era mentira—. Que le den. No quiero saber nada más de sus movidas. Me ha estado mareando desde que nos conocimos y cuando me ha conseguido, me ha dejado tirada.

—Lo siento mucho, Aury —se lamentó, acariciándome la cabeza.

—No debería haberle ni una sola oportunidad —me encogí, escondiéndome en su cabello negruzco.

An dejó que estuviera allí, mojándole la ropa con lágrimas silenciosas, un buen rato. Eventualmente, me retiró y me secó la cara con la manga de su sudadera.

—No te preocupes, florecita. Volverás a enamorarte algún día, de alguien que valga la pena de verdad —murmuró.

—Yo no estoy tan segura de eso —musité, sorbiendo—. Sabes que no me había ocurrido antes. ¿Y si jamás vuelvo a sentir nada por nadie?

—Pues tampoco pasaría nada —contestó, mirándome con seriedad—. No necesitas nada de nadie para tener una vida feliz y plena. Tú eres suficiente así. Estás completa, aunque no vuelvas a enamorarte o por no querer tocar a nadie nunca, ni que sea con un palo.

Volvió a escapárseme una risita. An me miraba y hablaba con condescendencia, actuando de la misma forma que si fuera mi hermano mayor.

—¿Sabes qué vamos a hacer? Vamos a salir de fiesta mañana, a pillar un

buen ciego y vas a olvidarte del gilipollas de mi hermano. Y te prometo que la próxima vez que le vea le daré una buena paliza.

Remugué, bajando la mirada, cohibida por el horrible aspecto de debía tener.

—No sé. No me apetece mucho —murmuré.

—Sht —me obligó a alzar la cara para mirarle directamente a los ojos—.

No hay discusión sobre esto. Vamos a salir.

Cabeceé, no muy convencida, pero al final cedí.

—Está bien.

La hora a la que habíamos quedado hacía rato que había pasado y An seguía sin aparecer. Estaba plantada delante de la discoteca rodeada de grupos de chavales borrachos y muriéndome de frío. A la media hora de estar allí, recibí un mensaje de An.

—*No me jodas* —jadeé en leerlo.

Algo le había sentado mal durante la cena y estaba sentado al lado del váter, echándolo todo. Resoplé y le envíe un mensaje de apoyo, deseando que se mejorara.

No me quedaba otra que volver a casa. Harmony me había traído hasta allí y se había llevado el coche, ya que el plan era quedarme a dormir en casa de An una vez saliéramos de la discoteca. Me sabía muy mal llamarla para que viniera a por mí, pues seguro que ya estaba en pijama y a punto de meterse en la cama, pero no me quedaba otro remedio.

Y, por si necesitaba algo para culminar mi mala suerte, Harmony debía estar ya dormida, pues no respondió a ninguna de mis llamadas. Tenía claro que no iba a llamar a un taxi y nuestro barrio estaba relativamente cerca, así que, abrazándome a mí misma, me eche a andar calle arriba.

Cuando ya me había alejado unos metros de la entrada de la discoteca, donde aún aparcaba gente que tenía intención de entrar, escuché a un grupo de chicos que me silbaban y a uno de ellos gritándome.

—¡Eh, tú! ¡Guapa! Pareces tener frío. ¿Quieres que te caliente?

Me quedé anclada en el suelo, deteniéndome, justo después de escuchar aquellas palabras. En otro momento, de cualquier otra semana, habría pasado de ellos. No obstante, habían escogido el peor día para tratarme como a un cacho de carne.

Me volví, agresiva, lanzándoles la mirada más afilada que le había dedicado a nadie en años y casi sintiendo que podía echarles una maldición en silencio.

—¿Quieres tú que te rompa los huevos? —Le grité de vuelta, poniéndome tensa e inflando el pecho.

Los cuatro tíos del grupo se pusieron rígidos, dirigiéndome miradas de rabia. El que parecía el cabecilla y que me había gritado dio un paso hacia mí.

—¿Qué has dicho? —Dijo uno, amenazador.

Pero yo no estaba dispuesta a achantarme delante de una panda de gilipollas como esos.

—Qué voy a romperos los huevos a los cuatro, pedazo de capullo. ¿De qué coño vais? —Aullé.

—¿De qué coño vas tú, tía? ¿Tú quién te has creído que eres hablándome así? —Gruñó, poniendo cara de pocos amigos.

—La que va a el pito de cuajo como vuelvas a tratarme como a un perro —me defendí. Panda de cabronazos...

—Pues has elegido al tío equivocado con el que meterte, niña.

Me faltó tiempo para ver el filo de su navaja, saliendo del interior de su manga, y a los tres secuaces dar un paso hacia mí, para salir corriendo. Había creído que eran los típicos bocazas, pero me había equivocado de lleno. Las

calles estaban desiertas y era consciente de que nadie iba a dar la voz de alarma. Si quería salir del percal en el que me había metido, debería ser por mi propio pie.

Estaba corriendo como nunca en mi vida, con cuatro macarras persiguiéndome, dando las gracias por estar en forma. Sabía que, si me atrapaban, lo mejor que iban a hacerme iba a ser violarme. Era consciente de que, a pesar de mi resistencia, no iba a aguantar eternamente el ritmo de aquella carrera precipitada. Debía pensar algo rápido, algo para escapar de aquella situación.

Empecé a desesperarme, sintiendo que mi aguante empezaba a fallar y que desconocía el lugar en el que me encontraba. Y, como si se tratara de mi faro de Alejandría, reconocí el neón apagado de la cafetería a la que íbamos con An. Cerca había un parque lleno de árboles en el que podía adentrarme y, con suerte, despistarlos subiéndome a uno.

Hice un último esfuerzo para llegar al parque y meterme entre los árboles. Corrí en zigzag, tratando de desorientarlos y no toparme con ellos. Cuando los oí algo alejados, trepé al primer árbol que pude. Me quedé escondida en una rama no muy alta, aunque lo suficiente para que la oscuridad y su follaje me ocultaran, cubriéndome la boca para que no se escucharan mis jadeos. Al rato, me pareció que se habían marchado, ya que no se oía nada más que la leve brisa acariciando las hojas y el piar de algún pájaro nocturno.

No me atreví a bajar hasta mucho rato después, cuando recuperé la firmeza después de aquella mala experiencia y mi adrenalina ya no estaba tan disparada. Aun así, en cuanto puse mis pies en el suelo, noté que las piernas me temblaban un poco y estaban resentidas por la pequeña maratón. Saqué mi móvil para intentar llamar a Harmony mientras caminaba entre los árboles, dirigiéndome a la otra salida del parque. Con un disgusto había

tenido suficiente por esa noche; no quería tener que toparme con nada más que fuera un peligro potencial.

Apenas había sonado el primer tono cuando escuché un crujido detrás de mí. Me retiré el móvil de la oreja enseguida, alertada, temiendo que aquellos tíos siguieran por el parque. A mis espaldas, no vi nada, lo cual no aligeró, ni mucho menos, la sensación en la que de repente me vi atrapada de que no estaba dola.

Mientras analizaba los árboles, sintiendo mi corazón acelerarse a un ritmo drástico y mi adrenalina volver a dispararse, algo se estrelló contra mi mano, arrebatándome el móvil. Una milésima de segundo después, sentí un dolor agudo en la mano. Apenas podía ver, pero distinguí un zarpazo en el dorso, del que empezó a brotar sangre sin control. Me agarré la mano con la otra contra mi pecho, aterrorizada. Mi primer pensamiento fue que había sido un mapache o un animal parecido, hasta que un brillo tintineó en un árbol muy cercano, por encima de cabeza. Allí, había una figura encapuchada, oculta entre la penumbra, que meneaba mi móvil en su turbida mano y me observaba con unos ojos azules fantasmagóricos.

—Psique —escuché una voz espectral susurrar cerca de mí, pero sonando cómo si me envolviera.

La sangre se me heló y eché a correr entre los árboles, lejos de aquella figura.

—Psique. Psique. Psique —me seguía la voz por mucho que corriera.

Escuché unos pasos acelerados detrás de mí, muy parecidos a la noche que me persiguieron cuando se me averió el coche.

—Pssssique —se le unió una más aguda—. Pssssique.

Estaba llegando a la salida del parque. Creí que iba a escapar cuando la figura encapuchada se materializó ante mí, salida de la nada, rodeada por una niebla oscura.

Tenía el corazón en la garganta. El terror estaba apoderándose de mí y no sabía si estaba alucinando o no. Pero lo único que mi instinto tenía claro era que debía alejarme de aquella figura espectral. Me retiré un paso, dispuesta a salir corriendo en la otra dirección. Un aire helado me golpeó, suave, desde atrás y un crujido infernal sonó a mi espalda. Me volví, encontrándome con otra figura encapuchada, exactamente igual a la otra, de mismos ojos pálidos.

—Psique —dijeron ambas.

Hui, por un lado, sin intención de detenerme para ver si me seguían. Sentí el momento justo en que unas uñas afiladas atravesaron mi ropa y rasgaron la piel de mi espalda; al siguiente, estaba en el suelo, empujada por la fuerza del golpe. La vista se me nublo y aullé de dolor. Los susurros se intensificaron en mis oídos. No sé de dónde saqué la fuerza, pero conseguí ponerme en pie y continuar corriendo, sintiendo la herida abierta resentirse a cada movimiento. En cuanto salí del parque, las entidades encapuchadas dejaron de seguirme y sus voces cesaron. De no ser por las heridas, me habría creído que lo había imaginado.

Me arrastré hasta casa todo lo rápido que pude, tratando de resistir el dolor. Después de lo que pareció una eternidad, llegué, e hice un último esfuerzo por subir a la habitación de Harmony. Allí, me dejé caer sobre la puerta, abriéndola de mala manera. Vi que Harmony se recostaba de golpe ante el portazo, pero no pude escuchar lo que decía, pues mi vista se oscureció y me desplomé sobre su cama.

Recuperé la conciencia ante el sonido de unos sollozos ahogados y un picor mezclado con dolor punzante en mi espalda. Entreabrí los ojos con dificultad, sintiendo un ligero dolor de cabeza en hacerlo debido a la

borrosidad que los nublaba. En ver mejor, me di cuenta de que estaba tumbada en mi cama bocabajo, desnuda de cintura para arriba. Discerní una sensación de agarrotamiento en la totalidad de mi cuerpo y una viscosidad desconocida en la espalda. Mi mano derecha, colocada frente a mi rostro, estaba vendada, y escocía por igual. Gruñí, queriendo levantarme, pero unas manos gentiles me detuvieron.

—No. Ni de broma —espetó Harmony, empujándome suavemente contra el colchón de nuevo.

Fijé mi mirada en ella, percatándome de la rojez rodeando sus ojos y su nariz y la humedad de sus mejillas pálidas.

—Tienes que descansar —añadió con la voz ronca.

—Harmony...

—Vas a ponerte bien —me acarició la cabeza, reconfortante, pero con la expresión contraída por la pena—. No ha sido nada.

—Me atacaron —conseguí decir—. En el parque cerca de Setco.

—¿Quién?

—No lo sé —cerré los ojos, atormentada ante el recuerdo.

Había llegado el momento. Tenía que contarle a Harmony lo que estaba ocurriéndome. No estaba volviéndome loca, teniendo visiones; algo real, tan tangible como las sabanas que tenía bajo de mí, estaba cazándome desde hacía semanas. Y estaba segura de que era una entidad que no tenía nada de humana. Había estado intentando mentirme a mí misma con una explicación más racional, pero mis sueños ya habían dejado de ser simples sueños desde hacía meses. Detrás de ese onirismo, se ocultaba una verdad que se me escapaba, pero que sabía que era peligrosa.

Le conté todo a Harmony: mis sueños, la persecución y el ataque en el Club, las visiones, los encapuchados... Y ella me escuchó. Me escuchó como si mi narración tuviera absoluto sentido para ella y a la vez la horrorizara

hasta el rincón más profundo de su alma.

—Y hay algo más —murmuré, para finalizar mi explicación—. Los encapuchados me perseguían, pero... No susurraban mi nombre. Decían “Psique”.

Conseguí sentarme en el borde de la cama, aunque a duras penas, cubriéndome con la manta, y esta vez Harmony no me detuvo. Estaba demasiado en shock.

—Estoy asustada —admití con la voz temblorosa—. No sé qué significa todo esto. He tratado de buscarle un sentido, pero... No se lo encuentro.

—Esto —vaciló— se escapa a mi control. No sé qué decirte.

Me encogí ante su expresión vacía.

—¿Crees que estoy enloqueciendo?

—No —saltó de golpe, sentándose a mí lado y abrazándome como pudo, sin tocar las heridas—. Jamás. Y, sea lo que sea lo que está pasando, te prometo que te ayudaré a averiguarlo.

La voz le tembló en estas últimas palabras y me estrechó aún más. Sentí como sus lágrimas caían en mi hombro desnudo. Yo me retiré, alertada por su llanto repentino.

—Lo siento —se excusó, secándose—. Es solo que creo que no he estado preocupándome demasiado por ti últimamente, demasiado centrada trabajo.

—Harmony —murmuré, apenada—. No pasa nada. Las dos lo estábamos. Teníamos que sobrevivir. Además, te encanta tu trabajo.

—Lo sé, pero... Me sabe mal de todas formas.

Agarré su mano con ternura, dedicándole la mejor sonrisa que el dolor y el terror subyacente me dejaban proferir.

—Yo sé lo mucho que te preocupas por mí. Una temporada ajetreada no va hacer que todo lo que has hecho para ayudarme se me olvide. Siempre

serás mi mejor amiga, pase lo que pase.

Asintió, devolviéndome el gesto con una mueca torcida.

—Pase lo que pase.

Desperté jadeando, sumida en la oscuridad, y cubierta de sudor frío. Alargué mi mano temblorosa hasta el interruptor de la lámpara de la mesilla de noche, desesperada por algo de luz. Me recosté, sentándome en la cama, aunque limitada por las heridas que casi había olvidado. Cerré los ojos, colocándome la mano en el cuello, notando mi corazón latiendo a toda velocidad. Traté de volver a respirar con normalidad, concentrándome en cada inhalación para olvidar la pesadilla que acababa de tener.

Había sido el peor de mis sueños, con diferencia: había sido una mezcla de todos mis sueños, visiones y sucesos extraños, saltando de uno al otro continuamente y, a la vez, ocurriendo solapados, como si cada vez que cambiaba de lugar el anterior dejara un eco que aumentaba, en vez de desaparecer. Tenía la cabeza a punto de explotar.

Iba a volver a echarme cuando me pareció escuchar la voz de Harmony. Miré la hora en mi móvil, que al parecer ella había sacado de mi bolso y había dejado ahí. Eran las cuatro de la mañana. Me levanté, tiesa cual tronco de un árbol, me puse una camiseta ancha y me arrastré fuera de la habitación. El pasillo estaba sumido en la penumbra, pero traté de contener mi inquietud, concentrándome en escuchar a Harmony. Su voz parecía venir del comedor y desde donde estaba no podía oír más que susurros incomprensibles. Me moví hasta la escalera, intentando que el viejo parqué no crujiera y alertara a mi amiga. Escondida en los escalones más altos, me senté y agudicé el oído.

—...He tenido suficiente —susurró, furiosa—. No. No me vengas con

esas —hizo una pausa y volvió a hablar, todavía más airada—. Necesito que dejes de ser un cobarde y muevas tu maldito culo pálido. No. Cállate. Me vas a escuchar te guste o no. ¿Quieres enviarlo todo a la mierda?

Tenía un fuerte palpito sobre con quién estaba hablando y necesité a agarrarme a uno de los palos de la barandilla para contener mis emociones. Las lágrimas amenazaban con volver.

—Venga, a ver —dijo, retadora y se produjo otro silencio, seguido de una risa sarcástica—. ¿Ese ese es tu plan? ¿En serio? Te va a salir el tiro por la culata, te lo digo ya, y encima me va a salpicar a mí.

Tragué saliva, expectante ante la conversación, esperando escuchar algo que me confirmara mis sospechas.

—Mira, Eros —rugió—. Bastante la has cagado ya. Tú no estás aquí y yo sí, y te aseguro que no has podido hacer las cosas peor.

Me levanté. Sabía por dónde tiraba la conversación y no quería añadir más daño a mi mente esa noche. Traté de volver a la habitación antes de escuchar nada más, lo cual conseguí, y pensé haberme salvado de reabrir la herida que me había hecho Eros. Pero me equivocaba. Ya era tarde.

En cerrar la puerta tras de mí, las lágrimas volvieron a brotar de mis ojos.

Un sonido metálico me sacó de mi sueño ligero. Miré la hora: las once y media. De nuevo, escuché la voz de Harmony, pero me sorprendió cuando otra le contestó, y se les unió otra diferente.

Me levanté y salí del cuarto. En cuanto avancé unos pasos por el pasillo, la vi a ella sentada al principio de la escalera. Frente a ella, justo al lado de la puerta, había dos chicos: uno, estaba subido a una escalera plegable y el otro la sujetaba. Estaban colocando un objeto pequeño en la pared. Parecía una

alarma antirrobo.

—¿Qué es esto? —Dije, bajando.

Harmony se volvió de golpe y se levantó. En cuanto me tuvo delante, me examinó, preocupada.

—¿Cómo te encuentras? ¿Tienes fiebre? —Me tocó la frente de forma fugaz. — ¿Te duele mucho?

—Es soportable. Y no, no tengo fiebre —miré a los chavales, que de repente se habían puesto a trabajar como si estuvieran desactivando una bomba—. ¿Me puedes explicar qué es esto?

—Un sistema de seguridad decente. Dadas las circunstancias... — Murmuró, cruzándose de brazos.

—Harmony, no podemos permitirnos esto —le susurré, acercándome a ella.

—Tranquila, pequeñaja.

Me giré. El técnico que estaba aguantando la escalera vino hacia nosotras, con una sonrisa deslumbrante y una seguridad al andar que parecía sacado del videoclip de una boyband. A decir por su aspecto, podía ser el miembro de una.

Era un chico joven y fornido, de profundos ojos grises y tez morena. Su cabello azabache ensortijado se ocultaba en gran parte por la gorra azul que llevaba, con el sello de la compañía a la que pertenecían. Todo él rebosaba un desparpajo encantador y sus facciones, aunque masculinas, mezclaban una dulce frescura y una suavidad cautivadora.

—No os va a costar ni una libra —explicó con su tono alegre.

Enarqué una ceja, devolviendo mi mirada hacia Harmony, cuestionándola en silencio.

—Son amigos míos. Trabajan en el mantenimiento de la galería. Nos están haciendo un favor.

El estupor de mi expresión aumentó. Las entrevistas de trabajo de la galería debían ser de risa. Habían procurado que hasta los de mantenimiento fueran guapos. Me parecía absurdo.

—Eso es —dijo, esbozando una mueca orgullosa—. Yo soy Neo, por cierto —me tendió la mano.

Fruncí los labios de primeras, y después le ofrecí mi mano izquierda. El rio y yo hice lo mismo.

—¿Cómo el de Matrix? —Pregunté, amigable, estrechando su mano torpemente.

—Supongo —cabeceó.

Me caía bien. No me extrañaba que fueran amigos con Harmony. Me sorprendía que jamás me hubiera hablado de Neo. Entonces me percaté de que el otro técnico nos observaba con una sonrisa casi paternal. Bajó y se acercó a nosotros.

—Ya que estamos de presentaciones... —Intervino y me tendió la mano también. — Mi nombre es Paul.

Paul pareció aún menos un técnico que Neo. Era un hombre joven, alto, majestuoso, incluso con el mono de trabajo. Tenía los ojos rasgados, de un suave tono chocolate, y las facciones muy finas, bailando entre la masculinidad y la feminidad, resaltadas por su piel perlina. Su cabellera era envidiable: lacia, extremadamente larga y de un castaño precioso, y la llevaba atada en una coleta baja, reposada sobre uno de sus hombros. Me ofreció su mano también y en cuanto me tocó me vi inmersa en su halo de serenidad.

—Encantada.

—Y ahora —agarró a Neo de la nuca—, deja a las señoritas y ven a trabajar.

Neo se quejó y ambos continuaron su trabajo. Harmony y yo nos sentamos en la escalera, observando como colocaban el sistema.

—¿Cómo es que nunca me has hablado de ellos? Son un amor —le pregunté.

—Pues no sé —se encogió de hombros—. Lo importante es que ahora no va entrar nadie sin que lo sepamos. Y no pienso dejarte ir sola a ningún lado.

Suspiré. Odiaba estar más coartada aún, pero supongo que la situación lo requería. Después de lo ocurrido la noche anterior, sabía que ni siquiera mi valor me podía librar de un ataque.

—Escuché como hablabas con Eros anoche —solté.

Harmony se puso tensa y se abrazó las rodillas.

—Solo quería echarle la bronca una vez. No voy a volver a llamarle ni a enviarle un mensaje. Él verá lo que hace —espetó, molesta.

—No tenías que hacerlo.

—Quería hacerlo —musitó, lanzándome una mirada triste—. Se ha portado como un capullo. Y no lo trago.

—Olvídalo. No importa ya.

Pero a quien debía olvidarle era yo. Por muy raro que pareciera, me sentía como si me enfrentara a la superación de un amor que había durado una vida entera. Saber que podía no volver a verle en mucho tiempo alimentaba el vacío que me atormentaba. Y, una parte de mí, no quería creer que hubiera pasado de mí de aquella manera y solo deseaba, con total fervor, que volviera, a pesar de todo.

Desbloqueo

En mi vida, siempre había sentido que avanzaba, continuamente, sin detenerme, ocurriera lo que ocurriera. Pero, después de un mes desde la súbita marcha de Eros, parecía haberme estancado. Todo seguía su curso, menos yo. Estaba automatizada, siguiendo mi rutina, sin quitarme la sensación de que estaba parada en medio del ojo del huracán y aun así no ser capaz de moverme.

Harmony se había preocupado de no quitarme la vista de encima. Incluso se había compinchado con An para que me vigilara si ella no podía, cosa que había creído imposible desde que sabía la relación familiar que compartían. Él, después de que me atacaran la noche que debíamos haber quedado, incluso se puso aún más paranoico que Harmony. Y yo quería poder sentir algo: molestia, rabia... Pero estaba bloqueada.

Mi sueño recurrente se había esfumado. En mis noches lo único que acudía a mí eran pesadillas, cada vez más horribles, cada vez más vividas. Y esa claridad traía consigo una verdad que era incapaz de aceptar. Podía aceptar que me hubiera vuelto loca, achacar cada fantasía que corriera por mi cabeza a eso, pero no podía asimilar la posibilidad de que poderes más fuertes y olvidados por la humanidad estuvieran interfiriendo en mi vida. Si aceptaba la verdad, mi mundo tal y como lo conocía se venía abajo. Y no podía pasar por eso en esos momentos.

A todo eso, se le añadía lo estúpida que me sentía por seguir esperando

que Eros apareciera en cualquier instante, con su sonrisa dulce y su elegancia innata, como si no hubiera pasado un solo día desde el último que nos vimos. Había una parte oculta en mí que se negaba en rotundo a renunciar a él; ardía en furia cada vez que trataba de arrancarle de mi pecho. Como más lo intentaba, más tonta me sentía por ello; si dejaba de intentarlo, me sentía una tonta también. No debería haberme resultado tan complicado: nos conocíamos desde hacía relativamente poco y nada había pasado entre nosotros más que un beso. No entendía porque se me antojaba como una vida entera.

Y, por si no tenía suficiente, debido a las heridas, tuve que guardarme de practicar tiro con arco. Podía dar clase, pero no podía lanzar una flecha. Lo cual significaba que tampoco podía ir al gimnasio. No podía desahogarme de ninguna forma y me pasaba los días observando a los clientes preparar sus Navidades. Muchos clientes acudían a la caja con carros llenos de comida para preparar sus cenas familiares o con regalos para sus hijos o parejas. Todo el mundo estaba contagiado por el espíritu navideño. Todos menos yo, a la que obligaban a llevar un uniforme rojo y un gorrito, como si se tratara de un chiste andante.

Me sentía completamente atrapada.

Ya estábamos a veinte de noviembre y el frío había caído sobre Southampton con más intensidad que el resto de días. Siempre había odiado el frío, aunque esa vez estaba agradecida por las bajas temperaturas; mantenían mi mente más clara.

Estaba en la sala del staff de Tesco, colocándome mi abrigo negro y soltándome el pelo de la coleta en la que lo había tenido atado todo el turno. Colgado el bolso de mi hombro y cerrada mi taquilla, me acerqué al espejo de

la pica y me peiné un poco con los dedos. Tenía dos círculos oscuros bajo los ojos, no muy visibles, pero lo suficiente para que se pudiera apreciar que estaba en la mierda más absoluta. Tenía mejor aspecto de lo que me sentía, al menos. Suspiré y salí de la sala.

Me despedí de An, que aún le quedaba una hora más de turno, hasta que llegara el otro encargado, y me aventuré hacia el frío del exterior. Como cada día, esperé ver a Harmony con nuestro coche. Pero quien había esperándome no era ella.

Tardé un instante a percatarme que no era cosa de mi imaginación, una quimera creada por mi imaginación para consolarme. En verme, Eros se irguió, dando un paso hacia mí y apareciendo una expresión en su rostro de absoluto alivio.

De repente, después de un mes entero, me desbloqueé y dos emociones, dos opciones colisionaron en mi interior. Tenía tantas ganas de golpearle con todas mis fuerzas como de correr a sus brazos y abrazarle. Pero mi furia y mi miedo subyugaron a la alegría, saliendo a la luz mis sentimientos heridos.

Inspiré y me eché a andar a toda prisa, pasando de él, tratando de alejarme del parking cuanto antes.

—Aura —le escuché seguirme y llamarme.

Me volví de golpe, empujándole.

—¿Cómo tienes huevos de presentarte aquí como si nada después de un mes? —Gruñí, exponiendo toda la rabia que había acumulado. — ¿De ignorarme, largándote sin decirme nada?

—Tiene una explicación —balbuceó, desesperado.

—Supongo que sí —espeté—. Pero ahora ya no me importa cuál sea.

Era mentira; yo lo sabía. Quería saber qué había pasado, qué había estado haciendo. Quería una respuesta a cada porqué que rondaba mi mente, pero también estaba asustada por la información que él podía darme si hacia

una sola pregunta.

—Aura, por favor...

—¡Deja de decir eso siempre! —Grité, casi temblando de ira. — Siempre vienes con el mismo cuento: “Aura, perdóname”, “Aura, por favor”, “Aura, lo siento” ... ¡Ahórratelo! No quiero saber nada más de ti. Había un momento para dar explicaciones y lo dejaste pasar.

Hice ademán de girarme, pero él me agarró por el antebrazo, volviéndome hacia él con suavidad. Me zafé con brusquedad y me encaré a Eros.

—No me toques —rugí—, ni me sigas. No vuelvas a dirigir la palabra en tu puta vida.

—Si eso es lo que quieres —apartó las manos, contrayéndose sus facciones, como si se hubiera quemado—, eso haré. Pero, por favor —murmuró, suplicante—, déjame dos minutos. Dos minutos y te dejaré en paz.

—No. No te mereces ni un solo segundo. Ahora, déjame en paz.

Estaba nervioso. Lo veía en su expresión. Aun así, no dijo nada y yo quería alejarme de él. Aproveche entonces para girarme e irme, antes de que intentara nada más.

—ὁ βίος ἐμός σύ εἶ.

Me paralicé, igual que si un rayo me hubiera acertado de lleno. Estaba en la calle, pero también en mi sueño, con sus ojos verdes frente a mí, llenos de desesperación. Con suma lentitud, me volví. Eros tenía la mirada humedecida y apretaba la mandíbula.

—εἰ ἔνθα σύ εἶ, ἐγὼ ἤδη νεκρός εἰμί —pronunció, con una perfección aterradora.

—¿Qué...? —Balbuceé y supe con certeza que no era la primera vez que oía aquellas palabras de su boca.

Se acercó a mí de golpe, tomando mi cara entre sus manos, temblorosas.

Mi cuerpo se rindió ante su tacto y me pareció que respiraba por primera vez en un mes.

—Ἀγαπῶ σε —murmuró intensamente, como si tratara de que sus palabras llegaran a mí y se instauraran en mi alma—, Ἡ Ψυχὴ ἐμῆ.

Todo acudió a mi mente entonces. Se reprodujo como una película a cámara muy rápida, absorbiéndome por completo.

INTER LOGOS

Psyche

756 a.C

Región de Tracia

La hierba estaba fresca bajo mis pies desnudas. Mi pelo ondeaba al viento mientras corría y necesitaba sujetarme las vestiduras para no tropezarme. El sol de mediodía me acariciaba cual manto cariñoso sobre mi cabeza, haciendo que los alrededores de mi hogar parecieran el paraje más hermoso de la tierra. Corría por los jardines exteriores, sin poder evitar reírme de los pensamientos que rondaban por mí cabeza, la gran expectativa latiendo en mi pecho de un inocente, aunque imaginativo, rechazo.

—¡Psique! ¡Princesa! ¡Deteneos! —Gritó uno de mis muchos pretendientes a mis espaldas.

Solté una risita, divertida. Aquel muchacho, que me parecía recordar que se llamaba Alcides, era el más reciente de los hombres que habían hecho un largo viaje para tratar de conseguir mi mano. El lugar del que provenía, su título y las riquezas que poseía se me habían olvidado; me importaban bien poco.

Alcides había resultado uno de los más insistentes. Llevaba días alojado en mi palacio, aprovechándose de la hospitalidad de mi querido padre con la esperanza de conquistar mi corazón y, aunque no lo dijera en voz alta, también la opulencia de mi familia. Después de muchos días encontrándole a

cada momento, teniendo que soportar su insistencia y cansada ya de tener que rehuirle treinta veces al día, había preparado una buena misiva de despedida para él.

Trepé al árbol que había escogido con anterioridad y me senté en una rama baja, en la que había dejado un gran cuenco lleno de manzanas aún verdes. Esperé a que Alcides atrapara el árbol. Se detuvo bajo la rama, tratando de recuperar el aliento y yo mantuve las manzanas ocultas en el follaje del árbol. Le dediqué una sonrisa y él resopló.

—Sois muy escurridiza, princesa —me dijo Alcides.

—Solo cuando creo que debo serlo.

—¿Es que teméis por vuestra integridad? Soy un joven de intacto honor, mi señora; no debéis rehuirme por temer que el vuestro se vea manchado.

—No temo por mi integridad, joven Alcides. Temo por mi inteligencia. Sois tan burro que no veis lo que tenéis delante.

—No os comprendo —frunció el ceño, confundido—. Veo perfectamente la inmensidad de vuestra inconmensurable belleza. Sois la viva encarnación de la mismísima Afrodita.

—Mi gran belleza es una obviedad; hasta el hombre más ciego podría percatarse de ello sin el don de sus ojos.

—Entonces me temo que no sé a qué os referís.

—Temía que fuera así, por lo que os he preparado un pequeño regalo que, con suerte, os ilumine.

Agarré el cuenco de manzanas y lo volqué sobre su cabeza. Alcides profirió un par de quejidos, cubriéndose la cabeza con sus brazos.

—No voy a casarme contigo, ni con nadie que venga a adorar mi existencia como si de una alta diosa se tratara. Soy una doncella humana y pretendo entregar mi vida a la gran Artemisa. Correré por los bosques con mis pies desnudos y un arco entre mis dedos. Desistid, antes de que vuestra

inútil insistencia manche el nombre de vuestra ilustre familia.

Alcides dijo algo entre dientes, tan bajito y parecido a un gruñido de un perro que no conseguí captarlo. Sin dirigirme más la palabra, se fue por donde había venido, persiguiéndome, y espere haber sido lo suficiente clara como para que emprendiera el viaje de vuelta a su hogar con efecto inmediato.

Bajé entonces del árbol y agarré una manzana del suelo, dándole un bocado y comenzando a andar con tranquilidad con intención de dar un tranquilo paseo matutino por los alrededores de nuestro palacio.

—¿Otro hombre al que has roto el alma? —Escuché que me decía una voz desde un lugar alto.

Alcé la mirada hacia arriba, encontrando a mi hermana, Berenice, apoyada en la ventana de su alcoba con una sonrisa de diversión, observándome.

Era muy parecida a nuestra hermana mayor, Ariadna, quien ya se había casado hacía un tiempo y vivía lejos de nuestra familia, con su marido y sus dos hijos. Ambas tenían unas envidiables cabelleras doradas y unos ojos que encandilarían hasta el último de los hombres.

—He visto pasar al joven Alcides hace un instante. Parecía muy enfadado —me dijo—. ¿Qué le has hecho?

—Le he tirado unas cuantas manzanas a su dura cabeza y le he dicho que iba a unirme a Artemisa en la infinidad de los bosques —contesté, mordiéndome la manzana de nuevo.

Berenice suspiró, sacando más su cuerpo por la ventana, mirándome con condescendencia, pero con una preocupación sincera también.

—Deberías escoger a uno pronto, mi querida Psique. Tienes ya casi dieciocho años y, si continuas con este ritmo de rechazos, al final te harás más mayor y no habrá hombre que quiera tomarte por esposa.

—Me quedaré cuidando a nuestros padres cuando sean ancianos, entonces —le contesté, sin una pizca de preocupación por no tener marido que me fuera a querer.

—Eso no está bien —me advirtió—. Yo voy a casarme pronto y no me place irme pensando que vas a quedarte sola.

—No estaré sola. Me tengo a mí —le lancé la manzana y ella la atrapó al vuelo—. No pienso casarme con un hombre al que no ame.

—Pero así no es cómo funcionan las cosas.

—Es mi propia ley divina —le expliqué, con una sonrisa—. El día que encuentre al alma que conjunta con la mía, me entregaré por completo. Y, ahora, voy a seguir con mi paseo.

Dejé atrás a mi hermana, que empezaba a parecer desesperada por mi visión. No me importaba lo que nadie creyera. Me sentía bien con mis decisiones.

Desde que era muy pequeña, me había percatado de cómo mi enorme belleza podía ser, a la par, la más grande de las maldiciones. En mi corazón había una esperanza más grande que la de convertirme en la esposa de un viejo que solo ansiara mi cuerpo y mis riquezas. Lo cual desesperaba a toda mi familia, quienes, cada vez más, dejaban pasar a cualquier pretendiente al palacio, fuera de alta cuna o el campesino de menor renombre. Ninguno de ellos me veía; solo veían a la princesa Psique, la imagen de Afrodita en la Tierra, una Galatea real, de la que todos querían ser su Pígalión. No estaba dispuesta a entregar mi vida a hombres así.

Después de un rato paseando, entré en el palacio, yendo directa hacia mi cuarto. Pasé por delante de la cambra de mis padres, deteniéndome en escuchar unos llantos desesperados. Me quedé paralizada delante de la puerta y agudicé el oído. Capté enseguida que eran sus llantos. Alertada, me pegué a la puerta.

No sabía que habían vuelto de su viaje. Dos lunas atrás, emprendieron un pequeño viaje para visitar a mi tío, que vivía en la frontera de aquellas tierras. Debía saber qué había ocurrido en aquellos días para que, en su vuelta, tal congoja se sumiera sobre sus cansados cuerpos.

—¿Qué maldición pesa sobre nuestras cabezas para que debamos llevar a nuestra pequeña Psique a una boda funeral? ¿Qué despiadado dios querría que un ser tan dulce esposara a un monstruo tan horrible que hasta el alto Zeus teme? —Escuché a mi amado padre sollozar.

—¡Ay! ¡Destino cruel! ¡Qué desgracia! Mi amado esposo, ¡qué desdicha nos atormenta! ¡Llevar a nuestra hija a su propia muerte! ¿Qué crueldad divina puede desear tal cosa? No podemos hacerlo.

—La ira de los dioses caería sobre nuestras tierras. ¡Ay! Debemos llevarla al destino que el Oráculo nos ha comunicado, vestirla para su triste himeneo y dejarla en la cima del barranco.

La sangre pareció abandonar mi cuerpo, dejándome en un arrasador frío, semejante al de la muerte despiadada.

Las leyes divinas habían caído sobre mí al fin, condenándome o bien por mi belleza no deseada, insultante por poseerla una humana, o mi ligereza a la hora de seguir mi papel como mujer había encendido sus pechos con furia. Había obviado las reglas por la insatisfacción que me producían y, aunque no me arrepentía, no deseaba que mis actos afectaran a mi familia ni a la tierra que me había dado vida y visto crecer. No podía permitir que el pérfido monstruo que iba a atraparme entre sus afilados dientes atacara a nuestros súbditos, destruyendo las vidas de una ciudad entera, solo por no entregarme tal y como el Oráculo había profetizado.

Abrí las puertas del cuarto de mis padres, sorprendiéndoles a ambos. Me acerqué hasta ellos y me arrodillé frente a ellos, reverencial.

—¿Por qué, amados padres, os ahogáis en tan inagotable llanto? ¿Por

qué gastáis tiempo de vuestras preciadas almas cuando yo soy la que voy a morir? ¿Por qué llorar por mí, ensuciando vuestros venerables nosotros? No dejéis que los ojos se enrojezcan; quiero llevarme a la casa de Plouton la imagen de la vivacidad que siempre tienen. No os arranquéis los cabellos. No golpeéis vuestros pechos en difunto dolor. Pues este es el fin de la tortura que mi maligna belleza os ha causado. Una fealdad inhóspita habría deseado para mí misma más que este rostro parecido al de los dioses. Solo antes deberíais haber llorado por vuestra hija menor, cuando pretendientes de toda Helas venían en busca de mi mano como trofeo de la guerra que libra el deseo de riquezas. Por ello, llevadme en sagrada procesión a la roca en la que debo conocer a mi futuro esposo. Deseo llevar a cabo este dichoso matrimonio. Una tragedia sería retardarlo.

Mis padres se deshicieron en llanto. Tuve que organizar mis propios preparativos por mi propia voluntad. Las esclavas que me acompañaban lloraban con desesperación en ver como cortaba mis cabellos y me daba el baño purificante, vertiendo el agua de los lutóforos sobre mí, ya herida de muerte para ellas. Gemían mientras colocaba sobre mi blanquecina piel las vestiduras que eran tanto mis vestiduras matrimoniales como mi túnica fúnebre.

Salí del palacio seguida por mi hermana y mis padres, y todo el servicio. Atravesé la ciudad con paso decidido. A cada paso, más de mis súbditos se añadían a la turba de gente que me seguía, encendiendo fúnebres antorchas nupciales, acompañándome al barranco allende del bosque que rodeaba nuestras tierras.

Escuchaba gemidos y llantos, pero yo me mantenía impasible, tratando de mantener la fuerza que la naturaleza me había otorgado al nacer. En llegar al barranco, el viento chocó contra mí, haciendo que mis vestiduras hondearan, a la par que mis cabellos. Besé a mis padres y a mi hermana,

recordando sus caras antes de enfrentarme a la muerte ya decidida para mí, y les insté a marcharse, llevándose a todos consigo.

Una vez sola y abandonada a mi fatídica suerte, un afable viento me levantó del suelo. Mi reacción, al principio, fue proferir un grito de terror, creyendo que mi destino había dado comienzo. No obstante, me percaté de que el viento me acogía con suavidad, sin intención de dañarme, y que estaba llevándome lejos del lugar en el que debía haberme encontrado con mi monstruoso esposo.

El tiempo fue pasando y aquel viento seguía trasladándome, hasta que, pasado bastante, descendió, dejándome sobre un precioso prado de hierba de un intenso verde y las flores más hermosas que había visto jamás. Más allá de aquel claro, se extendía un bosque frondoso.

No comprendía que acababa de ocurrirme, pero intuyendo que había una intervención divina, y benévola, detrás de tales acciones, me alcé y caminé hacia el bosque. Anduve entre los árboles, siguiendo el sonido de una fuente en la lejanía, hasta que salí a unos enormes jardines. Estaban llenos de arboles frutales y había una fuente enorme en la que los gorriones bebían y volaban alrededor. Seguí un camino de baldosas pálidas, pasando por al lado de la fuente, que me llevó hasta la entrada de un impresionante palacio de tono marfileño, que brillaba con la luz del sol. Necesité unos momentos para admirarlo, sabiendo del cierto que no podía haber sido construido por manos humanas ni ser la morada de uno.

Subí la escalinata hasta la puerta, que estaba entreabierta, como si ya la hubieran preparado para mí. En las paredes y techo del gigantesco pasillo en el que me adentré, había pintados toda suerte de animales, con un realismo tan fiel que parecían a punto de moverse y materializarse frente a mis ojos. Continué andando hasta el final del pasillo, hasta una gran puerta que estaba abierta. A través de ella, llegue a una sala masiva, llena de pergaminos. En

una mesa que había en el centro, había alguien sentado, leyendo. Llevaba una túnica blanca y su rostro cubierto con una máscara de teatro. Poco de él se podía distinguir, más allá de su obvia buena forma física y su cabello rubio ondulado.

—Bienvenida, Psique de Tracia —dijo, con una voz suave, que detonaba una suma amabilidad.

Aquel hombre enrolló el papiro y se acercó a mí. Me quedé observándole, tratando de discernir si debía fiarme de alguien que ocultaba su rostro de tal forma.

—¿Quién eres? —Inquirí.

—Un amigo que trata de ayudarte —dijo.

—Los amigos no ocultan sus rostros —espeté.

Se quedó en silencio y no supe por qué. No había emoción que traspasara aquella máscara.

—Mi rostro me avergüenza. Espero que puedas disculpármelo.

Suspiré.

—¿Eres un dios?

—Sí.

Tragué saliva. No debía ser tan brusca. Los sentimientos de los dioses eran demasiado volátiles y cambiantes.

—Gracias por salvarme.

—No debes darme las gracias. Y considera este tu hogar a partir de ahora. Aquí estarás a salvo de todo peligro.

No me dijo porqué me había salvado. No me dijo siquiera su identidad ni su nombre. Me enseñó su palacio y me dio una inmensa habitación para mí sola, con una cama gigante y un balcón que no decepcionaba al tamaño del resto del edificio.

Me pareció extraño que viviera allí, apartado del resto de divinidades, en un palacio tan inmenso, y completamente solo. No obstante, pronto descubrí que por la casa rondaba otra persona. Era una chica de facciones divinas, con una larga cabellera dorada y una figura esbelta. Supe enseguida que debía ser una diosa también, pariente del dios misterioso que me había salvado. Me dijo que se llamaba Nía y que estaba convencida que seríamos muy buenas amigas.

A pesar de la añoranza que sentía por mi hogar y mis padres, y la preocupación por la idea que debía rondar sus mentes de que yo debía estar ya muerta y consumiéndome en el Hades, la vida en aquel recóndito palacio no me resultó ningún suplicio. Pasaba gran parte de mi tiempo paseando con Nía por los jardines y el bosque, haciendo trenzas de flores o hablando de las estrellas cuando caía la noche. El resto, con mi salvador misterioso, dejando que me mostrara la cantidad de pergaminos que tenía o hablando, sentados bajo el gran manzano que había bajo mi balcón.

Aunque desconociera su nombre y su rostro, no me fue necesario para captar lo puro que era aquel ser. Tenía una alma profunda y generosa, que era una fuente inagotable de inteligencia y pasión. Le interesaba escuchar todo lo que pudiera contarle de mi vida antes de conocernos y mi opinión sobre cada tema. Jamás alguien me había tratado con tal diligencia y afectivo interés. Supuse que su existencia divina era lo que le otorgaba tales cualidades, pero, por otra parte, también me extrañaba. Mi conocimiento acerca de los dioses era de adoración y temor, pues de no tenerlos su ira te enviaría directo al Hades. No obstante, aquella divinidad misteriosa parecía diferente.

Y qué poco tardó en robar mi corazón. Me habría hecho falta tener el espíritu de hielo para no sucumbir a los encantos de su alma. El amor que le procesaba era inmenso y cada día crecía, por que estaba convencida que era infinito. Había encontrado a aquel que merecía que le quisiera y era justo

aquel al que no podía tener. Fuera quien fuera, nuestras naturalezas divergentes eran un muro que nos separaba. Sin contar que no estaba segura de que él pudiera amarme de la misma forma.

No obstante, una noche, acudió a mi habitación para darme un pergamino que le había pedido y me atreví a confesarle mis sentimientos. Él, para mi sorpresa, me correspondió y en la más profunda oscuridad, se quitó la máscara, y me besó.

Fue tiempo el que me contenté con su amor, sus besos en rincones oscuros del palacio y su nueva costumbre de acompañarme en las noches, quedándose a dormir a mi lado. Pero mi conformismo no duró para siempre. El no saber cuál era su aspecto y su nombre me hastiaban. Arremetí contra él en varias ocasiones, enfadada por tanto secretismo, e incluso traté de arrancarle la máscara en un arranque de frustración. No obstante, él no cedía.

Empezando a sospechar que su rostro ocultaba un secreto, decidí hacerme la dormida una noche y esperar a que el se viera sumido en un profundo sueño. Bajo la cama, había guardado una lámpara de aceite, la cual encendí, iluminando la penumbra que nos rodeaba a ambos. Frente a mí, encontré la imagen sublime del dios del amor, Eros, a mi lado.

Una gota le cayó encima, despertándole y, con lágrimas en los ojos, me miró horrorizado, balbuceando algo que mis oídos no llegaron a captar. Extendió sus alas y yo me quedé sin palabras. Comenzó a retirarse hacia el balcón antes de que yo pudiera excusarme o siquiera entender qué estaba ocurriendo. Traté de seguirle, pero echó a volar, dejándome sola en aquel hermoso balcón, que de repente de me antojó más horrible que el mismísimo Averno.

Sin dudar, salí del palacio corriendo, avanzando en la dirección en la que había visto que se alejaba, directo hacia el horizonte. Corrí y corrí, hiriendo mis pies y jadeante. La noche hacia los bosques muy oscuros y mis sencillos

ojos no alcanzaban ver apenas nada. Caí de forma súbita en un río que no había captado delante de mí, cayendo dentro de sus aguas placidas. Antes de que pudiera alzarme de pie en su suelo, el río me levantó con una ola gentil, dejándome en su orilla verdosa. Tosí el agua que había inspirado sin querer, tumbada sobre el césped.

Me eché a llorar. Mi salvador había sido Eros. ¿Por qué había mantenido su identidad oculta? ¿Por qué me había abandonado sin decirme una sola palabra? No entendía nada. Estaba agotada y perdida y necesitaba encontrarle de cualquier forma, aunque me costara mi cuerpo y toda una vida hacerlo.

—¡Pobre niña!

Me giré ante la voz que había sorprendido mi llanto. Al lado de un árbol cercano, había un ser con patas y cuernos de cabra, pero de cintura para arriba era un hombre. En una de sus manos sostenía un bastón y, en la otra, una jeringa. No necesité nada más para saber quién era. Era Pan, semidios de los pastores y los rebaños.

Se acercó a mí, haciendo un ruido rítmico con sus pezuñas al andar, y me ayudó a levantarme.

—He visto lo que ha ocurrido, querida. No soy más que un humilde campesino, pero los años me han dado una experiencia más valiosa que la hermosa juventud. Puedo ver en tu paso vacilante, tu falta de aliento y tus ojos llenos de lágrimas que de verdad sufres la pérdida de tu amor. Pero no sufras, pequeña Psique. Tu Eros tenía la misma expresión cuando pasó volando por aquí, así que óyeme: sosiégate y busca orarle en un lugar adecuado, pues es joven y está enamorado, ambas cualidades que incitan a las malas decisiones. No obstante, él te tiene en su alma y tu sinceridad curará la herida de su corazón y te otorgará su perdón.

Pan me ofreció una bolsa hecha con piel de cordero en la que había pan, queso y fruta, para que pudiera emprender mi viaje en busca de un templo en

el que orar a Eros y así encontrarle.

Caminé durante un par de días y, ya a punto de rendirse mis piernas al cansancio, llegué a un templo abandonado al que reconocí como consagrado a Afrodita. Encendido mi pecho por la esperanza, creyendo que, si entraba en el templo de la madre de Eros y le hacía una ofrenda, podría guiarme hasta su hijo.

Arranqué unas flores cerca del templo, confeccionando un par de coronas y subí la escalinata, dejándolas frente a la entrada, junto a la bolsa, con la comida que me restaba. Me arrodillé, reverencial, dispuesta a postrarme frente a la voluntad divina de la diosa que había infundado aquellos sentimientos en mi pecho.

—Oh, Afrodita soberana, tú que estás en cien tronos, hija del altísimo Crónida, inmortal y dorada: escucha mi suplica y resguárdame de este sufrimiento, adorada Cipria. Me tocaste con tu poder, dejando la celestial morada de tu padre Zeus, llenando mi pecho de amor por tu hijo Eros. Y, tú, dichosa por tu inmortal belleza, te ruego: ¿dónde está Eros? ¿Está bien? ¿Sufre o ha olvidado ya los sentimientos por esta nimiedad que te reza en este preciso instante? Y si no los ha olvidado, se lo ruego, Señora, ayúdeme a encontrarle. Libera mi alma de esta dura pena.

Lo único que recibí como respuesta durante unos momentos fue el silencio del bosque, hasta que una figura majestuosa se hizo visible, saliendo del templo. Supe que tenía delante a la propia Afrodita, de belleza sin igual, ojos verdes cual esmeraldas y cabellos rubios de una intensidad solar. No obstante, sus facciones estaban llenas de intensa furia, toda dirigida a mí.

—Por fin has aparecido, detestable insecto, arrastrándote hasta mi morada en la Tierra, arrastrándote, como la inmundicia que eres, a los pies de tu dueña. ¿Te atreves a suplicarme ayuda para encontrar a mí hijo, del cuál has mancillado el nombre perturbando su alma, y cuando has pasado toda tu

existencia tomando mi nombre, recibiendo la adoración que me pertenece?

Se me acercó a zancadas, agarrándome de los cabellos y arrastrándome hasta el interior del templo. Me lanzó con furia, golpeándome contra el suelo, clavando sus ojos airados en mí.

—No creas que vas a volver a verle —sentenció, brutal—. Acudiendo a mí, poniéndote en mis manos, te has dirigido a una trampa peor que el Infierno. Serás castigada como debes por una injuria de esta magnitud.

Estuve atada a una columna durante lo que me parecieron dos días, tratando de mantener mi cordura y la esperanza en que escaparía y encontraría a Eros. A partir de entonces, Afrodita volvió cada día con una tortura nueva, con la intención clara de que muriera en uno de sus juegucitos. La primera vez me hizo separar un montón de grano mezclado; al día siguiente, encontrar lana dorada en el bosque; al otro, subir una escarpada montaña para llenar un frasco enano con agua de una fuente que conectaba con el Inframundo. En todas recibí ayudas de espíritus amigables que rondaban aquellos lares, enfadando a la diosa más y más con cada triunfo.

Al cuarto, me pidió que bajara al Hades para que le trajera una caja llena de hermosura que debía darme Perséfone, reina de los Infiernos. Vi claro su plan: ningún humano podía salir de allí por su propio pie. Si daba un paso vivía dentro del Hades, jamás podría volver a ver la luz del mundo exterior. Así que me negué.

Los ojos de Afrodita se incendiaron como llamas; había descubierto su plan. Dos sombras encapuchadas aparecieron a mi lado al instante, agarrándome de los brazos, inmovilizándome.

—¡Soltadme! —Grité, tan aterrada como furiosa.

Pero su fuerza era sobrehumana. No había nada que yo pudiera hacer

contra ellos. Fijé mi mirada ardiente en Afrodita. Estaba segura de que planeaba un destino para mí peor que la muerte, pero no estaba dispuesta a rendirme ante ella. No ahora, después de tanto sufrimiento.

Aprovechando que mis manos estaban libres, extendí mi pulgar derecho, dejando abiertos en perpendicular el índice y el corazón, cerrando los dos dedos restantes. En ver la gran ofensa en su rostro, sonreí, retadora.

Antes de que pudiera parpadear, la tenía frente a mí, agarrando mi mentón agresivamente entre sus dedos. Sus ojos verdes estaban llenos de furia y sus dorados cabellos ondeaban al son de un aire helado. Se me acercó al oído.

—Putá —me susurró—. Manchaste primero mi nombre, después el de mi hijo y ahora, consumida por una eternidad devastadora, lo pagarás. Y jamás volverás a verle

El suelo se resquebrajo bajo mis pies entonces, hundiéndome en una profunda oscuridad, arrastrada por aquellos encapuchados.

Cuando recuperé la conciencia, estaba en un lugar muy oscuro, sentada en el suelo. Mis muñecas estaban encadenadas y podía sentir que la piel me ardía por el calor que cargaba el ambiente. Olía a azufre.

Estaba en el Inframundo; estaba segura. Mi cuerpo se sentía débil y mi mente parecía divagar entre pensamientos, como cuando estás a punto de dormirte. Pero solo podía pensar en Eros. Su madre jamás le diría dónde estaba yo y me atormentaba pensar que se sentiría más dolido aún, creyendo por toda la eternidad que le había abandonado.

El tiempo parecía estar congelado allí. No había ni día ni noche; solo oscuridad y calor. No se escuchaba nada y era aterrador. Iba a estar en aquellas tinieblas hasta que muriera; o, a lo mejor, no iba a morir e iba a estar condenada a una eternidad de esa tortura. No es que pudiera importarme

demasiado, de todas formas.

En algún momento que no podía concretar, se escuchó un tremendo estruendo y el techo de aquel lugar se derrumbó frente a mí. Me cubrí, protegiéndome, para luego ver un poco de luz proveniente del hueco que se había abierto y las runas que había producido el hundimiento. No obstante, sobre las runas, había alguien tosiendo que reconocí al momento.

—¿Eros? —Lloriqueé.

—Psique—tosió, quejumbroso.

Se levantó a toda prisa y corrió hasta mí. Alcé mis brazos, suplicante que me atrapara entre los suyos.

—Mi Psique—suspiró, angustiado, estrechándome en un abrazo.

Sus alas se extendieron, majestuosas, rodeándonos a ambos. Eros hundió su rostro en mi cuello, llorando durante unos instantes, para luego retirarse, tomando mi cara entre sus manos.

—Lo siento —balbuceó—. Jamás debería haberme ido, dejándote sola...

—No—negué con la cabeza—. No, amor. Soy yo la que lo siente. Yo debería haber confiado en ti.

—No es así...—Sollozó. — Si te hubiera contado quién era yo...

—Ahora ya no importa —le corté. Había cosas más importantes que saber—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué has venido?

—He venido a buscarte. Debo sacarte cuando antes. Devolverte al mundo mortal —habló a toda prisa.

Mi corazón palpitó, alegre de que le importara tanto como para intentar liberarme. Pero eso no iba a ser posible.

—No puedes —proferí una sonrisa triste—. Solo los que tienen sangre divina pueden y yo soy una simple mortal. Y no he muerto, así que tampoco puedo reencarnarme. Estoy atrapada y no hay nada que puedas hacer.

Hizo una mueca de dolor, pareciendo que iba a romperse en pedacitos en

cualquier instante.

—No puedo dejarte aquí —se lamentó—. Puede que si hablo con Perséfone ella...

—Está bajo la influencia de tu madre. No va a ayudarnos.

El suelo tembló ligeramente y se escuchó un estruendo proveniente del cielo exterior. Eros miró hacia arriba, aterrorizado. Yo hice lo mismo. No sabía qué era lo que se acercaba, pero no podía ser nada bueno.

—Debes irte, mi amor—le supliqué, temerosa de que le ocurriera algo.

Eros vaciló y me besó con pasión. No pude evitar llorar, sabiendo que esa era la última vez que iba a sentir sus labios, la última vez que le tendría en mis brazos.

—No me iré sin ti—declaró.

Sacó una flecha de su carcaj, brillante, y la colocó en mis manos con suma suavidad.

—Me quedaré aquí contigo —sonrió apenas.

Me horroricé, comprendiendo la intención de su gesto. Quería que yo le quitara la vida.

—Jamás—espeté, devolviéndole la flecha—. No voy a permitirte.

—Tú eres mi vida —sentenció—. Si estás aquí, yo ya estoy muerto. Esto no cambia nada.

—Alégrate de que esté sin aliento porque te daría una zorra—Rugí, anonadada de que fuera tan estúpido.

Un segundo estruendo se escuchó encima de nuestras cabezas, mucho más cercano que el anterior. Vi en sus ojos la desesperación. Volvió a besarme.

—Te amo—susurró.

—Y yo a ti —dije, sin demora.

Unas manos oscuras tomaron sus alas y le agarraron por los brazos,

apartándolo de mi lado con gran violencia. Eros se resistió y mi alma se congeló de horror. Me dirigió una mirada en la que vi reflejada la desgracia que estaba a punto de ocurrir.

Eros empuñó la flecha y se la clavó en su pecho.

—¡No! —Grité, desesperada. — ¡Detenedle! ¡Os lo suplico!

No vi si hacían nada por él solo que lo elevaban y desaparecían por el techo arruinado. Las runas que había provocado Eros volvieron a su sitio, tapando el agujero, sumiéndome en una oscuridad eterna.

Heridas

Volví. Creía haber vuelto. Mi alrededor se había vuelto algo más claro, pero todavía era de noche; aún estaba oscuro. El frío había substituido al calor y estaba de pie, en vez de sentada en el fatídico suelo del Infierno. Eros seguía delante de mí; sus cabellos eran más largos ahora; la frustración y el dolor los mismos.

Había vuelto. Había vuelto, pero ya no era la misma. Puede que fuera la misma; o fuera dos personas. Dos personas en una; un alma en dos. No tenía ni idea. Solo tenía miedo.

Me zafé de él con violencia en recobrar el sentido de la realidad, dando paso atrás, tratando de alejarme de él por el terror que me embargó en desvanecerse mi desorientación. Tropecé, cayendo al suelo, golpeándome con fuerza contra el pavimento. No obstante, no sentía el dolor. Mi mente estaba yendo a demasiada velocidad para ocuparse de sentir nada más que horror. En el suelo, atravesé al hombre frente a mí como si de repente fuera a verle vestido con una túnica y su máscara y sus alas extendidas, como si aún estuviera dentro de la vorágine. Él lo sabía. Él no era quien había dicho ser.

—Aura —exclamó, asustado, e hizo ademán de agacharse para ayudarme.

—No me toques —balbuceé, arrastrándome un poco lejos de él.

El alma se le cayó a los pies; pude verlo. De repente, un mecanismo en mi interior se activó. Me levanté y, antes de que pudiera darme cuenta, estaba

corriendo calle abajo, lejos de él.

Por suerte, me crucé con un bus que acababa de detenerse en una parada cercana a Setco y la línea a la que pertenecía me dejaba cerca de casa. La autobusera siguió con su cara de póker a pesar de que subí a punto de desfallecer por falta de aire y una verdad aterradora. Pagué y deslicé hasta un asiento al final de todo del vehículo, encogiéndome en él.

Me pasé el viaje, temblorosa, repitiendo en mi mente una y otra vez lo que acababa de ver. Todo tenía sentido de repente. Él lo había sabido durante cada instante, durante cada momento juntos. Había sabido quién era yo. Como más recapitulaba y pensaba, cada pieza encajaba. Pero era una locura. Una locura enorme.

Era una sensación muy extraña, el sentir que tu mente va a toda prisa y a la vez está congelada. Bajé del autobús cual zombi y anduve por mi calle hasta casa, rezando porque no me encontrara el coche de Eros delante de la puerta. No podía verle. No ahora.

Fue un tremendo alivio ver nuestro coche delante de la puerta, solo, igual que siempre. En vislumbrarlo, avancé los siguientes metros corriendo y me metí en casa todo lo rápido que mis pies me permitieron. Cerré la puerta de un portazo y di un par de pasos largos, inquieta por encontrar a mi amiga.

—¿Harmony? —Grité.

—¿Aura? —La escuché decir desde el comedor.

Entre allí a zancadas y me abalancé a los brazos de mi amiga, que me miraba asustada y se había levantado del sofá para recibirme. Yo la estreché con todas mis fuerzas y ella me correspondió, confusa.

—¿Qué pasa? —Me preguntó, frenética por mi entrada, y consiguió retirarme. — ¿Estás bien?

—Soy Psique —dije, carente de aliento. Vaya ironía.

—¿Qué? —Musitó. Su mirada me atravesó, como si me hubiera vuelto

transparente.

—Soy Psique. La del mito. Lo he visto —balbuceé de forma atropellada, no pudiendo creer ni yo misma lo que estaba diciendo. —Lo he visto de verdad. Lo he recordado, en una visión. Eros... —Traté de encontrar las palabras, pero nada me resultaba coherente— Ha aparecido de repente y ha empezado a hablarme en griego clásico. Y todo era algo que me había dicho cuando era Psique —tartamudeé, apoderándose de mí la desesperación—. Todo parece tener sentido: mis sueños, mis visiones... Pero es una locura. Harmony... No es posible. Son mitos. Leyendas.

Se quedó callada, paralizada. Unos instantes más tarde, se descongeló. Posó una mano en su frente a la par que su expresión se volvía pétrea. Se apartó, dándome la espalda, dando unos cuantos pasos en ninguna dirección concreta, pareciendo empezar a inquietarse. Al final, se apoyó en el sofá con ambas manos y suspiró.

—No lo son —murmuró—. Jamás lo han sido.

—¿Qué? —Solté con una voz apenas audible.

Una chispa saltó en mi interior mientras la observaba, dándome cuenta de que no solo Eros había mentido sobre su verdadera identidad. La forma en la que Harmony me miró la primera vez que nos vimos, el día que nos conocimos, decía mucho más que cualquier palabra que ahora pudiera decir.

—No... —susurré, apartándome de Harmony, mis ojos llenándose de lágrimas. — Tú también.

Harmony, alertada, trató de acercárame, pero me retiré aún más.

—Aura, tranquila —me pidió, tratando de acercarse a mí.

—Lo has sabido todo este tiempo y...—Lloriqueé. — ¿Cómo...? ¿Cómo has podido?

—No podía hacer nada —expuso, empezando a lagrimear—. Los recuerdos no funcionan así. No pueden arrancarse a la fuerza. Y él no estaba.

¿Qué podía hacer?

—No —me quedé petrificada, apoyada contra la mesa del comedor—. Es imposible. Es una mentira. Estáis mintiéndome.

Se acercó muy despacio, tal como si yo fuera un animal herido y asustado. Aunque, en realidad, eso era lo que era.

—Es mentira —susurré.

Y, tal y como había entrado, salí corriendo, huyendo de mi mejor amiga, que ahora ya no estaba muy segura de quién era.

Llamé al timbre y esperé. Mi concepción del tiempo estaba fallando y no estaba segura de si el tiempo que esperé fue mucho o muy poco. Solo quería que aquella puerta se abriera, ver la cara de la única persona que me quedaba en la que podía confiar. An abrió la puerta de su piso y se quedó anonadado en verme.

—Aura —espetó—. ¿Qué haces aquí?

Me lancé a sus brazos, deshaciéndome en llanto. Él empezó a lanzarme preguntas, alterado, pero en ver que no contestaba a ninguna, optó por hacerme entrar y sentarme en su sofá. Me trajo una manta y un paquete de pañuelos. Se sentó a mi lado, cauteloso, acariciándome la espalda mientras lloraba.

Al rato, me quedé sin lagrimas ni fuerzas, Y allí, sentada en el sofá de An, congestionada y cubierta con una manta, habiéndome desahogado, estaba entrando en la segunda fase: tratar de no dejarme dominar por el pánico. Comencé a botar la pierna incontrolablemente, abrazándome a mí misma y con la mirada fija en la televisión apagada a unos metros de mí, entreviendo mi desastroso reflejo, borroso y oscuro.

—No tienes que contármelo, si no quieres —habló An al fin.

Alcé mi mirada hasta él. Torció el gesto y se levantó. Volvió al poco, ofreciéndome una enorme taza de té humeante. Agarré la taza, silenciosa, y me quedé observando como el vapor emanaba de ella. An, sin presionarme, se sentó a mi lado, con lentitud, como si no quisiera hacer demasiado ruido ni moverse con excesiva rapidez. Podía ver la preocupación escrita en los ojos profundos cada vez que los posaba en mí, esperando a que dijera una sola palabra sobre porqué había aparecido en su casa en ese estado. Pero ¿qué podía contarle?

An estaba al corriente de mi sueño recurrente, pero no había llegado a compartir con él mis teorías sobrenaturales sobre las cosas que habían estado sucediéndome. Puede que no se lo hubiera comentado por temor a que me tomara por una demente: An era alguien con los pies en la tierra y no compartía demasiado las creencias en cosas que no pueden verse o probarse. Si le decía que creía ser una reencarnación de una figura mitológica me iba a enviar a paseo.

Además, algo estaba escapándoseme. An era el hermano de Eros y parecía estar al margen de todo. Eso solo dejaba dos posibilidades: que Harmony y Eros me mentían o que An lo hacía. Quería optar por la primera, incapaz de pensar que mi otro mejor amigo me hubiera mentido también. No obstante, la prueba estaba en mi cabeza. Había visto los recuerdos de toda una vida en la brevedad de un instante, sirviéndome como la prueba más irrefutable que podía entregárseme respecto a Eros. Pero no podía aceptarlo. No habría podido soportar que An también me metiera. Aunque ya lo había hecho antes. Como más pensaba, más evidencias de una verdad que estaba tratando de rechazar a toda costa salían a la luz.

Me volví hacia An. No podía desconfiar de él. Era el ancla que me quedaba, lo único que me mantenía vinculada a mi realidad, cada vez más

difuminada. En ese momento, no necesitaba expresarme, sino a un solo amigo verdadero que siguiera viéndome y tratándome como siempre. Quería sentir que aún restaba un pedazo de cordura en el mundo que me envolvía.

—He tenido una discusión muy fuerte con Harmony —mentí—. Nada muy grave, pero —hice una pausa— lo suficiente.

Él asintió levemente, comprensivo ante mi explicación y no haciendo ningún ademán de indagar más.

—¿Te importa si me quedó aquí unos días? —Murmuré, rezando para que me permitiera ocultarme en su piso.

—Claro que no me importa —me pasó un brazo por los hombros, estrechándome—. Esta es tu casa. Puedes quedarte el tiempo que quieras.

—Gracias.

Después de aquello, An me cedió su cama para que durmiera un poco. Me levanté al mediodía, a la hora de comer. An pidió pizza e hicimos una maratón de películas hasta que tuviéramos que ir a trabajar. Nos quedamos acurrucados en el sofá la mayoría de la tarde. Y supe, por la insistencia en hacerme reír y el incremento de sus arrumacos, que quería hacerme sentir mejor sin tener que sacar el tema. Solo podía sentirme infinitamente agradecida de tener a An. Mientras estuviera a su lado, la penumbra que se cernía sobre mí sería menos densa.

Los dos días que estuve con él, apenas nos separábamos. An estaba pendiente de hacer que no me comiera la cabeza y trataba de animarme. Aunque, durante mis turnos en Setco, el nerviosismo me reconcomía, aterrada de que pudiera entrar Harmony o Eros en cualquier momento. Podían hacerlo; se conocían mi horario a la perfección. An, que se dio cuenta enseguida, me puso a hacer todas las tareas que no requerían que estuviera en

caja, de cara directa al público. Como encargado, podía hacerlo.

Lo que llevaba peor, además de lo evidente, era no poder ir al Club por las mañanas. Pero sabía que, si iba por la mañana, podía toparme con Eros, y si escogía otra hora, no podía ser una en la que estuviera sola en el campo de tiro; sería una insensatez. Aun así, conocía lo suficiente el Club para saber que a partir de las once de la mañana ya había algunos tiradores, y más siendo un domingo. Era el momento perfecto: había gente y dudaba que Eros estuviera por allí. De todas formas, echaría una ojeada al campo y solo me adentraría si no le veía. No estaba preparada para afrontarle todavía. Dudaba que lo estuviera nunca.

A An no le gustó la idea, pero me conocía y sabía que me resecaría como una planta si no iba pronto a practicar. Además, su reticencia se veía alimentada con el hecho de que no podía acercarme al Club, pues justo a esa hora estaría trabajando de turno de mañana y sabía bien que no conseguiría quitarme la idea de la cabeza. Nos separamos en la parada de bus frente a su casa y me hizo prometer que le llamaría si ocurría cualquier cosa. Su sobreprotección me resultó hasta paternal, por lo que se lo prometí.

Como había previsto, en el Club ya había varias personas. No eran demasiados los tiradores que habían acudido, pues el suelo aún estaba blando y embarrado por la humedad de los días posteriores. A mí no me importaba mancharme las zapatillas; lo que me molestaba era no tener mi arco. Me lo dejé en casa cuando salí corriendo. No es que estuviera pensando en coger mi arco en ese momento, precisamente. Estaba demasiado ocupada tratando de huir.

Respiré tranquila en ver que no había nadie esperándome, por lo que pude entrar en el campo, arco y flechas prestados en mano. Saludé a un par de conocidos que estaban allí y me alejé hasta mi zona, donde daba clases.

Inhalé el aire frío, cerrando los ojos, sintiendo la paz que me aportaba la

sensación del arco entre mis manos. Me preparé entonces para lanzar la primera flecha.

—¿Dónde has estado?

Mis nervios ardieron cómo la pólvora encendida. La lucha se sobrepuso a la huida y sin siquiera pensarlo, me volví, sin quitar la flecha del arco y manteniéndolo relativamente preparado.

Detrás de mí, estaba Eros, quien, una vez más, había aparecido de la nada. Sus facciones estaban rígidas, teñidas de una preocupación que le causaba dolor, y sus ojos brillantes estaban apagados. Su aspecto afligido me habría partido el alma de no estar tan a la defensiva.

—No te me acerques —le advertí.

Su pesadumbre se hizo más transparente ante mis palabras, como si ya le hubiera disparado la flecha que tenía dispuesta entre mis dedos. Se cruzó de brazos, frunciendo el ceño.

—No daré un paso. Pero déjame hablar. Te lo suplico —rogó con pasión.

—No quiero oír nada —rugí, aunque me había hecho flaquear.

—Lo comprendo, pero es imperativo que lo hagas. Se me acaba el tiempo.

No sabía de qué hablaba, pero sus palabras me helaron la sangre, estremeciéndome.

—¿A qué te refieres?

—Tienes que escuchar la verdad —afirmó, después de una pausa—. Pero antes tengo que confirmar qué viste en tu visión el otro día.

Apreté la mandíbula y tensé ligeramente la cuerda del arco, por puro instinto, ante lo expuesta que me había dejado su afirmación.

—He sabido desde el principio que no eran mareos por el estrés —dijo, con cierto tono sarcástico—. Todo el tiempo has estado recordando. Recordadme a mí, a los dos. Y temo que el otro día recordaste por fin lo

suficiente.

En un arranque de temor y rabia, alcé el arco, apuntándole directamente a la cabeza. Eros no se inmutó. Siguió quieto, sin moverse un centímetro. No obstante, sus ojos reflejaron una tristeza nueva, más profunda.

—Durante toda tu vida —continuó—, ha estado acompañándote el resquicio de mi recuerdo en tus sueños. Lo que escuchas en ellos es mi voz y mis alas las que te rodean.

—Cállate —espeté, aunque con un toque de súplica.

—Sabes quién soy, Aura. Sabes quién eres tú. Ahora sí. Y necesito que lo admitas, aunque no puedas aceptarlo todavía. Me basta con eso.

—Son burdas mentiras.

—La mentira es decirte que mis palabras son falsas. Tienes las pruebas en tu propia alma. Si no puedes creerme a mí, créete a ti misma.

—Todo han sido alucinaciones.

Emití un pequeño alarido cuando la flecha desapareció de entre mis manos, provocando que el arco se destensara. Lo solté, aterrorizada. En el suelo, el arco quedó medio hundido en la hierba. La flecha se había volatilizado.

—Puedo hacer desaparecer el arco también, si aún crees que te lo has imaginado.

No era capaz de mirarle. Aún seguía con los ojos en el suelo, clavados en el arco, tratando de procesar lo que acababa de pasar.

—Admite que muchas de tus incógnitas cobran sentido con esta verdad, más que si la ignoras y la tomas por falsa —dijo, acercándose.

Agarró el arco del suelo y lo dejó sobre un cubo de heno cercano. Después, se volvió y me lanzó una mirada llena de intensidad.

—Los humanos siempre racionalizáis aquello que no entendéis. Pero tú, Aura, me tienes delante. Puedes entenderme, tocarme, oírme... —Se me

acercó, colocándose frente a mí. — Puedo ofrecerte la certeza de que te contestaré todo lo necesites saber.

—No confío en ti, seas lo que seas —espeté, dando un paso atrás, aún en shock.

Vi de reojo como se contraía, herido, pero a la vez esbozaba una sonrisa leve.

—Pero sigues aquí. No has echado a correr.

Mi mirada se clavó en él, sustituta de la flecha que había hecho desaparecer, y desee que fuera tan certera como lo hubiera sido mi disparo.

—¿Qué quieres de mí? —Murmuré, airada.

—Di mi nombre.

—Eros Archer.

—Sabes que es un nombre falso. Yo no tengo apellido.

Empezaba a faltarme el aire y a plantearme de verdad echar a correr una vez más. Pero, si el resto de arqueros me veían bajar de la colina cual loca, iba a alertar a todo el Club. Tenía que escapar de forma más sutil.

—Eros.

—¿Y qué soy? —Inquirió con voz profunda y pausada.

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

—¡No lo sé! —Grité, enfrentándole. — ¡Y no quiero saberlo! Quiero que te alejes de mí, que me dejes en paz. Vuelve a de donde quiera que seas y olvídate.

—¿Qué hay de Harmony? ¿Quieres que le diga lo mismo que me has dicho a mí? ¿Quieres que me la lleve conmigo y no volváis a veros jamás? —Espeté, encarándome también, tratando de ser duro, pero sonando igualmente roto.

—No —aullé, sintiendo las lágrimas a punto de desbordarse—. Pero

también me ha mentido.

—Estaba tratando de protegerte —respondió, más suave ahora—. Y yo estoy tratando de hacer lo mismo. Pero no puedo si no me aceptas.

—No puedo aceptarte —solté, sin poder contener más las lágrimas—. No puedo.

Eros se quedó de piedra. Al instante, sus ojos empezaron a humedecerse. Era el momento de irme, lo sabía, pero de repente mis pies parecían el triple de pesados. Comencé a alejarme, despacio, sabiendo que no iba a seguirme. En cuanto me alejé, las lágrimas rodaron por mis mejillas y tuve la certeza de que no estaba llorando por mí misma, sino por haberle herido.

An estaba apoyado frente al ventanal de su comedor, serio y con los brazos cruzados, mirando al exterior. Ya estaba empezando a atardecer y los rayos anaranjados le daban un aspecto todavía más endurecido.

—No tienes porqué aguantar esto más —dijo.

Le había contado lo que podía: que Eros había vuelto y estaba acosándome, siguiéndome allí donde fuera. Le dije que mi discusión con Harmony tenía relación con él y por eso no podía volver a casa. Él me escuchó, cabreándose más a cada palabra.

—Puede que se haya vuelto loco con los años. No lo sé. No me importa —espetó, acercándose para sentarse conmigo en el sofá—. El caso es que no puedes permitir que esto continúe.

An tenía una preocupación inmensa en lo profundo de su expresión, mezclada con un nerviosismo que hacía que no se hubiera estado quieto en todo el rato.

—¿Quién dice que no sea él el que ha estado acechándote y esté detrás de los ataques? —Espetó, sembrando la semilla de la duda.

—No lo creo. Él...

—No le conoces lo suficiente para hacer ninguna afirmación a su favor —me cortó.

Fruncí el ceño, disgustada porqué, en la teoría, era más o menos cierto. La verdad, era mucho más complicada.

—Aun así —contrapuse—, no creo que haya sido él.

—Tú misma has dicho que ha estado acechándote.

—No es lo mismo que querer matarme.

An resopló, pareciendo agotado. Se pasó la mano por el pelo, echándose hacia atrás.

—Mira, Aura. Desde lo del parque, he temido que mis padres se hayan enterado de tu existencia y creo que eso es lo que está ocurriendo. Cuadraría con el porqué Eros se marchó; intentó despistarles, probablemente. Pero no quiere decir que haya funcionado.

Fruncí el ceño.

—Dijiste que no creías que Eros se hubiera ido por culpa de tus padres.

—Lo sé. Pero lo pensé mejor —resopló.

—¿De verdad crees que tus padres están detrás de mis ataques?

—No lo sé —cabeceó—. Pero no me extrañaría. Te dije que no sabías a qué te enfrentabas. Son más retorcidos de lo que puedes llegar a imaginar.

Me recosté en el sofá, sintiendo que mi cuerpo pesaba una tonelada de repente. Estaba atrapada, mirase por donde mirase.

—Creo que tengo una solución.

Giré mi cabeza hacia él, prestándole mi atención.

—Fuguémonos.

—¿Qué? —Reí, sorprendida de que aún pudiera hacer tal cosa.

—Es en serio —se deslizó hasta salvar la distancia entre los dos y colocando una mano protectora sobre mi muslo—. Vayámonos de aquí, lejos

de esta ciudad, de Eros y de todas sus movidas. Podemos buscar un lugar apartado donde podamos empezar de cero. Podríamos ir a España, a conocer la ciudad de tu madre. Incluso, si nos gusta, podríamos quedarnos allí a vivir.

—An, te has vuelto loco, definitivamente.

—Si te quedas aquí, todo irá a peor —insistió—. Y no quiero que te pase nada. No quiero perderte —suplicó.

—No quiero huir como un perro con el rabo entre las piernas.

Suspiró, echándose hacia atrás y rompiendo el contacto con mi pierna. Tenía los hombros caídos y la desesperanza escrita en el rostro. Apartó la mirada de mí unos instantes; luego, cabeceó.

—Piénsalo mejor y luego hablamos —se levantó—. Voy a darme una ducha.

Se fue hacia su habitación, dejándome sola. En cuanto escuché el sonido del agua corriendo en su ducha, me acerqué a su estantería, muchísimo más pequeña que la de Eros, pero suficiente. An solía tardar un poco en ducharse y no quería empezar a comerme el coco.

Repasé sus libros, aunque ya sabía más o menos lo que tenía de todas las veces que le había cotilleado su colección. Los más nuevos los reconocía, pues le había acompañado a la librería cuando los había adquirido; los viejos también, de la de veces que los había visto. No obstante, me llamó la atención uno que no había visto antes.

No recordaba que An tuviera una edición de La Divina Comedia. La abrí, curiosa por lo poco que pesaba a pesar de su tamaño y lo sobria que era la edición: tapa dura en negro y las letras en dorado, solo en el lomo. Las páginas, sin embargo, estaban pegadas con saña y solo pude abrir la tapa. Me horroricé en ver que la mitad de páginas habían sido recortadas para dejar un rectángulo en el centro. Dentro del hueco, había un móvil.

Mi pulso comenzó a acelerarse. Saqué el móvil del hueco, girando el

libro hacia abajo, en percatarme que una luz parpadeante en la parte superior de la pantalla indicaba que tenía un mensaje sin leer. En desbloquearlo, vi que era de un contacto llamado F&D. Intrigada, aún no abrí el mensaje, pero me puse a registrar el resto del aparato. El móvil, más allá de aquel mensaje, estaba totalmente vacío y solo tenía ese contacto.

Me di cuenta entonces que estaba atacando la privacidad de An, pero aquello era muy sospechoso y sentí que debía saber por qué tenía un móvil tan celosamente escondido. ¿Y si ese F&D eran sus padres? Inspirando hondo, abrí el mensaje.

“Eros ha vuelto. ¿Qué hacemos?” decía. No obstante, lo que me horrorizó fue la conversación anterior a ese mensaje, fechada de un mes anterior, justo el día que íbamos a salir de fiesta con An y él me dijo que estaba enfermo y no podía venir.

“Aura estará a las once frente a la discoteca al lado de mi casa.” Escibrió An. “Y tened en cuenta que solo debéis asustarla. No le hagáis más daño del necesario.”

“¿No sería mejor acabar con ella cuanto antes? Madre no estará contenta.”

“NO. Haced lo que os digo.”

“Está hecho.” Escribió F&D dos horas después.

Frenética, seguí mirando conversaciones hasta dos meses atrás, todas sobre mí y sobre Eros. An había enviado fotos mías, mis horarios escritos de su puño y letra, información que abarcaba hasta mi dirección completa... Todo lo necesario para que pudiera seguirseme a la perfección. Como más leía, más aterrorizada estaba: An había roto mi camioneta para que me quedaba a la intemperie, había hecho que me siguieran, que me atacaran el Club y me acecharan el día de la discoteca. A Eros le habían seguido también. F&D le había enviado montones de fotos de Eros y de mí, juntos,

informando a An sobre cómo iba nuestra relación: nos había espiado durante meses.

El móvil más me temblaba en las manos a medida que leía, hasta que llegué arriba del todo, hasta el primer mensaje de An. El alma se me rompió y el móvil casi se me cae el suelo.

“Aura es Psique. He pasado con ella un año entero: estoy seguro.” escribió An. “Y ahora Eros está por aquí. Intentaré poner espacio entre ambos. Si Aura le recuerda, nuestra misión se complicará mucho más. No hagáis nada de momento. Nos mantendremos en contacto.”

Tenía que salir de ahí cuanto antes. Si An me descubría, estaba perdida. Me metí el móvil en el bolsillo, temblorosa, dejando el libro en su sitio y salí corriendo del piso, con el corazón en la boca.

Verdad

Estaba aporreando su puerta antes de que pudiera darme cuenta de que me había dirigido hacia allí sin siquiera pensarlo, como si mi brújula interna me hubiera indicado el camino. Los pulmones me dolían, resentidos por la carrera y por los llantos, y estaba dejándome los nudillos en aquella superficie. Cuando la puerta se abrió y vi a Eros, me percaté de que había venido a buscarle por pura inercia. Mis sentidos atemorizados me habían llevado hasta él.

De no estar tan asustada, se me habría caído la cara de vergüenza. Apenas unas horas atrás le había rechazado por miedo y ahora estaba en su puerta, frenética, buscando lo que fuera, ayuda o cobijo; ni yo misma lo sabía. Me merecía un portazo en toda la cara.

Sus parpados se abrieron exageradamente en verme y, supongo que, por mi aspecto, no tardó ni un solo instante en cambiar su sorpresa por profunda inquietud.

—Aura ¿qué ocurre? —Inquirió.

Tragué saliva. No era capaz ni de proferirlo. Decirlo en voz alta era demasiado doloroso. Por ello, me saqué el móvil de mi bolsillo, examinada por su mirada atenta. Abrí la conversación y se lo di antes de volver a leer siquiera una sola letra una vez más. Me deslicé dentro del apartamento, dándome cuenta del frío que me calaba los huesos. Eros cerró, sin dejar de leer, cada vez más turbado.

—¿Qué es esto? —Murmuró.

—El otro móvil de An. Lo tenía escondido en un libro de su piso —susurré, aún incapaz de aceptarlo—. Lo he encontrado por casualidad.

Dejé que siguiera leyendo y me arrastré hasta el sofá. Me desplomé allí, rodeándome con una manta que colgaba del reposabrazos, resoplando con dificultad por los dientes que me castañeaban.

Qué estúpida había sido. An había estado involucrado en mi miseria todo ese tiempo. Sabía qué era Eros, a pesar de no querer aceptarlo en voz alta por miedo a que se me hiciera real. Y saber eso, debería haberme hecho sospechar de inmediato que An, siendo su hermano, era exactamente lo mismo.

—Mierda —susurré un quejido para mí misma, cubriéndome la cara con las manos.

Había estado tan aferrada a la esperanza de que me quedara algo de realidad que había obviado por completo su parentesco con Eros. Y, aunque lo hubiera relacionado, jamás habría pensado que él sería la cabeza pensante que buscaba mi muerte.

Me eché a llorar, deshaciéndome por fin, sintiendo el cuchillo de la traición profundo en mi corazón. En cuestión de horas mi vida se había venido abajo y me sentía totalmente sola, privada de las personas que consideraba de confianza. Todo había sido siempre una jauría de mentiras.

—Aura —sentí a Eros arrodillarse frente a mí y posando sus suaves dedos en mis antebrazos.

—Yo confiaba en él —gemí—. Era mi mejor amigo y todo este tiempo...

—Lo sé —me atrajo para abrazarme y me estrechó, acunando mi cabeza en una de sus manos.

Eros me abrazó durante todo el rato que necesité desahogarme, sin

inmutarse, sin parecer tenerme en cuenta que hacía apenas unas horas le había herido y me había largado. Había estado llamándoles mentirosos a él y Harmony, cuando la que se había mentido más a sí misma era yo. En mi interior, mi subconsciente había aceptado las cosas hacía mucho, sin necesidad de ninguna visión profunda. Y mi forma de llevarlo había sabido comportarme cual niñata estúpida y negar cada evidencia que se me ponía delante de los ojos por miedo a ser poco racional.

Cuando mi llanto se apaciguó, Eros se levantó para traerme un pañuelo y agua. Me soné y bebí, quedándome en silencio unos instantes para intentar recomponer mi voz, al menos. Entonces, clavé mi mirada en él.

No pude evitar, en ese instante, preguntarme a mí misma qué era lo que tanto temía. Pasado el temor posterior a mi visión y la eventual aceptación de la misma, no tenía razón para seguir albergando miedo. Siempre había sentido que una parte de mí estaba anclada a una realidad mucho más compleja y oculta, mientras que la otra se veía obligada a vivir una vida realista para sobrevivir en el tipo de mundo en el que la mayoría de personas creen habitar. Pero yo era diferente. Mi alma estaba ligada a la del ser frente a mí, existencia del cual aún no podía comprender, pero que por fin me sentía preparada para aceptar.

Eros tenía razón respecto a lo que dijo en la playa aquel día: yo tenía miedo. Solo que, aunque estuviera en lo cierto, yo también estaba segura de lo que le contesté. Ahora tenía delante mi futuro y, tal y como le dije a Eros, en cuanto lo viese, iría a por él. No era eso lo que había pensado cuando lo dije, pero era lo que me había tocado.

—Eros —murmuré.

—¿Sí?

Me volví hacia él, sin temor a tener un aspecto horrible. Si me había visto en el Infierno, seguro que entonces debía tener peor pinta.

—Perdona por lo que te he dicho antes. No quería herirte.

—Eso no importa ahora.

—Sí importa —insistí, colocando mi mano en su antebrazo—. Y necesito contestar a tu petición ahora.

Eros frunció el ceño con ligereza, no entendiendo a qué me refería. Inspiré. Si me hubieran contado lo que estaba a punto de decir en ese momento hace unos años, me habría dado algo.

—Eres Eros —dije, sintiéndome como si llevara una eternidad deseando soltarlo—, dios del amor y el deseo sexual, hijo fruto de la relación entre la diosa Afrodita y Ares.

Se quedó mirándome de la misma forma que lo hizo el día en que nos conocimos. No obstante, despertó de su sopor mucho más rápido y las lágrimas acudieron a sus ojos esta vez. Se mordió el labio, tratando de contener la euforia que claramente estaba apoderando de él.

Aquella era la mayor evidencia de todas y la que más me había negado, por encima de quién era yo: que Eros era el dios de susodicho nombre. Cómo era posible, no lo sabía, pero esa era la verdad. Cada cosa que había observado durante el tiempo que había pasado con él era una prueba clara precedida por una más clara todavía.

—A este paso, creía que jamás lo dirías —dijo, quejumbroso.

—Terquedad y una educación basada en tener los pies en la tierra no me han ayudado demasiado. Y tú has sido muy poco claro —proferí, con una sonrisa torcida.

—Sé que he llevado la situación de la peor forma posible —agachó la cabeza y suspiró—. Pero ha sido muy complicado tratar de que me recordaras sin ser demasiado intrusivo.

—Un poco más de intrusión no habría ido mal —cabeceé.

Se pasó la mano por el pelo, retirándoselo, nervioso o arrepentido; ni

siquiera parecía saberlo él. Un impulso de tocar su cara me salió de dentro y alcé mi mano hasta esta. Encajé suavemente mi palma con su mejilla. Él se sorprendió, pero no se apartó del contacto. Acaricié su pómulo con mi pulgar, sintiendo la extrema suavidad de su piel. No había una sola imperfección en su rostro. A pesar de su gran expresividad, no había una sola marca que lo denotara, ni un poco de color oscuro bajo sus ojos que hubiera dejado como rastro la preocupación. Era irreal. Aún era irreal.

—¿Cómo es posible que existas? —Proferí, con una voz suave, tratando de no ofenderle.

Eros rio y tomó mi mano entre la suyas. Se sentó a mi lado, observándome, mucho más complacido de lo que le había visto jamás.

—¿O una humana cómo yo no puede saberlo?

—Es cierto que es una información bastante confidencial —admitió—. No obstante, digamos que, por ser quién eres, puedo confiártelo. Y quiero contestar cada una de tus dudas si eso te ayuda a comprenderme mejor.

Me erguí, atenta, y a él volvió a escapársele una risita.

—No es tan revelador cómo puedes llegar a pensar —esbozó una sonrisa leve, divertido—. Con el inicio de los tiempos, a la vez que todo lo que se puede ver, surgieron unas fuerzas ocultas. Estas eran muchas y poderosas y acabaron materializándose en los primeros seres divinos que jamás han existido. Nunca sabremos quiénes eran o cómo eran; la única certeza que tenemos es que todos los seres divinos que restamos, provienen de ese origen común. Tal y como la humanidad ha conseguido captarnos, muchos tenemos un cargo específico; otros, es más complicado.

—¿Estás tratando de decirme que todo dios conocido es real? —Musité.

—No. Pero muchos lo son.

—Entonces no es que exista solo el panteón griego. El egipcio también. Y el mesopotámico. ¿Es eso?

—Y muchos más —sonrió.

Tuve que restar unos instantes en silencio, tratando de asimilar aquello. No obstante, sabía que necesitaba terapia de choque si quería que dicha información traspasara del todo mi barrera agnóstica.

—Creo que necesito verlas —le dije, con certeza, retirando mi mano—. Aún no lo tengo interiorizado.

—¿Verlas? —Arrugó el ceño, confundido.

Tragué saliva. No podía creer lo que iba a decir.

—Tus alas —proferí con una vocecita dudosa.

Eros soltó una risita que hizo que mi corazón se saltara un latido y empezara a sentir el rubor subir por mi cuello. Me sentía como si acabara de pedirle que se desnudara.

—No sé si es buena idea que te las muestre aquí dentro —dijo, divertido.

Eché un vistazo al comedor y después devolví mi mirada a él.

—¿Tan grandes son? —Afrodita iba a tener que joderse. Estaba a punto de morir de vergüenza.

—Lo suficiente para tirar algo. Aunque —se levantó— no es ningún problema, en realidad.

—No tienes porqué, en serio —dije, alterada.

Se inclinó, acariciando mi cara con sus manos y dedicándome una breve sonrisa.

—Haré lo que necesites para llevar esto mejor. Lo que sea —murmuró, con su voz suave.

Me encogí viendo como retiraba la mesilla hacia un lado y miraba a su alrededor, al techo y a las paredes, calculando como hacer el mínimo impacto posible en su modesto salón. Hizo ademán de quitarse la camiseta, pero me lanzó una mirada rápida y abandonó el pensamiento.

Se arrodilló sobre una pierna y miró al techo, midiendo mentalmente una

vez más. En su mirada brilló la decisión antes de que cerrara los ojos y, cómo si se hubiera disipado una niebla invisible que las cubría, aparecieran dos grandes alas, majestuosas, del blanco más puro que pueda imaginarse. Se batieron ligeramente y una tocó la luz del techo y la otra casi tira un cuadro de la pared.

Eros abrió los ojos y chasqueó la lengua, tratando de recogerlas un poco. Yo, totalmente despojada de aliento, estaba atrapada en la visión de sus alas iridiscentes. Me levanté, arrodillándome frente a él, sin quitarles la mirada de encima. Eros, de repente, empezó a examinarme con inquietud, probablemente con el temor que yo misma le había infundado de que podía salir corriendo en cualquier momento.

Pero, el ver sus alas, de algún modo, hizo que la pérdida de mi antigua realidad delante de la nueva y verdadera dejara de dolerme. Eros acababa de mostrarse ante mí en su forma genuina y me sentía extrañamente tranquila, como si acabara de recuperar algo.

—¿Cumplen tus expectativas? —Preguntó.

Le lancé una mirada condescendiente, enarcando una ceja.

—Jamás habría pensado que un dios pudiera estar inseguro, y menos tú —bromeé.

—Si tiene que ver contigo, soy muy inseguro. Me aterras —murmuró, serio—. Profundamente.

—¿Por qué?

—Porque temo no valer el sufrimiento al que vas a estar expuesta por mí.

Me evitó la mirada y volví a ver la jaula de su alma en sus ojos. Con el espíritu resquebrajado al notar su dolor, acerqué mi mano hasta su ala, acariciando las plumas. Su tacto era cálido, tan suave que parecía una nube, y la energía que sentía en mis yemas era la misma que cuando tocaba su piel. Su ala se estremeció ante mi caricia y Eros se volvió para mirarme, con los

ojos entelados.

—Quiero que me lo cuentes todo.

Inspiró y se levantó. Sus alas volvieron a ser consumidas, desapareciendo en una neblina. Se acercó hacia el cuadro, que había quedado torcido, para recolocararlo e hizo lo mismo con la mesa.

—Deberíamos ir a ver a Harmony para hablar de ella sobre esto —agarró el móvil de An y se lo metió en el bolsillo de sus pantalones—. Y se alegrará de saber que estás bien. Allí te lo contaremos todo.

—Dime solo una cosa —dije, cuando aparcó frente a mi casa—. Harmony no es tu prima, ¿verdad?

Eros puso el freno de mano y suspiró.

—No. Es mi hermana pequeña.

—Harmonía —suspiré.

Asintió, en silencio, analizando mi reacción con cautela. Después de ver su cara, estaba más curada de espantos. O eso creía. Ante la verdad sobre Harmony, solo pude proferir una carcajada.

—Diosa de la concordia ¡y una mierda! —exclamé, haciendo una lista mental de todas las veces que la había visto en pie de guerra.

Salimos del coche y nos dirigimos hacia la puerta, pero antes de que llegáramos ya se había abierto y tenía a Harmony colgada de mi cuello.

—Lo siento, Aura. Lo siento mucho. Por favor, perdóname —lloriqueó.

—Harmony —le palmeé la espalda, tratando de que me dejara respirar—. No estoy cabreada contigo.

Se apartó, aún con sus manos en mis hombros, mirándome de forma extraña. Podía entender su reacción. La última vez que nos vimos había

salido huyendo de ella.

—Entiendo que no podías decirme nada.

Frunció el ceño y fijo los ojos en Eros.

—¿Qué has hecho? —Escupió. — ¿Por qué está tan comprensiva de repente?

Eros suspiró y se sacó el móvil del bolsillo. Se acercó a ella, colocándose en la mano y lanzándole una mirada algo airada.

—Yo nada. Pero alguien sí ha estado haciendo algo a nuestras espaldas.

Entramos en casa y nos metimos en el comedor. Allí, Harmony estuvo leyendo la conversación con atención. Mientras, Eros y yo la mirábamos, esperando el momento en que su furia estallara.

—Hijo de perra malnacido.

Harmony dejó con furia el móvil sobre la mesa del comedor. Se apoyó con ambas manos en la superficie de la mesa, dándonos la espalda. Después de unos instantes de quietud, tiro una de las sillas de un manotazo. ¿Qué descerebrado la había hecho diosa de la concordia?

Se volvió, echa un basilisco, apoyándose en el borde.

—No sola la ha engañado a ella. A mí también. Creía que estaba de nuestra parte. ¡Pero no! ¡El niño de mamá tiene que hacer lo que le dicen! Y encima con Fobos y Deimos a sus órdenes. Y seguro que alguno más de nuestros estúpidos hermanos.

—Ha hecho bien su papel durante este tiempo. No os fustiguéis —dijo Eros, más apaciguado que ella—. Anteros siempre ha tenido el don de llevar a la gente por donde quiere.

Me eché las manos a la cabeza. Aún no había caído en cuál de sus hermanos era. Y, cómo no, tenía que ser la antítesis de Eros: Anteros, dios del amor correspondido. Y F&D, eran los mellizos Fobos y Deimos, más malos que pegarle a un padre, según la mitología. Además, si estaba en lo

correcto, eran mellizos con Harmony incluida, y ella era la única que podía diferenciarlos.

—Creía que...

—¿Era bueno por regir el amor correspondido? —Espetó Harmony, cruzándose de brazos. — Ojalá fuera tan sencillo. Anteros siempre ha sido el niño favorito de nuestra madre. Cuando ocurrió lo tuyo, era bastante joven. Creíamos que había cambiado, que realmente estaba redimiéndose por ayudar a acabar con vuestra relación en el pasado protegiéndote ahora. Pero ha sido una estratagema para matarte.

Me encogí y Eros le lanzó una mirada de advertencia. Aunque ahora supiera que An me había engañado y tratado de matar, seguía demasiado frescos los recuerdos de mi amigo, aunque fueran todo un montaje. No podía decir ahora que no entendía porqué no querían saber nada de su familia y nunca hablaban de ella. Eran peor que mafiosos.

—Supongo que al irte de tu casa no te has parado a despedirte —dijo Harmony.

—Pues no —musité.

Suspiró, echando la cabeza para atrás y volviendo a erguirse al momento.

—Envíale un mensaje. Dile que te he llamado y que por eso te has ido corriendo, que nos hemos reconciliado y que te cubra hoy porque no vas a ir a trabajar. Si sospecha que sabes algo, estamos jodidos.

—Tendrás que dejarme el tuyo. El mío se ha quedado allí.

Resopló y se acercó para darme el suyo, sacándolo de la bolsa frontal de su sudadera. Obedecí rápidamente antes de que los nervios me traicionaran y mis dedos estuvieran demasiado temblorosos.

—Tenemos un par de días, puede que ni eso, antes de que esto estalle — le dijo Harmony a Eros—. Neo y Hímero han estado vigilando la zona este mes y no han visto nada, pero está claro que An va actuar pronto. En cuanto

se dé cuenta de que Aura sabe la verdad, van a venir a por ella.

Estuve a punto de proferir un jadeo ahogado. ¿Cómo no había podido caer? Los técnicos que Harmony había hecho venir eran sus hermanos, Himeneo e Hímero. Hímero debía haberme dicho que se llamaba Paul para despistar. Estaba rodeada de dioses; por colmo, todos eran hermanos. Y yo creía que tenía una familia desestructurada.

—Ahora no es momento de hablar de esto —la detuvo Eros, a lo que ella puso mala cara, pero la ignoró—. Debemos contarle a Aura el resto primero.

—Tienes razón —cabeceó, aunque el hacha de guerra seguía levantada en su mirada.

Harmony vino a sentarse a mi lado y me tomó la mano, sintiendo, igual que siempre, cuando lo necesitaba. Me miró con ternura, suavizándose su ira, y me estrechó la mano.

—Comienza —le dijo Harmony a Eros.

El suspiró y se cruzó de brazos, de pie frente a nosotras. El corazón se me aceleró, ansiosa por rellenar las lagunas de mi mente, discernir la verdad del mito.

—Voy a obviar lo ocurrido hasta que tuve que dejarte en el Infierno, porque eso lo conoces de sobras. Empecemos por ese momento. Cuando yo bajé a buscarte, sabía que nuestra madre había hecho que Fobos y Deimos te arrastraran hasta una parte en el Tártaro donde se encuentra la mansión de Tisífone. Mi madre la convenció para que te servara por toda la eternidad a cambio de volverla bella. Las Erinias son bastante simples, pero poderosas, así que aceptó. Como bien sabrás, solo los que tienen sangre divina pueden salir del Infierno por su propio pie y contando con que apenas hay excepciones y que estabas bajo custodia eterna, no había esperanza de sacarte de allí. El problema real es que tu descenso al Infierno no había sido por muerte y, según la información que conseguí más adelante, te habían hecho

beber una poción que no te permitía morir, aunque pasaran los años.

—Con razón me da yuyu la oscuridad —musité para mí misma y Harmony rio por debajo de la nariz.

—Por eso no tenemos ni la menor idea de cómo has podido reencarnarte —continuó—. Debiste morir al final, pero no sabemos ni cómo ni porqué. Suponemos que ni Tisífone ni mi madre han debido enterarse hasta que An te encontró, ya que de haberlo sabido antes, seguro que se habrían asegurado de devolverte bajo custodia de la Erínia antes de que yo pudiera encontrarte.

—Así que han pasado milenios y estamos igual. Tu madre sigue queriendo acabar conmigo—dije—. Y yo pensando que vuestros padres eran mafiosos o algo.

—Suegras, hija mía —bromeó Harmony, palmeándome el dorso con su mano libre.

Eros la miró mal por estar bromeando en un momento tan serio y ella se irguió, poniéndose a la defensiva en silencio. Yo, en cambio, me empecé a poner roja.

—¿Y qué vamos a hacer? —Pregunté, tratando de encarrilar la conversación.

—Aún lo hemos decidido —admitió, pensativo.

—Llévate a Aura esta noche a tu casa. Estará más segura allí. Yo hablaré con Neo e Hímero esta noche y les contaré lo que ha pasado. Mañana vendré y trazaremos un plan.

—Está bien —asintió él.

Dual

La noche había sumido el apartamento de Eros en la oscuridad. Cuando entramos después volver de haber estado con Harmony, Eros se apresuró a encender las luces y, mientras lo hacía, me di cuenta de que no estaba tan inquieta respecto a la penumbra como era habitual. Supuse que el saber de dónde provenía mi nerviosismo hacia la penumbra había hecho que me afectara menos.

—Puedes darte una ducha, si lo deseas, mientras preparo la cena —me dijo, colgando su abrigo en el perchero.

—Eso suena genial —susurré, suspirando.

Había sido un día frenético y me sentía pegajosa y exhausta. Una ducha era justo lo que necesitaba. Eros me proporcionó un par de toallas y me acompañó hasta su habitación, donde estaba el baño adyacente. A continuación, se retiró a la cocina, entrecerrando la puerta de su cuarto, para darme mi espacio. Me di cuenta de que no había entrado allí en las veces anteriores que había estado en su casa. No era nada del otro mundo: solo había un armario, una ventana y una cama de matrimonio con un par de mesillas. De no ser por sus libros, parecería una casa inhabitada.

Me encerré en el baño y dejé la mochila en la que me había traído algunas de mis cosas en una esquina. Me quité la ropa, que parecía llevar más marcado que mi piel el día de locos que había tenido, metiéndola en un compartimento vacío de la mochila.

Estuve un rato bajo el chorro de agua, solo con los ojos cerrados, sintiendo el calor y el agua correr por mi cuerpo. Cuando había conseguido liberar algo de estrés, me dispuse a pasar al jabón. Tomé un bote que había en una esquina de la ducha y comprobé que fuera el champú. Abrí la tapa, curiosa, para saber a qué olía. Un aroma de lirios, ya familiar, invadió mis fosas nasales. Alcé las cejas, sorprendida. Habría jurado que aquel aroma que le rodeaba era de una colonia. Pero aquello me venía mucho mejor.

A pesar de todo, Eros seguía aportándome paz cuando estaba cerca y, por consecuencia, todo lo que relacionara con él. Usé su champú y, en sentir como el aroma se extendía a mi alrededor, mi cuerpo fue relajándose un poco más a cada instante que pasaba.

Al salir, me sequé el cuerpo y enrollé mi pelo en la toalla más pequeña. Saqué unos leggins negros y un jersey gris desgastados que había traído para ponerme. Después, busqué en los cajones bajo la pica, hasta que encontré un secador. Me sentía mucho mejor después de la ducha. Parecía incluso que fuera un día corriente; nada más lejos de la realidad.

En cuanto tuve el pelo seco, volví a aparecer por el comedor, encontrándome que la cena ya estaba lista. En atisbarme, Eros, quien estaba preparando la mesa, me dedicó una leve sonrisa, tan diligente como de costumbre.

—¿Te sientes mejor? —Preguntó.

Yo asentí y pareció complacido. Me senté en una silla, mientras el servía dos platos de huevos estrellados. Llenó nuestros vasos con agua fresca de una jarra y se sentó frente a mí. Me di cuenta de que había condimentado los huevos con jamón serrano y no pude evitar sonreír.

—Tenía la corazonada de que te haría ilusión —me dijo, satisfecho ante mi reacción.

—Es un detalle, sí.

—Comamos antes de que se enfríe.

Empezamos a comer en silencio. Eros parecía estar inquieto, pero trataba de contenerlo y yo estaba aún procesando mi nueva situación. Había mucho que quería saber, tantas preguntas que probablemente una sola noche no sería suficiente para hacerlas todas. Aunque hubiera recuperado mis recuerdos, y hubiera encontrado una explicación a porqué no recordaba nada del Infierno, aún había cosas que se me escapaban de la relación que yo y Eros compartíamos. Conocía mi versión, pero había estado preguntándome qué pasaba por su cabeza durante demasiados siglos.

—Oye —solté cuando habíamos acabado de comer y él estaba recogiendo la mesa—, me gustaría hacerte algunas preguntas.

—Suponía que querías —se llevó lo que restaba de cubertería, metiéndola en el lavaplatos y poniéndolo en marcha.

—La cuestión es si puedo hacerlas o no.

Se volvió, profiriendo un suspiro.

—Puedes preguntarme lo que desees, ya lo sabes. Aunque, depende de qué, no sé si me será fácil responderte.

—No creo que sea más complicado que el origen de tu existencia, no te preocupes —reí.

Él me sonrió con dulzura. Decidimos sentarnos en el sofá, traspasarnos a un lugar más cómodo, sabiendo que la conversación podía alargarse. Una vez allí, ante la mirada atenta de Eros, mi seguridad flaqueó ligeramente.

—Supongo que ya lo supones, pero el otro día recordé casi todo lo que nos ocurrió. La cuestión es que hay cosas que necesito que me confirmes.

—Dime lo que necesites saber, pues.

—¿He cambiado mucho? —Titubeé. — He podido recordar bastante de mí misma y me parezco bastante a como soy ahora, creo.

Eros rio de buena gana y recordé el día que estuvimos hablando de las

Metamorfosis. Cuando le dije mi opinión sobre Psique, también se echó a reír.

—No has cambiado prácticamente nada —me explicó—. Tu personalidad es más visible ahora que entonces, eso sí. Debes tener en cuenta que, siendo mujer, y encima princesa, no tenías tanta libertad para portarte como te placiera. Aunque, a tu manera, lo hacías. Por lo que sé, con el tema de todos los pretendientes que venían a pedir tu mano, te volviste cada vez más creativa rechazándolos.

—Cierto —sonreí para mí misma, orgullosa de mi antiguo yo dando guerra incluso cuando mi género y posición me limitaban—. Aunque me sorprendieron mis propios recuerdos. Siempre había creído que mi belleza les asustaba y ninguno quería pedir mi mano, que solo venían a mí para adorarme porque creían que era la encarnación de Afrodita. Vaya ironía.

—Sí te adoraban como a efigie, pero también te deseaban como esposa.

—¿Por qué mis padres acudieron a un Oráculo entonces? —Fruncí el ceño, confundida. — Si había tantos pretendientes, podían haberme entregado al que prefirieran.

—Eran buenas personas. Querían lo mejor para ti. Su verdadera intención al subir al Oráculo fue descubrir aquél con el que estarías dispuesta a desposarte.

Resoplé. No tenía el mismo vínculo afectivo con ellos que el que tenía en la otra vida, pero sentí el eco del dolor en escucharlos hablar, entre llantos, de lo que les había dicho el oráculo.

—“Coloca a tu venerable hija sobre una roca, adornada en abundancia, para una boda fúnebre. No esperes un yerno nacido de madre mortal, sino un terrible monstruo, cruel y horrible” —Recité la profecía de memoria que aparecía en Apuleyo.

—Algo así debió ser, sí —asintió—. Y tú aceptaste tu destino con

valentía, yendo al precipicio en cuestión seguida de tus súbditos.

Me acomodé en el sofá. Aquel era el punto al que yo quería llegar. Según el mito, Afrodita, celosa de que me veneraran, había pedido a Eros que hiciera que me enamorara del hombre más horrible que viviera sobre la Tierra. Lo de matarme debió venir luego, cuando se enteró que su hijo la había traicionado y se había enamorado de mí.

—Y tú... Estoy segura de que no seguiste las ordenes de tu madre para hacer que me enamorara del hombre más feo y vil que existiera.

—Cierto. Lancé la flecha que tenía preparada para ti al mar y busqué la forma de salvarte de mi madre. Pedí a Apolo que diera una profecía falsa a tus padres y le pedí al Céfiro que te llevara hasta mi palacio.

—Así que fue cosa tuya —exclamé, asombrada.

—Eras inocente. Jamás te habría abocado a un destino tal.

Carraspeé, enarcando una ceja. Que yo supiera, disparó una flecha de desamor a la ninfa Dafne, enamorada de su tío, Apolo, solo porque este había dicho que él era mejor arquero.

—¿Qué hay de Dafne? ¿Es un mito o es verdad?

Frunció los labios y se frotó la nuca, evitando mi mirada.

—Verdad —admitió, arrepentido—. Pero era muy joven y no media las consecuencias de mis actos. Y ella no se convirtió en laurel. Se escondió y ya está.

—Bueno, eso es menos horrible de lo que se cuenta —cabeceé—. Pero volvamos a lo nuestro.

Mi corazón comenzó a acelerarse ante la pregunta que ardía en mi cabeza y, antes de siquiera haberla formulado en voz alta, ya notaba el calor del rubor incipiente amenazando con aparecer.

—Cuando entré en tu palacio y me encontré contigo y me dijiste que a partir de entonces esa era mi casa. Siempre te mostraste amable y gentil

conmigo, pero jamás...

Me corté, avergonzada. Eros cabeceó y se removió en el sofá, colocándose más erguido.

—¿Qué es lo que quieres preguntarme exactamente? —Dijo, aunque por su tono ya lo sabía.

—¿Por qué —hice una pausa, sintiéndome la garganta seca de repente— no me tomaste por esposa?

Tragó saliva e inspiró con profundidad. Sus ojos brillaron con nerviosismo, pero su voz no vaciló.

—Jamás pretendí hacerlo —admitió—. Mi intención era protegerte hasta que pudiera apaciguar a mi madre y devolverte a tu hogar. No pretendía retenerte conmigo ni aprovecharme de ti.

—Entonces, no es cierto que te enamoraste de mí a primera vista —musité, más dolida por aquella certeza de lo que había previsto.

Eros se mantuvo en silencio y apartó la mirada unos instantes de mí, encendiéndose sus mejillas.

—La primera vez que te vi —murmuró— quedé atrapado por tu existencia, por toda ella. No solo era tu radiante belleza lo que capturó mi corazón, sino también tu ímpetu, tu valentía... Eras y eres una fuerza natural que no puede compararse a nada que yo haya podido ver. Y por eso mismo, porque te amé solo de verte, no podía raptarte. No podía hacerte eso. Habría sido de un egoísmo maligno. Lo había presenciado demasiadas veces, así que sabía qué conllevaba para un humano que un dios le amara. La muerte era lo mejor que podía ocurrirte.

Suspiré, comprendiendo a qué se refería, pero aun así algo decepcionada. Sacudí aquella sensación de mi mente; aún tenía dudas que resolver.

—¿Por qué no querías que te viera? —Pregunté, tratando de mantener la cabeza despejada.

Esbozó una sonrisa triste y su cuerpo pareció relajarse ligeramente.

—Me habrías reconocido con demasiada rapidez y no quería que lo hicieras. Quería que —cabeceó, tímido— vieras algo más en mí que mi parte divina. Quería que si llegabas a sentir algo por mí fuera real y no una trampa por mi belleza.

—Pensaba que habías dicho que no querías retenerme.

—Por supuesto que no, pero deseaba que escogieras quedarte conmigo —afirmó con intensidad—. Deseaba que me amaras también.

Mi corazón pegó un bote en mi pecho. Volví a notar el rubor amenazante y la decepción que había sentido ser sustituida en una milésima por una alegría rompedora.

—Cuando me correspondiste—sonrió, aunque manteniéndose cierta tristeza en su semblante—, aún no te había revelado mi identidad y solías enfadarte por ello. Quería esperar a encontrar la forma de que pudiéramos estar juntos a pesar de nuestra diferente naturaleza y evitar una guerra con mi madre, pero tú me descubriste antes.

—¿Era por eso? —Musité.

—Sí —asintió con un hilo de voz.

Una punzada de culpabilidad atravesó mi pecho. Yo había insistido sin parar en descubrir su verdadera identidad, hasta que lo había hecho a escondidas, usando la lámpara de aceite de noche para verle. Había sido mi culpa.

—Aún así no entiendo porque te fuiste cuando te vi.

Eros torció el gesto, poniéndose tenso de golpe.

—Por tu expresión —admitió, dolido—. Creí que mi aspecto había enturbiado tus sentimientos y me sentí muy dolido. Me marché porque no podía soportar la idea de que tu amor fuera falso.

—¿Te largaste en plan dramático sin siquiera pensar en hablar conmigo?

—Arrugué la nariz, disgustada.

—Sí —asintió, agachando la cabeza—. Jamás fue tu culpa lo que ocurrió; fue mía. Tú saliste en mi busca y creíste que ir a orar a mi madre a uno de sus templos para que te ayudara era una buena idea. Si te hubiera revelado quien era yo y te hubiera contado el odio de mi madre sobre ti, jamás habrías tenido que pasar por todos los trabajos imposibles que te hizo pasar, con la esperanza de que murieras en uno. Sé que muchos dioses te ayudaron en su momento y eso hizo que mi madre se enfureciera y te encerrara en el Infierno.

El silencio se apoderó del salón, cayendo con pesadez entre los dos.

—Jamás me podré perdonar lo estúpido que fui. Te perdí por inconsciente.

—Y has estado haciendo exactamente lo mismo ahora —espeté, indignada—. Si realmente vamos a tener que enfrentar a Afrodita y a lo que sea que se nos viene encima, más te vale empezar a contarme todo lo que necesite saber cuándo tenga que saberlo. Paso de pasarme tres mil años en el Tártaro otra vez.

—No tienes porqué enfrentarte a nada si no lo deseas —se volvió hacia mí—. Puedo llevarte a un lugar seguro hasta que afronte a mi madre y consiga tu libertad a sus ojos. Esto es mi responsabilidad. Estás en esta situación por mí. Si hubiera sido inteligente, te habría dejado marchar cuando eras Psique y habrías tenido una vida normal. Habrías muerto y resucitado como todos los humanos, una y otra vez, sin estar metida en esto.

—¿Qué coño te pasa? —Espeté, airada.

Eros abrió los ojos de par en par, asombrado por mi súbito arranque. Se presionó contra el sofá, como tratando de apartarse un poco de mí.

—Que yo sepa lo de apartarme la primera vez fue como el culo. ¿Por qué no me llevas ya a la puta mansión de Tísifone y ya así le ahorramos trabajo a

tu madre? *No me jodas* —escupí, levantándome del sofá.

Me coloqué frente al ventanal, cruzada de brazos y mirando hacia fuera, contemplando las conocidas luces de Southampton.

—Tienes razón —murmuró desde el sofá—. No funcionó. Pero esta vez es distinto. No se trata de yo contra mi madre. El mundo divino se está dividiendo. Los años, la falta de existencia a los ojos de los humanos, ha hecho que la mayoría de dioses se hayan vuelto inconstantes y agresivos. Las leyes que nos rigen son mucho más estrictas ahora y yo las estoy rompiendo casi todas solo por estar aquí, hablando contigo. Muchos querrán ponerse del lado de mi madre para castigarme a mí y a todo el que me apoye.

—Peor me lo pones —me volví, cabreada—. No tiene pinta de que vayan a dejarlo pasar, por mucho que me protejas, encerrándome quién sabe dónde. Me moriré de vieja antes de que me consigas una vida humana normal. No sé siquiera porqué asumes que quiero eso.

—No pareces precisamente emocionada por estar rodeada de dioses.

—¡No es porque seáis dioses, cabeza alcorcho! Es porque me habéis tenido en la absoluta ignorancia todos estos años. Por estar en la ignorancia en los últimos meses he recibido un flechazo en la pierna y un pedazo de cicatriz en la espalda que parece que me haya atacado un puma. Además, ¿te crees que es difícil de aceptar de buenas a primeras? Bastante bien lo estoy llevando.

—Lo que quiero decir —murmuró, algo tocado por mi airado discurso— es que la causa por la que voy a luchar diferirá según lo que tu desees.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes bien lo que siento por ti, pero yo no estoy seguro de que sientes tú por mí.

Empezaba a darme cuenta de que Eros había dicho la verdad sobre sí mismo en contarme que yo le volvía inseguro. Debía haberme vuelto loca,

pero dada mi situación, no estaba para ponerme a avergonzarme de mis nuevos sentimientos. Al fin y al cabo, no eran para nada nuevos.

Me acerqué hasta él en el sofá, colocándome frente a él. Inspiré y, sin dudar, me senté en su regazo y tomé su cara entre mis manos.

—Escúchame bien, Eros: tu alma es mi alma—le dije en separarme—. Tu cuerpo, mi cuerpo. Si te hieren, entonces me hieren a mí por igual. Esta no es solo tu guerra; también es la mía. He estado esperando tres mil años a volver a verte, resistiendo, deseando salir de aquella ratonera infernal, ardiente y pestilente y darle una patada en su culo divino a Afrodita por privarme de ti. Y puede que sea humana, pero tengo más mala ostia que la mayoría de dioses; estoy segura. Así que vas a instruirme y a compartir conmigo el peso de esta guerra, o más te vale prepararte para soportar mi furia bilingüe hasta que lo hagas. Te amé cuando era Psique y te amo ahora. Y quiero luchar por ese futuro que nos quitaron.

Los ojos de Eros recorrían mi rostro, brillantes por una humedad incipiente. Alzó sus manos hasta mi cara, apartando los mechones de mi cara.

—Mi Aura —susurró y sonrió—. Estás hecha toda una guerrera.

—Por supuesto —murmuré, altiva, aunque empezaba a sentir la inquietud apoderarse de mi cuerpo por tenerle tan cerca.

—Te prometo que compartiré este peso contigo. He pasado milenios pensando que te había perdido para siempre, ignorando que hubiera la posibilidad de que renacieras después de separarnos en el Infierno, hace ya tanto tiempo. Y créeme: sin ti, mi inmortalidad ha sido mi propio Tártaro, mi tortura. Pero ahora estás aquí conmigo —sonrió, con los ojos humedecidos—. Y no permitiré que vuelvan a arrebatarte de mi lado. No dejaré que ganen esta guerra. Te lo juro, Aura, como Eros, dios del amor que soy, que alcanzaremos nuestro futuro juntos. Y si crees que te limito por querer sobreprotegerte, desata tu furia bilingüe sobre mí; no dudes en hacerlo.

—Eso tenlo por seguro —dije, a punto de deshacerme ante su confesión.

Su sonrisa se ensanchó y sus dedos dejaron mi pelo, trasladándose sus manos a mis mejillas.

—Te quiero, Aura.

Acerqué mis labios a los suyos, besándole, antes de que pasara siquiera un instante de que hubiera dicho tales palabras. Eros suspiró y se fundió en mi beso, soltando mi cara y abrazándome, acercándose a su cuerpo cuanto le fuera posible. Entrelacé mis dedos en sus cabellos, sintiendo la necesidad de él que había estado acumulando durante milenios. Ambos habíamos esperado una eternidad para volver a estar en los brazos del otro así y se notaba en la desesperación de nuestros besos.

No sabía qué tipo de peligros iban a presentársenos en la guerra contra Afrodita por estar juntos, pero estaba dispuesta a afrontarlo para conseguir estar a su lado para siempre.

Punta de flecha

Tres palmadas.

—¡Vamos, arriba!

Me recosté de golpe, asustada y desorientada. Entreabrí los ojos, reseco, y vi la silueta de Harmony, aunque borrosa.

—Llevo una eternidad llamando a la puerta —se quejó—. Pensaba que os había pasado algo y estáis durmiendo como marmotas, tan panchos.

Fruncí el ceño, extrañada porque usara el plural. Escuché un gruñido y me volví. En ver a Eros a mi lado, el estado grogui se me pasó de golpe. Había olvidado que estaba en su cama.

—¿Qué es lo que te pasa? —Harmony le agarró del brazo y lo obligó a sentarse en la cama. — Levántate ya. Tenemos que hablar.

—Dame un minuto —gruñó él, con voz apagada.

Me deslicé fuera de la cama, dispuesta a salir de la habitación detrás de Harmony. No obstante, me paré un instante en el lindar de la puerta, girándome hacia Eros. Su cabello estaba alborotado y sus ojitos entrecerrados por el sueño. Viéndole así, en un marco tan cotidiano, me di cuenta de lo humano que podía llegar a parecer. Él se dio cuenta de que le observaba y se giró, lanzándome una pequeña sonrisa.

—¿Qué ocurre?

—Nada —sonreí con picardía—. Estás muy guapo recién levantado.

—Aura —musitó, cabeceando, todo sonrojado de repente.

Salí de la habitación después de soltar una risita ante su reacción y fui hasta Harmony, que rebuscaba entre los armarios de la cocina de Eros.

—¿Qué tal la noche? —Murmuró cuando estuve a su lado, dándome un codazo y alzando las cejas, tanteándome con la mirada. — Temía encontraros desnudos.

—Harmony —proferí en un grito ahogado—. Es verdad. ¿Cómo has entrado?

Sonrió con maleficencia y escuché un portazo al instante. Me arrastré rápidamente hasta el pasillo, viendo como la puerta de la entrada, que hace un instante había visto cerrada, estaba abierta de par en par. Aun procesando mi asombro, presencié como se cerraba sola con otro golpe seco. Miré a Harmony.

—¡Vaya huevos! —Espeté. — Y todos estos años pidiéndome que te fuera cerrando la puerta de la habitación cada vez que pasaba por delante porque estabas demasiado apalancada en tu cama. ¡Y podías hacer esto! Eso sí que es maldad.

—Si lo hubiera hecho y me hubieras pillado, habrías creído que había fantasmas en casa o algo.

—Tienes mucho morro de todas formas.

—Olvida eso y cuéntame de una vez qué pasó ayer —me dijo, agarrándome del brazo y llevándome a la esquina de la cocina.

Harmony se preparó un bol de cereales con leche mientras yo le contaba nuestra conversación de anoche.

—Es más tonto que un zapato, te lo juro —resopló en contarle que me dijo que no sabía lo que sentía por mí y tuve que plantarle guerra.

—Al menos parece que mi discurso funcionó.

—A ver cuánto dura —cabeceó, incrédula—. En cuanto te veas expuesta

al mínimo peligro le empezará a entrar la histeria. ¿Por qué te crees que se fue todo un mes? Se aculilló. Pensó que, si se iba, podía hacer que te dejaran en paz. Se cree que esto es una novela de vampiritos.

—Te agradecería que dejaras de meterte conmigo tan de buena mañana —Eros apareció por la cocina, vestido y con el cabello recogido, pero seguía pareciendo adormilado.

—¿De verdad te fuiste por eso? —Me volví, anonadada.

—Por supuesto que no. Se lo ha sacado de la manga —espetó—. Me volví a Grecia, a buscar alguna solución para la que se nos venía encima. No me comuniqué contigo porque sospechaba que te vigilaban. Si descubrían lo que estaba haciendo, podrías haber tenido más problemas en mi ausencia.

Murmuré, comprensiva. Había sido muy duro que se marchara, pero supuse que no podía contarme nada de aquello por aquel entonces.

Después de aquella explicación, me senté en la encimera de la cocina, al lado de Harmony. Eros se me acercó y me dio un beso en la mejilla, mirándome con dulzura.

—¿Quieres algo de desayuno? —Preguntó en tono dulce.

—Estoy bien por ahora.

Asintió y se apoyó en el borde de la barra, frente a nosotras. Se cruzó de brazos a la par que su expresión se volvía seria.

—¿Pudiste hablar con ellos? —Le cuestionó Eros a Harmony.

—Sí. Y seguimos sin novedades. Si hay secuaces de An por la ciudad, además de Fobos y Deimos, están ocultándose muy bien. No podemos saber cuántos son ni cuán preparados están para atacar.

—Entonces no nos queda otra que volver —sentenció él.

—¿Volver a dónde? —Inquirí.

—A su palacio —contestó Harmony—. Y sí. Sigue existiendo.

No me había planteado que abandonar Southampton era una posibilidad

tan grande. Pensándolo, era obvio, pero mi mente no había estado preparada, con tantos descubrimientos, para asimilar que debía dejar la ciudad y el hogar en el que me había criado. Y ambos vieron la pena dibujada en mi rostro.

—Aquí no tenemos nada —me explicó ella—. Eros solo tiene su arco y Neo e Hímero un par de espadas y poco más. Sin contar que somos cuatro contra a saber cuántos. Si se despliega una batalla aquí ahora, tenemos las de perder.

—Todo nuestro armamento está en mi palacio —añadió Eros—. Es el único lugar donde podemos estar seguros, sin temor a que nos ataquen, y podamos prepararnos con calma.

—Pero podéis hacer uso de vuestros poderes. ¿No podéis hacer aparecer parte de ese armamento? —Había visto a Eros hacer desaparecer un arco. Debía poder hacer aparecer cosas también.

—Podríamos si no estuviera dentro de mi palacio. Todo el territorio está protegido por una magia estricta —me explicó—. Nada puede salir si no es físicamente; no puedes usar tus poderes para hacerlo a distancia. Es una forma de que fuerzas exteriores no puedan entrar.

Fruncí los labios. Estaba algo triste por tener que abandonar mi ciudad, pero sabía que no quedaba otro remedio.

Harmony se acercó a Eros, suspirando.

—Deberíamos irnos mañana como muy tarde.

—Estoy de acuerdo —asintió.

—Avisaré a ese par para que empiecen a prepararse también. ¿Me dejas tu móvil?

—Está en la habitación. En la mesilla.

Ella me lanzó una última mirada de preocupación antes de irse hacia la habitación. Una vez solos, Eros se acercó a mí. Alzó una mano hasta mi rostro y me puso un mechón tras la oreja.

—Lo siento, mi vida. Sé que es muy repentino.

—Está bien. Si hay que hacerlo, se hace.

—Te prometo que el palacio te encantará. He hecho algunas reformas desde la última vez que estuviste —sonrió—. Seguro que te acuerdas: rodeado por un frondoso bosque, lleno de pequeños lagos cristalinos, y todo el lugar se puede ver desde el balcón de mi habitación. Te prometo que jamás has visto un atardecer como el que se ve desde allí. Además, mi biblioteca es ahora gigantesca.

—Sabes cómo conquistarme, tontorrón —bromeé, ladeando la cabeza, pero enseguida me apagué—. Debería llamar al Club luego para despedirme, al menos.

Él asintió, entristecido. Llamar a mi jefe de Setco también era algo pendiente. No podía desaparecer como si nada. Eros se acercó para darme un beso rápido, tratando de arrancar parte de la tristeza que me atormentaba, aunque me sabio a poco dado que se retiró muy rápido.

Harmony salió de la habitación entonces, caminando hasta nosotros. Dejó el móvil de Eros en la encimera y suspiró.

—Ya está todo en marcha. Deberías venir a casa un rato para hacer las maletas —me dijo.

—Vale.

—¿Te importa, Eros? —Se giró hacia él. — ¿Eros?

Eros se había alejado de mí. Estaba apoyado con una mano en la barra y otra en el pecho, encorvado hacia adelante. En retirar esta, temblorosa, ambas vimos que estaba llena de sangre. Su sangre. Su camisa blanca estaba enrojecida, con una mancha que crecía más y más. Ante nuestros ojos asombrados, Eros se desplomó en el suelo de la cocina.

Harmony fue la primera en moverse, exclamando su nombre. Se arrodilló a su lado y le desabrochó los primeros botones a toda prisa para

abrir la camisa. En el centro de su pecho, había una herida de la que brotaba la sangre, pero era tal el fluido que apenas se podía apreciar su tamaño ni su profundidad. Eros tenía los ojos cerrados y no se movía. Estaba inerte, tirado en el suelo, sangrando sin control.

Mi mente se encendió de golpe y me arrodillé a su lado también. Harmony, dentro de la caótica situación, no parecía sorprendida de lo que estaba ocurriendo, pero sí muy nerviosa.

—Pedazo de imbécil —masculló.

Agarró un trapo cercano, posado en la barra, y se lo pasó por el pecho con suavidad, desvelando un tajo horizontal del que emanaba la sangre. Por un segundo, antes de que se acumulara el fluido de nuevo, entreví algo brillante dentro de la herida.

—¿Qué es eso? —Balbuceé, alterada.

—Una punta de flecha.

—¿Qué? —Suspiré.

Alzó sus ojos hasta mí un instante.

—Cómo no. No te lo ha contado —se levantó, tirando el trapo con violencia a un lado y se fue hacia la habitación.

—¡Harmony! —Grité, con las lágrimas a punto de derramarse de mis ojos.

—No va a morir. Todavía —me respondió desde lejos. Escuché de lejos que rebuscaba en el cuarto de baño.

Agobiada, volví a agarrar el trapo y a limpiar la sangre que no paraba de brotar. Su pecho apenas se movía y estaba totalmente inconsciente. Aunque supiera que no podía morir, sentía como si fuera a hacerlo.

Harmony volvió, con unas pinzas de depilación. Se colocó al lado nuestro una vez más, entregándomelas.

—Antes de ir a por ti al Infierno, este mentecato fue a recoger la flecha

que debía lanzarte al mar. Cuando Fobos y Deimos se lo llevaron y lo separaron de ti, se clavó la flecha en el pecho y rompió la punta con la esperanza de morir. Pero se quedó ahí, enquistada. No sabemos de qué mierda está hecha ni quien se la encantó, pero si profundiza más sí que podría matarle. Tratamos de extirpársela, pero solo le hacíamos daño y no podíamos moverla ni un poco. Ha estado en su pecho milenios y creo que el estar contigo ha hecho que esté profundizando cada vez más. Y este zoquete no ha dicho nada.

El recuerdo acudió a mi mente entonces. Eros llevaba aquella flecha consigo en el infierno cuando vino a buscarme y se la clavó cuando lo arrastraron lejos de mí.

—¿Y qué quieres que haga? —Vacilé, histérica, con las pinzas en la mano.

—Esta flecha iba para ti. Puede que, si intentas sacársela tú, lo consigas.

—¿Y si no funciona?

Bajó la mirada hasta él.

—Es su única esperanza —susurró.

Las manos me temblaban. Pero, decidida, me senté a horcajadas en su cintura y me incliné sobre él. No podía morir. Me había prometido que ambos lucharíamos aquella guerra. No podía abandonarme ahora.

—Cómo no sobrevivas, te juro que te mato —murmuré.

Harmony me sujeto el cabello con una goma que tenía en la muñeca para que no me molestara y limpió el pecho de Eros con otro trapo. El olor a sangre empezaba a marearme y no conseguía que mi mano dejara de temblar. Iba a darle una colleja por hacerme pasar por esto en cuanto despertara. Prefería enfrentarme a Caribdis a puño descubierto que estar encima de Eros con su vida dependiendo de mí.

Inspiré una vez, y otra, y otra, tratando de mantener la calma. Acerqué

mi mano a la herida, habiendo conseguido dominar mi pulso y contuve la respiración. Con suma lentitud, introduje el extremo de las pinzas hasta llegar a la punta de flecha. Conseguí encajar las pinzas con el ancho de la flecha, aunque tuve que ayudarme con la otra mano y sentir como abría más la herida para poder hacerlo, lo cual me produjo una horrible ola de nauseas. Traté de retirarla, pero las pinzas resbalaron.

—*Mierda* —proferí.

—Tranquila —me calmó Harmony—. No se ha hundido más. No te preocupes. Vuelve a intentarlo.

Respiré y volví a proceder de la misma forma, aunque tuve que ahondar más en la herida. Esta vez tenía la punta mejor agarrada. Haciendo acopio de voluntad y con el corazón en la boca, presioné las pinzas todo lo que pude y tiré lentamente hacia arriba.

La punta de flecha salió. Harmony exclamó de alivio y felicidad y me abrazó. Solté aquello hacia un lado, correspondiéndola, dejando por fin que mis lagrimas rodaran. Entonces, pasado el momento de triunfo, nos fijamos en Eros. La herida se había cerrado, aunque la sangre estaba manchándolo todo, y él seguía inconsciente. Hasta que abrió los ojos e inspiró con dificultad, falto de aire. Harmony le colocó la mano bajo la cabeza y le ayudó a inclinarse. Eros tosió y trató de respirar a la vez.

En cuanto pareció recuperar el aliento, Harmony le soltó una colleja ante mi expresión de horror. A veces, Harmony parecía tener línea directa con mis pensamientos. Eso, o ambas éramos demasiado parecidas.

Eros se quejó, llevándose la mano a la nuca.

—¿A qué estabas esperando para decir que la punta estaba profundizando? —Le regañó. — ¿A cascarla?

No le contestó más que con un murmullo de disgusto. Se tocó el pecho, iluminándose sus ojos, aún hundidos, en notar que no había nada allí. Alzó su

mirada hasta mí, observándome, y después a Harmony.

—¿Cómo la habéis sacado? —Musitó, clara sorpresa en su voz.

—Aura lo ha hecho —le explicó—. La flecha era para ella, así que he pensado que podría retirarla.

Eros me examinó, aún con la mano en el pecho, anonadado tanto porque yo le hubiera extirpado aquel mal como porque su pecho estuviera libre de este después de milenios. A decir por su expresión, se veía claramente que estaba sin palabras. Por suerte, yo tenía algo que aportar.

—Harmony tiene razón —espeté, aún movida por el susto—. Eres más tonto que un zapato. ¿Qué bien crees que me habría hecho que te suicidaras? ¿Crees que me habría hecho feliz que te hubieras condenado al Infierno por mí? Además, ¿por qué no habías dicho nada sobre que estaba profundizando?

—Quería seguir a tu lado —jadeó, apoyándose en la pared de la cocina—. Creía que simplemente estaría ahí, clavada en mi cuerpo, por el resto de la eternidad. Pero la magia que contiene parecía confundirse cada vez que mis sentimientos por ti se encontraban a flor de piel. La primera vez que profundizó fue el día de la playa.

Me quedé boquiabierta. Por la punta de flecha había tenido tal reacción, retirándose cuando estábamos a punto de besarnos. La culpabilidad volvió a pesarme sobre la cabeza.

—¿Y por qué has dejado que siguiera besándote sin saber esto? —Proferí, dolida. Podría haberle matado sin querer.

—Está claro —sonrió. Porqué habrías dejado de hacerlo.

Harmony soltó un gruñido de exasperación y se levantó, obligando a Eros a hacer lo mismo.

—Suficiente tontería por hoy. Tienes que dormir para estar recuperado para mañana —le dijo, pasándole un brazo por la espalda, ayudándole a mantenerse en pie.

Eros hizo un sonido de disgusto, pero cabeceó, obedeciendo a su hermana.

Furia

Harmony, después de aquella pequeña crisis, obligó a Eros a comer algo, beber y a que durmiera. En cuanto se tumbó en la cama, se apoderó de él un sueño que me resultó hasta preocupante de lo profundo que era.

—Será mejor que te quedes aquí con él —me susurró mientras le observábamos respirar con placidez.

La inquietud se apoderó de mí y la miré, llena de alarma.

—¿Y si se encuentra mal de repente?

Harmony rio, pasándome un brazo por los hombros y lanzándome una mirada condescendiente.

—Los dioses nos recuperamos pronto. En cuanto la magia de la flecha se diluya, volverá a estar fresco como una rosa —me aseguró—. Con que duerma unas cuantas horas, será suficiente. Decía que te quedaras porque sé que no vas a moverte un paso de su lado después de lo que ha pasado.

Fruncí los labios. No podía rebatirle eso, ya que era cierto. Me había llevado un buen susto cuando se había desplomado en el suelo.

—¿Y qué pasa si alguien nos ataca mientras está él así? —Titubeé. —Anteros sabe dónde vive. Se lo dijo a Fobos y a Deimos en un mensaje.

—Mi hermano aún no debe sospechar que te has enterado de todo. Además, este piso está protegido por el poder de Eros. Nadie puede atravesarlo. Pero, si vas a sentirte más segura, tienes eso.

Señaló un rincón de la habitación, donde estaba apoyado el arco de Eros

y su carcaj, brillantes cual diminuto sol.

—¿Recuerdas el día que Eros te dejó examinarlo y casi le da un yuyu?
—Dijo, riendo.

—¿Cómo sabes eso? —Fruncí el ceño.

—Me lo contó. La cuestión es que ningún humano puede ver ese arco tal y como es; ven un arco de madera normal y corriente. Además, si alguno lo tocara, se quemaría, porque solo responde al poder divino de Eros.

—Pero yo lo he cogido varias veces y no me ha pasado nada.

—Esa es la gracia: que tú, aunque eres humana, puedes tocar los atributos de los dioses sin que te ocurra nada.

—¿Cómo es eso posible? —Ladeé la cabeza, confusa.

—Ni idea, chica. Pero es lo que es. Así que, si te vieras en apuros, podrías usar el arco sin problemas.

—Un momento —dije, recordando algo de repente—. Cuando me atacaron Fobos y Deimos en el Club, sus flechas me quemaron.

—Sí, pero no porque fueran tuyas —su tono se oscureció—. Ellos suelen utilizar veneno en sus armas, por eso te quemaste.

—Oh —proferí.

Después de aquello y de asegurarse que todo estaba en orden respecto a Eros, se marchó a casa para hacer las maletas, dejándome sola con él. Resignada a que no iba a despertar pronto, le tomé prestados un par de libros de su estantería y me senté a su lado en la cama.

Traté con todas mis fuerzas de distraerme y leer, pero no pude calmar mi inquietud. Le miraba cada dos por tres, asegurándome de que seguía respirando, a pesar de saber que no podía ocurrirle nada malo. Había probado el temor a perderle para siempre apenas unos momentos y había sido un verdadero infierno. No era capaz de imaginar todo el sufrimiento por el que Eros debió pasar durante milenios. Solo de planteármelo se me erizaba el

bello.

Me quedé a su lado durante horas, hasta que comenzó a oscurecer, atrapada en un bucle: pensaba, me revolvía, trataba de leer, de dormir y le observaba y volvía a empezar. La mala cara que tenía por la mañana se le había pasado y solo parecía profundamente dormido. En su pecho no había un solo indicio de lo que había ocurrido, de que hubiera tenido una punta de flecha clavada allí durante casi tres mil años.

Después de tantas horas dándole a la cabeza, fruto del shock post traumático y de que mis nervios estaban demasiado de punta después de aquella locura de veinticuatro horas, mi mente acabó más o menos delirando, buscando culpables: Afrodita, yo misma, Fobos, Deimos... Hasta que mis pensamientos se detuvieron en An.

No había tenido demasiado tiempo de pensar en su traición y, con toda probabilidad, debería haber evitado analizarlo hasta que estuviera muy, muy lejos de él, y con alguien a mi lado que pudiera infundirme algo de sensatez. Los pulmones me quemaban y los ojos se me llenaban de lágrimas en repasar cada recuerdo con él, los recuerdos de una amistad que no había existido jamás. Había conspirado contra mi vida y contra Eros, participando en la caza de su madre para truncar nuestra relación.

Mi cabeza estaba llena de arrepentimientos, de preguntas que me hacía a mí misma y que comenzaban con un “¿y si...?”: ¿Y si hubiera desconfiado de él la primera vez que me mintió? ¿Y si hubiera escuchado a Harmony y a Eros? ¿Y si hubiera estado más atenta? ... No tenía sentido que me torturara. Cómo había dicho Eros, An había sido muy convincente en su papel. Pero eso no me ayudaba; solo me hacía sentir aún más inocente por caer en la trampa de un ser malvado, lo único que realmente había demostrado ser.

A medida que más pensaba en ello, más sentía que me poseía una poderosa hybris. Mi ira hacia él empezó a acumularse en mi cabeza y mis

ojos repasaron el arco y las flechas de Eros, apoyados en una esquina de la habitación.

Quería vengarme a mí misma. Quería vengar el sufrimiento de Eros y la confianza de Harmony. Quería enfrentarme a él y darle su merecido. Quería que supiera que no le tenía ningún miedo y que iría a por él sin importarme que fuera un dios.

Sabía que era una terrible idea, que iba a buscarme un problema enorme. Pero estaba ciega por el deseo de actuar, de hacer algo a nuestro favor. Así que, decidiéndome después de pensarlo menos de lo que debería haber hecho, me levanté de la cama, agarrando el arco y las flechas divinas de mi amor. Me colgué el carcaj e inspiré, dispuesta a salir de la habitación.

No obstante, me detuve, mirando a Eros. Me agaché frente a él, en su lado de la cama y le observé. Acaricié su cabello dorado, inclinándome para posar un delicado beso en su mejilla, para después marcharme.

Le robé las llaves del coche de la mesilla del recibidor y salí del apartamento en total silencio. Fui a por el coche al garaje y salí a la calle, conduciendo directamente hacia Setco. Ya era de noche y sabía que él estaría allí. No estaba muy segura de qué iba a hacer. Pero quería hacer algo. Puede que dispararle un buen flechazo. Con toda probabilidad era un sacrilegio usar el arco de un dios, dijera lo que dijera Harmony, pero me daba un poco igual a esas alturas.

Aparqué frente a Setco sin ningún cuidado y eché una ojeada al parking. No había ningún coche y recé porque no hubiera ningún cliente que se hubiera acercado a pie. salí, arco en mano y el carcaj a mi espalda. Entré, decidida, sin ningún temor. Y allí estaba él, en la caja, como si no fuera una rata conspiradora.

En verme, estuvo a punto de proferir una sonrisa, pero se apagó al instante, en ver que sacaba una flecha y tensaba el arco, apuntándole a la

cabeza directamente, sin ningún ademán de vacilación. Le disparé sin dudar, pero él se agachó, esquivándola. La punta se clavó en el tablero tras él.

—¿Qué haces? —Aulló.

—No te hagas el loco, Anteros —gruñí, tensando el arco con otra flecha—. Sé quién eres y sé lo que has hecho. Sé que me has estado engañando durante un año entero y que has tratado de matarme. Sé que estás al servicio de tu maldita madre para acabar con lo que tenemos Eros y yo. Pues, déjame que te diga algo: vas a tener que mejorar tus planes para aniquilarme, porque no es que hasta ahora te hayan funcionado muy bien.

Su mirada se mantuvo vacía un instante. Pero, después, con lentitud, se empezó a llenar de oscuridad hasta que parecieron los ojos de un monstruo. Las luces se apagaron de golpe, dejándome sumida en total oscuridad, de no ser por las luces de emergencia. Me alteré, desorientada, no sabiendo por donde podía aparecer.

—Déjame que te diga algo yo —dijo, su voz rodeándome, susurrante y aterradora—: mi plan ha salido justo como yo lo había tramado. Olvidas, Aury, que te conozco. Sé que encontraste mi otro móvil el día que estuviste en mi casa y descubriste todo. Estaba planeado así: dejar una prueba de mi contacto con Fobos y Deimos para que tú pudieras verlo en el momento justo. Sabía que te gustaba mirar mis libros y que si incluía uno nuevo te decantarías por ese de forma inmediata. Y sabía que en cuanto descubrieras todo, irías corriendo en busca de mi hermano. El resto era cuestión de tiempo: antes de que ellos pudieran llevarte a salvo, querrías dar la cara ante mí y tratar de darme mi merecido, airada por mi traición. Puede que pienses que has sido valiente, pero has sido estúpida. Te me has puesto en bandeja, florecita.

Sí que había sido una estúpida. Y mucho. Traté de correr hacia la puerta, pero cuando estuve a punto de rozarla, An apareció frente a mí. Todo él

parecía sumido en la oscuridad y sus dos alas negras eran un gigantesco muro que me tapaba la salida. Sus ojos se tornaron rojos, de una luminiscencia infernal, y estaban clavados en mí. Me retiré un paso y él profirió una risa gutural.

—Hacer lo que te parezca sin pensar es una horrible costumbre si tienes fuerzas sobrehumanas deseando tu muerte —dijo, con tono burlón—. Mi querido hermano Eros no estará muy contento de saber que, después de todos sus esfuerzos por recuperarte, te has entregado a la muerte con los brazos abiertos.

—Lo llevas claro si crees que voy a dejarme matar —escupí, aunque no las tenía todas.

Volvió a reír, dando un paso hacia mí.

—Es una pena. Me habría gustado matarte de forma más creativa, pero esto es lo que hay. Mi madre ya está presionándome demasiado y no me da demasiado margen.

Mi única opción de salir de allí era por la puerta trasera. Me volví, corriendo a toda velocidad hacia la puerta del staff. Escuché un horrible crujido y la mesa de la caja atravesó la estancia por el aire, estampándose contra la puerta del staff, barrándome el paso. An seguía en el mismo lugar, frente a la puerta, y en la distancia aún se me antojó más aterrador.

Sus alas se agitaron y en el segundo que vi que sus pies se alzaban del suelo, eché a correr pasillo abajo. Doblé la esquina, hacia el pasillo de las bebidas. Mientras lo atravesaba, ambas estanterías crujieron y se inclinaron hacia mí. Me cubrí con las manos, creyendo que me iban a aplastar, pero chocaron la una con la otra. Aun así, una marabunta de botellas me colmó, golpeándome y haciendo que cayera al suelo.

La conmoción me duró un instante, aumentada por el hedor que había causado el líquido mezclado que me rodeaba. Traté de arrastrarme hasta el

final del pasillo, pero me percaté de que, si me movía, se me clavarían más cristales en el cuerpo de los que ya me habían cortado.

Jadeé, aterrada, pero tratando de mantener la mente fría. Había cometido una gran estupidez; debía aceptarlo. Lo importante en ese instante era que debía pensar una forma de ganar tiempo o de escapar sin que él se percatara. Sabía que An tendría que retirar las estanterías si quería llegar a mí y eso significaba que la puerta de entrada estaba libre. Tenía una oportunidad si conseguía darle con una flecha en un ala. Podría retrasarle lo suficiente como para que yo pudiera llegar hasta la salida.

Me volví, sintiendo los cristales clavármese en algunas partes de la espalda. Apreté los dientes, conteniendo el dolor y empuñé el arco como pude en aquella oscuridad. Cargué una flecha y esperé que mi suposición fuera correcta.

En cuanto las estanterías se separaron, se produjo un gran estruendo metálico y el suelo tembló cuando éstas se estamparon con las de los pasillos contiguos. En el preciso instante que medio vislumbré a An, disparé. Se escuchó un golpe sordo y me recosté. Había caído dos metros más allá de donde estaba yo, herido en un ala y gruñendo de dolor. Me puse en pie y le disparé otra en la otra ala. Gritó de dolor.

—Maldita seas —rugió.

Le habría disparado otra, aunque sabía que no debía. Era mi oportunidad de huir, así que la aproveché y eché a correr hacia la salida.

Dejé el coche allí y continué corriendo hacia a algún lugar donde pudiera esconderme. Cuando iba calle abajo, me di cuenta de que mi vista borrosa se debía a las lágrimas que no paraban de caerme. No había atacado a Anteros en aquel lugar, sino al recuerdo de un amigo que jamás había existido.

La sensación de triunfo corría por mis venas cuando dos brazos me atraparon el cuerpo por detrás y mis pies se levantaron del suelo, rodeándome

una súbita oscuridad. Sentí la gravedad en mi estómago por un breve instante y luego la sensación de que me dejaban caer.

Me golpeé contra el suelo con fuerza. Sentí mis cortes resentirse. Tanteé el suelo, tratando de levantarme rápidamente, y noté césped bajo mis manos. Alcé la mirada. Solo podía ver árboles: era el parque cerca de casa de Anteros.

Un dolor punzante atravesó mi pierna y grité, agarrándome a la hierba. Frente a mí, entre la oscuridad, había dos ojos rojos observándome. En mi muslo, había una de las flechas con las que le había atravesado las alas.

—No deberías haber hecho eso —rugió.

Jadeé y me quité la flecha, a pesar del horrible dolor que me causó. Me levanté, ante su mirada fantasmal. No iba a subyugarme. Si iba a morir, lo haría con la cabeza alta.

—Vamos, mátame —reí—. ¿O es que vas a ponerte a hacer el discursito del villano para dar tiempo? No seas patético.

—Estoy esperando a mis hermanos.

Proferí una carcajada.

—¿Necesitas a tus hermanitos para matar a una simple humana? —Me burlé. — Vaya dios de pega.

Le tuve a un centímetro de mi cara al momento, taladrándome con sus ojos carmesí y enseñándome sus dientes rabiosos, con sus dedos agarrando mi cara con furia.

—No estás en situación de insultarme, niña —rugió y su aliento sobre mi cara tenía la misma temperatura que el Infierno—. No soy un carnicero, pero si no cierras esa boca sucia que tienes me veré obligado a despedazarte de la peor manera que se me ocurra. Y créeme: mi madre disfrutaría mucho más de su triunfo si te torturara durante días hasta que suplicas tu propio final.

—Hazlo —le escupí en la cara—. ¿Y para qué? Envíame al Infierno y volveré a resucitar.

Anteros se limpió el rostro con su mano libre, aparentando una falsa calma, desmentida por la tensión en sus facciones contraídas.

—Esta vez no vas a resucitar —dijo, con oscuridad en su timbre—. Nos encargaremos bien de ello.

—Eso va contra las leyes del inframundo.

—¿Qué vas a saber tú de las leyes del inframundo?

—Lo suficiente para saber que no tenéis poder sobre él.

—Puede. Pero hay muchas criaturas que se pondrían a favor de nuestra causa a cambio de un simple deseo. Mira Tísifone: te custodió durante milenios a cambio de belleza.

Dos sombras encapuchadas se materializaron detrás de Anteros. Me soltó con furia y se volvió hacia estos. Mi corazón se detuvo un segundo en reconocer a las entidades misteriosas: a pesar del secretismo que les rodeaba, sabía que eran quienes me atacaron en aquel mismo lugar. Eran Fobos y Deimos.

Ambos se descubrieron, desvelando unos rostros pálidos, de pómulos afilados y ojos hundidos, de un azul fantasmagórico. Sus cabellos conjuntaban con la oscuridad de su existencia, tan negros que apenas se veían en la oscuridad, cortados al estilo mohicano. En la cintura de sus túnicas, llevaban enfundados lo que me parecieron puñales. Fobos y Deimos eran un espejismo el uno del otro; no pude encontrar forma de diferenciarlos por mucho que los mirara. Y aun así eran una antítesis absoluta de Harmony. No podía creer que hubieran sido gestados a la vez, tanta luz junto a tanta oscuridad.

—Por fin —exclamó Anteros.

—Hemos venido todo lo rápido que hemos podido —explicó el de la

izquierda.

Estaba perdida. Daba por seguro que Eros seguía dormido y Harmony en casa, sin que ninguno de los dos pudiera percatarse de que había cometido una estupidez capital. Solo me arrepentía de no haberle dejado una nota, algo de mi puño y letra, una parte de mí que le restara.

No estaba escuchando a Anteros hablar. No me importaba lo que dijera, pues sus intenciones eran claras. Iba a morir, fuera como fuera, y no es que me obsesionara el modo. Era un hecho y podría decirse que, debido a mi absurda pericia, lo había escogido yo. Moriría siendo una hipócrita, después de todo el rollo que le solté a Eros para que lucháramos juntos. Lo había echado a perder por un arranque de ira.

La flecha arrancada de mi muslo ardía en mi puño. Suspiré lentamente. Puede que me hubiera lanzado a mi muerte, pero no estaba dispuesta a perecer sin pelear. Di una zancada rápida, estampándome contra la espalda de Anteros y presionando la punta de flecha contra su yugular, agarrándole el pelo con saña. Fobos y Deimos desenfundaron sus puñales, alertados, pero él les hizo un gesto con la mano para que se calmaran. Dejó ir una risa gutural, mirándome de reojo.

—Veo que no tienes nada de compasión por tu mejor amigo —se burló y yo le tiré más del pelo, furiosa—. ¿Qué tratas de hacer? ¿Ganar tiempo? Hazme algo y antes de que puedas parpadear tendrás los puñales de mis hermanos clavados en el pecho. Además, sabes que no puedes matarme.

Apreté los dientes, airada por su actitud. Se escuchó entonces un crujido de una rama en el árbol cercano y un arco siendo tensado.

—Ella no. Pero yo... Puede que sí.

En un árbol que Fobos y Deimos tenían a sus espaldas, estaba Neo agazapado, apuntándole una flecha directamente a la cabeza a Anteros y luciendo unas enormes alas recogidas. Los gemelos se alertaron, volviéndose,

pero viendo que el recién llegado estaba fuera del alcance de sus puñales y si trataban de llegar a él de otra forma, tampoco conseguirían atraparlo.

—Vaya, vaya. Hímeneo —rio Anteros—. Cuánto tiempo, hermano. No esperaba verte en esta improvisada reunión familiar.

—No te emociones. No me produce ningún placer ver vuestros feos caretos —le respondió, tanteándole, sin dejar de apuntarle.

—Qué cruel —fingió decepción.

Un súbito aire hizo que las copas de los árboles se estremecieran y todos miramos hacia arriba, buscando lo que fuera que nos coronaba, excepto Neo, que permaneció inerte. Un choque seco retumbó entre los árboles y se hizo el silencio.

Fobos y Deimos fueron absorbidos hacia las sombras por una fuerza desconocida. Se escucharon sus voces por un segundo y cesaron, consumidas de forma súbita. Sentí que los músculos de Anteros se tensaban y su respiración se entrecortaba. Yo también estaba inquieta, pero percibí como Neo me lanzaba una pequeña sonrisa y me guiñaba el ojo.

—¡Ahora! —Gritó.

Un chasquido. Dos manos me agarraron por detrás y me separaron de Anteros. Traté de zafarme, profiriendo un aullido de terror y tratando de clavar la flecha que aún tenía en la mano en el ser que me había arrastrado, pero me soltó de forma brusca en el suelo antes de que me librara o le dañara.

—¡Aura! ¡Tranquila! ¡Tranquila! Soy yo.

Parpadeé, encontrándome a Harmony frente a mí. Tragué saliva en ver las enormes alas a su espalda. Me ayudó a levantarme, mirando hacia el interior del bosque por un instante, de donde empezaron a escucharse unos horripilantes gritos de guerra.

—Escúchame con mucha atención —dijo, volviéndose hacia mí y hablando con rapidez—: corre todo lo rápido que puedas hacia la puerta del

parque y metete en el coche —me puso las llaves de nuestro coche en la mano y me quitó el arco y las flechas de Eros—. Hay un billete de avión en la guantera, tu pasaporte y algo de dinero. Conduce hasta el aeropuerto y toma el vuelo hacia Atenas de las doce. Cuando aterrices, alguien de confianza te estará esperando y te llevará al palacio.

—Pero ¿qué...?

—No es momento de preguntas —me cortó—. Tienes que hacer lo que te digo. Todo lo rápido que puedas.

—¿Y Eros? —Balbuceé.

Se escuchó un estruendo horrible que nos puso en tensión a las dos. La urgencia en la cara de Harmony aumentó.

—Está bien. No te preocupes. Y ahora corre.

Me dio un empujón y eché a correr sin más dilación. Me giré un segundo al sentir que echaba a volar y, efectivamente, había desaparecido. Siguiendo sus instrucciones, me dirigí a toda prisa hacia la salida.

Una explosión estalló a mis espaldas, haciendo retumbar el suelo lo suficiente para hacerme tropezar. Me recosté rápidamente en el suelo, observando horrorizada como una luz anaranjada se vislumbraba entre los árboles y empezaba a extenderse el olor a quemado.

La indecisión me acechaba. Harmony había dicho que en un enfrentamiento allí, en Southampton, tenían las de perder. No podía abandonarles con esa visión clavada en la retina y esas palabras rondándome la cabeza, cual eco perturbador. Pero no tenía nada con lo que ayudarles. Ya había tratado de luchar contra un dios y no había hecho apenas mella en él. Si me adentraba en la batalla que se había desplegado, aún les molestaría más y haría que perdieran con toda seguridad.

Me levanté, dispuesta a seguir mi camino a pesar de la reticencia en mi corazón. Al momento, me vi obligada a detenerme en encontrar una figura

encapuchada frente a mí, justo en medio del camino. No obstante, sabía que no eran ni Fobos ni Deimos, pues su túnica era púrpura y una máscara veneciana cubría su rostro.

—¿Está huyendo, princesa? —Dijo el encapuchado.

Su voz era profunda, masculina, y retumbó en mi interior como un recuerdo muy antiguo que no puedes acabar de visualizar.

—¿Quién eres? —Murmuré, asustada, pero sin perder la compostura.

—Eso no es importante.

—¿Estás con Anteros? —Escupí, temiendo que eso era la verdad.

—Estoy con el amor —respondió—. Y, en consecuencia, si prefiere llamarlo así, del lado de Eros.

—¿Por qué no te descubres pues, si estás de nuestra parte?

El encapuchado rio.

—Es un placer observar que vuestra mordaz audacia es aún más poderosa que antaño.

—Contéstame y deja de divagar —inquirí, nerviosa por lo que ocurría a mis espaldas mientras estaba allí parada con aquel extraño.

—No puedo revelaros mi identidad, Andreia. Solo pudo ofreceros mi humilde ayuda, por ahora.

Se me acercó y me quedé muy quieta, evaluando al extraño, sin saber muy bien qué hacer. Extendió sus manos frente a mí y se arrodilló. Sobre ellas, apareció un arco plateado y un pequeño carcaj lleno de flechas. El arco estaba inscrito, de una forma muy parecida al de Eros.

—Acepte este arco como regalo y tómelo como su primer atributo —dijo de forma reverencial.

—¿Atributo? —Murmuré.

Lo tomé entre mis manos y se antojó cálido en tocarlo. Era ligero, como el de Eros, pero parecía responder a mí, como si fuera parte de mi cuerpo. El

extraño se puso de pie.

—Ahora podéis escoger vuestro rumbo de verdad, Señora. Aunque creo adivinar ya cuál será, conociéndoos —me dedicó una pequeña reverencia—. Espero veros pronto, Aura.

Hizo un movimiento con su capa, como cubriéndose el rostro. Las ropas cayeron al suelo al instante, sin nadie que las habitara y me retiré de un respingo, impresionada.

Sacudí la cabeza para aclarar mi mente. No tenía tiempo para detenerme con aquello. Sopesé el arco en mis manos. Me colgué el carcaj en la espalda y probé de colocar una flecha en él. La lancé y se clavó en el suelo a pocos metros, con una velocidad inusitada y una certeza que ni mi puntería afinada por los años conseguía.

Fuera quien fuera aquel extraño, me había brindado un arma muy poderosa y la opción real de ayudar a mis allegados. Sin vacilar un segundo más, recogí la flecha y la puse en el carcaj. Volví corriendo hacia el centro de la batalla. El fuego había tomado el parque y decidí romper un trozo de mi camiseta para cubrir mi boca. Preparé el arco para disparar en cualquier instante y me adentré.

Veía sombras y alas a mi alrededor, chocando contra los árboles, desapareciendo. Escuchaba gritos de guerra y aullidos de dolor. El suelo de había vuelto irregular y debía ir con cuidado de no caer en los hoyos que se habían creado. Buscaba a Eros con la mirada, tratando de vislumbrar su arco o sus alas, intentando asegurarme de que estaba bien. No obstante, trataba de estar centrada en encontrar a uno de nuestros enemigos para disparar.

Encontré a un desconocido presionando a Harmony por el cuello contra el tronco árbol. Mis sentidos se pusieron en total alerta.

—*Ni de puta coña* —murmuré para mí misma.

Apunté a sus costillas rápidamente, haciendo que la flecha le retirara de

ella. En cuanto vi que ella le atacaba de vuelta, me marché antes de que pudiera descubrirme y distraerla.

Disparé a todos los contrincantes que pude, escondiéndome tras los troncos de los árboles. Y, aun así, aún no había encontrado ni a Eros ni a Anteros. No fue hasta un rato después que descubrí que los constantes golpes que escuchaba también provenían de arriba, y no solo de entre los árboles. Me acerqué a un claro, en el que se podía ver un pequeño trozo del cielo, y capté un rápido movimiento blanco encima de las copas.

Corrí hasta uno que estuviera lo suficiente lejos de las llamas y trepé hasta la copa. Allí estaban: ambos peleando en el cielo. Justo en el instante que llegué a la cima del árbol, vi como Anteros golpeaba a Eros y este perdía altura de vuelo. Con el corazón encogido, sentí la urgente necesidad de ayudarlo. No obstante, estaban muy alto y se movían demasiado rápido. Aunque las flechas fueran muy certeras, no sabía si conseguiría darle a Anteros. Pero Eros parecía estar perdiendo y no me quedaba otra.

Me alcé todo lo que pude y preparé una flecha. Apunté todo lo bien que pude. La flecha voló hasta él y, aunque no fue ni un segundo, su trayecto se me hizo eterno. Me quedé sin respiración en percatarme de que no había acertado. Le había pasado muy cerca de la cabeza, lo cual le había alertado. Miró hacia abajo; pude ver sus ojos rojos a pesar de la distancia, y se clavaron en mí.

Eché a volar en picado, hacia mi posición. No tuve tiempo de huir. Anteros se estrelló contra mí, enviándonos a ambos al suelo del parque. El golpe retumbó en todo mi cuerpo, haciendo que me dominara un enorme dolor. Entreabrí los ojos a tiempo para ver la hoja de un cuchillo, empuñado por él, a punto de atravesarme. Mi mano pareció moverse sola, estampando mi puño contra su barbilla. Anteros se retiró y yo aproveché para lanzarme sobre él y quitarle el cuchillo.

Vi sus ojos apagarse, volver a su castaño habitual antes de cerrarse. Mis manos temblaron sobre la empuñadura, hundida la hoja en su pecho. Me reitre, levantándome, percatándome de lo que había hecho. Observé el cuerpo inmóvil de Anteros en el suelo y como la sangre surgía del lugar donde le había apuñalada.

Eros aterrizó a mi lado e hizo ademán de protegerme, pero pronto se percató del cuerpo de su hermano cerca de mí. Se quedó casi igual de quieto, para después observarme y abrazarme, atrayéndome contra su pecho. Envuelta por su calidez, me eché a llorar. Él me estrechó y me besó con suavidad en la cabeza.

—Tenemos que irnos, mi vida —me dijo con dulzura.

Asentí y entonces él me cargó en sus brazos, manteniéndome muy pegada a su cuerpo. Enlazó mis brazos en su cuello y extendió sus alas. Eros echó a volar, alzándose sobre los árboles reconcomidos por el fuego y sobre los edificios de la ciudad, alejándonos a ambos de la batalla.

EPÍLOGO

Nuevo comienzo

Eros bajó antes que yo del taxi y me ayudó a salir. Tomó mi mano vendada con suavidad, como si tocara una pluma. Algo coja, bajé, mirando hacia arriba, contemplando la fachada del aeropuerto, apenas visible por la oscuridad que aún se cernía sobre la ciudad a aquellas horas bajas de la madrugada. Neo estaba ayudando a Harmony a sacar las maletas mientras Hímero pagaba al taxista. Suspiré.

Entramos en el aeropuerto, los cuatro llevando maletas y sin dejarme coger siquiera una bolsa de mano. No podía culparles. Entre mi cojera y mis múltiples rasguños tenía un aspecto bastante lamentable. Ser una humana entre dioses iba a dar asco; lo estaba viendo. Ellos habían salido de una ardua batalla como supermodelos y yo parecía un jirón sucio.

Ninguno me había culpado por mi estupidez y por haber acabado desatando una batalla en Southampton, a pesar de que sabía que tenían las de perder. Todos habían sido muy comprensivos con mi ataque de ira y eso me hacía sentirme aún peor. Supongo que creyeron que ya tenía bastante castigo con la colección de cortes y moratones que plagaban mi cuerpo. Eros se había pasado casi dos horas ocupándose de limpiar cada herida, quitarme cada fragmento de cristal que hubiera podido quedar, dándome puntos y aplicándome crema. Mientras, el resto, preparaba nuestro viaje, más precipitado de lo planeado.

Respecto a cómo había acabado la batalla, Neo e Hímero, los últimos en

abandonar el foco de la pelea, nos dijeron que, gracias a mi ataque a Anteros, su pequeño ejercito había tenido que retirarse para llevárselo de allí a donde pudiera recuperarse. Para ellos, estaba claro que Anteros no podía morir, aunque yo no podía quitarme de encima la horrible sensación del cuchillo atravesando su pecho y la visión de su cuerpo inerte en el suelo. No obstante, sentía que realmente había agredido a una persona ajena a mí; An, aquella efígie que era mi amigo, me parecía que ya había desaparecido por completo.

Eros me cedió su brazo para que me apoyara y pudiera andar por el aeropuerto sin parecer demasiado un pingüino. A pesar de la hora, había mucha gente. Supongo que era normal, dado que estaba a punto de ser Navidad.

Nuestro vuelo iba a despegar en relativamente poco, así que los chicos se fueron a facturar ya las maletas. Me podía imaginar la cara del pobre chaval que les atendiera en cuanto viera el arsenal de maletas que traían. Parecía que nos estábamos mudando. Aunque esa era la realidad.

Mientras les esperábamos, yo me senté en una de las sillas que por milagro estaba libre. Eros se acercó a una de las tiendas para conseguirme algo de comida, preocupado aún por la sangre que había perdido y que temía que aún no hubiera recuperado. Yo cedí, incapaz de protestar a nada por un tiempo. No me atrevía a llevarles la contraria hasta que dejara de sentirme mal por meterles en tal lío.

Eros volvió con un par de croissants y un zumo de melocotón para mí. Se sentó a mí lado y me dio la comida.

—¿Cómo te sientes? —Me preguntó, preocupado.

—Como Los relojes blandos.

Rio ante mi explicación y me rodeó con su brazo, atrayéndome. Posó suavemente sus labios en mi coronilla, evitando el tajo en mi cabeza, aún fresco. Lo habíamos descubierto mientras me curaba en su piso. Supuse que

me lo debía haber hecho cuando me había caído encima el arsenal de bebidas en Setco.

Comencé a comerme uno de los croissants con lentitud, sintiendo el sabor de la mantequilla invadiendo mi paladar. Cuando escuché un crujido conocido a mi lado, le lancé una mirada divertida. En su mano, de repente, había una manzana roja que acababa de morder.

—¿Qué ocurre? —Me dijo en tragar.

—¿Aún tienes el manzano en el jardín? —Pregunté, acunada por el súbito recuerdo de nosotros dos bajo aquel árbol.

—Sí —sonrió—. Era incapaz de quitarlo.

—Menos mal. Creo que me habría cabreado que lo hubiera hecho —bromeé—. Era un árbol estupendo.

—Siempre podríamos haber plantado otro juntos.

Sonreí ante la opción. Hasta el plantar un árbol resultaba prometedor a su lado. Aunque estuviera hecha mistos por la batalla, mi cuerpo estaba lleno de ilusión por todas las cosas nuevas que nos aguardaban juntos.

Le arrebaté la manzana y le pegué un mordisco. Se la devolví ante su sonrisa de incredulidad.

—Esto sí que es una manzana de la discordia —reí.

Eros resopló, aunque su expresión no perdió una pizca de jovialidad. Volvieron entonces los chicos a por nosotros, habiendo facturado ya las maletas, y nos encaminamos todos juntos hacia la terminal.

Mientras estábamos en la cola, tenía la mirada fijada en la pantalla que anunciaba los próximos vuelos que iban a salir. Leía “Atenas” una y otra vez, sin poder creer aún que nos íbamos a allí. Empecé a pensar en todo lo que había ocurrido, desde el momento en que Eros y yo volvimos a encontrarnos en el Club, y la casi nulidad de probabilidades que existía de que eso llegara a suceder. De alguna forma, aún no sabía cuál, me había liberado de las

ataduras ancestrales de Afrodita para renacer y poder encontrarme con él. Nosotros éramos la encarnación del amor eterno, que era capaz de traspasar más allá de la muerte y de los poderes que dividen a los seres que moran el universo. Fuera lo que fuera lo que me esperaba en recorrer el camino hacia la inevitable guerra, sabía que mientras estuviera con Eros, avanzaríamos hacia un final juntos.

Tomé su mano cuando estábamos a punto de avanzar hacia la terminal. Eros se giró hacia mí, sorprendido.

—Eros —dije, aún con la vista al frente.

—¿Sí, mi vida? —Murmuró.

Alcé mi mirada hasta él y estreché más su mano.

—Te quiero.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a mi familia, a mi madre, Alba y a mis hermanas, Neus y Albi, sin las que, estoy segura, este libro jamás habría llegado a ser escrito.

Gracias a Aleix, por quererme cada día y escucharme divagar constantemente sobre mis derias creativas. También por ser mi mayor fan y revisar, estas, mis locuras, mis obras, y mostrar tu emoción respecto a ellas. Espero que un día, muy pronto, estés escribiendo unos agradecimientos como estos.

Gracias a ti, y a Albert, mi club de la mesa cuadrada de la facultad de letras, en la que han surgido tantos buenos momentos y un proyecto común.

Gracias a Libi, porque tu valentía e ímpetu siempre han sido una inspiración para mí.

Gracias a todos los profesores del instituto y de la universidad que me infundieron un eterno amor por el mundo clásico. Por vosotros esta novela ha llegado a existir y me habéis dado un modo de vida por el que no puedo estar más que agradecida.

Gracias a ti, lector, que has llegado hasta aquí, pues has dado vida a esta historia. Espero verte muy pronto en la segunda parte.

Si quieres saber más de la autora y estar informado sobre las últimas noticias de sus obras y cualquier otra novedad, puedes seguirla en:

Twitter

<http://www.twitter.com/nuryrune>

Instagram

<http://www.instagram.com/nuryrune>

Web

<http://www.nuryrune.blogspot.com>

Y ahora puedes escuchar la playlist oficial de Psyche en el Spotify de **Nury Rune**.

SAGA PSYCHE

FLAMMA

La guerra por el amor continúa

Próximamente en 2020